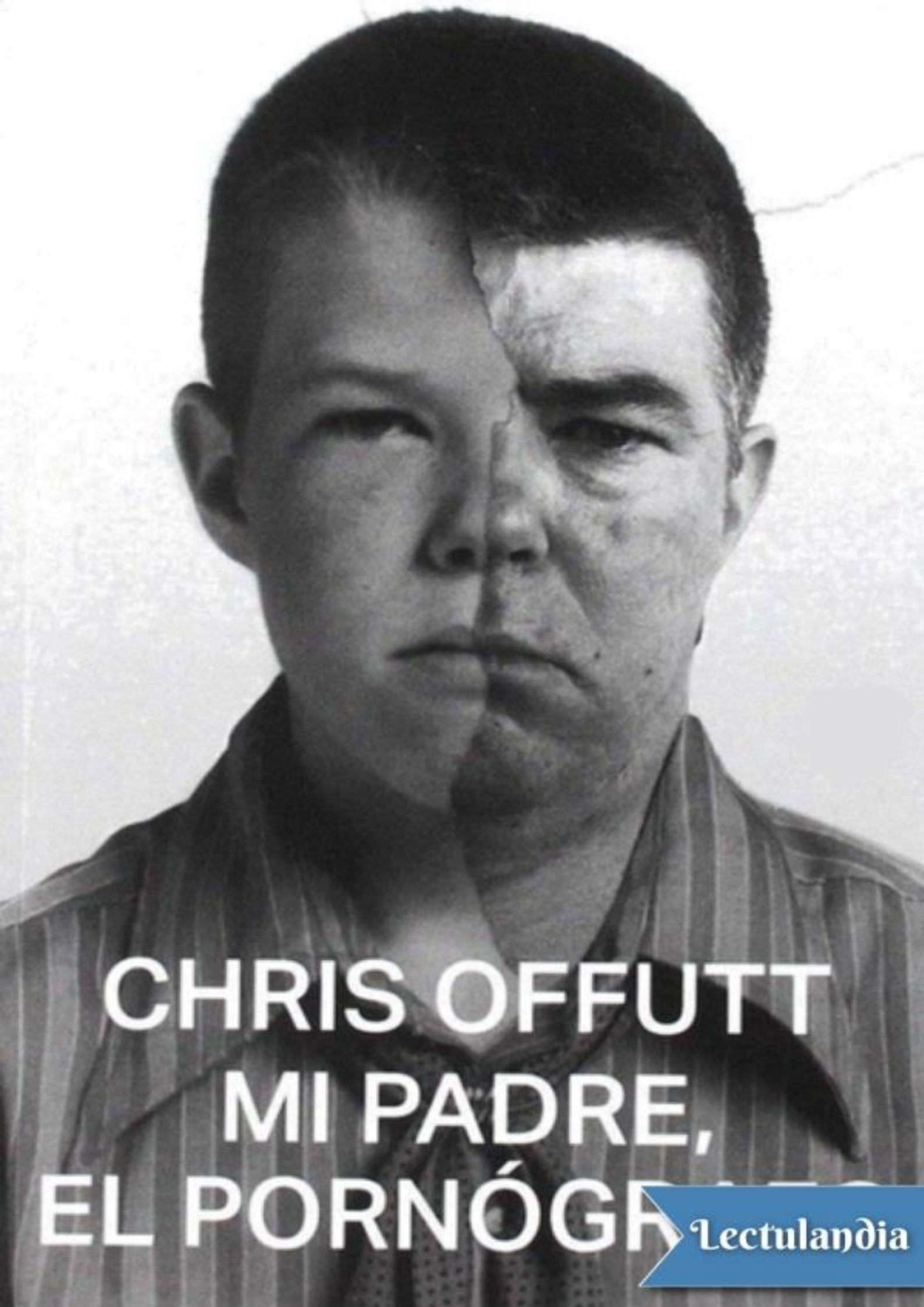




**CHRIS OFFUTT
MI PADRE,
EL PORNÓGRAFO**

Lectulandia

Cuando Andrew Offutt murió, su hijo Chris heredó un escritorio, un rifle y ochocientos kilos de porno. Andrew fue considerado el rey de la pornografía escrita del siglo XX , con una carrera literaria que comenzó como un medio para pagar la ortodoncia de su hijo y que pronto cobró vida hasta alcanzar su punto álgido durante la década de los setenta, cuando la popularidad comercial de la novela erótica llegó a su apogeo. Con su esposa ejerciendo como mecanógrafa, Andrew escribió desde su casa en las colinas de Kentucky, encerrado en una oficina en la que nadie osaba entrar, más de cuatrocientas novelas. Pero, cuanto más escribía, más crecía su ambición y más difícil era para sus hijos formar parte de su mundo.

En el verano de 2013, Chris regresó a su ciudad natal para ayudar a su madre, ya viuda, a salir de la casa de su infancia. Cuando comenzó a leer los manuscritos y las cartas de su padre, por fin tuvo la oportunidad de conocer a aquel hombre difícil, voluble y, a veces, cruel al que había amado y temido a partes iguales, y se dio cuenta de que en ausencia de su padre podría dar sentido a su vida y a su legado.

Chris Offutt

Mi padre, el pornógrafo

ePub r1.0

antbae 18.04.20

Título original: *My father, the pornographer*
Chris Offutt, 2016
Traducción: Ce Santiago

Editor digital: antbae
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Mi padre, el pornógrafo

CITAS

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Sobre el autor

Andrew Jefferson Offutt V
John Cleve
Turk Winter
Jeff Morehead
Jay Andrews
Opal Andrews
Drew Fowler
J. X. Williams
Jack Cory
Jeremy Crebb
John Denis
Alan Marshall
Jeff Woodson
Joe Brown
Jeff Douglas
Roscoe Hamlin
Camille Colben
Anónimo

Como John Cleve, seré famoso el siglo que viene. Dalo por hecho.

ANDREW J. OFFUTT, 1978

De no haber escrito pornografía, habría sido un asesino en serie.

ANDREW J. OFFUTT, 1986

CAPÍTULO UNO

Mi padre creció en una cabaña cerca de Taylorsville, Kentucky. La casa tenía muros de treinta centímetros con troneras para defenderla de los agresores, primero de los indios y luego, durante la guerra de Secesión, de los soldados. A los doce años, papá escribió una novela sobre el Viejo Oeste. Aprendió a mecanografiar por su cuenta según el método de Colón —la buscas y te plantas encima—, usando un dedo de la mano izquierda y dos de la derecha. Papá escribía a máquina muy deprisa y con mucha pasión. Acabó escribiendo y publicando más de cuatrocientos libros con dieciocho pseudónimos distintos. Entre sus novelas figuraban seis de ciencia ficción, veinticuatro de fantasía y un *thriller*. El resto era pornografía.

Cuando yo tenía nueve años, papá me regaló su copia de infancia de *La isla del tesoro*, de Robert Louise Stevenson. La edición, vieja y de tapa dura, estaba hecha trizas; las cubiertas, sujetas por raídas tiras de tela; las páginas, mohosas y maleables. Se trata de un relato de formación sobre Jim Hawkins, un chico de trece años que descubre un mapa secreto, deja Inglaterra y regresa con una buena parte de un tesoro pirata. Me encantaban el ritmo trepidante de la historia y la valentía del joven Jim.

En un trozo de una bolsa de papel de la compra, hice un minucioso dibujo de una isla con su costa, su agua y sus palmeras. Una línea de puntos conducía hasta una enorme X de color rojo. Mi madre me sugirió que le enseñara el mapa a mi padre. Papá derramó café sobre el papel y lo arrugó varias veces, y eso hizo que pareciera más antiguo. Usó cerillas para quemar los extremos del mapa y luego apagó la llama rápidamente. El resultado fue un reborde chamuscado e irregular que mejoró el aspecto del mapa, como si apenas hubiese sobrevivido a la destrucción. Como aquello implicaba fuego, lo hicimos fuera solos, lejos de mis hermanos pequeños. En aquella época papá vendía seguros, rara vez estaba en casa, siempre tenía la atención puesta en otra parte. Disfruté la sensación de cercanía, aquel proyecto compartido.

Papá dijo que dibujaba mapas para la mayoría de los libros que escribía, así que decidí que, si alguna vez yo publicaba un libro, incluiría en él un

mapa. Veinte años después lo hice. En 1990 llamé a mi padre para darle la noticia de que Vintage Contemporaries iba a publicar *Kentucky seco*, mi primer libro. Mientras papá digería la información se produjo un largo silencio.

—Lo siento —dijo.

—¿A qué te refieres? —dije yo.

—No sabía que te había dado una infancia tan terrible como para que acabaras siendo escritor.

Su padre había escrito relatos cortos en los años veinte. Durante la Depresión, mi abuelo se vio forzado a abandonar sus ambiciones literarias para ocuparse de la granja familiar y a buscar en la ingeniería una formación más práctica. Murió joven, pocos años antes de que mi padre publicara su primer relato. Papá nunca supo lo que era tener un padre orgulloso; tampoco sabía cómo serlo.

Tras la publicación de *Kentucky seco*, la gente empezó a preguntarle a papá qué pensaba de mi éxito. La pregunta implicaba que el hijo había superado al padre. Mi trabajo se consideraba literatura seria, mientras que él escribía porno y ciencia ficción. Dos veces presencié cómo alguien insinuaba que papá debía de sentir envidia. Mi padre siempre reaccionaba del mismo modo. En su novela de aventuras favorita, *Los tres mosqueteros*, un joven D'Artagnan se gana el respeto a través de su magnífico manejo de la espada, que aprendió de su padre. Cada vez que alguien le preguntaba por mi éxito como escritor, papá

decía que se alegraba de ser el maestro de esgrima de D'Artagnan, expresando así orgullo por mis logros, pero llevándose también parte del mérito. Fue lo más cerca que estuvo nunca de decirme lo que opinaba de mi trabajo.

CAPÍTULO DOS

Mi padre era un hombre brillante, un auténtico iconoclasta, de una autosuficiencia feroz, un genio oscuro, cruel, egoísta y de un optimismo eterno. En los inicios de su carrera en ventas, uno de sus jefes lo llamó «hijo de puta independiente», algo que papá se tomó como el mayor cumplido que le habían hecho jamás. Quería que yo fuese como él.

Papá no tenía aficiones ni pasatiempos. No se encargaba de ninguna de las tareas domésticas, no lavaba el coche, no cortaba el césped, no hacía la compra ni arreglaba nada. Jamás cambió una bombilla. Nunca lo vi coger un destornillador, subirse a una escalera o consultar un manual de reparación. Para él, limpiar consistía en escupir en un pañuelo de papel y pasarlo por el objeto en cuestión. No dormía mucho. Bebía. Rara vez salía de casa. Papá era un escritor *pulp* de la vieja escuela, una máquina que nunca paraba. En su despacho de casa había colgado un cartel hecho a mano que decía: «Fábrica de escritura: cuidado con los participios volantes».

Al invierno de 1968 se lo conoció en las colinas como «el año de las grandes nevadas»; estas hicieron que mi escuela cerrara durante dos semanas y dejaron atrapada a mi familia en nuestra casa de la colina, en el este de Kentucky. Por primera vez en su vida, mi padre podría hacer lo que siempre había querido: escribir catorce horas diarias. Se quedó sin cigarrillos, así que mamá me mandó a la tienda, que estaba a algo más de tres kilómetros. Fui por un sendero que atravesaba el bosque; una capa de blanco perfilaba cada rama deshojada. En los extremos mascados de las ramas relucía saliva congelada de ciervo.

Me ahorré un buen trecho caminando por el arroyo helado, deslizando los pies a lo largo de la superficie brillante. El humo de la estufa de leña de la tienda se elevaba por encima de los riscos; después se aplanaba y empezaba a disiparse hasta formar un ribete largo y bajo. Ya dentro, me senté junto al fuego hasta que las perneras mojadas me humearon y tuve los pies calientes. El propietario, un hombre amable llamado George, me dio una onza de chocolate. El negocio llevaba abierto desde los años cuarenta y era el único

que había sobrevivido al cierre de las minas. Me vendió los cigarrillos y me fui a casa.

A la semana siguiente fui a pie a ver al contrabandista de alcohol por encargo de papá. Dejé nuestro camino de tierra por una senda de caza que cruzaba el bosque, manteniéndome lo bastante arriba de la colina como para evitar a los perros. Al cabo de un kilómetro bajé de la colina y crucé la carretera asfaltada hasta la pequeña choza del contrabandista. Era una construcción de una sola habitación con un panel corredero de contrachapado que hacía de ventana. Nadie le había robado nunca, una muestra del respeto y del miedo de la gente del pueblo. Permanecí de pie sobre capas de nieve comprimida por las huellas de los neumáticos y las pisadas de miles de botas. El hombre de dentro tenía la cara roja y el pelo revuelto.

—¿De quién eres hijo? —dijo con voz áspera.

—Soy el hijo mayor de Andrew Offutt —dije yo—. Chris.

—Offutt —dijo él—. Ajá. ¿Qué es lo que quiere?

—*Bourbon*.

—*Bourbon* —dijo—. Sip. Entonces creo que eres hijo suyo.

Puse diez dólares sobre el estante de madera rugosa. Me cambió el dinero por dos botellas de *whisky* de medio litro. Alargué el brazo para cogerlas, pero él me agarró de la muñeca con una fuerza que no había sentido nunca; fue como si los huesos me rechinaran dentro del brazo. Era una prueba de pacotilla, pero procuré no mostrar dolor.

—Ni se te ocurra joderme —dijo.

Obediente, sacudí la cabeza. Me soltó y me adentré en el bosque. Oculto a las miradas,

me hincé de rodillas y me froté la muñeca con nieve hasta que las dos manos se me entumecieron. Podía notar cómo las lágrimas se me helaban bajo los ojos y me sentí abochornado, incluso a solas en aquel silencio de marfil.

Un verano varios años más tarde, mis dos mejores amigos y yo decidimos probar la bebida. Nos reunimos por la noche en el bosque y fuimos a pie a ver al contrabandista. Era otro hombre, un tipo legendario por lo larga que tenía la lengua, por el revólver Magnum

.357 que enseñaba en ocasiones y por su tosco encanto con las mujeres. Le dije que era el hijo mayor de Andrew Offutt y que me había mandado a por *whisky*. Cada uno de mis colegas compró lo mismo que bebían sus padres, y nos fuimos de allí con *bourbon*, media caja de cervezas y una botella grande de vino peleón. Por supuesto, el contrabandista sabía que le estábamos mintiendo, pero en los años sesenta las colinas eran un territorio sin ley.

Solíamos ir por la carretera asfaltada, porque llevaba menos tiempo que atravesar el bosque. La carretera trazaba una curva de menos de trescientos metros hasta la cima de una colina y luego una larga y suave pendiente hasta el arroyo. Aligeramos la carga bebiéndonos una cerveza. Detesté el sabor y me pasé al *whisky*. Íbamos colina abajo. Cuando alcanzamos el pie, me había terminado una de las botellitas y abierto otra; luego me eché junto al arroyo y me tomé un descanso. Me desperté en un coche y volví a dormirme. Más tarde me desperté con el estómago revuelto en el porche delantero de una casa cercana. Llegué a casa y me fui a la cama. Fue un inicio lamentable en los placeres del alcohol, una advertencia clara para que me mantuviese alejado del *whisky*. Sin embargo, fui decenas de veces a ver al contrabandista antes de abandonar Kentucky. Beber *bourbon* cambió la manera terrible en que solía sentirme conmigo mismo. Supongo que era lo que ocurría con papá, que acabó muriendo de una insuficiencia hepática.

¿Y los chicos con los que me emborraché por primera vez hace cuarenta años? Uno se pegó un tiro y el otro saldrá de la cárcel cuando cumpla setenta y cinco.

CAPÍTULO TRES

En 2012 papá llevaba ya varios años instalado en una butaca en la que comía, dormía, bebía y escribía. Tres días antes de Navidad mi madre me llamó a mi casa de Misisipi, algo poco habitual. Hablaba rápido, con la voz cargada de ansiedad; un elemento de desesperación fluía bajo sus palabras. Me informó de que mi padre se había caído. Mamá era demasiado pequeña para levantarlo y había llamado a una ambulancia. Los técnicos sanitarios habían llevado a papá al hospital, y allí los médicos decidieron que se quedara ingresado. Mamá no estaba segura de por qué.

—¿Puedes venir a casa, por favor? —dijo.

Por regla general, en nuestra familia nadie pide ayuda de ninguna clase, ni económica ni emocional ni moral. Como mamá la estaba pidiendo, supe que el asunto era grave. Sin conocer los detalles, metí ropa apropiada para un funeral en la maleta, conduje todo el día y llegué en pleno solsticio de invierno; el entorno estaba gris y lluvioso, y una sensación de melancolía cubría las colinas. Fui directo al hospital. Papá estaba demasiado hinchado para que le dieran un diagnóstico. Lo primero en el orden del día era drenarle casi diecinueve litros de líquido, cosa que no estaba yendo bien.

Acompañé a mamá a la casa en la que me había criado, su hogar durante cincuenta años. Mi madre amaba a papá con devoción y con una lealtad tenaz. Aceptaba sus peculiaridades y admiraba su brillantez. La fortaleza de su matrimonio era un mérito que solo le correspondía a ella. Ella se encargaba de cada tarea, compraba, cocinaba, limpiaba y llevaba a los niños en coche adonde fuera. Ella mecanografiaba cada manuscrito final que papá escribía.

Mamá medía metro cincuenta, apenas levantaba dos palmos del suelo, era pelirroja, tenía los ojos verdes y una buena figura. Evitaba el sol para que no le salieran pecas. Después del instituto asistió a la Universidad de Transilvania durante un año, pero tuvo que dejarlo por motivos económicos y se puso a trabajar en un banco. Siempre lamentó no haber continuado sus estudios, así que en 1980 se matriculó en la Universidad Estatal de Morehead, en la que yo cursaba mi último año. En los doce años que siguieron se cogió

varias asignaturas por año como una de las primeras alumnas de la educación para adultos de la institución y obtuvo su licenciatura en Filosofía y un máster en Inglés. Durante tres años enseñó redacción a los alumnos de primero; luego empezó a dar clases en la recién inaugurada prisión estatal de West Liberty, Kentucky.

De los sesenta y cinco a los setenta y ocho, trabajó en Morehead como secretaria a jornada completa para complementar los ingresos que ambos recibían de sus pensiones. Mamá se obcecó en que el dinero no les hacía falta, pero yo sabía la verdad: el sentido del orgullo de mis padres impedía que mi madre admitiera las estrecheces económicas. Sabía también que ese trabajo era crucial en cuanto que la proveía de una vía de escape cinco días a la semana. Sus hijos se habían ido de casa y mudado muy lejos, pero mamá era incapaz de ir a trabajar más allá del pueblo más cercano. Allí tenía su vida, una en la que cada mañana iba andando al banco y charlaba con el cartero y con una mujer que trabajaba en la licorería.

La mañana posterior a mi llegada, mamá se levantó temprano y fue al hospital. Yo me di una vuelta por la casa y descubrí que dos semanas de fuertes lluvias habían inundado el sótano, que no desaguaba. Papá siempre había llamado a su vecino Jimmy para que lidiara con los problemas de fontanería.

Jimmy había muerto, de modo que llamé a su hijo, que apareció enseguida. Sonny y yo nos alegramos de vernos el uno al otro, pero permanecemos incómodos bajo el chirimirí, sin

saber muy bien qué hacer. Los hombres de las colinas no se tocaban si no era para darse de hostias o cuando se rozaban los brazos por accidente mientras andaban ocupados en alguna tarea compartida. Nos sonreímos y apartamos la mirada, nos rascamos y nos sonreímos un poco más. Le pregunté qué tal estaba.

—Hecho un toro, chaval —dijo.

El agua del sótano tenía unos quince centímetros de profundidad, más de lo que Sonny o yo mismo habíamos visto nunca. Me había traído calzado apto para el bosque, pero no para vadear, y me quedé en las escaleras del sótano con una linterna. Sonny se movía despacio por el agua, buscando el desagüe, con unas altas botas de goma. Dijo que eran de su padre. En la parte superior de las escaleras encontré las viejas botas con cremallera de mi padre. La goma estaba cuarteada por las zonas de presión de las punteras. Me envolví los pies con dos bolsas de plástico y los deslicé dentro de las botas de papá.

Sonny estaba acuclillado sobre el desagüe. Sumergió la mano en el agua turbia, palpó brevemente el fondo y dijo:

—Estrella.

Subí las escaleras para buscar un destornillador de estrella. Sonny quitó la rejilla e introdujo el muelle desatascador en la tubería. Recordé que de niño observaba el muelle de Jimmy salir por el desagüe mientras papá se quedaba de pie a su lado sin hacer nada, sosteniendo una linterna. Ahora Sonny y yo repetíamos el mismo procedimiento con las botas de nuestros padres.

Las paredes del sótano estaban mohosas y las vigas, cubiertas de telarañas. El agua oscura se movía bajo nuestros pies. El motor traqueteaba mientras el cable de acero se enroscaba y se desenroscaba dentro del tambor. Me acordé de que en el sótano tocaba con Sonny y sus hermanos. Como era el chaval más joven de la colina, lo llevábamos a remolque y nunca hablaba.

Se lo recordé a Sonny, pero la nostalgia no le interesaba. Vivía en el presente, en canalizar el muelle a tuestas, la mirada fija a media distancia, frunciendo el ceño y mascullando tal como había hecho su padre. Sonny creía que el muelle se estaba desviando hacia otra tubería. Lo recogió y probó de nuevo.

—¿Sigues escribiendo cuentos? —dijo.

Le dije que sí y él cabeceó una vez antes de devolver su atención al muelle. Muy pocos de los chicos con los que me crie habían acabado el instituto, pero aceptaban que yo fuese escritor. No estaba haciendo más que lo que hacían los demás: seguir los pasos de mi padre. Sonny era fontanero. El hijo de un borracho local era el borracho del pueblo en dos pueblos. Hijos de soldados se alistaban en el Ejército. Que me hubiese hecho escritor era perfectamente normal.

El nivel del agua batía las paredes a causa de nuestros movimientos. Una de las botas de papá empezó a calarse. Sonny apagó la máquina. Me dijo que bajase la colina unos siete metros hasta la vieja acequia de aguas negras, que había sido sustituida por una fosa séptica. De niño me había pasado cientos de horas en lo alto de la colina, buscando pieles de serpientes y conejeras, botellas viejas y huesos de animales, plumas y piedras de la suerte. Conocía el hueco en la maleza y la mejor ruta para bajar. Cuarenta años después de mi última incursión, los arbustos habían crecido y se habían propagado, y yo era mucho menos ágil. Mi bota resbaló y caí sobre una rodilla, pero me mantuve erguido. Enraizada en la tierra plagada de basura humana, los zarcillos de la forsitia se elevaban por encima de mi cabeza, eran mayores que mi pulgar,

estaban enmarañados y formaban nudos. La lluvia caía en oleadas. No llevaba ni gorro ni guantes.

Al encarar una fila de escaramujos, supe por instinto cómo debía rotar el cuerpo para adentrarme por ella; dejé que las espinas me rasparan, pero no que se me engancharan. Ahora tenía que encontrar la vieja acequia de aguas negras. La lluvia arreciaba. Gateé por debajo del alero vencido, avanzando despacio, con las articulaciones agarrotadas y las manos doloridas, apretadas contra el suelo por el peso de mi cuerpo. Sonny gritó desde lo alto de la colina. No alcanzaba a verlo, pero agité los brazos y sacudí un arbusto. Quería saber si oía algo.

—¿Qué se supone que tengo que oír? —dije.

—Lo que sea, chaval. Atento al suelo. Se supone que no tiene que hacer ningún ruido, así que cualquier cosa que oigas es buena señal.

Volvió a la casa. La lluvia aflojó un momento. Ahuequé las manos contra las orejas y me recliné en dirección a la tierra. Oía coches en el asfalto al pie de la colina y el suave sonido de miles de gotas de lluvia que azotaban miles de hojas. Oía mi propia respiración entrecortada.

Al cabo de unos minutos, me gritó que regresara a la casa. Los arbustos estaban demasiado entrelazados como para que pudiese erguirme, y me tuve que escurrir de espaldas. Las ramas me arañaron la piel. El agua se me colaba por los pantalones. Salí a un pequeño claro y a tirones me re Coloqué la ropa, tiritando de frío y sudando por el esfuerzo. Di dos pasos, resbalé y me caí. El barro me salpicó las gafas. Sonó mi móvil, pero lo ignoré. Me caí otras dos veces y me raspé las manos. Una rama me rasgó la mejilla. Respiraba con dificultad. Se me ocurrió que, si me daba un infarto, Sonny me arrastraría colina arriba y me llevaría al hospital. Tal vez compartiera habitación con papá.

Alcancé la seguridad del patio. Sonny había recogido su máquina desatascadora y dijo que volvería más tarde y que buscaría otro desagüe. Yo estaba empapado y lleno de barro, molesto con el mundo y conmigo mismo. Solo un puto estúpido se lanza por una ladera empinada, con cincuenta y cuatro años y en baja forma, e intenta oír el sonido de la tierra. Escuché el buzón de voz de mi teléfono. El médico creía que a mi padre le podía hacer falta una transfusión y mi grupo sanguíneo coincidía con el suyo. Se lo conté a Sonny, que apartó la mirada.

—¿Necesitas que te acerque al hospital? —dijo luego en voz baja.

Yo me encogí de hombros y él me dijo que subiera al coche. El sol se estaba poniendo. Hablamos de nuestros matrimonios, de los viejos colegas y de nuestros profesores de primaria. Sonny me dejó en el hospital, pero la urgencia médica resultó ser una falsa alarma. Papá se había estabilizado. El catéter había empezado a drenar.

Al final de la tarde, el agua había desaparecido del sótano. Llamé a Sonny, que dijo que había encontrado un desagüe de salida mejor contra el muro más cercano a la colina. Sugirió que escribiera en el muro su ubicación por si acaso la próxima vez se ocupaba de ello otra persona. El plan de Sonny era práctico y sensato, pero me sorprendió. La idea de escribir en la pared, aunque fuera en un rincón oscuro del sótano, era impensable. Violaba las normas de papá. Escribías en hojas de papel, las ordenabas en un manuscrito y tenías un libro. No se escribía en las paredes, al igual que no se escupía en el suelo. Pero papá estaba enfermo y yo era el ayudante de Sonny. Había recibido instrucciones.

En el rincón, hallé el desagüe que conducía a la fosa séptica. Le quité el capuchón a un rotulador negro; su fuerte olor se impuso durante un momento al del moho. Había escrito más de diez millones de palabras en mi vida, pero nunca antes en una pared. Si papá se enteraba, no le iba a gustar y me metería en problemas. En letras grandes escribí: «Desagüe de salida», con una flecha apuntando hacia abajo.

Al pie de las escaleras, volví a echar una ojeada por el sótano embarrado. Había pasado muchísimo tiempo allí abajo, sobre todo durante el invierno, cuando cancelaban las clases debido a la nieve. Ahora estaba lleno de viejas fiambreras, botellines de cerveza vacíos y maderos podridos. Un estante de metal oxidado contenía latas de comida que se habían dilatado y los ratones habían roído las etiquetas de papel. Me acordé de cuando maté a una serpiente en un rincón y de los meses que pasé colocando trampas para ratones.

Sonny había hecho un buen trabajo. Había vaciado el sótano con mayor eficiencia con que los médicos le habían drenado líquido a mi padre. Durante un instante, imaginé a Sonny como médico: su trato con los pacientes sería amable y, en vez de a mí, tendría un enfermero que le recogería el instrumental.

Salí a la oscuridad helada. La lluvia había parado. Gotas de agua caían de las hojas. Un búho ululó a lo largo de los riscos. La lluvia había aclarado el cielo, que ahora revelaba la misma ringlera de estrellas que había contemplado de niño. Escuché con atención. Se me ocurrió que el silencio que oía era el sonido de la tierra.

CAPÍTULO CUATRO

El diagnóstico del médico fue que mi padre padecía una cirrosis producida por el alcohol y que le quedaban seis meses de vida. Encargué a un hombre que construyera una rampa para la silla de ruedas junto al camino de acceso. Me sentía orgulloso de mí mismo. No podía ayudar a mi padre, pero sí podía facilitarle la entrada y la salida de la casa. Volvió a casa y ocupó su butaca. Yo regresé a Misisipi.

La década anterior había sido difícil para mí, empezando por el palo del divorcio. En lugar de escribir, me dediqué a mis hijos: hacía la compra, cocinaba, limpiaba, hacía la colada y los llevaba en coche. Unos años más tarde me casé con Melissa Ginsburg, una poeta de Texas, y pronto me encontré con un nuevo dilema: mis hijos adolescentes querían ir a la universidad y yo estaba arruinado y sin trabajo. Para financiar su educación, aprendí a escribir guiones por mi cuenta y trabajé en tres series de televisión: *True Blood*, *Weeds* y *Treme*. Hollywood era un mundo en el que nunca terminé de encajar, entre otras cosas por el miedo que me daba conducir por Los Ángeles. Aun así, salí adelante como pude, haciéndolo lo mejor posible, y durante varios meses viví en hoteles y apartamentos. No me desvié del plan: conseguir el dinero y largarme. Después de que mis hijos se marchasen, acepté un puesto fijo en la Universidad de Misisipi y alquilé una vieja casa a unos diez kilómetros del pueblo.

El primer verano en Misisipi después de que papá enfermara, conduje hasta casa para ver a mis padres; es la única vez en mi vida que he ido a visitarlos yo solo. Hasta entonces, siempre había estado presente algún miembro de la familia o me habían acompañado mi mujer y mis hijos. En Morehead, me alojé en un motel de la interestatal porque papá había dejado claro que era bienvenido solo después de las cuatro de la tarde. Dio a entender que aquello guardaba relación con su trabajo, ya que seguía escribiendo, pero resultó que la hora fijada giraba en torno a su horario de bebida. Papá me dijo que era el hombre más feliz del mundo. Su única queja tenía que ver con los fines de semana, porque mamá estaba en casa. Se llevaban bien, el problema

no era ese. La cuestión es que la presencia de mi madre interfería en su soledad, lo mismo que mi visita.

Seis meses después se estaba muriendo, y yo lo llamaba con regularidad. Ya había sobrevivido a un ataque al corazón, a dos ictus leves y a una serie de achaques menos graves. Llevaba cuarenta años filmando y estaba permanentemente unido a una bombona de oxígeno debido a una EPOC. Papá siempre había creído que moriría joven, igual que su padre. Le sorprendió llegar a los cuarenta y cinco; luego, a los cincuenta, a los sesenta y a los setenta y cinco. Ahora había pegado un bajón físico. En el último mes de su enfermedad, papá sabía que la muerte andaba cerca. Se quedaba dormido de repente, se despertaba, repetía lo que acababa de decir y se enfadaba por ello. La escalada de aquel patrón lo exasperaba.

—Hijo, me parece que es el principio del fin.

—Puede ser —dije yo.

—Es probable.

—Sí que es probable.

—Puede que no —dijo él.

La conversación contenía un conocido tinte de conflicto, de modo que decidí dejar pasar cualquier cosa que él dijera. Al final, la muerte igualaba toda disputa.

Habló de su infancia, de la granja que su padre luchó por salvar durante la Depresión y de cómo la tierra pasó a pertenecer al tío Johnny.

—¿Ese quién es? —pregunté.

—El hermano de mi padre.

—Nunca habías hablado de él.

—¿Por qué iba a hacerlo? Se quedó con la granja. Nunca la trabajó. Papá y yo sí lo hicimos, pero él se la quedó. Jamás lo volví a ver.

—¿Cómo era?

—¿A ti qué más te da? Soy yo quien se está muriendo, no él.

Se anotó una, buen punto. Pero me resultaba asombroso oír hablar de un pariente que no había llegado a conocer. Los nietos del tío Johnny tendrían más o menos mi edad. Me pregunté si sabrían algo sobre nuestra familia, sobre mí.

—No le tengo ningún miedo a esto —dijo papá—. No quiero que pienses que me estoy tirando un farol. De verdad que no. Si el dolor empeora, tengo escondido medio frasco de Percocet. Me lo tomaré con *whisky*. Si el dolor empeora.

—Ya.

—Tu madre lo sabe. Se lo he dicho.

—Es un plan B —dije—. Eso no significa que vayas a hacerlo.

Nuestra conversación cayó en un largo silencio. Volvió a hablar:

—Me sorprende no tener ningún miedo. He vivido bastante bien. Ahora sabré si de verdad existe un más allá. O si no es más que un largo descanso del que ni me voy a enterar. Cuesta pensar en un mundo sin mí.

Hay momentos en la vida de las personas en los que tiene lugar un evento significativo del que no son conscientes: la última vez en que aúpas a un hijo antes de que pese demasiado, el último beso de un matrimonio echado a perder, la visión de un paisaje que adoras y que nunca volverás a ver. Semanas más tarde, me di cuenta de que aquellas fueron las últimas palabras que me dirigió papá.

El día que murió, conduje hasta casa una última vez. La autopista se desplegaba ante mí como si el coche fuese una cápsula del tiempo que se empeñara en depositarme en el pasado. No me gustaba cómo me sentía porque no sentía nada. No había llorado. Solo era consciente de la carga de responsabilidad que me correspondía: primogénito, hijo mayor, cabeza de familia.

La madre de papá había muerto en 1984. Con cincuenta y cinco años, había sobrevivido a sus dos padres. La sensación de orfandad le empujó a abordar su propia mortalidad con la redacción de un testamento legal que nos envió a mis hermanos y a mí. Los términos eran sencillos: todo era para mamá. Si morían a la vez, nos repartiríamos la herencia en cuatro partes iguales.

El testamento incluía una larga carta plagada de digresiones que hacía referencia a la plata y al oro escondidos en la casa. A lo largo de dos páginas hablaba de su relación con el primer ordenador Macintosh que había salido al mercado: estaba encantado con su habilidad para modificar fuentes y aprender a programarlo solo. Concluía indicando que me había elegido a mí para que me ocupara del contenido de su despacho.

Sobre ti, Chris, he decidido que ha de recaer esta tarea y carga, y les digo esto a los demás, pero no el motivo. La inspección del despacho y la eliminación de su contenido dependen por entero de Christopher J. Offutt, y esto es oh-ficial.

En un sobre aparte con remite del general Douglas MacArthur, papá me envió un testamento secreto que ampliaba los detalles de la versión pública. Incluía instrucciones relativas a su por no, dónde estaba escondido y qué hacer con él. En una carta anexa expresaba sus motivos para no involucrar a

mis hermanos: evaluaba a cada uno de un modo mezquino y los hallaba deficientes del todo. De inmediato escribí a mi hermano y a mis hermanas para ofrecerles una copia del testamento secreto que pudiese paliar cualquier preocupación por estar recibiendo en cierto sentido un trato de favor. Ellos pusieron reparos, hastiados ya del porno y cansados de sus secretos.

El testamento secreto explicaba el gran interés de papá por la pornografía. La mayor diferencia entre sus libros y los de los escritores actuales tenía que ver con su actitud:

Es obvio que detestan a las mujeres, o algo peor, y a mí siempre me han vuelto loco. No soy un sádico: tengo tendencias sádicas. La diferencia es enorme.

Expresaba su preferencia por el porno de época victoriana y su admiración por el Marqués de Sade, que escribió detalladas fantasías sexuales mientras estaba en prisión. Papá lamentaba los recientes vaivenes del mercado, a la vez que apuntalaba su propio estatus:

La pornografía ya no es lo que era en mi época. El bondage y las fotos y descripciones de torturas se han vuelto más violentas y obscenas. Las editoriales reciben aquello por lo que pagan: basura.

Yo era un operario de primera en ese campo, Christopher J., y no habrá ningún sucesor.

La carta acaba con una feroz exhortación a que no lo jorobara matándome. Si lo hacía, tendría que ir a toda mecha a mi apartamento de Boston y tratar de encontrar esta carta.

Ya estaba acostumbrado a las insólitas cartas de papá. A menudo llevaban la firma de John Cleve. El nombre empezó como un pseudónimo para el porno, pero cuando yo era pequeño se convirtió en todo un personaje. La firma de Cleve difería en gran medida de las demás. Era menos formal, con joviales letras en bucle que terminaban en un círculo con una flecha: el símbolo de la masculinidad, del planeta Marte y del elemento químico del hierro. Las cartas de John Cleve estaban repletas de comentarios provocadores sobre mujeres, de un uso entusiasta de la puntuación y de jocosos juegos de palabras.

Durante los años posteriores, recibí de vez en cuando una misiva firmada por Turk Winter, el personaje que acabó por sustituir a John Cleve. La firma de Turk también era estilizada, con una línea horizontal que cruzaba ambas *tes* y se expandía hacia arriba. Había cierta intensidad en la pequeñez de la firma, en cada una de sus letras, legibles y escuetas.

Aunque busqué pistas en las cartas, nunca terminé de entender el porqué de las diferentes firmas. No parecían guardar relación con el contenido. Concluí que se trataba de la personalidad que estuviese encarnando, o que quizás lo encarnaba a él. Después de irme de casa, la variedad de firmas fue el primer indicio que obtuve para explicarme sus drásticos y súbitos cambios de humor cuando yo era niño. Normas arbitrarias que cambiaban bruscamente, con improvisadas consecuencias si se violaban. Era posible que cada personaje entendiera su dominio con unas expectativas y unos decretos distintos. Ninguno de nosotros sabía nunca con quién estaba tratando.

De las casi doscientas cartas que recibí de mi padre, solo una estaba sin firmar: la que acompañaba al testamento secreto. La ausencia de autoría confería al documento la mayor credibilidad. Consideré que provenía de lo más profundo de su personalidad, no de un papel ni de un personaje.

Nunca he tenido claro por qué me confió el control de su legado. Sospecho que quería a alguien que estuviese al tanto de su prodigiosa producción, de la amplísima velocidad de su mente. En el momento de escribir el testamento secreto, llevábamos más de una década a la gresca. Aquello nos fastidiaba a los dos, pero no supimos salvar esa distancia: nos culpábamos mutuamente y las hostilidades fueron creciendo por culpa de nuestra incapacidad para cerrar viejas heridas. Ataque y contraataque, intimidar e ignorar. Cultivamos el arte de la crítica velada hasta la más fina sofisticación y el uno hablaba mal del otro en el seno familiar.

Como mi padre había dejado sobradamente claro que podía morir en cualquier momento, conservé el testamento secreto durante veintiocho años, a lo largo de innumerables mudanzas por todo el país. Cada nueva ubicación implicaba descartes de ropa, libros y muebles, pero siempre sabía dónde tenía guardado el testamento secreto. Para protegerlo, lo envolví en plástico. Papá nunca mencionó el testamento, y yo no saqué el tema. Su confianza yacía entre nosotros, tácita y vital. Cuando murió, fue el primer objeto que empaqueté antes de dirigirme a Kentucky. Al final resultó que no me hizo falta; mis hermanos seguían sin estar interesados. Lo había conservado para nada. Nadie salvo yo leyó jamás aquellas páginas. A nadie le importaban salvo a papá.

Durante el largo trayecto hasta Kentucky tras su muerte, se me ocurrió que el testamento secreto había sido su modo de pedir auxilio. Justo en el límite del condado, en el río Licking, busqué con la mirada la escarpadura de Pottsville, una formación geológica que señala el margen de los montes Apalaches. Previamente había atravesado Lexington, lugar en el que nací, y

me pregunté cómo habría sido mi vida de haber permanecido allí, cerca de la familia de mi madre. ¿Y si me hubiese marchado a alguna universidad lejana en lugar de

asistir a la que tenía más cerca? ¿Y si me hubiese casado con alguna de mis primeras cuatro novias? ¿Y si me hubiese empeñado en mi sueño de ser actor? ¿Y si a los diecinueve no me hubiese lastimado tan severamente la rodilla que me vi forzado a volver a casa escayolado tras haber abandonado para siempre las colinas, un patrón de idas y venidas que tantas veces repetí hasta que descubrí que aquel paisaje siempre me tendría atado corto, que nunca podría escapar, que de hecho lo que más amaba y hacia lo que sentía mayor lealtad eran las colinas boscosas y no mi padre?

CAPÍTULO CINCO

El nombre completo de mi padre era Andrew Jefferson Offutt V. De niño, vio su nombre en tres tumbas del cementerio, una visión escalofriante que le inculcó un miedo vitalicio a unirse a ellas. El resultado de aquello fue su decisión de ser incinerado. Antes de que yo llegara a casa, transportaron su cuerpo fuera del condado para la cremación oficial. Los incineradores le abrieron el pecho en canal para quitarle la prótesis valvular. Metieron el cuerpo en una caja de cartón y lo deslizaron dentro de una incineradora que generaba un fuego de quinientos grados. Dos horas de calor abrasador evaporaban toda materia orgánica hasta que solo quedaban huesos pulverizados, sal y minerales sueltos.

Papá era un agnóstico declarado; enfatizaba sin parar que no era ateo. En su opinión, la incredulidad constituía una religión en sí misma, lo que dio pie a una breve charla con el director de los servicios funerarios. Mi hermana y yo rechazamos la mayoría de las opciones, incluidas una urna y una caja de madera para las cenizas de papá. Nos fuimos a casa para elegir la música apropiada y una selección de fotos que durante el oficio se irían fundiendo lentamente unas con otras en una pantalla.

Tres días después de que papá muriera, la familia se reunió en casa. El primer acto que cada uno de nosotros llevó a cabo, sin planear y de manera espontánea, fue cerrar de golpe la puerta de atrás y andar a zapatazos por la casa: actividades que teníamos prohibidas, reservadas solo a papá. Luego reímos como dementes, cuatro adultos de mediana edad al fin con permiso para comportarse como niños en su propia casa. Mis hermanos se alojaron en un motel de la interestatal, a unos veinte kilómetros. Aquello era tradición; ninguno de nosotros se quedaba a dormir en casa cuando iba de visita. La seguridad emocional merecía el gasto extra. Papá nunca hizo que nos sintiéramos bienvenidos y le traía sin cuidado la presencia de nietos. Los trataba del mismo modo que nos trataba a nosotros cuando éramos niños, intimidándonos y criticándonos, cabreándose si se rompía cualquier norma relativa a las puertas de los baños, al ruido, a las risas y a las charlas. Una

diferencia esencial era que nosotros conocíamos los riesgos, pero nuestros hijos no.

La última vez que llevé a mis hijos pequeños a Kentucky la cosa había acabado mal. Papá se puso a hostigar a Sam, que entonces tenía siete años y se había dejado abierta la puerta del baño. Yo fui incapaz de replicar, un error que todavía me escuece. En lugar de ver a mi hijo como el objetivo, me vi a mí de niño, vulnerable e impotente, y aquello desencadenó un dolor tan intenso que me limité a encerrarme en mí mismo. Me quedé callado e inmóvil, como congelado, el cuerpo y la mente separados, carente de emociones. Sabía que tendría que haber intervenido en nombre de mi hijo, pero mi parte infantil seguía teniéndole pavor a la ira de mi padre.

Báta, mi mujer por aquel entonces, no tenía esa oscuridad interior. Se acercó a mí y me dijo:

—Nos vamos.

En quince minutos hicimos las maletas, nos despedimos con sequedad y nos fuimos al pueblo. Estuvimos varios años sin volver a Kentucky, una decisión que hizo mucho daño a mi madre. Había guardado todos nuestros juguetes para que los nietos jugasen con ellos en futuras visitas: los Lego, los bloques de construcción, las casas de muñecas, los soldaditos y más de veinte juegos de mesa. Hasta tres veces me pidió que le mandara a mis hijos. Me negué sin decirle cuál era el motivo: no quería que soportaran los abusos de su abuelo.

Durante la veintena y la treintena, llamaba a casa a menudo. Siempre contestaba mamá y después, tras una breve conversación, se ponía mi padre. Hubo un tiempo en que creí que a ella no le gustaba hablar conmigo. Más tarde supe que, si estaba mucho al teléfono, papá se

enfadaba. Cuando añadieron otro terminal en el piso de arriba, papá escuchaba a escondidas hasta que mostraba su disconformidad en voz alta. A veces empezaban su propia conversación. Yo los escuchaba, los imaginaba hablando por teléfono en habitaciones distintas de la casa. Entonces era yo el que escuchaba a escondidas. Dos veces colgué el teléfono con suavidad, preguntándome cuánto tiempo seguirían hasta que se percataran de que ya no estaba ahí.

A lo largo de los años llegué a temer tres días en los que me veía obligado a llamar a mis parientes: Navidad, el cumpleaños de papá y el Día del Padre. Dos o tres días antes de cada fiesta empezaba a notar una ansiedad corrosiva. Reflexioné sobre aquel problema desde varios ángulos, principalmente sobre cuándo marcar el número. Como en todos los ámbitos de la vida de papá,

existían normas férreas relativas al teléfono. Nada de llamadas por la mañana ni al mediodía ni durante las comidas. Se aceptaban llamadas entre las cinco y las seis de la tarde, salvo que papá no se hubiese tomado aún una copa, lo que significaba que estaría nervioso, propenso al enfado. De seis a siete quedaban descartadas debido a la cena. Las llamadas entre las seis y las siete resultaban óptimas, salvo que estuvieran dando el partido de los Reds por la tele. Más tarde no era buena idea, porque después de unas copas papá daba la tabarra sin tregua, su mascullar inconexo viraba hacia la sensiblería, su humor era volátil.

Me aferré a la idea de llamar sin demora a las siete en punto en esos tres días al año en los que me sentía en la obligación de hablar con mi padre. Por desgracia, era frecuente que la línea estuviese ocupada, ya que también mis hermanos habían deducido que aquella era la hora ideal. Aunque papá afirmara que detestaba el teléfono, era un tipo solitario que disfrutaba la charla. Si le decía que me tenía que ir, se lanzaba sin más a por un tema nuevo y peroraba varios minutos. En realidad, no conversábamos: yo escuchaba. A menudo papá lanzaba al agua un cebo verbal —normalmente una opinión que sabía que yo no compartía— en busca del desacuerdo, y durante años lo mordí como un pez famélico, ansioso por tener una conversación aun cuando se trataba de un debate que terminaba en enfado. Con el tiempo, aprendí a reconocer y a ignorar aquellas trampas. Tras una breve pausa, comenzaba un monólogo sobre un tema nuevo. Nunca me preguntó por mi mujer, por mis hijos ni por mí.

La única manera de soportar aquellas llamadas era tomándome antes una copa y sirviéndome otra mientras papá hablaba. Al final, en lugar de sentirme mal y punto, terminaba sintiéndome mal y borracho. Probé una nueva táctica: en cuanto papá contestaba, le decía que en veinte minutos tenía que estar en otra parte, pero que quería llamarlo porque era el Día del Padre. Estuve quince años empleando con éxito esta estrategia.

Cuando empezaron a publicar mi obra, papá me dijo cómo debía tratar con los editores, a los que odiaba. Me hizo una lista de temas que quería abordar y luego anticipaba las reacciones de un editor y generaba sus propias respuestas por escrito. De esa manera, daba igual lo que un editor dijera por teléfono, porque papá estaba preparado y no se lo podía coger por sorpresa. Seguía el mismo patrón con las llamadas familiares, montándose una escena en la cabeza y comportándose con arreglo al papel que se hubiese autoasignado. Los problemas llegaban cuando los miembros de la familia carecían de información sobre esa conversación preguionizada. Si alguien no

contestaba como él se hubiera figurado que lo haría, era fácil que la frustración de papá escalara hasta la rabia.

Una Navidad papá me envió un billete de cien dólares. Era la segunda vez que me daba dinero en efectivo; la primera me había dado cuarenta pavos, cuando me marché de casa. Cien dólares eran una sorpresa agradable. Entre sus regalos de Navidad previos se incluían sus camisetas interiores desechadas y con manchas en los sobacos.

Reticiente, hice la llamada de turno. Contestó papá. En aquel momento su teléfono tenía identificador de llamadas. Contestó con brusquedad, sin preámbulos ni saludos.

—¿Para qué llamas, Chris? —dijo.

—Bueno, porque es Navidad.

—Sé qué día es. Me refiero a que por qué me llamas a mí.

—Para decir: «Feliz Navidad».

Un largo silencio. No tenía ni idea de cómo proceder.

—¿Sigues ahí? —dijo.

—Sí.

—¿No tienes nada que decirme?

—Claro, papá. Feliz Navidad. Espero que lo paséis bien.

—No me estás dejando decir lo que quiero decir.

Otro largo silencio que yo me encargué de romper.

—No sé qué es lo que quieres decir, papá. Pero te escucho.

—No, estás hablando. Decir que escuchas es hablar.

—Bueno, por eso he llamado, para hablar.

La conversación decreció hasta un tenso silencio. Por fin papa me contó que tenía planeada su respuesta a mi agradecimiento por el dinero que me había enviado. Pero que eso ya tenía que saberlo, pues estaba desbaratándolo adrede.

—Gracias por el dinero.

—Qué dinero.

No dije nada, inseguro de en qué parte de la conversación preguionizada se suponía que estaba yo.

Le habló al silencio.

—He dicho: «Qué dinero», Chris.

—Los cien dólares. Te lo agradezco.

—¿Qué cien dólares? ¿Te he mandado yo dinero? —Se echó a reír.

—Papá, ¿es eso lo que querías decir?

—Sí.

—Vale —dije—. Me tengo que ir.

Más tarde, mamá llamó para hablar con mis hijos; luego le pasó el teléfono a papá. James estaba en secundaria. Durante la conversación bajó la voz y empezó a lanzarme miradas rápidas y furtivas. Después me contó que su abuelo le había hablado de pornografía en internet: le había dicho que el porno era el combustible de toda tecnología y que era una suerte que lo tuviera disponible en la red. Le dije a James que el combustible de la tecnología era la investigación científica, no el porno.

Para la ceremonia, mamá escogió la tarde del viernes en una funeraria local. Como la familia no había comprado un recipiente lujoso, una caja de madera vacía que representaba las cenizas descansaba sobre una mesa. La caja no contenía nada, una metáfora apropiada para un hombre que no se había dejado conocer. Ningún miembro de su familia asistió al oficio.

Papá tenía poco tacto y ningún sentido de la diplomacia, pero era capaz de entablar conversación con cualquiera. En el condado todo el mundo tenía alguna anécdota acerca de Andy Offutt. Una historia que se repetía a menudo trataba sobre un hombre que había perdido un brazo en un accidente y que llevaba la manga recogida y sujeta con un imperdible. Las circunstancias concretas cambiaban cada vez que la contaba, pero lo importante era que en cualquier reunión social, en voz alta para que le oyeran todos, mi padre amenazaba con «ir allí y arrancarle el otro brazo»; luego se reía a carcajadas.

El pésame de quienes asistieron al funeral reflejaba breves encuentros de hacía décadas.

—No se conoce a un hombre como él todos los días.

—Menudo personaje era.

—Dios rompió el molde cuando creó a Andy.

—Mandó a cuatro hijos a la universidad y nunca salía de casa.

—Menudo personaje era.

—Tu papá decía cosas de lo más indignantes.

—Fue amable conmigo en una ocasión.

—Andy no hacía buenas migas con casi nadie, pero a mí siempre me cayó bien.

—Menudo personaje era.

—Menudo personaje era.

—Menudo personaje era.

Los asistentes se marcharon. Fiel a su herencia irlandesa, mi madre escrutó el libro de visitas para enterarse de quién no había asistido, hasta para sentirse desairada. Cuando todos se fueron le entregaron las cenizas a mamá,

y ella me las dio a mí. El recipiente de plástico tenía el aspecto de un libro de cocina enorme con una tapa abatióle. Dentro había una bolsa de plástico anudada con un alambre y llena de un polvillo sorprendentemente pesado. Como iba a conducir yo, encargué a mi hijo su transporte. Se acomodó la caja contra el estómago y la sujetó por debajo del cinturón de seguridad. Con mi madre en el asiento del acompañante, conduje despacio para evitar estropicios. Si se le iba la mano podíamos acabar embadurnados de los restos de papá.

Las únicas instrucciones claras de mi padre relativas a su muerte habían sido queabriéramos una botella de *bourbon* de cincuenta grados con su nombre estampado en la

etiqueta y que hiciéramos un brindis. El litro de *whisky* llevaba años en la balda de arriba; fue un regalo navideño de mi madre. Siempre me había parecido raro que papá tuviese la botella a la vista desde su silla, un lugar desde el que podía recordar la mortalidad con un simple vistazo. Mientras conducía colina arriba, se me ocurrió que quizás lo había entendido al revés: quizás era el *whisky* el que vigilaba a mi padre.

En el salón, mamá abrió la botella especial y sirvió chupitos. Estábamos de pie formando un círculo desigual y mirándonos unos a otros. Nadie sabía qué decir, y me percaté de que todos estaban esperándome a mí. Alcé mi vaso.

—Por Andy Offutt, padre, marido, escritor.

Puse las cenizas en una estantería, junto a los libros que papá había publicado con su verdadero nombre. En los días que siguieron, fuimos añadiendo objetos hasta formar un pequeño santuario: fotos, navajas, una taza, una placa, una gorra del Derby de Kentucky. Todos sabíamos que papá quería que lo incineraran, y todos dimos por hecho que era otro quien tenía la información referente a qué hacer con las cenizas. Al final resultó que no le había especificado sus intenciones a nadie. Mi padre nunca fue un hombre sentimental, no tenía ningún lugar especial en el bosque, ninguna panorámica favorita del campo ni relación con ninguna masa de agua. No teníamos urna para columbario alguno. Se plantearon varias opciones, pero ninguna prosperó: guardar las cenizas para enterrarlas con mamá, repartirlas entre los supervivientes o meterlas en un cohete y mandarlas al espacio sideral. Al cabo de un rato, el tema fue dispersándose y se abandonó. Todos estábamos postergando la decisión, tal vez un esfuerzo por evitar un error que habría cabreado a papá.

Mis hermanos regresaron a sus respectivos hogares. Mi mujer y yo nos quedamos en Kentucky los tres meses siguientes para ayudar a mamá con las cuestiones legales y sus planes futuros. Ella no hablaba mucho. En mis primeros recuerdos se mueve por la casa sin hacer ruido, llevando objetos de habitación en habitación. Desempeñaba las tareas con atenta resolución y seguía una rutina estricta: un día, la compra; otro, la limpieza; la colada, un tercero. El resto del tiempo escribía a máquina.

Por entonces, para mí mi madre era, hasta cierto punto, un mensaje codificado, y aún lo es. Por defecto, su respuesta a cualquier pregunta era una variación de «Estoy bien» o «Todo va genial» o «No me arrepiento de nada». Si le preguntaba qué le apetecía con respecto a cualquier cosa —un paseo, una comida, una bebida—, inevitablemente revertía la pregunta a un «¿Qué te apetece a ti?». Mamá era una compañía excelente para cualquier situación: agradable, risueña y nunca se quejaba. Sus opiniones eran un reflejo de las de papá, una especie de espejo psíquico. Evitaba el conflicto guardándose sus sentimientos para ella sola. El resultado era la armonía conyugal.

Una semana después del funeral, llevé a mamá a un invernadero hecho de paneles de plástico. Mamá escogió una planta de flores blancas; después sonrió, sacudió la cabeza y en su lugar eligió una de flores rojas.

—Tu padre era daltónico —dijo—. Yo compraba solo flores blancas para que él pudiese verlas.

Se llevó las rojas a casa. Después de cincuenta años, mamá plantaba en su propio jardín unas flores que le gustaban.

CAPÍTULO SEIS

La pérdida de uno de los padres se lleva una especie de paraguas contra el inclemente tiempo de la vida. Independientemente de su estado —tela rasgada y varillas rotas—, uno siempre lo había tenido a mano para protegerse y tener cierta seguridad. La muerte de papá me convertía en el cabeza de familia oficial, en el encargado de tomar decisiones, en el siguiente en la cola de la muerte. Ahora tenía que proveer de mi propio paraguas a mis hermanos, a mi madre y a mí mismo.

Mi mujer y yo nos pusimos a limpiar la casa de mamá, repleta de cinco décadas de acumulación. Había mobiliario contra las paredes de todas las habitaciones, a menudo con objetos apilados: almohadas, libros, revistas. Cada armario estaba abarrotado del suelo al techo. Mis padres, que habían crecido durante la Gran Depresión, no tiraban nada: el sótano contenía los cacharros que cribaban del resto, los descartes de los descartes. La recogida de basura semanal era una novedad relativa en las colinas, y en el porche trasero había una pila de desperdicios. Mi madre me dijo que solo sacaba unas pocas bolsas cada vez porque no quería importunar a los basureros.

Empecé con la ropa de papá: cuarenta pares de pantalones de chándal de lana y otros tantos jerséis, y sesenta camisas de seda, todo comprado por correo. En un bolsillo de uno de los pantalones había un bulto grande. Comprobé si se trataba de dinero, pero encontré un pañuelo usado, lo que significaba que los pantalones no se habían lavado desde que los llevara.

La última mano que se había introducido en ese bolsillo había sido la suya. Experimenté una pena profunda, pero enseguida confiné mis sentimientos, como hacía siempre mi padre. Las emociones interferirían en la tarea que tuviese entre manos, retardaban mi progreso, me volvían débil y vulnerable.

Trabajaba doce horas al día. Hacíamos viajes diarios al pueblo: donamos libros a la biblioteca, ropa y artículos del hogar a los Servicios Sociales Cristianos, mobiliario al Departamento de Teatro de la universidad. De camino a casa, paramos en la licorería para hacernos con más cajas. Las más

duras estaban diseñadas para contener *bourbon*, el veneno que había matado a papá.

Durante años, mi padre vivió en una gran butaca reclinable, tapizada en cuero, con el reposabrazos derecho lustroso de tanto mover el mando a distancia. Tenía el asiento colocado en una inclinación permanente para adaptarlo mejor a su pierna mala, sometida a una misteriosa dolencia jamás diagnosticada: nervios, artritis, los huesos, algo. Los médicos no lograban dar con el achaque. Aquello llevaba años molestando a papá y lo había incapacitado para viajar en avión, su pretexto para no visitar a sus hijos. Me dijo que se trataba de una «herida fantasma», una cicatriz bajo la superficie donde lo habían apuñalado cuando estuvo al servicio de Genghis Khan. Consideraba que el dolor era una prueba de la reencarnación. Hacía énfasis en que el ejército de Khan estaba basado en la caballería y en que él había sido un soldado raso de infantería, nada del otro mundo. Papá se deleitaba con la humildad de su papel.

Mamá no quería conservar el butacón, pero la idea de donarlo a los Servicios Sociales la incomodaba. Llamé a mi amigo de infancia Faron, a quien en su día habíamos apodado Hollywood por sus pintas de seductor. Conocía a mi padre desde hacía cincuenta años. Faron era un Henderson, apellido de gran utilidad en el condado, libre de pecado y de escándalos. Tenía tres hermanos, entre los que se incluía Sonny, el que había desaguado el sótano en invierno. Uno de los hermanos se alistó en la Marina y dejó las colinas para siempre. Los demás continuaban allí. A medida que envejecía, Faron iba pareciéndose más a

su padre, y me pregunté si también sería mi caso.

Su esposa y él llegaron para ayudarnos a empaquetar. Faron había sido leñador, instalador de teléfonos y carpintero. Domaba caballos e iba en moto. Ahora trabajaba limpiando coches. Llevaba el pelo cortado al estilo «Cascada Kentucky», unas greñas largas que le llegaban hasta la mitad del pecho si se las peinaba hacia delante. Le pregunté cómo llamaba a aquel peinado y, tras vacilar, me miró a los ojos y dijo:

—Antigualla.

Nos reímos como siempre, olvidándonos durante un momento de nuestros padres muertos. Faron y yo llevamos la butaca de papá a su camión. Reía mientras aceleraba pendiente arriba y tomaba la curva, con el pelo saliéndole a raudales por la ventanilla.

Reuní las armas de papá y las revisé. Un revólver estaba roto; la varilla se había soltado del tambor y no valía la pena repararlo. Otras se habían echado

a perder por el óxido. Cogí una escopeta y un rifle para llevárselos al hermano de Faron, un maestro armero que había ganado premios de puntería con rifles de avancarga que fabricaba él mismo. Randy estaba sentado en su garaje, rodeado de herramientas, piezas de armamento, una motocicleta y trozos de una madera espléndida. Me saludó como si me hubiese visto la semana anterior en lugar de hacía una década. Podríamos haber sido parientes: ambos con barba y gafas, pelo beis cano y tripa.

Randy limpiaba las armas de papá mientras hablaba. El Remington de un único disparo se fabricó en 1936: la culata era de vivo nogal atigrado; el mecanismo, suave; las miras seguían alineadas. Mi abuelo lo había usado para cazar piezas pequeñas durante la Depresión y luego se lo regaló a papá. Fuimos a pie hasta el campo de tiro de Randy y disparamos varias veces con el rifle. Le impresionó mi pericia para acertar a una lata de cerveza desde más de veinte metros. Yo me encogí de hombros, satisfecho en secreto, y le di el mérito al rifle.

—Buen arma —dijo Randy—. Ven a visitarme.

Asentí y me fui en mi coche; di gracias por conocerlo, por conocer a todos los Henderson. Durante mucho tiempo creí que había tenido dos infancias —una en la casa y otra fuera— que discurrían en paralelo, radicalmente distintas. Años después caí cuenta de que había tenido cuatro infancias distintas: una bajo techo y otra fuera, más una división entre «antes de que papá trabajara en casa» y la abrupta transición hacia su presencia constante en ella. Mi hermano y yo compartíamos habitación en el piso de arriba. Dentro de un ropero había otra puerta que daba a unas escaleras estrechas que conducían a la oscuridad. Estaba absolutamente convencido de que allí habitaban fantasmas. En el muro exterior de la casa había un conjunto de postigos cerrados, decorativos. Estaban fijados al ladrillo por la cara opuesta del muro, al pie de las escaleras. Creía que después de irme a dormir, los fantasmas bajaban la escalera de la buhardilla y usaban los postigos para salir de la casa a matar gente, y que regresaban antes de que yo me despertara. Por último, entrarían en casa por un armario misterioso a matar a la familia. Era tarea mía proteger a mi hermano y a mis

hermanas.

Antes de irme a dormir, colocaba piedras debajo de mi manta según patrones específicos diseñados para mantener a los fantasmas a raya. Me volví sonámbulo, salía de la habitación y me despertaba en otra parte, a veces fuera. En varias ocasiones recobré la consciencia sentado en el baño, con mi madre presionándome la frente con una toalla húmeda mientras me rogaba

que despertara. Más tarde me contó que todo aquello la dejaba perpleja, pero que, como siempre me despertaba, no se preocupó. Nunca le conté lo de los fantasmas, y ella nunca me preguntó por las piedras en mi cama.

Papá necesitaba un despacho en casa, y el cuarto de mis hermanas era la mejor opción. Ellas se quedarían con mi habitación, a la que se añadiría un nuevo tabique para ganar privacidad. Mi hermano y yo empezaríamos a dormir en la buhardilla en cuanto la reformaran. Antes de que llegaran los carpinteros, decidí explorar la buhardilla durante el día. Abrí la puerta del armario y me quedé al pie de las escaleras, con la mirada fija en la oscuridad de arriba. Puse un pie en el primer escalón e inmediatamente lo retiré. Al día siguiente fui capaz de dejar más tiempo el pie en el escalón, y al siguiente aguanté un momento subido a ese primer escalón. De ese modo, a lo largo de varios días, repté escaleras arriba hasta quedar en cuclillas en el rellano. De un salto, entré en la buhardilla lo más rápido que pude y tiré del cordón de una bombilla pelada que colgaba del techo. La buhardilla se componía de unas vigas vistas, unos tachones y unos travesaños. Sin aislamiento ni ventilación, en el cuarto hacía un calor horrible. Las avispas zumbaban por encima de mi cabeza.

En el suelo había una caja de cartón que contenía libros de bolsillo con las tapas lisas y amarillas. Cogí uno al azar y lo abrí. Enseguida supe que no tendría que estar leyéndolo, pero no quería parar porque hacerlo me provocaba un cálido cosquilleo dentro de mi cuerpo. Se me contrajo el estómago y se me secaron los labios. Estuve una hora acucillado sobre la caja. Había unos veinte libros. Pronto aprendí a saltar a las partes interesantes, que o eran sexo explícito, con un lenguaje que jamás había visto, o relatos detallados de mujeres con grandes traseros dando azotes.

Mi hermano me llamó para cenar, coloqué los libros en el orden en que los había encontrado y bajé las escaleras. Tras años teniéndole miedo a la buhardilla, ahora deseaba volver a subir corriendo al piso de arriba. Durante una semana, hasta que mi madre despejó el espacio para los carpinteros, leí en secreto un libro de pornografía en tapa dura. Tenía once años.

Ese mismo verano un dentista me sacó cuatro muelas con el objetivo de generar espacio suficiente para repartirme el resto de los dientes por la boca. Llevé ortodoncia durante dos años —superior e inferior—, la única del condado. Todas las mañanas me cambiaba cuatro tiras de goma que se entrecruzaban entre mis maxilares. Por la noche dormía con un trozo de metal que se fijaba a los dientes y se abrochaba a la nuca. La mayor parte del tiempo me dolía la boca. Siempre había sido un chaval rudo y peleón, y los labios me

sangraban por dentro a causa de las rasposas heridas que uno padecía en la vida rural. Aprendí a ignorar las punzadas en las encías, los cortes en los labios y los escupitajos de sangre. El dolor quedó relegado a una molestia distante, similar al picor provocado por la mordedura de un insecto.

Los carpinteros trabajaron todo el verano, y en agosto mi hermano y yo nos mudamos a nuestra nueva habitación en la buhardilla. Cada noche entrábamos en el sombrío armario al pie de las escaleras. Más arriba, en nuestro cuarto, la oscuridad era total, y el interruptor se encontraba al final de las escaleras. Yo cogía aire y aguantaba la respiración. Ponía las manos en la jamba y me catapultaba escaleras arriba, conocedor del lugar exacto en el que debía colocar los pies para evitar cualquier chirrido. En el rellano, mi mano abierta alcanzaba el interruptor y yo asomaba la cabeza para comprobar si había fantasmas. Nunca estaban presentes, se las arreglaban para huir momentos antes de mi repentina llegada. Entonces ya no había peligro para que mi hermano subiese las escaleras.

Décadas después me contó lo agradecido que se había sentido por que fuese yo el primero en subir aquellas escaleras. Cada vez que, ya de adulto, emprendía la subida, algo frío le atravesaba el cuerpo. Creía que era el fantasma de su antiguo miedo. Más tarde, le pregunté a mi hermana si ella le daba miedo alguna parte de la casa. Guardó silencio un instante y luego sacudió la cabeza.

—Me daba miedo toda la casa —dijo.

A lo largo de los últimos treinta y cinco años, nuestro cuarto en la buhardilla ha ido cambiando del mismo modo en que cambia un nido abandonado: primero fue un cuarto de costura; luego, cuando mi madre volvió de la universidad, un estudio, y ahora, un cuarto para acumular cacharros. Pasos estrechos flanquean altas pilas de objetos, entre los que incluyen adornos de Navidad de los años cincuenta, ropa de los sesenta y anuarios de instituto de los setenta. El tejado tenía goteras. Había un ligero olor a moho, a podrido y a meado de ardilla. Mi cama era un trozo irregular de gomaespuma desmigajada y roída por los ratones. Debajo yacían los restos de mi niñez: varios libros de bolsillo, una cartera vacía, una pila de cartas de amor de la secundaria, una caja de puros llena de centavos antiguos^[1], tres diarios y un murciélago muerto.

Encontré un retrato de mi hermano a carboncillo y enmarcado que alguien había dibujado cuando éramos niños. Estuve un buen rato mirando el dibujo. Se parecía más a mi hermano ahora que cuando lo dibujaron, como si el artista hubiese entendido que un retrato es un recuerdo futuro hecho tangible.

Deambulé por el laberinto de objetos apilados, tocando esto y aquello. Era como estar en un mercadillo casero, yendo entre los restos de la vida de otra persona. Nadie, ni vivo ni muerto, ocupaba ya ese espacio. Me había convertido en mi propio fantasma, atormentaba a mi propio pasado.

Salí al exterior y usé una escalera de mano para subir al estrecho tejado del porche. Los postigos cerrados estaban definitivamente atornillados al ladrillo. No existía puerta secreta. Allí no había más que un hombre solo de pie en un tejado, de cara al muro.

CAPÍTULO SIETE

Para la mayoría de las personas, la infancia es un refugio de tiempos en los que todo era más sencillo. Las crecientes responsabilidades de la edad adulta dotan al pasado de inocencia y júbilo: un verano que parece no tener fin, la vastedad de un cielo nocturno, el fundido del invierno al alborozo de la primavera. La infancia mejora a medida que envejecemos y nos alejamos de ella. No era así para mi padre. Rara vez hablaba de sus primeros años si no era con tono lúgubre, con una anécdota recurrente o con una referencia oblicua y amarga. La historia de su juventud resulta vaga, está envuelta en dolor y penurias.

Papá nació en 1934, en el cénit de la Gran Depresión. La familia Offutt era propietaria de una granja cerca de Taylorsville, con una enorme casa principal y una cabaña de madera para los aparceros. Para evitar que el banco embargara la granja, mis abuelos alquilaron la casa principal y se mudaron a la cabaña, en la que papá pasó sus años de formación. Tan solo dos objetos sobrevivieron a su vida en la granja. El más antiguo es un certificado del *Courier-Journal* de Louisville que lo proclama ganador del Certamen de Ortografía del Condado de Spencer de 1944. El segundo es una fotografía de papá y su hermana de pie sobre un suelo rocoso en el verano de 1946. Llevan mono y sombrero de paja. Al fondo se ve su casa de madera, las juntas selladas con tanto cemento blanco que la estructura parece tener bandas horizontales. Papá mira a la cámara con expresión de descontento.

Regresó a la granja en una ocasión, cuarenta años después, y me pidió que lo acompañara. Papá conducía muy rápido, con las muñecas cruzadas en la parte superior del volante, lo que limitaba seriamente su capacidad de maniobrar con el coche. Yo me recliné en mi asiento y durante la primera media hora respiré despacio; luego me ofrecí a conducir. Así, dije, puedes indicarme mientras echas un vistazo a los viejos terrenos de la familia. Al haber sido vendedor, papá era un blanco maleable: admiraba la lógica calma de la persuasión. El resto del camino conduje yo y él no paró de hablar, un relato de recuerdos empapados en pesares.

La cabaña era calurosa en verano y fría en invierno. De niño papá era tímido, sensible y retraído, un ratón de biblioteca y el ojito derecho de su madre, sin interés alguno por los deportes. Despreciaba la labor tediosa de la industria láctea. Papá no hablaba casi nunca de su infancia salvo para denigrar a su padre, quien, con cuarenta y pocos años, empezó a llevar camisas con estampados florales y a ir al pueblo a deshoras. A su funeral llegó un enorme ramo de rosas anónimo. Cuando papá me contó esto, di por hecho que mi abuelo tenía una amante en el pueblo. Pero papá concluyó que su padre era un homosexual latente y que las rosas las había mandado un hombre. Asentí, pensando que la necesidad de papá de eliminar la influencia de su padre era tan grande que había elegido el peor escenario posible para los hombres de campo de su generación. No obstante, papá tenía dos recuerdos positivos de los que me habló en numerosas ocasiones.

A los diez años, fue con su padre y un amiguete a una partida de caza, armado con un rifle del calibre veintidós. Un conejo asustado alzó su impredecible vuelo a brincos. Papá le descerrajó un tiro y lo mató con una bala increíblemente afortunada. Su padre mostró por él un orgullo excesivo, no tanto por haberle dado al conejo como por haberlo hecho delante de su amiguete. Papá no volvió a cazar, prefirió acabar tal como había empezado, con la perfección absoluta. La otra interacción positiva tuvo lugar en lo más crudo de un invierno brutalmente frío. Mi abuelo se llevó a papá a mear fuera, contra la pared del granero, el uno al lado del otro. A medida que resbalaban por los maderos de roble, los chorros gemelos se fueron volviendo aguanieve, congelándose antes de alcanzar el suelo.

Después de dejar la granja, papá asistió a la Universidad de Louisville gracias una beca

de la Fundación Ford. Era un plan para que las personas listas en situaciones desfavorecidas se saltaran el último año de instituto y se matricularan en la universidad. Papá cumplía todos los requisitos y acababa de ganar un concurso de relatos de ficción para todo Kentucky con uno corto titulado «El alma del diablo».

En su segundo año, su padre, que entonces tenía cuarenta y cinco, murió repentinamente. Su madre vendió el coche y encontró trabajo en un banco. Papá reaccionó abrazando la vida universitaria y construyéndose una nueva identidad. Empezó a fumar, a beber y a jugar a las cartas. Llegó a ser presidente de su fraternidad. Durante dos años perteneció al Cuerpo de Capacitación de Oficiales de Reserva de las Fuerzas Aéreas, con la esperanza de convertirse en piloto, hasta que su daltonismo le impidió volar. Fue editor

y dibujante para el *Static*, la publicación del campus del AFROTC^[2], y editor para *The Cardinal*, el periódico estudiantil. En su último año, papá ganó un concurso de relatos de ciencia ficción a nivel nacional que patrocinaba la revista *If*, su primera publicación profesional.

Durante el trayecto a Taylorsville, papá y yo nos perdimos varias veces por caminos de tierra que acababan en muros de bosque. Bien entrado el día, al final de un camino recién asfaltado, encontramos la casa principal de la granja. Más adelante estaba la cabaña. Aparqué y nos acercamos a pie. Los muros estaban intactos: después de ciento cincuenta años las esquinas seguían firmemente encastradas. Faltaban las ventanas, y roble venenoso cubría la fachada. El tejado estaba hundido. El suelo se había podrido y dentro crecían árboles cuyas ramas se balanceaban por encima de los muros. Mi padre estuvo un buen rato contemplando las ruinas. No se movió. Entendí que miraba la cabaña, pero que lo que veía era otra cosa.

Lo dejé a solas y deambulé por las tierras, intentando reconstruir sus años de juventud. El terreno del oeste de Kentucky difiere mucho de las colinas del este. El condado de Spencer forma parte de la cuenca del río Salt, un paisaje ondulado con una vasta extensión de cielo y un viento que agita los campos de heno. Por todos lados la tierra se elevaba poco a poco hasta encontrarse con el horizonte, como si la granja reposara en el interior de un cuenco ancho y poco profundo. Comprendí por qué se marchó para no volver. Se había criado en un cráter.

La tierra que rodeaba la cabaña estaba demasiado descuidada como para adentrarse en ella y el patio era una maraña de matorrales y maleza. Caminamos hasta el viejo granero, que al haberse mantenido en uso se conservaba en mejor estado. Con metro ochenta y piernas largas, papá siempre iba a paso ligero. Ahora avanzaba despacio, como en estado de fuga, soñoliento pero sumamente alerta, registrándolo todo. Se quedó un buen rato mirando el henal.

—Una vez obligué a mi hermana saltar desde ahí arriba. A papá no le gustó. Me tuvo el día entero arrodillado en las rocas —dijo al final.

Recorrió el granero de punta a punta, asomándose a cada establo; luego salió. Yo le seguí. Él se desabrochó los pantalones. Permanecimos el uno al lado del otro y meamos contra los viejos tablones de roble; después nos subimos al coche y nos fuimos. Hicimos todo el trayecto a casa sin hablar, el periodo más largo en que lo he visto callado. Jamás volvió a mencionar aquel viaje.

Las privaciones y lo indigno de haber crecido durante la Depresión dejaron en mi padre la impronta de una acuciada frugalidad. Papá rescataba finas lascas de jabón, recogía los restos mugrientos de las pastillas antes de que el agua se los llevara por el sumidero. Humedecía los trozos y formaba un pedazo nuevo de jabón, recubierto de suciedad y pelos. Lo ponía en un lado del lavabo, donde yacía intacto y se endurecía conforme se secaba, resquebrajándose en grietas oscuras.

Mi padre no confiaba en los bancos y le disgustaban los gobiernos amplios. Tras su muerte encontré pequeños fajos de billetes escondidos en varias partes de la casa y suficiente comida enlatada, licor y munición como para sobrevivir a un asedio prolongado. En sus primeros años como escritor, a menudo estaba sin blanca o a punto de estarlo, y tuvo problemas legales con Hacienda. Mi tía y mi abuela habían creado un fondo de estudios para mis hermanos y para mí, pero papá se quedó con el dinero. Vendió mi colección de cómics de mil quinientos títulos y se guardó las ganancias. Mi hermano cambió de dirección postal después de que papá fuese detrás de su cheque de ayuda a los estudios.

Mis hermanos y yo nos criamos bajo el espectro de la Depresión y con la creencia de mi padre en que esta volvería. Para asegurar nuestro futuro, acumuló oro, plata y joyas. Cada vez que iba de visita, papá me llevaba aparte para proporcionarme información privada

sobre los escondites, siempre con una actitud de máximo secretismo e insinuando que estaba contándomelo a mí y solo a mí. *Cuando llegue el momento*, decía en voz queda para darle un efecto dramático, *que llegará*. Me dijo que buscara en los conductos de la caldera. Señalaba la parte superior de una librería de su despacho hecha a medida, cuyas molduras ocultaban tres compartimentos secretos. *Ahí arriba*, decía. *El oro de la familia*. Me sentía honrado por su tono confidencial, por su confianza.

Tratándose de papá, hacer preguntas rara vez era buena idea, pues tendía a interpretarlas como una crítica. La paz se mantenía con cabeceos de asentimiento y su respuesta favorita: «Sí, señor». Como resultado, nunca pregunté qué conducto de la calefacción en particular contenía la recompensa. Tampoco lo hicieron mis hermanos, a los que también había informado en repetidas ocasiones de los escondrijos que había en la casa. Nos contó a cada uno de nosotros que guardaba piedras semipreciosas según se salía por la puerta trasera, esparcidas por un «jardín de piedras» formado por gravilla y guijarros de río. Era un santuario en miniatura para una estatua desmoronada de Thulsa Doom, un poderoso nigromante del mundo ficticio de Conan el

Bárbaro. Papá escribió nueve novelas ambientadas en la imaginaria Edad Hiboria de Robert E. Howard y empleó los beneficios en cerrar un porche lateral. Grabado en el suelo de cemento se leía «Crom», el nombre del dios personal de Conan. En un sentido muy real, la nueva habitación representaba el botín de Conan, mientras que las valiosas gemas del jardín resultaron ser piedras sin ningún valor pulidas en el tomo de un geólogo.

Hace muchos años, un amigo perteneciente a una familia rica de Nueva Inglaterra me dijo que, al enterarse de la muerte de un anciano, quienes lo sobreviven corren al banco a limpiar su caja fuerte. Efectivo, joyas y cheques al portador quedaban a merced de cualquiera. Después de que muriera papá, mi hermano y yo emprendimos en equipo nuestra búsqueda del botín para no dar la impresión de que «corríamos a los conductos del suelo».

Empezamos con los más cercanos a la butaca de papá y fuimos ampliando el radio en círculos concéntricos, habitación por habitación. Las tapas de metal de los conductos se extendían en rejillas por encima de la instalación, que como venas recorría toda la casa. Me puse a cuatro patas e introduje un espejo por las aberturas mientras mi hermano hacía rebotar el haz de luz de una linterna a lo largo de los pasadizos horizontales. Encontramos soldados, piezas de mecanos, zapatos de Barbie, telas de araña, cacas de ratones y, por último, una bolsa de tela con una capa de polvo. La subimos hasta el suelo y nos acuclillamos delante de ella. Dentro había una tela de terciopelo que envolvía objetos muy ligeros. Poco a poco desenvolvimos la tela, fascinados y solemnes frente al fabuloso tesoro de nuestro padre: una cuchara sopera, un tenedor de ensalada y dos tazas pequeñísimas, todo hecho de plata de ley.

Mi hermano se fue, y pocos días después mi hermana vino a ayudar. Nos embarcamos en la difícil tarea de investigar los compartimentos secretos de la librería del despacho de papá. Las ventanas llevaban veinte años cerradas; hacía diez que papá no ocupaba el cuarto. El calor intenso del verano me empapaba la ropa de sudor y el polvo afectaba al asma de mi hermana. Hasta la parte de la planificación resultó ardua. Los tres paneles estaban ubicados en la parte superior de una estantería que iba de pared a pared, fijada al alto techo. No alcanzaba ni de pie en una silla. Retiramos pilas de porno con la idea de hacer espacio para una desvencijada escalera de madera. Mi hermana la sostuvo mientras yo subía. El panel central era una trampilla larga y estrecha que antes tenía que abrirse a fin de acceder a los dos compartimentos de cada flanco. Toda la estantería se había escorado hacia el rincón y apretaba la madera hinchada por la humedad. El panel central no se abría.

Mi hermana me tendió un martillo y un destornillador. Dos plafones saltaron y el panel se abrió para revelar un compartimento estrecho, de una altura justa para quedar fuera de mi campo de visión. Me subí con cuidado al último escalón, que estaba hendido por la veta. Eché un vistazo a mi hermana para asegurarme de que estaba sujetando la escalera. Su gesto serio desencadenó el fogonazo de un recuerdo: me acordé de la vez que me subí a una caja de madera puesta encima de una silla mientras ella me tendía una bombilla nueva para el aplique del techo de su habitación. Nuestros padres se encontraban fuera del pueblo. Estábamos solos, igual que ahora.

Utilizando una linterna, me quedé mirando la enorme ratonera dentro del compartimento secreto. Detrás de ella había quince botes de pastillas de plástico, y los saqué. La escalera se balanceó como si el viento la hubiese agitado. Juntos, del mismo modo en que de niños habíamos cambiado la bombilla, inspeccionamos los otros dos compartimentos. Reunimos

todo en una caja y la llevamos al piso de abajo; allí extendimos los últimos objetos de nuestra legendaria herencia.

PLATA

14 dólares Liberty

1 medio dólar de Kennedy

1 medio dólar de Franklin

2 cuartos de Washington

34 monedas de Mercurio de diez centavos

48 monedas de Roosevelt de diez centavos^[3]

JOYAS

Estrella negra de la India

Granate

Ópalo

Ojo de tigre

Amatista

Piedra lunar

Cuarzo rutilado (*fleche d'amour*)

Cuarzo turmalinado (dardo de Cupido)

ORO

Un bolígrafo marca Cross, deslustrado e inservible

Un nido de pájaro que contiene cuatro huevos de petirrojo pintados con espray dorado

Mi hermana quedó decepcionada por el tesoro de nuestro padre y citó su inutilidad como prueba de su visión distorsionada del mundo. Papá nos había

transmitido sus propias ilusiones y nosotros nos las habíamos creído a pies juntillas con la esperanza de que pudieran aparecer objetos de auténtico valor. En vez de eso, habíamos heredado baratijas escondidas.

Clasifiqué minuciosamente aquellos bienes, tratando de entender por qué los habría considerado dignos de conservación. Las monedas eran de plata, anteriores a Kennedy, singulares por el repique como de campanas que emitían al rebotar contra la madera. Lamentablemente, estaban muy desgastadas por el manoseo excesivo. A pesar del lugar seguro en que se encontraban y de su prolongada conservación en botes de plástico cerrados, carecían de valor más allá de la deplorable expresión numismática *valor de fusión*.

En los años ochenta, papá compró por correspondencia muchos paquetes de piedras semipreciosas. Todos incluían un Certificado de Autenticidad Oficial con la firma garabateada de un representante de los Buscadores Internacionales de Gemas. Los papeles vitela se desmenuzaron conforme los desplegaba para leerlos:

Este documento certifica que la adquisición adjunta ha sido profesionalmente evaluada por nuestro proveedor y garantiza su autenticidad.

Yo admiraba la vaguedad del lenguaje como herramienta comercial. «La adquisición adjunta» podía referir a un artículo cualquiera, y eso permitía deslizar el certificado en un sinnúmero de paquetes. Mi padre era cliente de dos empresas: la North American Minerals y la Gem Collectors International. Ambas eran propiedad de Raffoler, una empresa bombardeada a querellas por publicidad engañosa, venta de mercancía de mala calidad, productos falsos, organización de loterías ilegales camufladas de porras y violación de las normas de los tiempos de envío para pedidos por correo. Las gemas que con tanto cuidado había atesorado papá tenían el mismo valor que en el momento de su compra, o sea, unos

pocos dólares. Como los gastos de envío habían subido, en realidad se habían devaluado.

A mi padre le encantaba pedir artículos por correo, algo que empezó a hacer de niño con la cadena Sears. Mantuvo esta costumbre durante los años cincuenta y sesenta, con la compra del porno que anunciaban en las páginas clasificadas de las revistas para hombres; durante los setenta, con la Frederick's of Hollywood y Lew Magram ^[4]; luego, vídeos en los ochenta y DVD en los noventa. Durante sus últimos años pidió decenas de miles de

vitaminas que le garantizaban seguir con vida más tiempo de lo que era médicamente posible, algo que, por lo visto, funcionó.

Cualquiera que haya comprado alguna vez artículos por correo conoce la tensión diaria que se genera conforme se acerca la hora de que llegue el correo. Por fin, el tan esperado paquete llega. El auténtico *connoisseur* — como lo era mi padre— no lo abre de inmediato, sino que lo coloca aparte para saborearlo una vez ha abierto el resto del correo. Entonces ya puede examinarse el peso y el tamaño del paquete, sacudirlo levemente de un lado a otro, con la cabeza ladeada por si se oye algo que dé señales del prometedor contenido. Lo siguiente es una hendidura de precisión con el cortaplumas a lo largo del reborde, dejando que entre tan solo la punta de la cuchilla para así evitar cortes accidentales en el cargamento. Por último viene la lenta extracción de una camisa, un libro, un paquete de gemas, una cinta de vídeo catalogada triple X, un par de pantuflas, un artilugio para ahorrar tiempo, folletos porno impresos a puerta cerrada, una calculadora solar, una linterna que no necesita pilas, una revista porno alemana, una compleja herramienta manual que sustituye cualquier objeto que tengas, una taza que nunca se vuelca, un paquete de fotos fetichistas, una bombilla que nunca se funde, porno francés, un reloj que nunca se retrasa, una selección de libros pornográficos de bolsillo, un trapo que lo limpia todo pero que no hace falta limpiar, cómics *bondage*, un cuchillo que no hay que afilar, clásicos desnudos *pin-up*, pilas recargables, porno de Italia, una lupa que se adapta a la vista de cada uno, decenas de objetos garantizados como irrompibles —el único que vas a necesitar— o te devuelven el dinero. Los armarios y cajones de la casa estaban repletos de un sinnúmero de artilugios.

El nido de pájaro con los cuatro huevos avergonzó a mi madre. Lo había pintado a espray ella misma años atrás y papá la había regañado enseguida por ello. Mamá creía que su presencia en el compartimento secreto era una reprimenda póstuma dirigida a ella. Sus remordimientos me entristecieron. Quise protegerla de sus propias emociones.

Le conté que, de niño en la granja, papá había colocado huevos falsos en los nidos del corral con la esperanza de incitar a las gallinas a poner más huevos. Era una costumbre granjera que había dado origen al término *colchón*^[5] como suma de dinero que uno guarda para un futuro. Quizás papá pretendía que aquel nido y los cuatro huevos sirvieran de motivación para que sus hijos se fuesen de casa y ganaran su propio dinero. Aquello satisfizo a mi madre, pero yo acabé por descartar la premisa.

El sentido del humor de mi padre estuvo influenciado por las fiestas de fraternidad en los años cincuenta y por Johnny Carson en los sesenta — ingenioso, travieso y cómplice—, con los puntos de entendimiento como objetivo, inequívocamente inmaduro. Le gustaba ser el tipo que hace un comentario poco afortunado en nombre de unas risas. Papá disfrutaba con bromas visuales como una culebra de goma enroscada en un alféizar, soldaditos de juguete en un portal de Belén o un regalo de cumpleaños falso en forma de caja vacía. Creo que el nido de pájaro pretendía ser una broma, que lo escondió minuciosamente antes de que su salud le impidiera subirse a unas escaleras. Me lo imaginé riendo entre dientes mientras se ponía de pie sobre una silla y alcanzaba fácilmente con sus largos brazos la trampilla en el techo. Metió el nido en el cubículo diminuto, disfrutando con la idea de que encontráramos un nido y cuatro huevos de oro auténtico. Lo amé por haber preparado con tanta perversión una broma cuyos frutos jamás vería. Cada vez que pensaba en el nido, sonreía. *Ahí arriba, el oro de la familia.*

CAPÍTULO OCHO

Durante todo el verano me sentí mal por obligar a mi madre a participar en el desmantelamiento continuo de su casa, por lo que busqué pequeñas formas de hacerla feliz. Ella leía novelas de intriga a un ritmo feroz y las tenía apiladas en el suelo de varias habitaciones. Después de despejar el salón de los libros de mi padre, dispuse en los estantes la colección de mamá. Ella los contemplaba a diario.

—Mis libros —decía—. Has colocado mis libros.

Su alegría me conmovió; entendí que al fin la casa estaba siendo suya.

Durante las comidas hice lo que había hecho siempre: entretener a mamá con chistes. Era un público estupendo, habilidad desarrollada tras décadas de convivencia con un hombre al que le gustaba hablar. Con frecuencia, mis padres proclamaban lo felices que eran, pero muchas veces me he preguntado si era verdad. De ser así, ¿por qué anunciarlo una y otra vez? Quizás era importante que la gente lo supiera. O tal vez, si lo decían con la frecuencia suficiente, se haría realidad. Después de marcharme de casa, me costaba fiarme de la información que recibía de mamá. A causa de los problemas entre mi padre y yo, ella siempre intentaba mostrar el mejor perfil de mi padre, ya fuera por teléfono, en persona o por carta. Cuando él murió, dejó de hacerlo.

Me tomé un descanso de la limpieza de la casa para terminar el guión de un piloto de televisión para una cadena.

La fecha de entrega se aproximaba. Puse mi portátil sobre el escritorio de papá. Me resultaba extraño escribir allí, pero tenía pocas opciones. Dado el desorden general en la casa, su despacho era la única habitación con algo de privacidad. A lo largo de los años, había escrito en hoteles, pensiones, coches, en un sótano, en un garaje y en un cobertizo. En cuanto me ponía, la ubicación dejaba de importar. Perdía la noción del tiempo, me olvidaba de comer y beber. El mundo imaginario se hacía tan real que no lo percibía como escritura, sino más bien como si observara a personas reales y transcribiera sus palabras y sus acciones.

Mientras trabajaba en el guión, paraba de vez en cuando para levantar la cabeza del ordenador. Solo entonces me impactaba la concreción del lugar en el que estaba. Veía las mismas imágenes que mi padre había visto cuando hacía una pausa en su trabajo: un cartel de la película *La reina de Barbaria* en el que salían cinco mujeres armadas con espadas y vestidas como *strippers*. Por encima de su escritorio colgaba plastificada una tira cómica dominical de Snoopy con una máquina de escribir y la inscripción «Escribir bien es un trabajo duro». Otra pared mostraba la famosa cita de Samuel Johnson: «Nadie más que un zopenco escribiría jamás si no fuera por dinero». Al igual que mi padre, estaba tratando de estar a la altura tanto de Snoopy como de Johnson.

Las paredes de ladrillo aislaban del sonido exterior, pero el ruido de la casa se mantenía, y empecé a entender la animadversión que papá le tenía a las interrupciones. Podía oír a mi madre en la cocina y las pisadas de mi mujer en el piso de arriba. Con cuatro hijos y dos perros, el ruido de los coches al pie de la colina y el eco constante de disparos en el campo, mi padre se había sentado ahí y había escrito centenares de libros. No tendría que costarme acabar un guión.

En cierto sentido, mi padre murió en el instante en que me enteré de que se iba a morir. Al teléfono, era como hablar con un fantasma. Ahora empezaba a preguntarme si no estaría allí, supervisando mis progresos con su actitud crítica. Aunque a menudo echaba miradas alrededor, no veía nada. De niño su despacho me aterrorizaba; ahora estaba interactuando con la huella de mi antiguo miedo. Veía cosas que no estaban allí. Oía voces que no existían.

Una parte de mí quería atribuir esas sensaciones nebulosas a algo palpable y real. Ignoré aquel impulso y completé el guión a tiempo. Mamá dijo que era lo que mi padre habría querido.

De noche vi a los Reds por la tele con el volumen quitado, escuchando la narración por la radio, como hacía con papá. Me bebía su *whisky* y leía sus libros. Su biblioteca incluía numerosos volúmenes relacionados con lo sobrenatural, y por la noche leía sobre fantasmas y me anticipaba a la aparición de mi padre. La humanidad asocia la naturaleza de lo sobrenatural con los cementerios, los puentes viejos y las casas vacías, porque esos lugares nos asustan. Con una claridad repentina, entendí que, mientras vivió, papá había tenido embrujada la casa, y que aún la tenía.

Mis hermanos me instaron en privado a que destruyera cuanto hubiese en su despacho. Entendía su postura. El porno nos atraía muy poco, y todos sabíamos que en el despacho había cantidades enormes. Nuestro padre se pasaba la mayor parte del tiempo allí dentro, un lugar al que teníamos

prohibida la entrada. Una sexualidad manifiesta permeaba la casa en forma de libros inadecuadamente ocultos o cuadros en las paredes que mostraban desnudos femeninos. Resultaba vergonzoso cuando teníamos invitados. Todos nos fuimos de casa a los diecisiete, con el secretismo bien inculcado, sobre todo en lo relativo a su carrera. En consecuencia, apenas hablábamos de papá con otras personas. Su muerte nos liberó de esa necesidad de silencio. Destruir sus papeles era una forma de venganza, de destruir el silencio en sí. Como hijo, quería disponer de la posibilidad de comprenderlo más allá de su obra.

En las semanas que siguieron cada uno de mis hermanos me agradeció en privado que hubiese asumido la tarea de ocuparme del despacho. Expresaron preocupación por que pudiese abrumarme aquel esfuerzo o quedar emocionalmente tocado. Les expliqué que, con la muerte de papá, era capaz de separar al hombre del escritor, y al hombre de nuestro padre. Me creyeron solo en parte. Resultó que aquello era cierto solo en parte.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando era niño, exploré por primera vez el despacho de papá mientras mis padres asistían a una fiesta en el pueblo. Esperé a que mis hermanos se hubiesen ido a la cama. Cuanto menos supieran de mis actividades secretas, mejor, una forma de pensar que sin duda había heredado de papá. Antes de entrar, usé una regla para medir la distancia entre el filo de la puerta y la jamba, y me escribí el número de centímetros en la muñeca, en la idea de que, si dejaba un espacio demasiado amplio o demasiado pequeño, papá se enteraría y tendría que vérmelas con su ira.

Aquellos primeros intentos de conocer el interior de mi padre fueron como hacer espeleología en una gruta desconocida. Me adentré sin hacer ruido, capaz de ver únicamente lo que la linterna iluminaba, con la oscuridad y las sombras acrecentando mi miedo. Encontré una pila de revistas *Playboy*. Había un objeto sorprendente, un parche bordado, del tipo que la gente se cosía en las cazadoras vaqueras. En un marco pequeño, reposaba sobre un estante de tal forma que mi padre lo tenía a la vista cuando escribía a máquina. Decía: «Eres un puto genio». El marco le otorgaba una especie de oficialidad. Creía que se trataba de un premio de una entidad sin nombre que reconocía a mi padre como a un genio, y durante muchos años creí que lo era.

Lo que en general tenía entendido era que mi padre había escrito porno de manera ocasional para así complementar sus ingresos, un patrón que habían seguido muchos escritores. Al empezar a registrar su despacho, me di cuenta de que no era el caso. Mi padre se pasó media vida haciéndose pasar por escritor de ciencia ficción cuando en realidad ejercía de pornógrafo profesional. Los primeros once libros de papá eran porno. Lo extenso de su producción me sorprendió, pues el testamento secreto insinuaba solo una fracción de lo que descubrí. Cuando murió, también murió nuestro otro padre, su *alter ego*, John Cleve. A lo largo de su vida como escritor, papá había defendido a ultranza que él no usaba múltiples pseudónimos. Su personaje, John Cleve, tenía dieciséis pseudónimos. John Cleve tenía armario propio, material de papelería y firma. Y, lo más importante, a mi padre le gustaba *ser*

John Cleve. John Cleve escribía libros de sexo, era un *swinger* setentero y no tenía hijos.

Cuando papá murió, llevaba una década sin trabajar en su despacho. Antes de eso rara vez se limpiaba más allá de una pasada ocasional de aspiradora y de plumero hasta donde a mi madre le daba el brazo, que no era mucho. Las dos ventanas estaban cegadas con pintura y tenían la madera inflada. En la habitación hacía mucho calor y estaba cubierta de polvo. Un paso estrecho serpenteaba entre precarias pilas de porno, una impresora anticuada, una fotocopidora rota y tres ordenadores. Papá rechazaba categóricamente tener conexión a internet: decía que temía que el Gobierno pudiese fisgonear dentro de su ordenador y enterarse de lo del porno. Consideré aquello una prueba de su paranoia y de su falta de conocimiento tecnológico. Dos meses después de su muerte, la NASA admitió que había espiado cientos de miles de ordenadores de ciudadanos estadounidenses vía internet.

Papá creía que a la gente le daba más miedo arrostrar un cuchillo que una pistola. Cuando unos hombres vinieron a hacer obras en casa, se aseguró de estar fuera antes de que llegaran para que pudiesen verlo practicar con sus estrellas japonesas. Papá saludó a los albañiles con un gesto amistoso a la vez que recogía los *shuriken* como quien no quiere la cosa, convencido de que en el vecindario calaría la idea de que Andy era un hombre al que era mejor dejar en paz. En cincuenta años, nadie enredó ni con él ni con la casa.

Mi padre era más un acumulador que un coleccionista; empecé tirando lo que a todas luces era basura: cortaplumas oxidados, bombillas corroídas, material de oficina roto, un

disco de *hockey*, botellas vacías de cerveza cara y docenas de cajas de latón que una vez contuvieron *whisky* escocés del bueno. La decoración del despacho me recordaba a la de la sede de una fraternidad universitaria, con su orgullo implícito por la bebida y la hombría. No había nada personal ni sentimental. Sus posesiones consistían en regalos de fans de las convenciones de ciencia ficción, libros, manuscritos y miles de cartas. Aprendí a operar de manera muy específica: examinaba cada objeto, evaluaba su importancia y lo guardaba o lo tiraba. La presión de decidir sin parar era implacable. Había crecido con terror a ese cuarto y ahora me encontraba al mando, como un recluso que se convierte en carcelero.

De niño, salía enseguida de su despacho, echando una mirada rápida y nerviosa al armario, que siempre estaba cerrado. El hecho de no haber visto nunca el contenido otorgaba al armario una dimensión enorme; era la caja de Pandora con pomo. El revestimiento de madera se había ensanchado debido a

la humedad y la puerta había que abrirla de un tirón. La fuerza del ruido me alarmó, como si papá hubiese podido oírlo y pudiera meterme en líos. Eché una mirada furtiva alrededor. Allí no había más que un cuarto polvoriento que olía a tabaco. El armario contenía una pared de estantes profundos que no eran sino un pecio de papeles, libros, revistas, manuales de ordenador y sobres acolchados con manuscritos dentro. Hecha una bola que olía a humedad había una camisa de John Cleve, ahora mohosa y podrida. Un rastro de cacas de ratón secas conducía hasta una ratonera enorme compuesta de páginas de manuscritos hechas jirones. Entrelazada con el hogar de los roedores había una piel mudada de serpiente. Salté hacia atrás y cerré de un portazo. Me sentí como si estuviese allanando una propiedad.

A lo largo de mi infancia, la cantinela adulta más familiar era: «Cuidado con las serpientes». En las colinas era práctica habitual matar cualquier serpiente sin perder el tiempo en intentar adivinar de qué tipo se trataba. Mi profesor de secundaria nos enseñó que las serpientes venenosas tienen la pupila vertical, pero acercarse lo suficiente como para verles los ojos era arriesgado. Todos a cuantos conocía tenían miedo a las serpientes: tipos duros, chicos valientes y mujeres capaces de sacrificar ganado sin ningún escrúpulo. Tras descubrir la piel de serpiente en el armario, fui abajo y me bebí un vaso de agua. Me arrepentí de haber cerrado de un portazo, ya que eso significaba que tendría que volver a abrirla. No cabía duda, la serpiente era una *constrictor* inofensiva que se había desplazado hasta la segunda planta, había descubierto la ratonera, se había comido el relleno y había descansado e ido en busca del siguiente almuerzo. La serpiente se había largado hacía mucho y su piel mudada era el fantasma de su paso.

Regresé al despacho de papá y me mantuve alerta, igual que un bandido, sudando y nervioso. Se me pasó por la cabeza plantear todo aquello como el típico adulto que encaraba los miedos de su infancia, tanto metafóricos como reales, pero en realidad nada de esa pamplina podía aplicarse ahora. Mi miedo a las serpientes era genuino. Por órdenes de mi padre, tenía que despejar el armario. Y lo hice rápido.

El estante de arriba lo ocupaban dos altas columnas de libros porno de bolsillo. Entre medias había una copia de *Juego y distracción*, de James Salter, publicado en 1967. En la cubierta elevaban la obra a célebre clásico *underground*, a festín para el *gourmet* sexual, y se comparaba su escritura con la de Henry Miller, uno de los héroes tempranos de mi padre. Una tarjeta de visita del seguro de papá marcaba la página cincuenta. Sostuve el libro con

cautela, asombrado por su hallazgo, tras cuarenta y cinco años almacenado sin haber sido leído en su mayor parte.

James Salter había sido profesor invitado en Iowa durante mis años como estudiante de posgrado. Eramos tantos los que queríamos trabajar con él que hizo una criba; para ello, leyó primero un trabajo de prueba, a lo que siguió una entrevista personal. Tenía más de sesenta años, era en apariencia encantador y cortés, pero por debajo acechaba una dureza feroz. Mi entrevista no fue bien. Exigió saber qué podía aprender yo de él, ya que mi tema central era Kentucky y el suyo, otro infinitamente distinto: la gente rica de la Costa Este. Me enfadé. He aquí otro anciano presentándose como un obstáculo. Enrabiado y furioso, le dije a Salter que el contenido era lo de menos, que la gente era la gente y que quería estudiar con él porque admiraba su prosa. Di por concluida nuestra entrevista y me fui, convencido de que lo de Iowa había sido un error. Jamás sería escritor; solo quería convertirme en uno por culpa de mi padre. Al día siguiente, Salter publicó una lista de la clase, con mi nombre entre los doce afortunados.

Muchos escritores jóvenes creen en el mito del mentor, pero yo nunca busqué un modelo a seguir. Había conocido a un único escritor en mi vida —a papá— e, ingenuo, presupuse que todos eran como él: controladores, pretenciosos, crueles y prepotentes. Mi actitud en

Iowa fue beligerante. Los escritores consagrados eran el enemigo, y mi trabajo consistía en derrocar su dominio sobre la fortaleza de la literatura. Pese a mi resistencia, Salter me enseñó a mejorar mi trabajo. Había asistido a la universidad en West Point y se comportaba como si sus alumnos fuesen reclutas y él fuese un oficial, de esos que se arremangaban y alternaban con los mandos jóvenes. Hicimos caminatas juntos y nos salíamos de las pistas a través de los bosques locales, que yo conocía tan bien. Tenía una energía inagotable, tanto física como mental. Comentó que verme en el bosque era como verme escribir relatos.

Nunca vi a mi padre en los bosques. No caminaba por ellos y mantenía un extraño desinterés por el paisaje que había elegido. Le bastaba con que la frondosidad del bosque lo rodeara.

El aislamiento de la casa hacía juego con su soledad interior, con su inmenso aislamiento mental y con sus rápidas y constantes maquinaciones.

Después de llenar cincuenta bolsas de basura en su despacho, no veía nada que no fuese una neblina de polvo revuelto que pendía del aire. El cuarto parecía atestado, sin espacio para organizar ni empaquetar. Los ojos me escocían y estaba empezando a toser. En esencia, había redistribuido el

contenido en nuevas pilas. Basándome en los más de noventa metros de estantes, calculé que empaquetar los libros me llevaría dos días. El periodo de tiempo previsto enseguida se duplicó y después se triplicó. En cada balda había otra fila de libros colocados inmediatamente detrás, todos pornográficos. Encontré varias botellas de *bourbon* y decenas de manuscritos recientes de Turk Winter, que había sustituido a John Cleve como personaje primario de mi padre a mediados de los ochenta.

Durante los días posteriores apenas comí. Me hartaba de agua y el sudor me calaba la ropa hasta que la sal la acartonaba. Me movía en una neblina somnolienta. En dos ocasiones advertí que mi madre me observaba desde el pasillo. Dijo que se había sobresaltado, que me parecía muchísimo a papá, que pensaba que era él. La abracé en silencio y volví al trabajo. Más tarde empezó a referirse a mí como a «John Cleve, Jr.», un apodo que me incomodaba.

El proyecto tenía pinta de ser menos la limpieza de su cuarto y más una prospección de su mente. La capa superior estaba desorganizada y cargada de porno. A medida que, igual que un arqueólogo, me dirigía hacia atrás en el tiempo, veía una mente notable en acción, el viraje gradual de un interés intelectual por la literatura, la historia y la psicología hacia una obsesión por los elementos más oscuros del sexo.

Estuvo suscrito a revistas durante décadas y las guardaba en montones: *Ramparts*. *Intellectual Digest*. *Psychology Today*. *New Times*. *Galaxy*. *If*. *Playboy*. *Omni*. *Geo*. *National Geographic*. *Smithsonian*. Estudiaba robótica, genética, medicina, física y las guerras anteriores a la pólvora. Dos docenas de libros abarcaban la historia de la Grecia y la Roma antiguas. Mezclado con todo, había pornografía en cualquiera de sus formatos: revistas, fotos, dibujos, panfletos, una baraja de cartas, caricaturas, libros de arte erótico desde la Antigüedad hasta el siglo XXI, calendarios, *pin-ups*, postales, colecciones de chistes verdes. Una pila de catálogos polvorientos de Frederick's of Hollywood retrocedía cincuenta años.

Una semana después ya no consideraba aquella tarea en términos de mi padre y yo, ni siquiera como la del escritor que rebusca entre los papeles de otro escritor. Mi dinámica de pensamiento se desplazó hacia una labor más formal, la de un archivero que se enfrentaba a un conglomerado enorme de materia prima. Organizaba y cotejaba y distribuía. Me detenía a mirar las fotos o a leer, y en mi cabeza tomaba decisiones sin más: *esto va aquí, esto va allá, he aquí uno nuevo para una nueva pila*. Podría haber estado ordenando canicas o fiambreras.

Lo empaqueté todo en cajas de bebida y les puse una tapa. Al apilarlas fuera del despacho, las cajas de cartón formaron un muro de doble fila que bloqueó cuatro ventanas del pasillo. Unas semanas más tarde encargué a una empresa de mudanzas el transporte a Misisipi de los papeles de mi padre. Los de la mudanza cobraban por peso. Estimaron el archivo de papá en ochocientos kilos. Mi herencia.

CAPÍTULO DIEZ

Qué hacer con las cenizas de mi padre suponía una preocupación creciente. Seguían descansando sobre el estante en el que las habíamos puesto después del funeral. La familia no había fijado plan alguno, y al final, a medida que fueron surgiendo otras prioridades, acabamos procrastinando. Una mañana me despertó un trueno, al que siguió el golpeteo de la lluvia en las ventanas. Durante un momento, me sentí desorientado. Creí que era niño y miré alrededor en busca de mi hermano, bajo un aluvión de ansiedad por llegar tarde al colegio. Los restos de una pesadilla volaron en imágenes fragmentarias, seguidas de la conciencia de realidad. Estaba en mi cuarto de infancia, mi padre había muerto y tenía por delante una jornada de doce horas de trabajo.

La casa estaba en silencio; mi mujer, todavía dormida, y mi madre, en la salita. Me llevé el café fuera, donde las sombras en la linde de árboles relucían de negro. Cada superficie era un prisma que exhibía el verde atenuado de junio. El tiempo era propicio para la formación de arcoíris, pero eran difíciles de localizar entre las colinas. El aire era una plancha de plomo; como dijo una vez mi hijo pequeño, ni un cielo en la nube.

Me terminé mi café y entré en la casa. Mamá vino a la cocina; avanzaba resuelta y con una expresión en la que reconocí una satisfacción secreta. Disfrutaba viéndola así. Me resultaban familiares esas maneras que había tenido siempre: decididas y reservadas. Las últimas semanas habían sido duras, y en su comportamiento había percibido una distancia emocional, una armadura frente al dolor. Me miró y habló en voz baja:

—Ya me he hecho cargo de las cenizas de tu padre.

Mamá había decidido que el jardín trasero era el lugar adecuado, pero le preocupaba que tanta ceniza pudiese acabar con la hierba. Igualmente fastidiosa era la perspectiva de que el viento las empujara hasta la parcela del vecino o hasta el camino de grava, donde podría atropellarlas con el coche sin darse cuenta. Al despertar, el aire frío estaba muy calmo. Notaba que iba a

hacer mal tiempo. Su plan era esparcir los restos justo antes de que la lluvia empapara las cenizas; de este modo, se mantendrían en su sitio.

Así que se había sentado fuera, en un balancín toldado, con un café y una revista, pendiente de los cambios barométricos en la atmósfera. Con las primeras gotitas de lluvia, vació la caja de plástico. Tardó más de lo que había previsto, pero lo cierto es que las cenizas no se esparcieron. Justo al acabar, se oyó el bramido de un trueno y empezó a llover con fuerza. Entró a la carrera: sus cálculos habían sido impecables.

Asentí y me rellené la taza, preguntándome si el restallido del trueno había sido el mismo que el que me había despertado. ¿Coincidencia o metafísica? Puede que toda metafísica no sea más que una coincidencia a la que otorgamos significado tras el hecho. Daba igual. Le pregunté dónde estaban las cenizas.

—¿Quieres verlas?

Asentí y la seguí fuera, a través de una estrecha franja de tierra alisada a rastrillo cien años antes hasta dar forma al jardín que yo había segado de niño. La erosión había acercado la pronunciada cuesta a la casa unos dos metros. La propia colina le estaba pasando por encima a la colina. Mamá me llevó hasta la linde del jardín. Unos pasos más allá de la hierba, señaló varios pegotes de ceniza, solidificada por la lluvia en forma de montículos gris oscuro.

—Bueno —dije—, no va a salir volando por el jardín.

—Pues no.

—¿Por qué has escogido este sitio?

—Es donde tu padre meaba siempre.

Nos quedamos allí mirando los montones de ceniza salpicados de lluvia. Le pasé a mi madre el brazo por encima, sin saber qué hacer ni qué decir. Mis hermanos no iban a volver a la casa. Nadie sabría nunca dónde estaban las cenizas. Con el tiempo se abrirían paso colina abajo hasta el sumidero, se mezclarían con el arroyo Triplett, llegarían al río Licking, desaguarían en el río Ohio, se unirían al río Misisipi y proseguirían en dirección sur hasta el golfo de México y el océano Atlántico. Era un largo viaje. Una parte de él lo completaría.

Se puso a llover otra vez. Mamá regresó a la casa. Unos minutos después yo también volví. Mamá me tendió una bolsa de papel. Dentro estaban los restos de las cenizas de papá, metidos en una bolsa de plástico de sándwich enrollada. Bromeó diciendo que parecía una bolsita de hierba de cinco pavos, y le dije que hacía mucho tiempo que ella no compraba hierba. Se dio unos golpecitos en la cabeza.

—No creo que haya comprado nunca. La gente me la regalaba sin más. Me parecía tan guay...

Miré la bolsita en la palma de mi mano. Mi padre continuaba reduciéndose, subdividiéndose en paquetes. Me acordé de una escena de batalla de la película *Los caballeros de la mesa cuadrada y sus locos seguidores*, de los Monty Python. El rey Arturo le corta los brazos y las piernas al Caballero Negro, lo deja solo con el torso, y aun así intenta luchar. Aunque no quería que los restos de mi padre estuviesen dentro de una bolsa de aperitivo, tenía que resguardarlos. Estaba harto de todo aquello: la casa, las decisiones, el porno y ahora una bolsita de cenizas. De pie en la cocina y sosteniendo lo que quedaba de lo que quedaba de mi padre, no tenía de dónde sacar mi irritación. No podía hablar con una bolsita de plástico. Mi mujer estaba agotada y mi madre, un tanto perdida. Por las noches bebían e intentaban reírse.

Los de la mudanza vendrían el fin de semana, e íbamos retrasados con los preparativos.

Dejé de lado mis sentimientos.

No me fue difícil. Ni había llorado ni me había permitido sentir pena. Sencillamente, había demasiadas cosas que hacer. Fui al piso de arriba y metí la bolsita en mi maleta. Aún tenía cajas por llenar, arreglos que hacer. Nos quedaba poca cinta de embalar. Había que limpiar los canalones. Tenía que dar de baja el teléfono, hablar con un abogado, pagar las últimas facturas. Ya podría guardar luto más adelante, cabrearme más adelante.

Me había pasado el verano organizándolo todo en dos grupos: uno para la nueva casa de mamá, un dúplex en Oxford, Misisipi, y otro que iría rumbo a mi casa en el campo, a varios kilómetros de allí. Su cargamento era mobiliario, ropa y utensilios de cocina, mientras que en el mío iban el escritorio, los libros, las armas y el porno de papá. Recorrí por última vez las habitaciones del hogar de mi infancia, consciente de que quizás no las volvería a ver nunca más. Vacía, ya no era la casa de papá. La vi tal como la tenían mis padres en 1964: la escalera ancha, la hermosa carpintería y los apliques de las lámparas del siglo XIX. Sin el voluminoso mobiliario, el salón parecía enorme, centrado en torno a una chimenea con repisa de caoba y pilares tallados. Un buen hogar para los niños.

Hasta los sesenta años, mi padre cortó leña a diario, usando principalmente un hacha de mango largo y doble filo. Para la madera más dura, recurría a una maza. Papá dejaba las herramientas fuera, a la intemperie, lo que las volvía inservibles. Tenía la intención de quedarme con el hacha. La

hoja mellada estaba oxidada y roma. Adoraba el mango de nogal, hendido al menos dos veces y reparado a lo bruto con clavos pequeños, cinta americana deshilachada y alambres sueltos como brazaletes en una muñeca. Sabía que mi padre había hecho esas reparaciones, porque mi madre habría sabido usar tornillos para madera. Ella habría enrollado trozos individuales de alambre en vez de un trozo largo, destinado a soltarse enseguida. El hacha representaba una parte de mi padre separada de todos los demás aspectos: el afuera. Partir maderos era la única actividad que puedo atestiguar que mi padre realizara al aire libre y, lo más importante, la única tarea en la que nunca me había dejado ayudarlo.

Mi trabajo inicial consistió en reunir trozos de corteza para usarlos como astillas. Según iba creciendo, acarreaba brazadas de leña hasta la casa. Luego me licencié en colocar un leño de pie sobre el bloque en que se cortaba la leña, presentándolo del modo más adecuado para que papá viera un nudo. A los diez años, empuñé un destal para cortar las ramitas de los leños y hacer astillas con la madera blanda.

Papá hablaba mientras trabajaba, llamaba guerrero a cada leño, describía su combate. Un trozo grande de roble con múltiples nudos ocultos era un leño que se defendía. Un golpe que demediaba el leño limpiamente y a la primera era una decapitación. La corteza era la sangre. Las astillas eran partes del cuerpo. Si no apuntaba bien y cortaba una tira pequeña

de madera que cruzaba al vuelo el jardín, decía que su oponente le había arrojado una daga. En parte era para entretenerme, pero para papá aquello iba más lejos. Mientras lo observaba hendir un leño tras otro, con el sudor recorriéndole la cara, echando vapor a bocanadas, entendía que se había internado en un reino imaginario en el cual estaba decidido a defender uno por uno a un ejército de soldados. Su pericia aumentaba a medida que los enemigos se hacían más reales en su imaginación. Era importante que yo, el escudero del caballero, me quedara callado. Al acabar, papá colocaba el hacha bocabajo y se apoyaba en el mango, jadeando por el esfuerzo. Contemplaba el campo de batalla con una expresión de triunfo.

Mi coche contenía unas maletas, armas, un sobre con dinero que había encontrado escondido en la casa y cajas de pornografía de época. Si me pararan y me registraran, probablemente acabaría en la cárcel. Si tenía un accidente, el dinero y el porno quedarían desperdigados por la interestatal, mezclados con mi traje de luto, el rifle de mi abuelo, una escopeta, trescientos cartuchos de munición, los restos de las cenizas de mi padre y lo que quedara de mí.

Los últimos objetos que quedaban por empaquetar eran el hacha de papá, su vieja maza y un sable que no entraba en la caja. Sin haberlo planeado ni pensado con antelación, cargué con todo hasta el borde de la colina. Las cenizas que mamá había arrojado en tres zonas distintas ahora eran poco más que unas manchas grises en el suelo. Varias pilas diminutas de sedimento se extendían bajo la hojarasca. Con la hoja del sable atravesé las cenizas hasta clavarla en la arena blanda y con la maza aporreé la empuñadura. Hice lo mismo con el hacha. Puse la pesada maza sobre un montón de matorrales. Había actuado por impulso y ahora hablaba sin tapujos.

—Me consta que sentías curiosidad por la otra vida. Por si acaso existe una, supongo que estarás allá y que sabrás lo que estoy haciendo. La espada es para Andy. El hacha es para John Cleve. La maza, para Turk Winter. Supongo que sabrás apreciarlo. Bueno, papá. Nos vemos.

Un destello de metal plateado relució en el suelo. Lo recogí y lo froté contra mis pantalones para limpiarlo de tierra. Era un disco de acero inoxidable que usaban en el crematorio para identificar el cuerpo y que luego ponían junto con las cenizas. Número 179. Un número impar. Sin divisores. Primo^[6].

Papá.

CAPÍTULO ONCE

Mamá se muestra circunspecta respecto a los detalles de sus primeros años en Haldeman, enfatizando tan solo que nunca fue infeliz.

—Allí era donde estaba y lo acepté.

Me imagino que no resultó fácil: se había criado en una ciudad de más de cincuenta mil habitantes, en una comunidad obrera irlandesa de lazos muy estrechos, con muchos parientes. En Haldeman vivía en una pista forestal con cuatro hijos pequeños y sin amigas ni familiares cerca. Papá se iba todos los días y muchas noches por su trabajo como vendedor.

En buena medida, mi madre estaba sola en un ambiente extraño. Para mamá yo era la única fuente de ayuda, su pequeño colaborador. Dependía de mí, al igual que no tardaron en hacerlo mis hermanos. Mamá era la pastora y yo el fiel perro guardián, encargado de proteger mi variopinto rebaño de tres personas. Con frecuencia, mamá decía que le gustaba más cuando era yo quien enfermaba en lugar de mis hermanos, porque yo no necesitaba su ayuda, prefería ir a mi aire igual que un perro y lamer mis propias heridas.

Naturalmente, todos buscábamos la atención de mi madre, pero ellos la recibían de una manera más directa que yo. A mí me concedía un aprecio especial por la asistencia diaria y por hacerla reír. Era menos una relación madre/hijo y más la de una pareja sénior/júnior en un proyecto compartido. La cercanía de trabajar codo con codo para sacar el día adelante me hacía sentir una dicha que me impregnaba de importancia. Mamá y yo vivíamos temerosos de papá, pero ambos sabíamos que éramos a quienes él más quería. Él siguió queriéndola durante toda su vida. Yo era su hijo favorito, el niño bonito de la familia. A sus ojos, siempre fui el primogénito, el delfín del rey, el sucesor.

Pasaba muy poco tiempo a solas con mi padre, lo que hacía que aquellas experiencias fuesen intensamente significativas. A los trece años, me llevó a dar un largo paseo en coche. Estaba muy callado, algo inusual. Empezó a hablar varias veces, pero luego vacilaba hasta acabar farfullando. Al cabo de una hora o así regresamos a casa y me dio un panfleto sobre la reproducción

de las ranas. En retrospectiva, entiendo que se impuso a sí mismo la tarea de explicarle a su hijo lo de la semillita, pero fue incapaz de llegar hasta el final.

En 1971 me llevó a ver *Billy, el defensor*. Él la había visto una semana antes y creyó que el mensaje del hombre solitario que lucha contra la injusticia social me transmitiría una valiosa lección. Yo estaba entusiasmado con que quisiera pasar tiempo conmigo. Lo que mejor recuerdo es el comentario de mi padre previo a la película sobre cómo debía uno comportarse en un cine, y que empezaba con la elección del lugar de visionado. Jamás había que sentarse delante, donde uno se partía el cuello mirando hacia arriba. No había que sentarse detrás, porque allí era donde la gente hablaba. En el centro no era buena idea, porque allí se sentaba la mayor parte de los espectadores y uno terminaba acorralado. El mejor asiento estaba tres filas hacia el fondo, cerca del pasillo, detrás y al lado de alguna pareja. Nadie se sentaría junto a ellos ni te bloquearía la visión. Yo escuchaba con atención, y entramos al cine. Solo éramos tres.

Me susurró sus instrucciones después de sentarnos. Nunca te compres palomitas, que están carísimas y rancias. Si te comprabas una bolsa de caramelos, lo mejor era abrirla de un tirón, porque el ruido lento y prolongado del papel rasgado era molesto. Los paquetes de caramelos suponían otro problema, en particular los rompemuelas. Tenías que abrir el paquete de tal forma que te permitiera volver a cerrarlo. Si la estructura del paquete te lo impedía, era crucial sujetarlo bocarriba para evitar que los caramelos se volcaran. La cuestión no eran los desperdicios, sino el alboroto. A papá el sonido de los rompemuelas

rodando por el suelo en cuesta del cine le resultaba altamente ofensivo.

La película me impresionó por el uso de la palabra *joder* y la imagen borrosa de unos pechos de mujer. El personaje de Billy empleaba artes marciales para luchar por los derechos de los *hippies* y de los nativos americanos. Después de la película fuimos al cuarto de baño y nos plantamos frente a las letrinas. Papá me dijo que yo era un macho alfa. Yo asentí. Me preguntó si sabía lo que significaba aquello y yo sacudí la cabeza. Me explicó que un macho alfa era más o menos el perro jefe de cualquier pandilla. Eso significaba que a las mujeres les gustaba hablar contigo y que los hombres acudían a ti en busca de órdenes de manera natural. Dijo que los machos beta eran los fontaneros, los médicos, los mecánicos y los ingenieros. Por debajo de ellos estaban los machos delta, que incluían al resto.

Me explicó los tres tipos de alfa: yo era alfa tres y Billy era alfa dos. Papá esperó lo suficiente como para que entendiera que se suponía que tenía que

preguntar quién era alfa uno, cosa que hice.

—Yo —dijo él, y se subió la bragueta.

Fui hasta el lavabo, pero me dijo que no hacía falta que me lavara.

—Los alfa no se mean en las manos.

Años más tarde papá recordó con cariño que *Billy, el defensor* fue la última película que vimos juntos. No tuve ánimos para decirle que fue la única.

CAPÍTULO DOCE

Como la mayoría de las parejas jóvenes, mis padres reaccionaban a las circunstancias lo mejor que podían, con una información limitada y con arreglo a las convenciones y las expectativas sociales. Lo más significativo del matrimonio de mis padres es que a los veintitrés años, como buenos católicos, ambos eran vírgenes. Se fueron de luna de miel a un motel cerca de las cataratas Cumberland, «las Niágara del sur». Mientras papá deshacía su equipaje, mamá se percató de que había una baraja de cartas en la maleta y le preguntó sin rodeos si se pensaba que iban a jugar al *gin rummy*. Papá se quedó cortado. Como era vendedor ambulante, solía jugar al póquer con los clientes, sobre todo en las colinas, y guardaba las cartas en la maleta. A pesar de su inexperiencia sexual y su absoluta falta de información, esa noche se las apañaron. Compensaron aquello durante el resto de sus vidas.

Mamá era una McCabe y una McCartney, de la rigurosa comunidad católico- irlandesa de Lexington. Su abuelo, camarero de profesión, era famoso por haberle disparado a un cliente borracho. Otros miembros de la familia eran corredores de apuestas y ludópatas. Su tío embalsamó al gran caballo de carreras Man o'War. Su tío abuelo se preparó para el sacerdocio. Su tía se hizo monja. A los catorce, mamá empezó cuidar de su madre enferma, una responsabilidad que fue en aumento durante cuatro años. Como hija mayor, se hizo cargo de las tareas del hogar —preparar las comidas para su hermana y su padre— y se puso a trabajar.

Con veintidós años, conoció a papá en un baile de la Organización de Jóvenes Católicos. En la subsiguiente primera cita papá se puso traje y corbata, y la llevó al mejor restaurante de la ciudad. Sus atenciones la halagaron: era guapo, divertido y muy listo. Se comportaba como un caballero, lo que significaba «no intentar ninguna cosa rara». Tenían la misma edad, con algunos meses de diferencia. A los diecisiete, mamá había perdido a su madre. El padre de papá había muerto el mismo año. Ambos habían superado la pérdida y las dificultades económicas, pero compartían también una intensa esperanza de futuro, motivada por la prosperidad y el entusiasmo

de la década de los cincuenta. Diez meses después de conocerse, se casaron y siguieron profundamente enamorados el resto de sus vidas. Jamás los oí discutir, ni siquiera discrepar.

Papá trabajaba como vendedor ambulante para Procter & Gamble; se encargaba de los pequeños negocios rurales y luego llegaba a casa y escribía hasta bien entrada la noche. Mi madre leía al doctor Spock^[7] y preparaba comida enlatada. Por las tardes bebían martinis. Enérgico y ambicioso, mi padre se cambió al negocio de los seguros y le ofrecieron un ascenso vendiendo pólizas a estudiantes universitarios de las colinas del este. Al no haber cumplido los treinta, se llevaba bien con los estudiantes de grado. Con tres niños y una mujer embarazada, podía airear sus propias circunstancias como argumento de venta: *si a mí me pasara algo, ¿qué haría mi mujer? ¿Quién daría de comer a mis hijos? Pues vosotros deberíais preguntaros lo mismo.*

En 1963, harto de conducir cientos de kilómetros diarios, mi padre se llevó a toda la familia a una casita de alquiler en el pueblo conservador de Morehead. Mis padres lucharon por ascender socialmente en un lugar que, como punto de apoyo, ofrecía muy poco. Se relacionaban con profesores de universidad y médicos. A mamá le intimidaban sus títulos, pero aprendió a disimularlo detrás de una pátina cada vez más pulida de conversación adecuada. Papá menospreciaba al personal médico, al que se refería como «los fontaneros del cuerpo». Se creía mucho más inteligente que los profesores y consideraba que un doctorado en Filosofía era poco más que un carné sindical para dar clase.

Un año después, papá se enteró de que se vendía una casa a unos quince kilómetros,

ubicada en uno de los riscos de la antigua comunidad minera de Haldeman, con doscientos habitantes. El difunto fundador del pueblo, L. P. Haldeman, había construido un par de casas estupendas y usaba la más pequeña para recibir a las visitas, al tiempo que vivía en la grande. Su primera residencia estaba en venta. Era una casa amplia, una construcción sólida levantada cincuenta años atrás. Pedían poco por ella a causa de una significativa desventaja: situada al fondo de la colina y justo debajo de la casa había una fábrica de carbón. Los hornos generaban humo tóxico.

Papá llevó a la familia en coche más allá del pueblo, siguiendo un arroyo alimentado por torrentes de lluvia que escarbaban la ladera de la colina. Centelleantes huellas de neumáticos recorrían un lecho elevado de grava gruesa. No había señal alguna de tráfico. Colinas empinadas ascendían a cada

lado en muros de bosque. En una pequeña elevación, cruzamos la vía del tren e inmediatamente oímos a humo. En el único lugar disponible, encastrada en la falda de la colina principal, estaba la enorme fábrica de carbón, que bombeaba humo negro hacia el cielo. Papá abandonó la carretera asfaltada por una pronunciada pista forestal que ascendía por una ladera bajo un toldo de árboles. Las piedras rebotaban contra el coche.

Alcanzada la cima de la colina, papá detuvo el coche en un lugar llano del que emergían seis riscos como radios en las ruedas de una carreta. Alrededor del cruce de caminos había más árboles, con las hojas más bajas cubiertas de polvo de carbón. Mis padres consultaron el mapa y siguieron un camino de tierra que fue desvaneciéndose hasta convertirse en un par de rodaduras en medio de las cuales crecía la hierba. Al final se alzaba la casa, en mitad del Daniel Boone National Forest.

Las ventanas no tenían cortinas y el interior estaba en penumbra. Sin amueblar, el sonido de nuestras pisadas y el eco de nuestras voces reverberaba en la casa. Había tres cuartos en el piso de abajo y tres dormitorios en el de arriba. La habían construido con fontanería completa, una rareza en las colinas a principios del siglo XX, y tenía un baño en cada planta.

Mamá deambulaba como en trance, con un niño que le colmaba el vientre, exclamando una y otra vez cuánto espacio había en la casa. Papá daba zancadas resueltas y orgullosas. El precio era bajo a causa de la planta de carbón, y la casa era justo lo que un muchacho necesitaba para una familia en aumento. No le preocupaba que su mujer hubiera vivido toda su vida en Lexington y que no tuviera ni idea de cómo criar niños en un entorno rural. No le importaba no conocer a nadie en la comunidad. Ignoró las minas vacías, las antiguas vías del tren, los arroyos llenos de desperdicios y los edificios abandonados. No sabía que Haldeman tuviera la mayor tasa de desempleo y analfabetismo del condado, y que esta estuviera entre las más altas del estado. A menos de dos kilómetros había un contrabandista de alcohol, lo que traía consigo el uso de armas, fuegos intencionados y carreras que a menudo acababan en accidentes espectaculares. Nada de aquello importó a papá. Una casa amplia superaba con creces la cabaña de madera de su juventud. Compró la casa del señor Haldeman y allí vivió durante cincuenta años.

Bien entrada la noche, después de que los demás nos hubiésemos ido a la cama, mi padre se quedaba a la escucha de indicios del fantasma del señor Haldeman. Al más mínimo crujido, papá decía en voz alta: *Hola, ¿eres tú?* Creía que cuando uno se dirigía directamente a un espíritu se provocaba una respuesta. Incluso de niño, me parecía raro que pusiera tanto empeño en

comunicarse con el mundo etéreo pero no con sus hijos. Siempre le decepcionaba que la casa permaneciera en silencio, que el fantasma lo ignorara.

En los años sesenta, la región de los Apalaches experimentó la mayor emigración de su historia por causas económicas. Cientos de familias se mudaron a Michigan y a Ohio en busca de trabajo. Aquella diáspora dejó espacio para personas como mi padre, que necesitaba una gran cantidad de espacio físico. La nuestra era la primera familia que se instalaba en Haldeman en más de treinta años. Muchos de nuestros vecinos carecían de fontanería convencional. Cultivaban huertos de subsistencia, criaban cerdos y gallinas, y cazaban para comer. Algunas familias cultivaban por dinero una pequeña plantación de tabaco y recogían *ginseng* en el bosque para venderlo. Muchas recibían ayudas sociales. Nadie iba a la universidad, y muy pocos terminaban el instituto. No era inusual que los hombres fuesen por ahí armados. El sonido de los disparos se hizo tan normal a mis oídos como el ladrido de los perros. Aprendí a distinguir las diferencias de tono entre una escopeta, una pistola y un rifle.

Mis padres disfrutaban de la carencia de un pasado local y empezaron a romper relaciones con sus respectivas familias. Crecí sin los beneficios directos de tener primos, tíos, tías o abuelos. Mamá y papá se mofaban de nuestros vecinos por ignorantes y burdos.

A mis hermanos y a mí nos enseñaron a considerarnos mejores que las familias que nos rodeaban, que los niños con los que jugábamos y que la cultura que llegamos a identificar como propia. Mi experiencia fue similar a la de los hijos de los diplomáticos de la época colonial: vivíamos en la casa grande, teníamos dinero de sobra y nos relacionábamos con los lugareños, pero nunca terminamos de encajar. Incluso hablábamos un idioma diferente, que mi padre llamaba «el inglés de la reina», en vez del dialecto de las colinas, gramaticalmente incorrecto. Otros niños aprendían a pescar y a cazar; yo aprendí a hablar como es debido.

Las colinas de alrededor contenían abundantes filones de una arcilla densa y dura, ideal para la fabricación de los robustos ladrillos refractarios con los que recubrían los altos hornos de las acerías. En 1903, Lunsford Pitt Haldeman fundó la Kentucky Fire Brick Company y contrató a varios hombres para instalar un sistema de raíles estrechos para que así las mulas arrastraran la arcilla extraída a mano hasta la ladrillera. El negocio floreció durante los años veinte, y la ladrillera se convirtió en la mayor empresa de la región gracias a la producción de sesenta mil ladrillos al día con el sello

«Haldeman Ky» en cada uno. El pueblo fabril tenía las calles adoquinadas, un parque público, una barbería, un campo de béisbol y un apeadero de tren. Había una cancha de tenis, varios puntos para el lanzamiento de herradura y un campo pulcramente recortado para jugar al *croquet*. A los trabajadores se les pagaba combinando efectivo y pagarés, una forma de crédito a cuenta del salario solo canjeables en la carísima tienda de la empresa.

En los años cincuenta, la General Refractories compró la vieja ladrillera y transformó sus hornos para fabricar carbón. Esto se llevó a cabo con la quema de traviesas de tren empapadas en creosota, un líquido oleoso que se obtenía del alquitrán de hulla y se usaba como conservante para madera. El carbón resultante se enviaba al norte, se troceaba en briquetas, se metía en bolsas y se vendía para las barbacoas veraniegas a lo largo de todo el país. El humo espeso y constante aumentó la tasa de mortalidad de ancianos y niños en Haldeman. Todo el mundo tosía. Por las noches la humedad generaba una niebla que se mezclaba con el humo hasta crear un esmog opaco que los faros de los coches eran incapaces de atravesar. Papá iba a pie por delante del coche con una linterna para iluminarle el camino a mamá, que conducía. Los tenderos de Morehead nos identificaban por el acre olor a humo de nuestras ropas y lo usaban como una excusa para discriminarnos. Los habitantes de Haldeman ocupaban la base de una pirámide social que no ascendía demasiado. Además, apestábamos en sentido literal.

La fábrica se hallaba a menos de doscientos metros de la escuela primaria. El humo flotaba en el aire cuando yo iba andando al colegio y oscurecía el bosque igual que una niebla matutina y letal que jamás se disipa. En 1968 mis padres organizaron un pequeño grupo llamado Struggle Opposing Smog [8], o SOS. Para captar la atención, no llevaron a sus hijos a la escuela durante la primera semana de colegio, atrayendo así la cobertura de los medios nacionales por la singularidad del boicot. Se fijaron aparatos especiales a las chimeneas para medir la cantidad de partículas que se emitían. Dos días después se rompieron todos los indicadores, y las lecturas finales registraron índices de polución mayores que los de Detroit. La fábrica de carbón echó el cierre. Algunas personas elogiaron a mis padres por sus esfuerzos; otras estaban resentidas por la pérdida de su empleo. Nadie podía negar que la calidad del aire había mejorado.

La mayoría de las infancias rurales resultan muy solitarias, pero, gracias al pasado de Haldeman como pueblo fabril, la gente vivía apiñada a lo largo de los arroyos y los riscos. La cultura de las colinas ha conservado los vestigios de la pionera mentalidad del siglo XVIII: la autosuficiencia, la caza como

sustento y el desacato a la ley convencional. Diez chicos de mi edad vivían a un paseo de distancia por las sendas del bosque. Vagábamos a pie por las colinas y más tarde en bicicleta, escorando nuestras maltrechas bicis por los senderos de caza y por las sendas, sumergiéndonos cuesta abajo en las empinadas colinas bosque a través. Eramos imprudentes y variopintos, temerarios y rudos, siempre llenos de cortes y de moratones. Las camisas de los excedentes militares de la guerra de Vietnam resultaban ideales para el bosque. El material de tejido compacto repelía el agua y los pinchos. Dos chicos iban siempre cojeando, las caras desprotegidas con moratones y cortes. De vez en cuando tenía moratones en los dos ojos, una fuente de orgullo, pues solo en uno podía lucirlos cualquiera.

Encontrábamos coches de los años treinta hechos chatarra con árboles saliéndoles por las ventanillas, cimientos de casas llenos de basura y decenas de agujeros vacíos en el suelo. Los bosques estaban repletos de ladrillos, todos con el nombre de nuestra comunidad. Comíamos unos en casa de otros, nos ayudábamos con los deberes y durante el

invierno compartíamos los guantes. Nuestras vidas no conocían más fronteras que la distancia que pudiésemos recorrer a pie, sin olvidar estar en casa al caer la noche. Nos queríamos con la pureza con que a ninguno de nosotros nos querían en casa.

Me crie a la sombra de una historia complicada, mitificada por los días de gloria desvaída de un pueblo perdido. El relato popular cuenta que L. P. Haldeman hizo cuanto estuvo en su mano por cuidar de sus obreros. Se aseguraba de que incluso los niños más afectados por la pobreza que vivían en los ruinosos barracones de la empresa recibiesen una cesta de fruta por Navidad. Un relato que demostraba su compasión hablaba de un hombre que había muerto en el trabajo, dejando una familia sin medios de subsistencia. El hijo mayor tenía trece años. El señor Haldeman mandó construir un taburete especial para que el chico se subiera a él y así pudiera trabajar a jornada completa en el puesto de su padre.

Los empleados recibían en torno a diez dólares a la semana por jornadas de setenta horas. En 1934 se organizaron en el Sindicato Local n.º 510 e hicieron huelga. Los hombres querían más dinero y menos horas. El señor Haldeman se negó a reunirse con los representantes del sindicato. Documentos judiciales recogían sus palabras: «Voy a cerrar la condenada fábrica y ahí la voy a dejar. Lo más probable es que se la coma el óxido».

El juez del condado de Rowan envió un destacamento de la Guardia Nacional a la ladrillera, junto con setenta y cinco «agentes» locales. Se

reanudó la actividad en la planta. A treinta y seis hombres se les denegó el regreso al trabajo; los nombres de todos, obtenidos por un investigador privado a sueldo de la empresa, figuraban en una lista negra. En 1938 la Kentucky Fire Brick perdió un litigio presentado en nombre de aquellos trabajadores. Enfurecido por verse forzado a readmitir a sus obreros, el señor Haldeman vendió la empresa a la U. S. Steel. En la venta incluyó la escuela de primaria, partes del ferrocarril, un trozo asfaltado de la vieja carretera principal, varias casas, vastas extensiones de tierra minera vertical y, en un sentido muy real, a la gente que vivía allí. Los hombres con familia y buena condición física se mudaron a otra parte en busca de trabajo. Casi todas las personas que se quedaron padecían alguna discapacidad, eran propietarias de la totalidad de sus tierras o percibían una pensión militar.

Los apellidos de los hombres mencionados en el litigio de 1938 eran los siguientes: Adkins, Bailey, Christian, Davis, Evans, Eldridge, Glover, Hall, Hogge, Lewis, Messer, Oney, Pettit, Parker, Rakes, Sparks, Sturgell, Stinson, Sparkman, Stamper, Sammon, Stewart, Thomas, White y Wilson. Reconozco cada nombre porque me crié con sus descendientes.

Mi interpretación del declive del pueblo era sencilla: la culpa la tenían los trabajadores desagradecidos. Hasta mucho más tarde no me di cuenta de que los beneficios de la Kentucky Fire Brick iban a parar fuera del estado y de que las familias no ostentaban los derechos mineros de sus tierras. Lunsford Pitt Haldeman era el vástago de una familia rica de Ohio que había heredado aquella tierra. Presionado para que se convirtiera en un emprendedor, contrató a un amigo de la infancia para que dirigiera la empresa mientras él se quedaba en Ohio.

El pueblo en el que crecí no era más que una empresa comercial. Cuando los beneficios empezaron a disminuir, L. P. Haldeman se quitó de encima la responsabilidad. En realidad, jamás vivió en el pueblo al que dio nombre, y desde luego no en nuestra casa. No dejó ningún espíritu con el que mi padre pudiese hablar. Pero, igual que un fantasma, su presencia invisible se percibía poderosamente. La prueba que queda del despótico fundador del pueblo son los miles de ladrillos con su nombre, todos tan cascados y maltrechos como las personas a las que abandonó.

CAPÍTULO TRECE

La cocina tenía fuegos eléctricos con un despliegue de botones para controlar el calor: extrabajo, bajo, medio, medio alto, alto y extraalto. Al apretar un botón, se hacía saltar automáticamente al resto. Aquel flamante sistema propio de la era espacial me fascinaba, y distinguía la relación entre las letras de los botones y la intensidad del calor. Mi madre me enseñaba el alfabeto. A los cinco años aprendí yo solo a leer otros objetos de la cocina: azúcar, harina, sal, Jif, Kraft, Velveeta, Frigidaire y Osterizer^[9].

Durante los años treinta, la Work Progress Administration^[10] construyó mi escuela primaria con enormes bloques de arenisca transportados en tren desde los alrededores de las canteras de Bluestone. Al igual que todas las estructuras en la región de los Apalaches, la geografía dictaba la ubicación. El colegio se encontraba en una amplia cavidad flanqueada por escarpadas colinas. Nuestro patio del recreo era medio acre de roca y tierra sin canasta de baloncesto, juegos de barras ni columpios. Las únicas normas consistían en mantenerse alejado del arroyo y de la carretera.

Empezábamos cada día jurando lealtad a la bandera; luego recitábamos el padrenuestro. Durante los siguientes diez minutos nos quedábamos de pie junto a nuestros pupitres y cantábamos canciones patrióticas e himnos. Yo me lo tomaba todo al pie de la letra y era un pensador serio aunque naïf. Con frecuencia, cantábamos el espiritual «He's Got the Whole World in His Hands». Creía que aquello era una verdad fáctica, que Dios era un gigante, lo bastante grande como para sostener la tierra en la palma de la mano. La oscuridad de la noche era el resultado de que Dios se metiera el mundo en el bolsillo del pantalón. Las estrellas me dejaban perplejo. Aparentaban ser agujeros en la tela del pantalón del Dios que dejaban pasar la luz. Creía que la ropa de Dios sería mejor que la mía. Mi madre lavaba la ropa de la familia una vez a la semana, y tenía sentido que la madre de Dios hiciera lo mismo. Por lo tanto, concluí, las estrellas eran la prueba de que en el bolsillo de Dios había un pañuelo de papel que se deshacía con el lavado. Él era todopoderoso

y omnisciente, pero su madre no. Era ella quien se olvidaba de sacar el pañuelo del pantalón de Dios.

Apliqué una lógica similar a la existencia en la escuela de una fuente de agua. A los seis años, nunca antes había visto una. Un compañero de clase me explicó que debajo del edificio del colegio había un gran pozo que suministraba el agua. Por su acento cerrado estiraba la palabra *pozo* [well] hasta hacerla sonar como *ballena* [whale]. Lo que yo entendí fue que en la tierra de debajo del edificio del colegio vivía una ballena igual de grande que la que se tragó a Jonás. Cuando soplabá por su espiráculo, las tuberías capturaban el agua y la canalizaban hasta la fuente. Una mañana, durante el recreo, intenté colarme a gatas bajo la escuela para buscar a la ballena. El director me pilló y, obediente, yo le expliqué mi misión. Le resultó gratamente divertido y me dijo que tenía mucha imaginación para ser un chaval tan pequeño. Unos años más tarde comprendí por qué a mi compañero de clase le había entusiasmado tanto la fontanería. Su familia no tenía agua corriente. Una de sus tareas era sacar agua de un pozo y llevarla a casa a cuestas.

Después de la escuela caminaba por un arroyo; luego subía por la pista forestal hasta una senda que atajaba entre el denso follaje. Los primeros años iba corriendo a casa. Mamá me recibía en la puerta trasera con un abrazo y la merienda. Mi hermano y mis hermanas se ponían contentísimos con mi regreso, como si hubiesen temido que mi marcha fuese definitiva. Papá trabajaba cincuenta horas a la semana vendiendo pólizas y llegaba a casa a las cinco y media para cenar. A menudo volvía a salir porque tenía citas con clientes a última hora de la tarde.

Mi recuerdo de cuarto grado es muy intenso, quizás porque empecé a escribir y a dibujar

en serio. De aquel año conservo cuatro relatos cortos y dos ensayos. Fue también el primer año que llevé un diario, pequeño, con un diseño psicodélico en la cubierta, muy apropiado para el año 1968. Es posible que el acto de documentar mis percepciones permitiera a mi conciencia retener con mayor claridad. Puede que mi interés por el mundo aumentara o que mis sentidos alcanzaran un nuevo nivel o que hubiera nacido mi compulsión por observar. En todo caso, es el periodo más temprano del que recuerdo largas secciones de mi vida, como si el acto de recordar en sí mismo se hubiese convertido en una narración.

El primer día de cuarto grado, la profesora repartió libros de texto para usarlos a lo largo de todo el curso. Lo leí entero en una semana y me pasé los

nueve meses siguientes leyendo

libros, haciendo dibujos y escribiendo relatos. Los profesores me regañaban con frecuencia por «incomodar al prójimo^[11]», una expresión que me parecía rara, pues eso era algo que la

gente de las colinas hacía con rifles y perros.

La escuela carecía de una enseñanza especializada para niños con discapacidades de desarrollo. El director los ponía en la clase adecuada a sus niveles. El término que usaban con ellos era el de *retrasados* e incluía varios grados de autismo, asperger y síndrome de Down, consecuencia de una dieta prenatal pobre y del incesto. En cuarto grado había un chico así al que habían hecho repetir tan a menudo que ya lo había alcanzado la primera pubertad; se llamaba Carson. Más grande y más fuerte que el resto, hablaba con gruñidos ceceantes e ininteligibles. No sabía leer ni escribir. Debido a su comportamiento impulsivo, el pupitre de Carson estaba en uno de los rincones delanteros de la clase. Nadie se atrevía a tocarlo. Una de nuestras bromas favoritas era ponerle a alguien una zancadilla para que así se viera forzado a agarrarse al pupitre de Carson en busca de sujeción, recibiendo así una rápida transmisión de piojos. Carson apenas iba a clase.

Cuando se frustraban, se enfadaban o se irritaban sin más, los profesores golpeaban a los estudiantes con unas palas de madera. Curiosamente, nuestra profesora de cuarto grado no creía en lo de pegar a los niños. Sus castigos incluían quedarse en clase durante el recreo o sentarse media hora en el pupitre de Carson. Un día hice tres aviones de papel, cada uno más pequeño que el anterior, y los alojé en la doblez que formaba el fuselaje de la aeronave más grande. Mi idea era lanzarlos por los aires y recrear las tres fases del despegue de un cohete. En lugar de eso, la profesora me pilló en el momento justo en que arrojaba los aviones. Me castigó sentándome en el pupitre de Carson lo que quedaba de curso.

Coloqué el libro en el asiento como si fuese un dispositivo desinfectante, temeroso de que alguna faceta de Carson fuese contagiosa. Me senté en una postura rígida. El tablero del pupitre mostraba una pátina de jeroglíficos que representaba años de aburrimiento estudiantil: nombres e iniciales labrados en la madera, oscurecida a mugre y a lápiz, lacada y vuelta a cubrir cual telaraña bajo la impronta de otra generación. Al terminar el siguiente día, advertí los beneficios de mi nueva situación. El pupitre estaba pegado a la puerta, lo que me permitía ser el último en entrar y el primero en salir del aula. Encaraba la pizarra de espaldas a la clase, lo que me proporcionaba un espacio personal y

una privacidad que no hallaba en casa. Por primera vez llegué a amar la escuela.

Durante el invierno, los carámbanos centelleaban en los precipicios. De camino a la escuela la nieve de las ramas bajas me caía encima. El buen tiempo llegó por fin. Los cornejos rosas y blancos moteaban las colinas. Los arbustos de forsitia florecieron con un amarillo brillante. Carson volvió a la escuela. La profesora me ordenó regresar a mi sitio original. Entrelacé los tobillos con las patas de madera del pupitre de Carson, me aferré al asiento y le recordé que me había ordenado que me sentara allí hasta que acabara el curso. Exasperada por mi terquedad, mandó a Carson a mi asiento. Al cabo de media hora alguien lo provocó para que formara un alboroto. La profesora lo hizo ponerse en pie. Arrastró el que había sido el pupitre de Carson al otro rincón delantero y le dijo que se sentara ahí. El semestre de primavera acabó con el chico más listo y el más torpe sentados en rincones opuestos, el yin y el yang, cada uno en el asiento del otro. Combinados, hacíamos un único estudiante medio.

Resultaría fácil criticar el método disciplinario de aquella profesora, pero era amable con Carson; probablemente fuera la primera persona en serlo. Intimidados por su tamaño, con frecuencia los profesores lo enviaban al despacho del director en lugar de darle con la pala. Se tendía bocabajo en el suelo tranquilamente, frustrando al director, que pensaba que se trataba de un truco para eludir el castigo.

Muchos años más tarde, el primo de Carson me contó que vivía con su abuela, quien tenía en el paladar una fisura irreparable que hacía que sus expresiones fueran imposibles

de entender. Carson llevaba imitando su pronunciación desde que nació. Antes de pegarle, lo hacía tumbarse en el suelo porque le resultaba más sencillo golpearle desde la silla. Después de clase, Carson cortaba leña y acarreaba agua en vez de hacer los deberes. Era tímido y analfabeto, y nunca aprendió a hablar con claridad, pero en absoluto estaba mal de la cabeza.

Con diez años yo leía un libro al día, dos si estaba lloviendo. En verano esperaba a que el bibliobús subiera traqueteando en primera por el camino de tierra, conducido por una joven voluntaria. Llevaba una diadema y pantalones de campana parchados, el cuello cubierto de abalorios. Mis intensos sentimientos por ella eran inefables: no era capaz de mirarla, apenas podía hablar. Tenía una fantasía recurrente en la cual recorríamos juntos el condado, vivíamos en el bibliobús y leíamos por siempre jamás. Un día la camioneta no vino y nunca más la volví a ver.

Ya me había leído la colección anterior a la Segunda Guerra Mundial que mi padre conservaba de su niñez: *Los gemelos Bobbsey*, *Billy Whiskers*, *The Hardy Boys*, *Nacy Drew* y *Tom Swift* . Después empecé su colección de novelas de aventuras de Edgar Rice Burroughs, Robert E. Howard, Alexandre Dumas, Robert Louis Stevenson y Daniel Defoe. Me pasé un sábado entero usando una escalera de mano y una cuerda larga para trepar a un manzano y clavar un tablero a una horcadura. Allí podía sentarme a leer, a escondidas de mis hermanos. Las abejas me rondaban la cabeza, pero comprendí que si no les tenía miedo ellas me dejarían en paz.

No leía con la intención de instruirme. Era mi principal evasión de un mundo que, pese al maravilloso paisaje y a la rica cultura montañesa, no me proveía de lo que yo necesitaba: la promesa de aventura, una vida más allá del perímetro de las colinas. A menudo fantaseaba con que me habían adoptado y con que tenía poderes misteriosos, como volar o teletransportarme. Los libros me ofrecían la promesa de un mundo en el que los inadaptados como yo podíamos medrar. En las páginas de una novela, no tenía ningún miedo: ni a mi padre ni a los perros ni a las serpientes ni al matón de la otra orilla del arroyo; tampoco a los muchachos mayores que conducían bólidos tan pegados a mí que me hacían saltar a la cuneta; ni a los hombres armados que aparcaban cerca de la casa del contrabandista. Si hubiese habido un cine o una galería de arte, habría hallado consuelo en ellos. En la región de los Apalaches, por raro que parezca, yo tenía la literatura.

En Morehead abrieron una nueva biblioteca. Todos los sábados, mi madre iba en coche al pueblo a hacer la compra, me dejaba en la biblioteca y después me recogía. La biblioteca tenía un límite de cuatro libros por persona. Mi solución fue sacar carnés a nombre de mis hermanos y del perro de la familia, lo que me permitía coger veinte libros a la semana. Mi primera novela favorita fue *Harriet la espía* , de Louise Fitzhugh. Las circunstancias de partida de la vida de Harriet no podían distar más de las mías: ella vivía en Nueva York con una niñera y un cocinero. Siempre me había identificado con los protagonistas cuyas aventuras eran el resultado de circunstancias externas y fantaseaba con ser Tom Sawyer, Sherlock Holmes o Tom Cárter. En Harriet M. Welsch hallé a alguien que creaba su propio drama interno por medio del registro de sus observaciones. Para mí, ella era más real que Tarzán; la base de su vida era muy similar a la mía. Ignorada en gran medida por sus padres, era una chica solitaria que vestía vaqueros y deportivas, y tenía una navaja, igual que yo. Deambulaba por el vecindario, interactuando con la gente a

cierta distancia, exactamente igual que yo. Siempre llevaba consigo una libreta y lápices de sobra.

Después de acabar el libro, usé mi paga para comprarme una libreta y unos lápices, la primera vez que me la gastaba en algo que no fuesen cómics o coches en miniatura. Decidí llevar encima lápiz y papel el resto de mi vida y anotar mis observaciones, un hábito que he mantenido desde hace casi cincuenta años.

Como preparación para el instituto, en quinto grado empezamos a hacer cambios de clase. La profesora de Matemáticas y Ortografía tenía una pala casera, larga y fina, con un mango tallado. La usaba más que nadie, siempre con los chicos. Se instauró la extraña costumbre de firmar la pala con tu nombre después de que te zurrara. Yo nunca entendí aquello y me negaba a firmar, aunque me pegaba a menudo. Aplicaba aquel castigo en el pasillo, donde el estudiante descarriado se reclinaba y ponía las manos contra la pared. Ella se colocaba detrás y manejaba la pala como si fuese una raqueta de tenis.

En clase de Ortografía, nuestra tarea semanal era definir veinte palabras. Yo escribía las respuestas rápidamente y se las entregaba. La profesora las desdeñaba, diciendo que se suponía que tenía que copiar las definiciones del diccionario. Yo le dije que eso era un aburrimiento, porque ya me sabía aquellas palabras. Ella se mofó y me dijo que lo

demostrara escribiendo una historia en la que usara correctamente cada una de las palabras. Si me equivocaba, me llevaría una tunda.

En la lista de Ortografía de la semana siguiente aparecía la palabra *minuto*, que yo incluí obedientemente en un relato sobre una justa medieval. Los dos caballeros eran *sir Christophoro* y *sir Robbiano*, enemigos jurados que buscaban complacer al rey. Un chico llamado Robbie vivía cerca, en el mismo risco, pero al otro lado de una estrecha hondonada. Su padre lo acosaba y Robbie me acosaba a mí. Una vez agarró una rama baja de un árbol de tal manera que, al soltarla, la rama saltó por los aires y me dio en plena cara. Me dolió muchísimo y me dejó una marca durante días. Robbie me derrotó en la vida real, pero en mi relato *sir Christophoro* aplastaba a *sir Robbiano* sin piedad.

Mi primera historia para la clase de Ortografía incluía este renglón: «El daño que *sir Christophoro* recibió fue *minuto*». La profesora se mostró encantada con mi aparente mal uso de la palabra y le sugirió a la clase que estaba tratando de llamar la atención. Yo protesté, afirmando que ese *minuto* era correcto. En un intento de avergonzarme delante de la clase, me dijo que

cogiera el diccionario y que buscara *minuto*. Leí en alto la segunda entrada, donde se definía *minuto* como «insignificante o trivial». Me acusó de mentir. Al enseñarle el diccionario, su expresión me reveló el enorme poder del lenguaje. Los relatos cortos que a partir de entonces escribí para la clase de Ortografía forjaron un vínculo entre el acto de escribir y la rebelión.

La narrativa era un arma contra el mundo, más efectiva que la espada de *sir Christophoro*.

En sexto grado ya había agotado la biblioteca del colegio, una zona del comedor acordonada por una endeble fila de tabiques forrados de tela, y recurrí a la biblioteca personal de mi padre. Tenía la colección de cincuenta y cuatro volúmenes en tapa dura de los Grandes Libros del Mundo Occidental, dos enciclopedias enteras y otra colección de libros eruditos sobre religión, psicología, historia antigua, campañas militares y sexualidad. Los estantes contenían también literatura popular y de ciencia ficción. Leía constantemente, sin supervisión ni guía y sin que me importara el contenido. Tan solo eran libros: Mark Twain, Sigmund Freud, Homero, George Bernard Shaw, Booth Tarkington, Eurípides, Thorne Smith, León Tolstoy, Carl Jung, Charles Darwin, Damon Runyon, Aristóteles, Tomás de Aquino y demás.

Leía por encima de mi entendimiento, pero no lo sabía porque, sencillamente, nadie me lo dijo. Ni discriminaba ni valoraba. Cada libro tenía el mismo peso, idéntico valor. Cuanto más leía, más quería aprender. A medida que obtenía información sobre el mundo, iba percatándome de que nunca sería capaz de leerlo todo y de que al final me vería obligado a hacer criba. Hasta entonces, me limitaba a absorber narración y concepto; terminaba Shakespeare y cogía a Heinlein, me sumergía en Maquiavelo y luego en Tolkien. Era como un ciego que trata de mantenerse caliente en invierno, agarrando el trozo de leña más cercano, incapaz de discernir si es tronco o corteza, ocupado tan solo en que no se apague el cálido y constante fuego, al que echa lo que tenga más a mano.

Leer y escribir me ayudaba a vencer el tedio de la escuela, aunque seguí suponiendo un problema disciplinario. No alcanzo a recordar qué me llevó a recibir mi última tunda en octavo grado. Esperaba el habitual castigo de tres golpes y acompañé a mi profesora al pasillo. Me puso de cara a la pared y me golpeó seis veces, muy fuerte y muy rápido. Los tres primeros los pude resistir, pero después de seis supe que me iba a echar a llorar. La perspectiva del escarnio público cuando regresara a la clase era abrumadora. En lugar de llorar, empecé a reírme, lo que me sirvió de alivio tanto como las lágrimas. La profesora interpretó que mis risas iban dirigidas a ella. Me pegó otras seis

veces. Empecé a apartarme antes de los dos últimos golpes y ella me los dio más rápido; el último me alcanzó en la parte superior del muslo. Me giré hacia ella, con el dolor avivando mi rabia. Ella tenía la cara roja y un raudal de lágrimas le caía desde los ojos. Descolocado del todo, me fui del colegio. Me quedé en el bosque hasta que todos se hubieron marchado a casa y luego regresé a por mis deberes y mi bolsa del almuerzo. Al día siguiente me enteré de que había fijado un récord escolar con doce golpes, el máximo en una sola tunda. La profesora no volvió a mirarme a los ojos nunca más.

Un mes más tarde me gradué en la escuela primaria de Haldeman con las mejores calificaciones de 1972, la cúspide de mi carrera académica. La lección mejor aprendida fue el valor de ocultar mi inteligencia.

CAPÍTULO CATORCE

Mis padres fueron miembros férreos de la conocida como Generación Silenciosa, los nacidos en plena Gran Depresión que alcanzaron la mayoría de edad durante la Segunda Guerra Mundial. Se casaron en 1957, decididos a conservar una fachada de comportamiento decente, de pulcritud y de apariencias. Mamá había aprendido a escribir a máquina sin mirar con el objetivo de ser secretaria, pero en realidad lo que quería era ser madre y ama de casa. Mi padre había dado los pasos convenientes del ciudadano formal: activo en la iglesia, presidente de su fraternidad universitaria y del Club Newman, directivo en Big Brothers of America. Se unió al Club de Maestros de Ceremonia para mejorar su oratoria y se hizo miembro del Club Kiwanis para hacer contactos profesionales.

Durante la década de los sesenta, papá escribía por las noches y los fines de semana, y produjo dieciocho relatos cortos y nueve novelas. Trabajaba en el sótano sin terminar, de cara a un pequeño aparato de televisión en blanco y negro que solo sintonizaba un canal. Los muros goteaban cada vez que llovía. Las raíces enmarañadas de los árboles hacían que la fosa séptica revertera periódicamente su flujo hacia el interior del sótano. Los sábados y los domingos se sentaba a la mesa del salón con una vieja máquina de escribir. Trabajaba a una velocidad asombrosa, azotándole al carro de retorno varias veces por minuto. La máquina hacía vibrar la mesa, lo que provocaba que el cenicero y el vaso de agua viajaran por la superficie de manera aleatoria. Una vez al día como mínimo, golpeaba el vaso con el carro y derramaba el agua encima de las páginas recientes del manuscrito. Papá maldecía con todas sus ganas, dirigiendo la rabia contra quien tuviese más cerca. A los ocho años, empecé a dedicar mis fines de semana a salir al aire libre. Necesitaba la soledad tanto como la necesitaba mi padre.

Papá empezó a usar letras minúsculas para su nombre oficial en todos los documentos. Sus libros eran de «andrew j. offutt» y sus cartas las firmaba como «andy». La compañía de seguros que constituyó era «andrew j. offutt associates». Me contó el motivo: quería destacar entre la multitud.

—De ese modo me recordarán —dijo. Y tenía razón.

En 1968 papá dirigía agencias aseguradoras en tres ciudades y recibió premios por sus ventas y su habilidad como supervisor. Más tarde me contó que quienes movían los hilos en la política de Kentucky, *los chicarrones de Frankfort*, le tenían echado el ojo. Conducía un Mercedes-Benz de cuatro puertas, el único en el condado, y había juntado un impecable armario de trajes a medida y corbatas de corte clásico. Él lo expresaba así:

—Cuando te vas de un lugar, quieres que la gente se acuerde de que ibas muy bien vestido, pero no de lo que llevabas puesto.

A los treinta y cinco años había alcanzado sus objetivos: estatus social, casa grande, coche bonito, negocio propio. También se sentía atrapado por sus propios valores. No le gustaban los niños. Dejaba claro que había sido padre debido al catolicismo y que estaba resentido con la Iglesia por la carga. El único embarazo buscado fue el de mi hermano. Habría querido parar con el segundo. Lo habló en privado con mis hermanas pequeñas, a las que aseguró que papá las quería, pero que no le gustaba la religión.

A pesar de su gran éxito en los negocios, papá era un hombre frustrado y desgraciado. Dormía fatal y nunca lo suficiente. Se saltaba el desayuno y para almorzar se bebía un líquido viscoso llamado Metrecal. En cuanto llegaba a casa, echaba dos comprimidos de Alka-Seltzer en un vaso de agua; luego se pasaba a la cerveza. Desde su infancia, lo único que había querido era escribir. Ahora tenía más ideas y menos tiempo, y odiaba la vida que de manera tan servicial se había construido. Buscaba una salida, pero no iba a dejar a mi

madre. En su lugar, extendía sus miserias a la familia. Como los abusos de mi padre eran verbales, desarrollé una especie de telepatía emocional. Mi papel consistía en distraer y apaciguar con comentarios avispados que aligeraban el humor prevaleciente. Con papá nadie tensaba la cuerda más que yo, pero nadie era capaz de hacerlo reír con tanta facilidad. Él me necesitaba para ese cometido. Aprendí a ser gracioso.

A mediados de los sesenta, dos acontecimientos dieron forma al futuro de nuestra familia. Mi madre recuerda que papá estaba sentado en el salón leyendo una novela pornográfica comprada por correo. Papá la arrojó contra la pared opuesta.

—¡Yo escribo mejor! —dijo él.

Ella le sugirió que lo hiciera. En 1969 había publicado cinco y firmado un contrato para dos más.

Por aquel entonces, el desarrollo de mi dentadura definitiva me había causado un buen follón en la boca, en la que se habían formado tres filas de dientes frontales. Los caninos ocupaban la primera posición. Inmediatamente detrás iban los incisivos, seguidos de los incisivos laterales. Mi sonrisa abría con los colmillos y luego dos filas de dientes más grandes, lo que me daba el aspecto de un tiburón en miniatura.

Según mi madre, a papá no le importaba el estado de mi boca, porque su familia era gente de campo que dejaba que sus dientes fuesen a su aire. Desde los veintipocos, mi padre había llevado un juego entero de dentaduras postizas, superiores e inferiores. Por primera vez en doce años de matrimonio, mamá no dio su brazo a torcer e insistió en que se pondría a trabajar para así financiar la ortodoncia que me hacía falta. Con todos los niños en el colegio, tenía libre la mayor parte del día. Papá se pasaba casi toda la jornada conduciendo infeliz entre las múltiples oficinas de su compañía de seguros. Creía que con una mecanógrafa a jornada completa sería capaz de duplicar su producción como escritor. Si dejaba su trabajo para ponerse a escribir, y mamá pasaba los manuscritos a máquina para presentarlos, ganarían el dinero suficiente para arreglarme la dentadura.

Mis padres no eran personas valientes. Tampoco eran particularmente atrevidos. De las privaciones económicas habían aprendido a ser frugales y cautelosos. Trabajaban duro y no se la jugaban. Después de planearlo mucho, mi padre tomó la decisión más osada de su vida, el único riesgo que jamás corrió, pero que fue enorme. A los treinta y seis años, decidió perseguir el sueño de su vida y convertirse en escritor profesional.

La presencia repentina de mi padre en casa conmocionó a la familia de muchas maneras. Pasó de estar fuera cincuenta horas a la semana a estar todo el tiempo en casa. Nuestro hogar era ahora un espacio de trabajo. Él estaba *trabajando*, lo que significaba que la casa debía estar en silencio: nada de hablar en voz alta, reír o caminar. Aprendimos a subir y bajar las escaleras sin hacer ruido. Las puertas tenían que cerrarse despacio o bien dejarse abiertas. El más mínimo ruido sobresaltaba a papá, que se ponía a gritar. El repiqueteo constante de las dos máquinas de escribir llenaba la casa.

Mi madre también cambió su horario. Ella y papá se quedaban en su habitación cerrada hasta que nosotros nos íbamos al colegio. Antes de eso, la habíamos tenido para nosotros solos: mamá nos bañaba, nos daba de desayunar, nos besaba en la coronilla y calmaba nuestros ánimos. Ahora se dedicaba a las necesidades de nuestro padre. Ya no nos recibía después del

colegio con un abrazo y la merienda. No habíamos ganado un padre: habíamos perdido una madre.

Desde los doce años recayó en mí la tarea de levantar y vestir a mis hermanos, prepararles el desayuno y llevarlos después al colegio por un sendero a través del bosque. De ese modo, nuestros padres podían dormir sin ser molestados. A menudo, el asma de mi hermana empeoraba mucho y yo tenía que decidir si debía ir al colegio o no. Despertar a mis padres iba contra las normas. Mi hermana tenía que adoptar una postura específica para respirar: tenía que ponerse más o menos en cuclillas e inclinarse hacia delante en la cama, con la cabeza ligeramente ladeada. Le pedía a mi hermana que se sentara y que respirara hondo. Si aquello parecía costarle un esfuerzo excesivo, le decía que se quedara en casa. Yo me iba al colegio y ella se tumbaba en la cama, respirando con dificultad, con miedo a la reacción de papá cuando se despertara. Con cada dolorosa inhalación, ella esperaba que el ataque de asma le durara lo suficiente como para que al despertar papá entendiera que era grave.

El nuevo despacho casero de mi padre, que antes había sido el cuarto de mi hermana, tenía dos ventanas y un armario. Las estanterías cubrían tres paredes del suelo al techo. En medio de la habitación había un escritorio gigante de nogal. Fabricados en 1960, aquellos eran muebles para ejecutivos que pretendían impresionar a sus clientes, un regalo del jefe

de papá durante su carrera en los seguros. Hacía las veces de isla, con metro veinte de ancho y dos diez de largo, y estrechos pasadizos por tres de los lados. Más allá de la mesa, alejado al máximo de la puerta, discurría un pasillo angosto con una silla de respaldo de listones que encaraba una alcoba diminuta con una máquina de escribir dentro. Nadie era bienvenido.

Mi madre se quedaba delante de la puerta a la espera del permiso para entrar, incluso después de que papá hubiese gritado exigiendo café. Yo evitaba comunicarme con papá en su despacho. El proceso requería varios pasos, y empezaba conmigo acercándome de puntillas hasta la puerta para no sobresaltarlo. Llamaba con suavidad y esperaba su confirmación, un intervalo que podía durar unos minutos. Me preguntaba si me habría oído, pero sabía que era mejor no volver a llamar ni despertar su ira. Papá no consideraba las intrusiones como una simple distracción, sino como una falta de respeto y un ataque.

Su respuesta era siempre la misma, una orden: «Ven». Después de que me fuese concedida la admisión, abría despacio la puerta y me acercaba al gigantesco escritorio cubierto de libros y papeles. Un rifle descansaba en un

rincón. En el cuarto había capas de olor a cigarrillos mentolados. Más allá del escritorio, ocupando el pequeño espacio, estaban mi padre y su mirada penetrante. Con ansiedad, exponía mi asunto. Él respondía cortante; luego me despachaba y se ponía a escribir a máquina. Yo me alegraba de irme, pero me entristecía que no me quisiera allí.

En una ocasión, papá me convocó al fortín de su despacho y me indicó con un gesto que me sentara en una silla con una pila de libros encajada en un rincón. Vacilé hasta que me dijo que pusiera los libros en el escritorio. Recibí aquello como un gran honor: el permiso para tocar sus bienes y sentarme en una silla. Disfruté de la atención temporal de mi padre dentro de los confines de su despacho. No me acuerdo de qué era tan importante como para que me tratase de aquel modo, pero sí de que tuve la esperanza de que supusiera un cambio en la naturaleza de nuestra relación. Pasado el tiempo, entendí que aquello había sido una anomalía, que había significado un mundo para mí pero nada para él.

Papá bromeaba a menudo con que era un enfermo mental, cosa que rebajaba a síntoma de su condición de escritor, lo mismo que beber. Durante la cena se aflojaba las dentaduras postizas con la lengua, sacudía la cabeza de un lado a otro para hacer que ambos plásticos se rozaran y le decía a la familia que el sonido era el traqueteo de sus sesos. Con treinta y muchos entendí que no estaba bien, que padecía alguna enfermedad mental de verdad. No supe por qué, pero mi reacción fue dejar de ir a casa. No era capaz de gestionar aquello.

El problema surgía cuando alguien no compartía la fascinación de papá consigo mismo. La única percepción correcta de cualquier situación era la suya. Mostrarse en desacuerdo desataba un combate emocional y un abuso verbal.

Era competencia de su familia escucharlo, estar de acuerdo con él, admirarlo y prestarle una atención que rayara en el asombro. Si papá estaba embelesado con algo —con una película, la reencarnación, un libro sobre ovnis, la Roma antigua—, nosotros también debíamos estarlo. Cualquier desacuerdo era percibido como una amenaza terrible, y su respuesta era inmediata y poderosa: una enorme represaba de naturaleza verbal. Jamás nos pegó ni a nosotros ni a nuestra madre, pero temíamos su furia, sus comentarios denigrantes y sus imposiciones de culpa.

Mi cuñado comentó una vez que era sorprendente que papá hubiese vivido tanto sin que nadie le hubiese partido la cara. Yo no lo había considerado hasta entonces, pero tenía razón. El motivo era el cuidado que papá ponía en

estructurar su vida: se resistía a participar en situaciones que no pudiese controlar. Nadie le pegó jamás porque evitaba el conflicto con cualquiera capaz de defenderse.

El trabajo aisló necesariamente a papá, y a medida que pasaban los años cada vez salía menos de casa; de hecho, era frecuente que se pasara semanas sin salir. Durante aquellas temporadas su volatilidad alcanzaba sus mayores cotas. La presencia de otra persona interfería con las realidades imaginarias que se construía durante doce horas diarias. Cenaba con la familia y luego regresaba al despacho, lanzándose escaleras abajo en cuanto nos íbamos a la cama. Por la mañana se levantaba después de habernos ido al colegio. Se creó una existencia solitaria evitándonos.

El baño más cercano a mi habitación en la buhardilla estaba cruzando el pasillo desde su oficina. Una tarde bajé en silencio la escalera hasta el baño y dejé la puerta un poco entreabierta, por temor a dar un portazo e interrumpir el trabajo de papá. Levanté la tapa del inodoro y la apoyé contra la cisterna sin hacer ruido. Mi objetivo era mantener el chorro de pis en el centro del váter, siguiendo las indicaciones de mamá para evitar salpicar el

suelo. La puerta se abrió de golpe y rebotó contra el lavabo.

—¿Estás apuntado al centro del retrete adrede para maximizar el sonido e irritarme? — gritó papá desde el umbral con la cara roja de rabia.

No dije nada; reconocí la trampa verbal de costumbre. Sí, estaba apuntando al centro del agua del retrete adrede. Pero no, no para irritarlo. Si decía la verdad, podía buscarle un problema a mi madre. Mi silencio enfureció a papá. Me acusó de estar sordo, de ser un estúpido o bien un irrespetuoso, me dio a elegir. Su voz reverberaba en el pequeño cuarto de baño. Aun así, no contesté. Me negué a mirarlo, porque mirarlo a los ojos solo habría acarreado más ira. Al final papá se dio media vuelta y se fue.

—¡No tires de la cadena! —gritó.

Después de aquello, empecé a ir al bosque para hacer mis necesidades.

La mayoría de los estadounidenses se criaban en ciudades y suburbios, y le tenían miedo al bosque. Las películas de terror explotaban ese miedo: una persona sola en el bosque, los sonidos de animales nocturnos que se no conocen, el simple pánico a perderse de noche. Mi infancia fue todo lo contrario. La casa me daba miedo, pero el bosque era una fuente de soledad y paz. Vagando por el bosque a solas, aprendí a ver y a escuchar. Empecé a entender que los ciclos de la naturaleza se solapaban, que las estaciones eran delimitadas por las actividades graduales del brote y la flor, la caída de las hojas, la lluvia y la nieve, el barro y el sol, el ávido optimismo de la

primavera y el espeso calor del verano. Descubrí dónde encontrar zapatillas de dama y sedosas aráceas. Aprendí dónde crecían los trilios, los podofilos, el *ginseng* y las moras silvestres. Aprendí a identificar yo solo rastros de animales. Volteaba las hojas más oscuras por estar pegadas a la tierra, que indicaban cuánto hacía que había pasado un animal. Sabía dónde vivían las serpientes y los lince; los cardenales anidaban cerca del suelo y los halcones, bastante más alto. Encontraba madrigueras de zorro y conejeras. Las guaridas de marmota tenían una entrada principal y dos o tres aberturas traseras más pequeñas por las que escapar. Envidiaba su habilidad para ir y venir a su gusto por sus salidas clandestinas.

Mi mayor admiración quedaba reservada para las piedras. Nada podía dañarlas. Eran duras y resistentes, capaces de repeler cualquier ataque salvo el más feroz, el martillo o la dinamita. Creía que las rocas sentían y que estaban vivas, que esperaban con paciencia la interrupción de sus viajes. Donde había una piedra, había más, y concluí que vivían en familia. Si me encontraba una piedra sola, la llevaba hasta un grupo. El mayor de mis intereses residía en las inadaptadas: piedras con un fósil incrustado, un toque de amarillo, rojo o negro. Me atraían en particular las piedras con un agujero que las atravesaba por completo. Semejante violación era contraria a la esencia de una piedra. Creía que las demás las rehuían, y me las llevaba a casa y las guardaba en un estante con sus hermanas. A veces percibía su gratitud. Los árboles me conocían, los animales aceptaban mi presencia, pero a las piedras les caía bien de verdad.

Necesitaba creer en la amistad de las piedras porque a menudo papá me amenazaba con matarme en el sótano. Mencionó varios métodos, pero su favorito era colgarme de los pulgares, un destino que a mí me dejaba perplejo. No entendía que alguien pudiese morir así. Para hacer válidas sus amenazas, papá decía que había matado a nuestro hermano mayor, que se llamaba John. Aquello me ponía especialmente nervioso, puesto que mi segundo nombre era John. Quizás papá lo había matado antes de que yo naciera y me habían puesto su nombre. O quizás aquello significaba que el siguiente era yo, puesto que ya había matado a uno de sus hijos. Un día, después de la cena, papá desarrolló lo del asesinato de John, explicando que había troceado el cuerpo y lo había tirado por el retrete; de ahí que el inodoro no funcionara bien. Para demostrarlo, escribió «Hola, John» en un trozo de papel, nos condujo a mis hermanos y a mí hasta el cuarto de baño y tiró la nota por el retrete.

En retrospectiva, está claro que mi padre intentaba hacerse el gracioso con esa clase de bromas que se estiran hasta que quedan vacías de humor y el

público se confunde. Puedo perdonar a mi padre por una broma malograda. Yo mismo he hecho muchas. Pero de niño me creí a pies juntillas que mi padre había matado a mi hermano y que, por tanto, podría matarme a mí. En el despacho de papá había armas a la vista. Del espacio libre en la pared colgaban un sable, un hacha, varios cuchillos, una daga y un puñal. A menudo me preguntaba qué instrumento habría usado para descuartizar a John.

La intensidad de mis múltiples miedos me avergonzaba, pero lo que de verdad me aterraba era la idea de ser un cobarde. Al ser el mayor, tenía la responsabilidad de mostrar valentía, al igual que de cuidar de mis hermanos o de querer a mi padre. El miedo a ser

asesinado me enseñó a vivir con la inminencia de la muerte. Acepté ese miedo y lo dejé aparte. Creo que mi padre estaba gobernado por sus miedos, y que lo pagara con las personas que tenía más cerca me enseñó lo estúpido que era dar importancia a los míos.

CAPÍTULO QUINCE

Mi padre tenía diecisiete años cuando su padre murió, y sus conflictos se quedaron para siempre sin resolver. Al carecer de una relación adulta con su propio padre, no supo cómo proceder a medida que sus hijos cumplían años. Antes de comenzar su carrera como escritor, estuvo ausente muchas tardes, cerrando ventas con clientes que trabajaban por la mañana. Las pocas noches que estaba en casa, le suplicábamos que jugara a las cartas o a juegos de mesa. Nos enseñó a jugar al póquer. Se inventó un juego en el que, en la mesa durante la cena, golpeábamos canicas con las cucharas. Dibujaba en cartulinas rutas complicadas para un juego basado en las carreras de coches, los dados y las cartas. Papá tenía una capacidad inmensa para hacernos reír. Adorábamos a nuestro padre. Nos hacía las tardes más divertidas.

Cuando empezó a trabajar en casa a jornada completa, aquellas noches alegres fueron a menos. Mientras que nosotros nos hacíamos mayores y más adultos, papá continuaba igual. El humor se esfumó de su limitado repertorio de chistes. La picardía deliberada, como cuando en una tirada de dados salía un seis [*six*] y él decía «sexo» [*sex*], provocaba un silencio tenso en lugar de risas. Papá echaba de menos a su atento público, pero los viejos métodos ya no funcionaban. En cierto sentido, lo habíamos superado en edad. Uno por uno, hicimos lo peor que podíamos hacer: ignorarle. Creo que aquello le hirió profundamente, de un modo que no entendimos del todo y que sin duda no fuimos capaces de concebir. Por su parte, él empezó a ignorarnos a nosotros. Y, ahora que estaba muerto, podía dedicarle la atención que siempre había ansiado.

Empecé con el objetivo de reunir una bibliografía completa de su obra. Él no lo había hecho nunca, y yo sentía curiosidad por el alcance de su producción. Al abrir las cajas en Misisipi, liberé el olor a excremento de rata en descomposición, a polvo y a humo de cigarrillo. Era el olor del despacho de papá, de mi infancia, de la casa en sí. Trabajé catorce horas diarias organizando miles de cartas y decenas de miles de páginas de novelas.

Más de quinientos manuscritos formaban varias columnas precarias sobre una larga mesa de comedor; me recordaban a unas ruinas arquitectónicas. Los borradores más antiguos tenían los bordes arrugados. Las copias a carbón mecanografiadas en papel cebolla se rompían con facilidad. Los imperdibles metálicos habían dejado marcas en las páginas. Las separé en las categorías de porno, ciencia ficción y fantasía, y luego las subdividí en publicadas e inéditas, relato corto y novela. Papá nunca fechaba los primeros borradores, que inicialmente escribía a mano, y cambiaba los títulos y los personajes entre una revisión y otra.

Volví sobre aquel material, buscando comprender poco a poco, comportándome como una especie de detective literario. La primera novela que existía de mi padre, escrita en la universidad, era un relato histórico de trescientas páginas y ambientado en Roma titulado *La espada y la cruz*. Completada en 1958, incluía un prefacio en el que afirmaba haber investigado durante once años y empezado su escritura cuando todavía era un adolescente.

La producción temprana de papá ocupaba tres armarios archivadores de metal que comprendían un camión carrozado de material. En el cajón inferior del armario más viejo, metido al fondo del todo, había una carpeta que decía «Pablo». Contenía varios mapas hechos a mano de los viajes de san Pablo. Las opiniones de Hipócrates sobre la epilepsia, un extenso glosario del hebreo y el griego y un encabezamiento de cuarenta y una páginas.

A menudo, mi padre decía que san Pablo odiaba a las mujeres, y que eso lo llevó a fundar un culto antifemenino y antisexo en el cristianismo. La prueba estaba en el uso de la cruz como símbolo. El *anj* egipcio simbolizaba el sexo y la vida: la porción inferior eran los

genitales masculinos; la parte superior, un óvalo abierto que representaba la vulva de una mujer. Según papá, los cristianos cogieron el *anj* y cerraron a la mujer para conformar la cruz, representando la actitud negativa hacia el sexo en general y hacia las mujeres en particular.

Leí el fragmento, que detallaba la infancia del joven Saulo antes de que se cambiara el nombre a Pablo en el camino a Damasco. En un largo pasaje veía a su madre masturbarse. Más tarde sufrió su primer ataque epiléptico, durante el cual maldijo el deseo sexual de ella, centrando su rabia en sus pechos. La última página mostraba un comentario escrito a mano de Robert E. Margroff, amigo de papá y escritor poco conocido de ciencia ficción: «¡Como el autor tenga la desconsideración de morir sin terminar esto quedaré de lo más decepcionado!».

Pese a la ironía suprema, me pasé una hora ponderando aquel comentario, preguntándome por qué papá no había acabado nunca su novela histórica sobre los orígenes del cristianismo. Finalmente abandonó la Iglesia, tras enviar cartas a su cura y al papa. Papá insistió en que renunciaba para que no lo consideraran un cristiano no practicante, un término que le fastidiaba por implicar que, una vez formabas parte de la Iglesia, siempre serías miembro. Tal vez su renuncia acabó con la necesidad de escribir aquel libro. O, como empecé a sospechar al leer más de su obra inacabada, había en juego algo más profundo: que el abandono del material por el que más se había preocupado desbaratara sus propias ambiciones.

Pregunté a mi madre por el libro sobre Pablo. Recordaba que papá no hacía más que hablar de él y de que estaba haciendo una investigación enorme. Sobre por qué nunca lo terminó, dijo:

—Trabajaba mucho y no disponía de mucho tiempo. Luego, cuando se puso a escribir libros sexuales, le gustó de verdad.

Sacaba un buen pico. Tenía que escribir lo que se vendiera, ya sabes. Te hacía falta tratamiento dental.

Varias carpetas contenían la correspondencia entre papá, Robert E. Margroff y Piers Anthony, que se convirtió en un escritor bastante famoso de ciencia ficción y fantasía. De niño esos nombres eran importantes para mí porque eran escritores, y sabía que mi padre estaba intentando serlo. En 1965, cuando yo tenía siete años, Piers Anthony y su mujer vinieron un par de días de visita. Mi familia rara vez tenía invitados, y la presencia de extraños en la casa era algo trascendental. Robert E. Margroff también se quedó un par de noches.

Aquel mismo año, la revista *If* publicó *Hombroide*, un relato en el que trabajaron los tres juntos en nuestra casa. Papá siguió colaborando con Margroff, y juntos publicaron dos relatos más. Al cabo de unos años, las colaboraciones disminuyeron y las llamadas telefónicas cesaron. Ya por entonces estaba acostumbrado a que papá tuviese una desavenencia con alguien. Él y mi madre usaban en exclusiva ese término, *desavenencia*, una clave que significaba que papá se había cabreado y que no volvería a hablar con esa persona.

Una vez, durante mis años de adolescente, deambulaba por el bosque cuando el tiempo se enfrió de golpe, lo que presagiaba lluvia. Corrí a casa. Papá se encontraba en el jardín, clavando a un leño un libro abierto. Se retiró a cobijarse bajo un árbol cuando estalló una tormenta de truenos que oscureció el cielo y descargó una lluvia feroz. Cuando la tormenta pasó,

examiné el blanco de los destrozos. No recuerdo el título del libro, pero el autor era su primer amigo escritor, Piers Anthony.

Anthony mantiene una página web con un blog activo que incluye una entrada de julio de 2013 sobre la muerte de papá:

Andy Offutt ha muerto a los setenta y ocho años. La primera noticia que tuve de él resultó vagamente negativa, cuando ganó un concurso restringido a estudiantes universitarios del que nunca se informó a mi universidad. (El concurso en el que participé se declaró desierto). Pero más tarde entramos en contacto y nos hicimos amigos. Intercambiamos manuscritos y críticas, y colaboramos en un relato que fue publicado. En los años sesenta mi esposa y yo estuvimos una semana de visita en su casa de Kentucky.

Estaba interesado en el mercado erótico, así que fui a una tienda del pueblo y compré algunas cosas y le hice una descripción de ellas para ayudarlo a empezar, y se convirtió en un autor de éxito de novelas eróticas. Más tarde yo mismo me interesé por ese mercado y le pedí consejo, y él se mostró distante, insinuando que era un ignorante por preguntar. Ese era su problema; otro escritor lo describió como un frívolo en fase terminal.

Cierta vez colaboró con otro escritor, pero puso objeciones a un cambio que el otro había hecho, puso a parir algunas de sus páginas del texto, luego rompió la carta en pedazos, los pegó al azar en una sábana blanca y se la envió a su colaborador; a mí me envió la diatriba ordenada con la condición de que no se la reenviara a la persona contra la que se dirigía. Teniendo en cuenta que estaban colaborando en un relato que había empezado el otro, y que la sugerencia era razonable, aquello me desconcertó.

Así que tenía sus defectos, pero básicamente era un buen tipo y un buen escritor, y éramos amigos. Y, sí, con su muerte he sentido un frío helado por toda la médula espinal, porque teníamos casi la misma edad.

El otro escritor que se menciona era sin duda Margroff, con quien papá había colaborado en varias novelas inéditas. Esta anécdota condensa a la perfección el lado oscuro de mi padre: la cruel arremetida contra un amigo y el posterior deleite con un amigo común. El aspecto socialmente hostil de su personalidad afectó a su carrera profesional. Pasó por varios agentes y editores, a los que sin excepción dejó de malas maneras. A la más mínima ofensa, cortaba relaciones con la rapidez y la certeza del tajo de un hacha. Puede que su nivel de inseguridad fuese tan intenso que no fuera capaz de soportar la cercanía o que el narcisismo lo incapacitara para tolerar a nadie que no reconociese su omnipotencia. Psicología de baratillo aparte, la pura

verdad era que papá se cabreaba si las cosas no se hacían a su manera o si la gente lo contradecía.

Mi madre me contó que había dejado de escribir ciencia ficción debido a las limitaciones de la realidad física. Con la fantasía su libertad era mayor. Su imaginación podía ir más lejos y sin restricción alguna. Las novelas de fantasía funcionan en la medida en que lo hace la estructura cohesiva que subyace en ellas, y papá dedicó un esfuerzo enorme a la creación de su mundo. Cada manuscrito contenía mapas detallados de tierras imaginarias y extensos glosarios de un lenguaje desconocido. Para los libros que incluían el uso formal de la brujería, elaboraba cartas que explicaban sus mecanismos precisos. Creó complicadas religiones y las proveyó de una jerarquía de dioses con sus historias individuales, sus enemistades y sus aventuras románticas. Dichos documentos hacían de material referencial para sus libros.

Mi padre no trabajaba con personajes en un escenario, sino con pueblos enteros en sistemas complejos. Su mente contenía planetas y continentes. Era creador, cartógrafo, escriba, historiador, sacerdote y erudito. Vivir con aquellos papeles solapándose en entornos imaginarios le llevó a rehuir la compañía de otras personas. Cerraba todas las puertas de salida a fin de dar a sus creaciones espacio suficiente para florecer entre los muros de su cabeza.

Después de organizar los manuscritos que mi padre había escrito, dividí su colección privada de pornografía en los formatos más comunes: libros, revistas, fotografías, cómics, folletos, postales y calendarios. Las pilas ocupaban tres amplias mesas. Al necesitar más espacio, puse unos tableros de contrachapado sobre unos caballetes. Había un montón de cachivaches que consistían en dos barajas de cartas, unos gemelos indecorosos y una copia impoluta de *El primer libro para colorear clasificado X*. Una pluma tenía un cilindro transparente que contenía una mujer de plástico cuyas ropas se caían al poner la pluma bocabajo. Un cómic para adultos narraba las aventuras sexuales de Robín Hood y el rey Arturo. Una adaptación de cuentos de hadas y de canciones infantiles incluía una de Little Bo-Peep encontrándose con un pastor muy simpático. Ilustraciones detalladas explicaban cómo La Vieja que Vivía en un Zapato llegó a tener tantísimos niños. Después de trepar por el tallo de las habichuelas, Jack se topaba con la mujer del gigante, que procedía a usarlo como consolador humano. Blancanieves sufría la depredación de los siete enanitos.

Había tantos lotes solapándose que mi sistema de organización inicial se volvió un atolladero de subgéneros. Al principio me veía a mí mismo como a un archivero, pero, a

medida que el alcance se expandía, mi papel se volvió el de un burócrata. Le daba a cada objeto una denominación y lo colocaba entre sus iguales. Cada vez que creía haber encontrado una anomalía en alguna pila variopinta, aparecía otro ejemplo, lo que me obligaba a abrir una categoría nueva. *La bruja de Buchenwald* iba con *Esclavas de la esvástica*. Las aventuras en islas desiertas formaban un grupo propio. Otras subcategorías incluían:

- porno granjero
- porno vaquero
- porno de Hollywood
- porno nazi
- intercambio de parejas
- violaciones y violaciones en grupo
- viejas/muchachitos
- viejos/muchachitas
- bestialismo
- gay, hetero, bisexual y transgénero
- incesto
- anal y oral
- dominación femenina: *trampling*, *pegging*, feminización
- satanismo y brujería
- monjas y monjes
- tortura inquisitorial
- bondage*: cuerdas, cuero, metal, gomas
- médicos y enfermeras
- profesores y estudiantes
- vendedores y amas de casa
- divorciados sexloquecidos y colegialas naífs
- azotes, flagelación, vergajazos, latigazos, fustigación castidad forzada
- a tres, a cuatro, a seis y orgías
- pony training* y *slave training*
- asiáticas, afroamericanas y varios interraciales
- históricas y modernas
- niñeras y sirvientas
- urbanas y rurales
- porno vacacional: la esposa de Papá Noel y los elfos historiales falsos escritos por psiquiatras

El constante tropel de contenido sexual extraño me dejaba temblando al saber de la dedicación de mi padre. Aquello era él: lo que disfrutaba, lo que

coleccionaba, lo que escribía. Di las gracias por la total ausencia de pornografía infantil. Solo le gustaban las mujeres adultas. Era una tranquilidad fría, como si un verdugo le ofreciera al condenado una soga vieja para que las cerdas no le hicieran daño en el cuello.

Seguí trabajando toda la mañana, hasta bien entrada la tarde, siete días a la semana durante meses. Cuando tenía invitados, cubría las mesas con sábanas para evitar ofensas indeseadas. Lo que había empezado como un intento de conformar una bibliografía de la obra de papá se había transformado en una compulsión por organizar toda su biblioteca con la esperanza de entenderlo. Su colección de porno era increíblemente vasta e inclusiva. Algo había gobernado aquella acumulación y yo iba en busca de la mente que estaba detrás, del procedimiento de curaduría. Se me ocurrió que me había transformado en una versión de mi padre, obsesionado no con el porno, sino con sus preferencias dentro del porno.

Hay una parte de mí, una que desprecio, que insiste en compararme con mi padre. Tal vez mi autoestima es un obsequio indeseado de su legado, un fragmento que se me transfirió. Papá escribió más libros. Mantuvo un enfoque único e impertérrito en sus indómitas obsesiones a pesar de tenerlo todo en contra. Quiso que yo fuese un hombre libre, y supongo que lo soy. Pero en muchas cosas somos muy similares, pavorosamente similares. Ambos trabajamos duro. Nunca nos damos por vencidos. Tonterías las justas. Preferimos estar solos, lejos de la gente. Escribimos, escribimos y escribimos.

Mi hijo llamó para pedirme consejo sobre cómo manejar cierta situación en el trabajo.

Hablamos casi una hora, mucho más de lo que había hablado nunca con mi padre por teléfono. Papá nunca daba consejos. No sabía ofrecer consuelo, solo opiniones férreas. Las que recuerdo dicen así:

Picasso era un artista pésimo y un falso que le dio coba a todo el mundo.

Elvis apesta.

Las pelis europeas apestan.

Marión Brando apesta.

Hemingway era un cobarde porque se suicidó.

Jesucristo era un demagogo que urdió su propia destrucción.

Henry Miller cambió el mundo.

Los artistas y los escritores que tienen éxito lo tienen porque han engañado a todo el mundo.

La gente inferior no debería tener hijos.

La genética importa mucho más que el entorno.

B. F. Skinner era un genio.
Hugh Hefner era un genio.
Lo mismo que Ayn Rand.
La reencarnación es real.
El respeto es más importante que el amor.
Mostrar respeto significa ofrecer lealtad.
La pena de muerte tendría que ser más dolorosa para los asesinos.
Malos escritores: Melville, Faulkner, Poe, Hawthorne, James, Lovecraft, Tolkien.

Buenos escritores: Vardis Fisher, Stendhal, Freud, Shaw, Ellis.
La mala reputación del Marqués de Sade es inmerecida.
Comer pollo frito con una mano te hace parecer un bárbaro.
Los hombres no deberían llevar camiseta debajo de la ropa.
Las mujeres son inherentemente inferiores a los hombres.
Los caucásicos son superiores al resto de razas.
Papá es superior a todos los hombres caucásicos.
Los asiáticos poseen sabiduría.
La religión es para los enclenques intelectuales.
Limpiar y cocinar es trabajo de mujeres.
A las mujeres con pechos grandes les atraen los hombres poderosos.
Los principios del feminismo no entran en conflicto con la pornografía.
Las mujeres que mamaron cuando eran bebés son bisexuales.
No pasa nada por hacer trampas en los juegos de mesa.
Ser un perverso está bien.

Durante años compartí muchas de estas creencias, el niño que copia a su padre. Cuando empecé a cuestionarme su autoridad, revertí cada uno de estos preceptos y creí en sus opuestos. Con el tiempo me he formado mi propia opinión. Para mi padre eran necesarios, una manera de apuntalar resoluciones drásticas y racionalizar sus obsesiones. Abandonar la Iglesia católica había dejado en su interior un espacio que previamente había llenado el dogma. Papá inventó sus propias y rigurosas valoraciones para el bien y el mal. Semejante pensamiento binario es el medio de control social preferido por los políticos y los sacerdotes, los fanáticos y los tiranos. En casos individuales como el de mi padre, le permitió vivir su vida sin tener en cuenta a los demás.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Mi padre publicó toda su obra de ciencia ficción con su verdadero nombre. Los relatos tempranos lo situaban en la nueva ola de escritores jóvenes que alteraron el terreno explorando cuestiones sociales como la sexualidad, la psicología y el ecologismo. Se centraron en las ciencias «blandas» en contraposición a las ciencias «duras», y con frecuencia escribían desde una sensibilidad más literaria que sus predecesores. Dicho grupo incluía a Harían Ellison, Ursula K. Le Güín, Samuel R. Delany y J. G. Ballard. La revista *If* publicó un relato de papá, «Implosión demográfica». Su inclusión en la antología *World's Best Science Fiction* trajo consigo una invitación para asistir a la Convención Mundial de Ciencia Ficción de 1969.

Mis padres cargaron el coche, nos dejaron a mis hermanos y a mí con unos estudiantes universitarios y condujeron hasta San Luis. Papá se colgó una placa de identificación que lo proclamaba «Escritor Pro». En el ascensor, de camino a la habitación, mis padres se cruzaron con un hombre mayor que llevaba la ropa revuelta: era A. E. van Vogt, escritor al que mi padre reverenciaba. Sincero y con los pies en la tierra, se quedó mirando la placa que llevaba mi padre, dijo que había leído «Implosión demográfica» y lo elogió bastante. Aquello resultaba vivificante para un hombre con una inseguridad tan profunda y cuyo mayor miedo era ser reconocido como lo que era —un chico de campo que ha venido a la ciudad—, un miedo que compartía toda la gente rural y que yo conozco muy bien.

En San Luis los desconocidos le pedían autógrafos. Las mujeres flirteaban descaradamente, haciendo alarde de sus cuerpos sin sujetador. Ningún hombre llevaba corbata, y papá dejó la suya en el hotel. Conoció a otros escritores con pelo largo y barba. Rodeada por el estafalario estilo de los *hippies*, mamá dejó de preocuparse por que las esposas de médicos y profesores pudieran juzgar su ropa.

Mis padres fueron a San Luis con esa confianza de la gente ingenua que desconoce su propia ingenuidad y regresaron atónitos. Nunca se habían cuestionado la vida que llevaban ni qué motivaba sus decisiones; seguían sin

más los patrones de su época. Odiaban a los comunistas, adoraban a JFK e izaban la bandera los días de fiesta nacional. Una Biblia de Douay -Rheims gigante descansaba sobre un estrado en el comedor. El objetivo vital era ganar dinero y tener hijos.

En una fotografía de la Convención Mundial de 1969 se ve a mi padre con traje gris de raya diplomática y un suéter blanco de cuello vuelto. Tiene un brazo doblado contra el pecho, el otro lo tiene extendido hacia delante, la mano vacía posa como si sostuviera un objeto invisible. Su expresión resulta inusual por el ceño fruncido como signo de incomodidad, los ojos miran hacia arriba. Papá lleva el pelo bastante corto y va bien afeitado. Mi madre está de cara a él con un vestido de cóctel sin mangas, el pelo cardado en una permanente que le circunda la cabeza. A los dos se los ve a disgusto.

Diez meses después, fotografiados en su siguiente convención de ciencia ficción, en 1970, mis padres habían experimentado un cambio drástico. Llevan alrededor del cuello pañuelos holgados de seda sostenidos con broches metálicos. Papá tiene barba y el pelo largo. Viste pantalones vaqueros, un grueso cinturón de piel y una camisa suelta con hombreras y bolsillos de solapa. Mamá lleva el pelo cortado al estilo duendecillo. Viste blusa, vaqueros y sandalias. Los dos tienen una sonrisa amplia, el cuerpo en una postura abierta, relajada. Famélicos del sentimiento de pertenencia social, mis padres habían dado con una comunidad que los acogía: la de los fanáticos de la ciencia ficción.

La gente del pueblo comentaba a veces que papá se estaba volviendo un *hippie*, lo que suscitaba una de sus muchas respuestas preconcebidas: «Los *hippies* no se afeitan. Yo me

estoy dejando barba». El nuevo corte de pelo de mamá me alarmó. En el Cinturón Bíblico^[12] del este de Kentucky, me enseñaron que el pelo de una mujer es su gloria y que no debía cortárselo nunca. Ninguna otra mujer de Haldeman llevaba el pelo corto.

La Biblia desapareció del comedor y fue reemplazada por una copia igual de grande del *Webster's Unabridged Dictionary*. Papá registró oficialmente nuestra propiedad como La Granja Graciosa, haciéndolo constar en los documentos legales, en los membretes y en los cheques bancarios. Acceder a la escena pública de los fanáticos de la ciencia ficción ofreció a papá la ocasión de dejar atrás su identidad: la de hombre de negocios, padre de familia y ciudadano solícito.

Los círculos literarios estadounidenses habían ignorado durante décadas la ciencia ficción, que habían situado en lo más profundo de los géneros

populares. Eso otorgaba bastante libertad a los escritores, que la utilizaron para explorar temáticas sexuales de una manera más manifiesta que el resto de novelistas. El mercado de la ciencia ficción se agotaba al mismo tiempo que echaba a andar el de la pornografía, y muchos escritores se cambiaron al porno; algunos incluso publicaban con su verdadero nombre. Entre los fans de la ciencia ficción, escribir porno no acarreaba ningún estigma. Así pues, el porno de papá fue aceptado y John Cleve se transformó en un personaje completo al que podía encarnar.

Supe por sus papeles que los experimentos de papá con una máscara literaria habían empezado a los catorce años, cuando empacaba fardos de heno a quince centavos la hora y compraba revistas *pulp* en las que salía Sheba, reina de la jungla. Escribió dos relatos de Sheba y los presentó sin éxito con el nombre de Anson J. O'Rourke, empleando sus iniciales. De niño lo conocían como Jay, Pequeño Andy y A.J., y eso le inculcó una identidad maleable.

En la universidad escribió relatos como Morris Kenniston, y más tarde usó ese nombre para el protagonista de su novela *El mensajero de Zhuvastou*. Utilizaba la ficción para modelar su identidad mediante la invención de personajes y luego aplicaba el hábito a su propia vida. Esos pseudónimos proveían de tabiques a las varias habitaciones de su mansión mental. Debido a su costumbre de teatralizar, de niño su padre lo llamaba lord Barrymore, por el actor. La hermana de papá me contó que se metía en tantísimos personajes con un fervor tal que poco a poco su verdadero yo desapareció, y que en años posteriores ya no sabía quién era. Se convertía en cualquiera y en lo que fuese que creyera ser en ese momento: padre, marido, vendedor, vecino o John Cleve.

Tal como me decía papá, prefería ser un pez grande en un estanque pequeño: el presidente de su hermandad universitaria, el único hombre en Haldeman con estudios, el mejor vendedor del este de Kentucky. El mundo profesional de la ciencia ficción le ofrecía un campo de acción limitado y muy similar. En 1970 y 1972, papá publicó dos novelas de ciencia ficción, ambas serios análisis de Estados Unidos en un futuro próximo. Sus objetivos declarados eran sencillos: quería cambiar el mundo advirtiéndolo a sus ciudadanos sobre un futuro violento y corrupto. *Mal es vida escrito al revés* [13] está ambientada en unos Estados Unidos bajo un Gobierno de fundamentos cristianos y con unas fuerzas policiales armadas hasta los dientes. Los cuerpos de seguridad buscan parejas en pleno coito ilegal. De ser atrapados, el hombre es ejecutado sumariamente. Tras esterilizarla, la mujer

se convierte en prostituta para los representantes corruptos del Gobierno. Un miembro renuente de la Policía Federal de Obscenidades lideraba una revolución.

El protagonista de *El castillo que guarda* es un escritor llamado Jeff Andrews que reside con su familia en la casa en la que yo crecí, en la misma colina y en la misma pista forestal. La dinámica interpersonal de la familia también me resultaba familiar: un hombre autocrítico que exigía a su mujer e hijos lealtad e inmediatas disculpas. Las similitudes acababan ahí, y mi padre imaginó para nuestro condado un futuro lóbrego: cosechas envenenadas con pesticidas y el suministro de agua insalubre. Los agentes de Policía van con armadura y llevan armas pesadas con las que atacan a los ciudadanos. Los recursos mundiales se están agotando, en particular el petróleo. Jeff Andrews cultiva un huerto y hace acopio de armas y comida, y escolariza a sus hijos en casa.

Leí *El castillo que guarda* a los catorce años. Mi padre me preguntó si había reparado en la primera y en la última palabra del libro, *papá y hogar*. Me dijo que las había escrito a propósito, por mí. El hijo del protagonista dejaba el campo de Kentucky para irse a la gran ciudad, donde trabaja de camionero y empieza a escribir ficción. Yo nunca planeé seguir los pasos de mi padre ni busqué cumplir la profecía de los personajes de su novela. Sin embargo, a los diecinueve años dejé Kentucky y me fui a Nueva York, donde conseguí trabajo de camionero. Quería ser actor, pero en vez de eso empecé a escribir ficción en serio.

Aquellas dos novelas tempranas apenas suscitaron atención y enseguida fueron descatalogadas. Papá quedó profundamente decepcionado con la recepción y le echó la culpa al diseño de cubierta y a una promoción deficiente. Expresó su amarga creencia en que los años de investigación y de revisión no habían servido para obtener una buena recompensa, ni económica ni de la crítica. Aunque papá creyera que su crónica social había acabado en nada, *Mal es pida escrito al revés* y *El castillo que guarda* son sus libros mejor escritos. Juntos anticiparon la militarización posterior al 11 S de la Policía local, el surgimiento de milicias contrarias al Gobierno en las zonas rurales, la influencia de las empresas en la política federal, la creación del Tea Party y el viraje a la derecha de la Corte Suprema.

Aquellos libros, junto con un puñado de relatos cortos, afianzaron las credenciales de mi padre, y con ellos se ganó el ingreso en la Science Fiction Writers of America. La SFWA era una organización casi ingobernable de inadaptados, rebeldes y opositores conocidos por sus reivindicaciones

baladíes y sus maniobras políticas brutalmente absurdas. Papá hacía de tesorero; luego, durante dos años, fue el presidente. En el mismo saco que la ciencia ficción estaba el género fantástico, caracterizado por los magos, los mandobles y dioses que recorrían la Tierra. Papá se desplazó enseguida hacia aquel campo y terminó publicando veinticinco novelas y editando cinco antologías.

Las carreras paralelas de mi padre en la fantasía, la ciencia ficción y el porno se dieron durante la época en que mis padres asistían a congresos o a convenciones de ciencia ficción hasta nueve veces al año, en las que establecían relaciones estrechas con personas a las que rara vez veían. Papá le reveló su identidad al transigente mundo de los fans. Los entusiastas de la ciencia ficción disfrutaban con su porno, o al menos sabiendo que existía, y papá saboreaba aquella atención. Le daba un caché extra, un toque *de glamour* en el mundo de las naves espaciales y la ciencia ficción dura. Ya existía un precedente de confluencia entre escritores de porno y ciencia ficción, pero papá fue el primero en forjarse carreras duales. El comité de los congresos invitaba a Andrew J. Offutt y por el mismo precio se traía a John Cleve. Él disfrutaba representando ambos papeles. Llevaba a los congresos un conjunto de ropa para un plantel de ciencia ficción y luego se ponía los atavíos de John Cleve para los saraos. Se cambiaba tan a menudo las etiquetas de identificación que un fan le regaló una etiqueta enorme de tela brillante hecha a mano. En una cara tenía bordado «OFFUTT». El reverso decía «CLEVE».

Para ahorrar dinero, mis padres dejaron de contratar a gente que se quedaran con nosotros. A los doce años, me dejaban al mando cada vez que iban a congresos. Mi hermano tenía nueve y mis hermanas, ocho y siete. Las instrucciones eran sencillas: dar de comer a mis hermanos, dar de comer al perro, no correr dentro de casa y, sobre todo, no decir a nadie que mamá y papá no estaban. Por la noche, preparaba la cena y acostaba a mis hermanos, asegurándoles que todo iba bien. Cuando se quedaban dormidos, me sentaba a solas en la casa y me inquietaba. Tenía miedo de que mis padres no regresaran nunca. Me preocupaba cómo íbamos a conseguir comida y qué sucedería si la electricidad se iba durante una tormenta. Me asustaba perder a mis hermanos, ser incapaz de cuidar de ellos.

En ocasiones mis padres tardaban en volver los domingos por la tarde, y yo llamaba a la Policía del estado para preguntar si había habido algún accidente mortal en la autopista. Por fortuna, nuestros padres siempre llegaban a casa. Mi alivio se mezclaba con turbación: los dos estaban

agotados, y papá podía perder los estribos en cualquier momento. Mamá se deslizaba en silencio por la casa, temerosa, al igual que nosotros, de su ira potencial. Muchos años después comprendí la nefasta posición en que se hallaba ella, atrapada entre dos fuerzas opuestas. Cualquier muestra de lealtad hacia sus hijos significaba arriesgarse a que papá lo interpretara como deslealtad hacia él, el peor acto de traición. Ella se movía por un terreno intermedio rígido y terrible, pero invariablemente optaba por papá. Era la decisión más sensata. Su rabia contra ella se extendería enseguida al resto de nosotros y duraría más.

En 1971 papá fue el invitado de honor en un congreso en Champaign-Urbana, Illinois, durante el fin de semana de Acción de Gracias. Para compensar el perderse las fiestas, el presidente le ofreció alojamiento gratis para los chicos Offutt. Yo acababa de cumplir trece años. Era mi primer congreso, que representaba la entrada al mundo secreto que habitaban mis padres. Después de siete horas de coche, llegamos al anochecer, sin la ropa adecuada para el severo viento de noviembre que, cortante, atravesaba las llanuras. Las comidas no habían entrado en las negociaciones de papá. Mientras todo el mundo comía pavo en el banquete, mis hermanos y yo compartimos sándwiches de queso Kraft en nuestra

habitación. El congreso tenía serios problemas de financiación, y eso dio pie a que mi padre renunciara al último pago de su tarifa, lo cual condujo a que fuese el invitado de honor durante los siguientes treinta años. Como resultado de su generosidad para con los extraños, nunca volvimos a pasar Acción de Gracias en familia.

Durante algunos años mis hermanos y yo asistimos con nuestros padres a las convenciones cercanas; aquella fue la única forma de vacaciones en familia que tuvimos jamás. Las convenciones me revelaban un mundo exótico más allá de las colinas. En Haldeman los hombres llevaban pistolas. En las convenciones, los adultos llevaban armamento espacial de plástico, túnicas de mago y espadas. Una vez presencié cómo el fatigado director de una convención trataba de explicarle al gerente de un hotel por qué había un hombre disfrazado de *Star Trek* sentado en la piscina de niños con una mujer que vestía una toga diáfana y sostenía una serpiente. Los asistentes tendían a interactuar con una actitud defensiva nacida de la inseguridad y a menudo se batían por medio de sus conocimientos de ciencia ficción. Algunos dedicaban su tiempo a jugar al póquer, al *bridge* o al solitario. Me pasé una hora observando a dos fans obesos que leían en la recepción del hotel el uno al lado del otro. Cada vez que pasaban una página, metían al mismo tiempo la

mano en una bolsa de patatas fritas, como si ambas acciones estuviesen sincronizadas. Comprendí que era así como se comportaban en casa y que las convenciones les ofrecían una oportunidad de mostrar sus rarezas privadas sin peligro. La dedicación de mis padres a ese mundo me confundía. Consideraba que los fans eran extraños, tristes y extremadamente aborrecibles. El mundo violento de Haldeman me resultaba más seguro.

En las convenciones, mis hermanos y yo compartíamos la habitación del hotel con dos neveras de comida. Nos daban a cada uno una llave de la habitación, nos advertían que no pusiéramos a nuestros padres en evidencia y nos soltaban. No nos decían el número de su habitación. Si los necesitábamos por algún motivo serio, teníamos instrucciones de ir a la *suite* principal de la convención y decírselo a alguien. Los niños escaseaban en las convenciones y no había ninguna guardería como tal. Mi hermano creía que la gente sentía pena por nosotros, y mis hermanas guardan pocos recuerdos más allá del aburrimiento general. Para mí, las convenciones suponían una oportunidad para abdicar por completo de mi papel de hermano mayor. En cuanto llegaba, exploraba el hotel y memorizaba su disposición para evitar a la autoridad y a mis hermanos.

Aparte de en los cines independientes de las grandes ciudades, el único modo de ver películas clásicas de ciencia ficción era en una convención, una experiencia que yo no soportaba. Los fans habían visto tantas veces las películas que competían con comentarios supuestamente graciosos en voz alta, arruinándole de tal forma la película al resto. Yo prefería una zona llamada el Cuarto del Feriante, que montaban aparte para los vendedores de libros, revistas, cómics, obras originales y carteles. Ya un ávido coleccionista de cómics, veía las convenciones como un modo de aumentar mis posesiones. Mi hermano y yo compartíamos una vieja maleta de cuero con una solapa de bisagras que separaba ambos lados. Él llenaba su mitad con ropa y calzoncillos extra. Yo atestaba la mía de cómics para intercambiar y llevaba puesta todo el tiempo la misma ropa. De cuando en cuando tenía un inapropiado vislumbre del fenómeno fan: los feriantes a los que no les caía bien mi padre me echaban con comentarios burdos.

Por entonces no sabía que me encontraba en la avanzadilla de lo que se iba a convertir en la tan popular «cultura *geek*», a medida que las convenciones se fueron escindiendo en subgrupos y evolucionando hacia una aceptación generalizada. La convención del cómic atrae hoy día a más de ciento cincuenta mil asistentes. La Sociedad para el Anacronismo Creativo celebra sus propias reuniones formales, al igual que *Star Treck*, el *anime*, el

pulp, la fantasía, el *ciberpunk*, el *steampunk*, la historia alternativa y el *gaming*. A principios de los setenta estaban todos apiñados bajo la andrajosa carpa de las convenciones de ciencia ficción, que hacían las veces de un todos-contra-todos sexual. Mamá y papá se alojaban en una planta distinta a la nuestra. Compartían dos habitaciones con una puerta que las conectaba. Años más tarde mi padre me contó que era un modo de tener espacio para las aventuras privadas de cada uno.

La incólume pátina de cortesía de mi madre resultaba inusual entre los fans, cuyas habilidades sociales iban parejas a las de los ajedrecistas y los ludópatas degenerados. Los fans veneraban a mi padre como a la realeza y le dispensaban una atención constante. Le regalaban espadas y dagas, cotas de malla caseras, látigos y brazaletes de cuero, una botella de *bourbon* tras otra, placas, estatuas y obras originales. Papá era carismático y divertido hasta que alguien dejaba de dispensarle el respeto apropiado, normalmente

cuando tenía la osadía de hablar. Entonces papá sometía a aquella persona a una humillación pública que incomodaba al resto, una interacción que realizaba la notoriedad de mi padre. Yo aprendí a evitar a papá, que me echaba miradas asesinas y me daba la espada adrede si yo no desalojaba la zona enseguida. Era igual que en casa, salvo que el hotel ofrecía una alternativa a refugiarse en el bosque.

Mis padres tenían un nutrido armario especial para las convenciones. Papá vestía *dashikis* o camisas abiertas de cuello gigante, botas de cremallera, cinturones anchos de cuero y pantalones de campana. Mamá llevaba faldas cortas y blusas escotadas de cremallera sin sujetador, botas altas y cinturón ceñido. John Cleve llevaba una larga chilaba sin nada debajo, mientras que mamá llevaba un vestido de poliéster hasta el suelo. Como complemento al atuendo informal de cuero y tela vaquera de mi padre, mi madre se ponía una minifalda de cuero. Mis padres hacían una pareja fascinante, y a mí me anonadaba su porte. Aunque me ignoraran en las convenciones, nunca los quise más, atraído por los personajes que se habían fabricado para el consumo público.

Como en cualquier subcultura, había surgido un argot propio, un habla interna que determinaba el conocimiento y la experiencia por parte de los ponentes. El vocabulario cumplía con un propósito similar al de la jerga rimada *cockney* y al *shelta* de los nómadas irlandeses^[14], criptolenguas que excluyen al extraño. El argot de los fans gozaba de juegos de palabras, acrónimos, chistes para los muy iniciados y el inusual hábito de añadirle a las palabras la letra *h* para hacerlas más de «fhanaticosh». La jerga del fan se

moldeaba, mudando a voluntad de un verbo a un sustantivo o a un modificador, y tenía un uso oral y escrito.

En las mentes ingeniosamente ágiles de los fans de la ciencia ficción, la palabra *fan* era sometida a múltiples transformaciones, incluida la pluralización a *Jen*^[15]. Los neófitos eran *neofen*. La palabra *fannish* [propio del fan] se usaba como un cumplido, y *unfannish* [su antónimo] como despectivo. El lenguaje en sí se llamaba *fanspeak*, e incluía el *coiflu*, una abreviatura del líquido corrector [*correction fluid*] que usaban cuando mecanografiaban *fanzines*; *filk*, *filkingy filker* ^[16], los cuales hacían referencia a cantar y tocar canciones, y *LoC*, que significaba «letter of comment» [carta con observaciones] a un *fanzine* y que daba lugar a *loaed* [su uso adjetival] y a *loccer* [quien la escribe].

Deseoso de encajar, enseguida aprendí el *fanspeak*, y llegué a estar bien versado en dicho lenguaje codificado y clandestino, desconocido en las colinas. Al igual que mis padres, no tenía con quién compartirlo. A diferencia de ellos, no ansiaba un contacto mayor con los hablantes del argot.

A finales de junio de 1972, mi familia se embarcó en un viaje de dos semanas que incluía tres convenciones. Cargamos el Mercedes un viernes. Mamá y papá condujeron por turnos mientras nosotros cuatro nos despatarrábamos en el asiento trasero, los pies apoyados en neveras y el equipaje en el maletero. Fuimos a la MidWestCon de Cincinnati, un evento infumable debido a su falta intencionada de programación. Tres días después, emprendimos la segunda etapa. En algún punto de la Indiana rural el Mercedes empezó a emitir un sonido fuerte y continuo de metal que chirría y oímos una explosión debajo del capó. El motor se gripó al instante. Papá viró hacia la cuneta. Frustrado y furioso, me mandó recoger piezas del motor desperdigadas por la carretera detrás de nosotros. Me tiré de la camiseta para separarla del cuerpo y formé una bolsa para los trozos de metal, que me quemaban los dedos. Un policía estatal se encargó de que una grúa nos remolcara hasta un taller, en el que permanecemos varias horas.

Según el mecánico, el piloto rojo del aceite en el salpicadero indicaba que el coche se había quedado sin aceite. Al Mercedes se le había soltado una biela, lo que significaba que un pistón se había separado del cigüeñal y había reventado por el fondo del bloque motor. Conseguir las piezas de repuesto necesarias llevaría más tiempo del previsto por ser el fin de semana del Cuatro de Julio. Muchas llamadas telefónicas después, unos fans que iban a la misma convención pararon y nos llevaron, dispersando a la familia. Mi hermano y yo nos unimos a un extraño par de hombres, desaliñados y

apestosos, que discutían sin parar sobre *La guerra de las galaxias*. Llegamos a Wilmot, Wisconsin, cansados, hambrientos y tristes. Papá se había cabreado con mamá por no haber advertido el piloto rojo. Mi hermano y yo estábamos asustados por la conducción errátil de los frikis de *La guerra de las galaxias*. Mi hermana estaba retraída y callada.

La WilCon era un evento solo para invitados que se celebraba en una estación de esquí de propiedad familiar con montaña falsa incluida. El hotel estaba cerrado en verano, y la gente dormía en catres, en los muebles, en el suelo, en el porche y en decenas de tiendas de

campaña. Mamá y papá compartieron el cuarto de los anfitriones. Mis hermanos y yo nos unimos a otros dos niños en el sótano, en sacos de dormir puestos en fila. La WilCon no era en absoluto una convención, sino una fiesta continua que había evolucionado de día de pícnic a reunión de cuatro días de *hippies* y fans. En los círculos *fannish* era bastante famosa por su exclusividad. Había acumulado varias leyendas: un actor de *La guerra de las galaxias* enterró un tesoro en los terrenos; hubo un adorado fan que cayó muerto un año; otro fan se había estrellado una y otra vez contra los árboles corriendo detrás de un *frisbee* bajo los efectos de los alucinógenos. Las parejas se intercambiaban, se volvían a intercambiar y seguían intercambiándose.

Desde primera hora de la mañana sonaba música *rock* a todo volumen y continuaba hasta bien entrada la noche. Las comidas no sabían a nada, las preparaba un grupo rotatorio de voluntarios forzados. La gente se pasaba el día entero jugando a las cartas, lavando platos y debatiendo sobre la influencia de E. E. «Doc» Smith en las novelas de Robert Heinlein. También se consumían cantidades enormes de alcohol. El olor a marihuana se colaba por la puerta de la única habitación cerrada de la casa. No me gustaba el sabor del alcohol, pero el olor a porro me atrajo al cuarto de las drogas: me quedaba pegado a la puerta respirando muy hondo y me preguntaba si estaba lo bastante colocado como para estrellarme contra un árbol.

Siempre observando y en constante movimiento, deambulaba por los terrenos igual que un coyote, rodeando el perímetro e internándome luego para ver más de cerca. Gente desnuda enseñaba un instante la piel por las entradas abiertas de las tiendas de campaña o se bañaba en cueros en un estanque cercano. Mi madre nos echaba un ojo a mis hermanos y a mí varias veces al día, sobre todo durante las comidas y al final de la tarde. Yo nunca interactuaba con mi padre, que me ignoraba adrede, rodeado de sicofantes a perpetuidad. Era cosa sabida que John Cleve no tenía hijos.

Una tarde, los seis niños bajamos a nadar al estanque. Yo tenía catorce años, era el mayor. Una roña verde coronaba el agua negra en algunas partes. De vez en cuando un pez me rozaba las piernas. Al no haber colinas que taparan la vista, alcanzaba a ver más lejos que en casa: el estanque era un oasis bajo una amplia extensión de cielo azul oscuro. Permanecí en el agua, observando cómo la superficie se alejaba de mi cuerpo oleando en anillos efímeros de luz y sombra. Empecé a mover las manos en el agua para ver qué ocurría cuando el oleaje se solapaba. Alguien tiró una piedra y me dio en la cabeza. Me derrumbé al instante.

Recobré la consciencia bajo la superficie del estanque y enseguida me incorporé, desorientado y aturdido, escupiendo agua y con tos. Mis hermanas se pusieron a gritar. Mi hermano fue corriendo a la casa. Salí del agua a trompicones y crucé el campo tambaleándome. Los adultos me encontraron vagando a solas, con una buena brecha en la ceja del ojo izquierdo, renqueante y descalzo en un zarzal. Me chorreaba sangre por el pecho y las piernas. Alguien me llevó al hospital del pueblo, y allí un médico me afeitó el vello alrededor de la herida y me la cerró con puntos. Regresé a la convención sedado, abochornado por la situación. Durante los dos días que siguieron entreoí a mi padre repetir las mismas palabras una y otra vez: «El médico era un retrógrado. ¡Fijaos en cuánto pelo le

ha afeitado!». Me di cuenta de que le importaba más impresionar a los *hippies* con su uso de la jerga^[17] que mi salud.

Nos acercaron hasta Indiana, donde habían reparado el Mercedes, y de allí viajamos hasta Peoria, Illinois, para la PeCon. La cabeza me dolía sin parar. No me cambiaban las vendas con la frecuencia suficiente y la herida me empezó a supurar. Cada mañana me despertaba con la cabeza pegada a la almohada. Me quedaba en el hotel, viendo la tele y tomando aspirinas. Mis hermanos se quedaron conmigo e invirtieron los roles de familia mientras cuidaban de su hermano mayor, preparando comidas a base de queso con galletas saladas, mantequilla de cacahuete y fruta. Me daban almohadones y cambiaban de canal en la televisión. Durante aquellos tres días, a pesar de mi persistente dolor de cabeza, me sentí protegido y cuidado.

Regresamos a Haldeman y me recuperé en mitad de los bosques que tanto amaba, dando gracias por la cultura que conocía. Nuestro vecino araba con mula. Otro hombre clavaba ardillas bocabajo en un árbol frente a su casa y las abría en canal, dejando que las tripas cayeran al suelo. Las despellejaba y se llevaba los cadáveres a casa para cocinarlos. Las pieles se quedaban en el árbol, donde, ondeando al viento, se ennegrecían a medida que se pudrían.

Preparaba un guiso que sabía mejor que cualquiera de las cosas que ponían en las

convenciones, en especial si se tomaba con un vaso de agua de pozo tan fría que me dejaba las encías adormecidas. Pero había visto otro mundo, exótico y extraño, y a veces lo echaba de menos. Me dejé crecer el pelo para parecerme más a los fans. Si me parecía a ellos, tal vez mi padre mostraría más interés por mí.

CAPÍTULO DIECISIETE

En la estricta jerarquía de las colinas, Haldeman ocupaba el escalafón más bajo. La gente de Morehead, con siete mil quinientos habitantes, ocupaba la cúspide de la pirámide. Luego venían las familias que vivían en las afueras; después, las que tenían la casa a lo largo de las pocas carreteras asfaltadas que conducían al pueblo, y los últimos, la gente de campo como yo. El estrato social se basaba en la geografía y en el apellido. En mi caso, ambos resultaban sospechosos. Las distinciones quedaron claramente delineadas cuando empecé a ir al instituto del condado de Rowan, a unos dieciséis kilómetros de Morehead.

Quería a los chicos y las chicas con los que me había criado. Catorce de nosotros habíamos ido juntos a la escuela primaria de Haldeman, pero ahora estábamos dispersos en la clase de primer curso más amplia en la historia del instituto. Perdimos nuestro sentido de pertenencia. De uno en uno, muchos de mis compañeros de clase abandonaron la rutina de asistir a clase. El abandono escolar no era algo que se esperara, pero sí se aceptaba, y era una preocupación menor. Con apenas uno cincuenta de altura, era el chico más bajito, con el pelo más largo y, al parecer, el más listo. Como mis amigos dejaron la escuela, quedé socialmente aislado.

Mis padres eran amigos del encargado de los cursos de teatro de la universidad local, y cuando alguna obra incluía un papel de niño me sumaban al reparto y actuaba en varias producciones. El profesorado veía aquello como un desarrollo prometedor y me eximía de las clases para ir a ensayar. Rápidamente me aproveché de las circunstancias. Mi rutina diaria consistía en subir al autobús escolar, fichar en el aula en el que pasaban lista, salir de la escuela con el pretexto de que tenía «prácticas de teatro en la universidad» y coger el autobús a casa por la tarde. Empecé a dejar la bicicleta en el pueblo y a menudo me las arreglaba para dormir en casa de algunas personas: amigos de mis padres o universitarios para los que me había convertido en una especie de mascota teatral.

A los quince años, la familia ya se había acostumbrado a mis ausencias: vagaba por los bosques, comía por ahí, dormía en el pueblo... Lo que preocupaba a mis padres eran las notas. La noche antes de un examen, me quedaba en casa y me leía el libro de texto; luego bordaba el examen. Igual de importante era prestar obediencia absoluta a papá y no abochornar en público a mamá. Mientras prestara atención a esa pátina de civismo, sería libre, y tenía todo Morehead por explorar.

No recuerdo cómo conocí al gordo. Doy por hecho que se me acercó él. Vivía en el pueblo, en el segundo piso de un edificio pequeño en el que había alquilado una habitación individual con baño en el pasillo. Se portaba bien conmigo, me compraba caramelos y latas de refresco, que mis padres no me dejaban tomar. Le contaba mi vida y qué chicas me gustaban. El gordo me escuchaba. Me ofrecía una forma de apoyo y de atención que yo necesitaba. Él aceptaba que de mayor quisiera ser actor o dibujante de cómics, y no creía que dichas aspiraciones fuesen ridículas. No hablaba de sí mismo, pero me daba a entender que sabía lo que era la vida más allá de los confines del condado de Rowan y que me iba a gustar cuando por fin me fuera.

La habitación del gordo era pequeña, sin sillas, y los dos teníamos que sentarnos en la cama. Me propuso que me tumbara de espaldas, y todo el tiempo fingí que aquello le estaba pasando a otro. No recuerdo cómo se llamaba ni qué aspecto tenía. No recuerdo el patrón del papel de las paredes ni el color de las sábanas. Lo que sí recuerdo es el aplique de la luz del techo, una esfera lisa sobre un engaste de cerámica que emitía una tenue luz amarillenta. Rodeando la esfera y repintados muchísimas veces había rosetones de yeso con hojas finas. Recuerdo la luz porque me pasé todo el tiempo mirándola y esperando a poder marcharme.

Luego, el gordo me dijo que yo le gustaba y me dio dinero. Salí de la habitación y caminé hasta la tienda, donde mi madre me recogió después de hacer unas compras. En la tienda me compré un montón de cómics. Mamá no me preguntó de dónde había sacado el dinero.

Cuando una semana más tarde regresé a su habitación, subí las escaleras muy despacio, procurando no hacer ruido porque no quería causarle problemas al gordo. Un coágulo de tensión me subió por la columna vertebral, vibrando igual que un cuchillo clavado. Me sentía hueco: con el corazón acelerado, el sudor que me goteaba por los costados, la boca seca, el estómago petrificado. El gordo abrió la puerta y me hizo pasar. La cama se combó cuando se sentó. El dinero estaba a la vista, sobre la mesita de noche.

El tiempo se detenía cuando me deslizaba fuera de mi cuerpo, imaginando una vida más allá de las colinas. Sería actor de cine. Las mujeres guapas se me echarían encima. Era el hijo del alcalde, el sobrino del gobernador. Era adoptado y no lo sabía. No era más que un chaval solitario sintiendo la humedad de unos dedos gordos en los calzoncillos.

Más tarde resolví que mis padres estarían orgullosos de mi amplitud de miras en un pueblo tan pequeño. Se consideraban progresistas. Creía que lo que estaba haciendo con el gordo me hacía parecerme a ellos. Escribían porno y tenían aventuras. Si se enteraban de lo del gordo, me respetarían, puede que hasta les cayera bien.

El gordo me llevó al cine. Nos pusimos en la cola, pero no teníamos que comprar entradas. El gordo miró al dueño, le puso la mano en el hombro y asintió una vez. El dueño me miró sin cambiar de expresión y nos dejó pasar gratis. El gordo me invitó a una grande de palomitas con mantequilla. Mamá hacía palomitas en casa de vez en cuando, pero jamás les echaba mantequilla. Me sentí especial, comiendo palomitas con mantequilla y viendo *El padrino*, que me impresionó de un modo muy poderoso. Nunca había visto una película tan larga ni tan lenta. El mundo que plasmaba me resultaba completamente extraño, pero entendía su naturaleza insular, las dinámicas de poder, la violencia y la lealtad. Después de la película, el gordo me dio una moneda de diez centavos porque insistí en llamar a mi padre para decirle que, si alguna vez le pasaba algo, yo vengaría su muerte. Me puse a llorar al teléfono. Mi padre dijo poco. Oía el ruido de las teclas de su máquina mientras le hablaba.

El gordo quiso que lo tocara en su cama, pero me negué. Le expliqué que me gustaban las chicas, aunque nunca hubiese estado con ninguna. Había besado a tres y a una le había tocado el tirante del sujetador. El gordo me ofreció doscientos dólares por ayudarlo a hacer una película. Lo rodarían todo en la habitación de un hotel cercano, pero tendría que tocar a un hombre, tal vez a otro chico de mi edad. Le dije que en realidad quería estar con una chica y le propuse hacer una película de esa clase en vez de la otra. Dijo que, si hacía una película con un hombre, después me conseguiría una chica. Le dije que no. Él me dijo que me lo pensara, pero no lo hice. Miré el aplique de la luz y me perdí en mis pensamientos.

Desarrollé la habilidad de desaparecer con rapidez, de esfumarme de las circunstancias y entrar en una especie de trance en el que era un príncipe con una guardia especial a mis órdenes, un fastuoso reino que gobernar y un harén de mujeres preciosas. De repente estaba otra vez en el cuarto en penumbra.

Tenía las piernas desnudas y frías, y el cuerpo tenso. El gordo jadeaba. Cogía mi dinero y me iba.

La última vez que fui a aquel cuarto, me encontré con otro chico en las escaleras. Era un año mayor que yo, con el pelo largo y del mismo color que el mío. Era nuevo en la escuela y vivía en una caravana con su madre. Ya lo había visto antes fuera del edificio, pero ambos habíamos fingido no reparar en el otro. Esta vez estaba agazapado en las escaleras. Con señas me dijo que me callara. Avancé sin hacer ruido y me uní a él. Estábamos en mitad de las escaleras. El baño estaba en el rellano y la puerta estaba entreabierta. Por ella pudimos ver que el gordo estaba de pie en la ducha, con su enorme y desnuda corpulencia al aire. Estaba vomitando y defecando a la vez. Era una visión asquerosa, tan repulsiva que costaba dejar de mirar. El gordo se puso a llorar, un incontrolable llanto que hacía que los hombros le temblaran, que el torso le ondeara. Se apoyó en la pared como quien se rinde.

El otro chico y yo nos deslizamos escaleras abajo y nos reímos de lo que acabábamos de ver. ¿Qué podíamos hacer si no? Nos reímos de aquella espantosa visión. Nunca hablamos de ello y al poco él dejó la escuela. Unos años después me pregunté si el otro chico habría hecho aquella película en el motel. Para entonces había muerto de sobredosis. El gordo sugirió una vez que me trajera a mi hermano de visita, y me enfadé muchísimo. Lo único bueno que soy capaz de encontrar hoy en todo esto es que protegí a mi hermano. Al menos hice eso.

El gordo abandonó el pueblo tan rápido como había aparecido, y no hablé de él con nadie. En lugar de eso, empecé a ratear. Cada vez que entraba en una tienda, daba una vuelta como si estuviese echando un vistazo, al tiempo que examinaba con disimulo las líneas de visión y las vías de escape. Lo planeaba con meticulosidad. La mejor técnica era colocar el objeto que pretendía robar cerca de la puerta y luego comprar alguna cosa barata que requiriera bolsa. A la salida, deslizaba subrepticamente en la bolsa los objetos predispuestos. Siempre pasaba miedo cuando iba hacia la puerta, con la misma descarga de adrenalina en el cuerpo que cuando subía las escaleras hacia el cuarto del gordo. Respiraba despacio por la boca, sudando por debajo de la ropa. Fuera, en la acera, sentía la euforia del alivio por haberme salido con la mía. Robar hacía que me sintiera mal conmigo mismo, pero eso no me importaba, porque sentirme mal era mi estado habitual. Nunca me cogieron. Nunca robé nada que de verdad quisiera.

En una clase de Psicología, leí un artículo en el que se llamaba «víctimas» a las personas que habían sufrido abusos sexuales. Eso me hizo sentir

incómodo, porque no me gustaba la idea de ser una víctima. Sabía que todo el asunto del gordo había sido culpa mía. Nadie me había forzado a entrar en aquel edificio ni a subir aquellos escalones ni a abrir aquella oscura puerta de madera. Había ido allí libremente. Había estado allí en más de una ocasión. Me sentía especial. Me sentía mal. Me pregunté si sería gay. Dejé aquella clase y me emporré, luego me emborraché y así seguí una buena temporada.

Veinticinco años después empecé a hablar del gordo. Pensé que podría hacerme sentir aliviado o más liviano, pero no fue así. Se lo conté a mi mujer. Se lo conté a mis padres y a mis hermanos en una carta conjunta, que supuse era de cobardes, puede que incluso cruel. Resultó bastante chocante que nadie supiese cómo contestar. Mi padre, sorprendentemente, me llamó por teléfono. Quería saber si el gordo seguía viviendo en el condado. Por casualidad, papá aludió a *El padrino*, diciendo que iba a enviar a Vito y a Luigi a matar a ese hombre. No le dije lo decisiva que había resultado aquella película en concreto mucho tiempo atrás.

Después de revelar mi antiguo secreto, sentía ante todo vergüenza. A otros chicos les ocurrían cosas peores, y mucho peores a las mujeres. Nunca me forzó ni me hizo daño. Había pasado mucho tiempo. Sabía que el perdón para el gordo lo debía encontrar dentro de mí, un acto que en última instancia me beneficiaría. Pero fui incapaz de hacerlo. Pasé demasiados años con la esperanza de que fuera a la cárcel. Con la esperanza de que los reclusos le escupieran por los pasillos. Quería que le llenaran la comida de veneno, que lo abofetearan en el patio, que lo emboscaran en la ducha. Quería que pasara miedo y que estuviese solo. Quería que su vida fuese tan desgraciada que se pasara los días deseando ser otra persona. Quería que memorizara el aplique plano de luz tenue de su celda. Lo quería tan muerto como muerto me sentía yo, tan muerto como muerto me siento algunas veces, tan muerto como muerto estará siempre el otro chico que vi en las escaleras.

CAPÍTULO DIECIOCHO

A los quince años, el efecto más inmediato de mi experiencia con el gordo fue un profundo miedo a ser gay sin saberlo. La respuesta a eso era obvia — buscarme a una chica que me dejara tener sexo con ella—, pero era incapaz de conseguir una cita, y no digamos ya sexo. Rumores y cotilleos sobre los textos de mi padre se propagaron por el condado. Aunque para los estándares pornográficos eran blandas, sus novelas de ciencia ficción contenían descripciones sexuales que para la población local resultaban ofensivas. Antes de cerrar su agencia de seguros, por accidente le dio a su secretaria un manuscrito pornográfico para pasarlo a máquina. Había padres preocupados que no permitían que sus hijas salieran conmigo.

Papá nunca hablaba de su trabajo abiertamente; la materia en sí estaba prohibida, pero yo estaba al tanto y cuando mis padres no estaban buscaba el porno. Le tenía tanto miedo al material que me intrigaba. Que fuese secreto lo volvía «malo», y eso aumentaba su atractivo. Me preguntaba si mi madre lo sabría; luego me di cuenta de que así debía de ser: ella lo pasaba a máquina. Los azotes ocupaban un puesto prominente en la mayoría de sus libros. En abstracto, resultaba atrayente, ya que parecía inducir al sexo, pero que los profesores me hubiesen pegado me había vuelto indiferente al dolor y al castigo. Mis padres no creían en el castigo físico de los niños. Nuestros castigos consistían más bien en un rechazo emocional transitorio.

Leer pornografía, en combinación con los abusos sexuales del gordo, derivó en una actitud de extrañeza hacia la intimidad física. Los libros eran gráficos y detallados, pero carecían de calidez. El sexo se daba como un fin en sí mismo, con frecuencia como parte de una feroz dinámica de poder. El porno me proveía de una sólida comprensión de la mecánica del sexo — anatomía, técnica, tiempos y consecuencias—, pero no del sentido de su proximidad. Las mujeres se resistían con uñas y dientes hasta que las forzaban a que aceptaran sus deseos más recónditos, tras lo cual se volvían obedientes y solícitas. Por otra parte, mi experiencia con el gordo hizo que rechazara de plano coaccionar jamás a otra persona para ponerla en una situación de

vulnerabilidad. Esas dos actitudes entraban en conflicto. El resultado era una turbación y una distancia emocional extremas, bajo las cuales yacía la ardiente curiosidad de todo adolescente.

Nunca se me ocurrió que las mujeres jóvenes tuviesen el mismo interés por el sexo que tenía yo. Asumía, basándome en el porno y en la cultura conservadora de las colinas, que las mujeres eran asexuales. Para que tuviesen sexo o se casaran había que engañarlas. Yo no quería participar de ninguno de esos escenarios. Lo chicos tendían a alardear de sus pericias sexuales, e ingenuo yo me creía las mentiras que oía en la escuela. Daba la sensación de que todos menos yo se lo pasaban bien en secreto. Al igual que la mayoría de los adolescentes, sentía que no tenía adonde ir, nadie en quien confiar.

Empecé a espiar a una comuna *hippie* en una estrecha hondonada, y de vez en cuando entreveía a una mujer sin camiseta. Las colinas proporcionaban arcilla gratis a los alfareros, alquileres baratos en general, un paisaje precioso y un suelo sumamente idóneo para cultivar marihuana. Por aquel entonces, la ola de visitantes provenía de las ciudades del norte y hablaba con acentos muy marcados. Muchos eran niños ricos de excursión por lo exótico, como si visitar los Apalaches fuese una pasantía obligatoria para la adquisición de su buena fe contracultural de regreso a casa. Se quedaban periodos breves y se iban. Los viejos paisanos los llamaban «hemorroides», porque las buenas aparecían y se te quitaban, pero las malas aparecían y ya no se iban. La gente los dejaba en paz.

Tras semanas de observar clandestinamente a la comuna, decidí robarles la marihuana y

luego negociar con ellos a cambio de sexo. Un colega y yo llevamos a cabo una misión nocturna, avanzando furtivos a lo largo de un risco por detrás del hogar *hippie* y descendiendo por el bosque. Usamos nuestras navajas para cortar la planta por la base y escapamos por entre las sombras. La marihuana era más bien un arbusto, y no sabíamos qué hacer con ella.

En un ahumadero abandonado, hicimos una pequeña hoguera y calentamos varias hojas hasta que ardieron. No pusimos a inhalar el humo acre y a revolearnos fingiendo que estábamos colocados; en realidad no conocíamos los efectos, pero hacíamos afirmaciones grandilocuentes: podemos volar, ver a través de las paredes, nos hemos vuelto invisibles. Acabamos por admitir que las únicas consecuencias fueron irritación de garganta y punzadas en la cabeza. Dedujimos que había que secarla igual que el tabaco, e ideé un plan todavía más ingenioso que intercambiar droga por sexo.

Con las hojas hicimos minuciosas tiras y las metimos en cuatro bolsas de pan, atamos los extremos y las aplanamos. Nos las escondimos debajo de la ropa, hicimos dedo hasta el pueblo y fuimos a una lavandería. Durante una pausa, cuando se quedó vacía, volcamos la marihuana en una de las secadoras, pusimos la temperatura de secado al máximo e hicimos guardia. Diez minutos después el penetrante olor a marihuana llenó la lavandería. Comprobamos la carga, pero en el color de las hojas no había ningún cambio que indicara que el ritmo de desecado se hubiese acelerado. La siguiente vez que la revisamos, la mitad de las hojas salieron volando por el cuarto y se desperdigaron por el suelo. Mi colega y yo huimos.

Aquel verano nuestra familia asistió a la MidWestCon, que resultó ser mi última convención. Papá dijo que había tirado el Mercedes al río Ohio para coger el dinero del seguro y se había comprado un Volkswagen 1500. Mi hermana pequeña iba detrás, encajada en un espacio pequeño entre el equipaje. Al llegar al hotel, papá empezó a funcionar a tope en modo John Cleve, negándose a reconocer a sus hijos. Tan solo había otro adolescente en la convención, la hija de catorce años de un escritor de segunda de ciencia ficción que también escribía porno. Hablamos la primera noche. Tessa había huido una temporada a Nueva Orleans, pero ahora vivía con su padre, al que odiaba. Él la ignoraba, bebía y tenía demasiadas normas. Le dije que sabía perfectamente a qué se refería. Estábamos de acuerdo en todo: los fans eran los bichos más raros del mundo, las convenciones eran un coñazo y nuestros padres nos daban igual.

Al día siguiente le propuse que nos diéramos un baño en la piscina del motel, sobre todo por tener la oportunidad de verla en bañador. Se negó aduciendo que las convenciones estaban llenas de viejos pervertidos y luego dobló el dedo haciendo movimientos de «sígueme». Subimos en ascensor hasta la quinta planta, cuyas paredes estaban pintadas de un tono azul oscuro. Me llevó hasta una puerta con un letrero en el que ponía «Limpieza». Dentro había estanterías con sábanas, toallas, papel higiénico, vasos de plástico y paquetes diminutos de jabón. Tessa abrió una cama plegable. La única luz provenía de una amplia rendija bajo la puerta.

Antes de aquello, había besado a dos chicas de otros condados y creía que sabría defenderme, pero Tessa me exploró la boca como si fuese a trazar un mapa topográfico. Pegó su cuerpo al mío, con las manos sobre mí, y me extravié en un delirio de deseo. Se quitó la camisa, luego las bragas, la luz tenue le perfilaba el cuerpo. No podía creer que de verdad estuviese viendo a una chica desnuda. Tessa me quitó rápidamente los zapatos, luego me bajó los

calzoncillos y me empujó de espaldas a la cama. Podía sentir la suavidad de sus pechos, la tersura de su piel. Me rodeó con los brazos. Nos dimos la vuelta y yo la abracé todo lo fuerte que pude. Sinceramente, pensé que me iba a morir. Nunca me había sentido mejor, y quise prolongar aquello hasta el día de mi muerte.

Encorvé las caderas y me retorcí igual que una salamandra, intentando apoyarme en las rodillas y los codos para no aplastar demasiado a Tessa. Esperaba más que otra cosa que todo saliera bien. Me puso un brazo en la espada y otro en la cadera y empezó a ayudarme con los movimientos. Al cabo de un rato, durante el cual perdí todo sentido del tiempo, nuestra actividad se ralentizó.

Soportar el contacto del gordo me había inoculado una tendencia a ignorar toda sensación y retraer cualquier reacción. Como resultado, fin incapaz de alcanzar el clímax con Tessa. Sin embargo, los libros de mi padre me habían ilustrado sobre la anatomía femenina hasta tal punto que alcancé a brindarle un enorme placer varias veces. Comenzó a ponerse la ropa, y también yo.

—Lo haces mejor que muchos tíos que te triplican la edad —dijo cuando estuvimos

vestidos del todo.

—Gracias —dije yo.

Abrió la puerta y salimos al pasillo, achinando los ojos a causa de la luz repentina. En el ascensor oí el sonido de una puerta al abrirse. Al fondo del pasillo, mi padre salió de una habitación. Dijo algo en voz baja y una mujer respondió con una risa. Papá cerró la puerta y se alisó el pelo. Yo pulsé varias veces el botón del ascensor por temor a que me viera. Tessa y yo bajamos a la recepción sin decir palabra. Aturdido y feliz, busqué su compañía, pero me evitó el resto de la convención. No me importó. El sexo con una chica en un cuarto de almacén demostraba que no era gay.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Durante mi último año de instituto, mi padre y yo mantuvimos un conflicto constante. En vez de hablar, nos evitábamos. Mis desgracias no eran del todo responsabilidad suya, pero me había enseñado a culpar a otros de mis infortunios y, obedientemente, lo culpaba a él. Parecía que se tomaba como un desafío cualquier palabra que yo pronunciara. Puede que lo fuera. Nadie más se enfrentaba a papá. Yo protegía a mis hermanos, pero nadie me protegía a mí. Estaba solo y lo sabía.

Papá tenía cuarenta y dos años, la misma edad con la que había muerto su padre, y estaba en el apogeo de su carrera en el porno. La casa estaba sumida en la tensión y bullía de sexualidad. John Cleve lo presidía todo con una intensidad tiránica. Todavía cenábamos juntos, pero, al acabar, la familia se dispersaba de inmediato. Mis hermanas y mi hermano se quedaban en sus cuartos. De noche yo recorría los bosques, sin miedo y con el deseo de meterme en problemas. Un amigo tenía un coche viejo, casi indestructible, incapaz de alcanzar velocidades altas. Empezamos a destrozarlo adrede en busca de emociones.

La última discusión entre mi padre y yo había terminado con cada uno en una parte distinta de la casa. Papá entró a zancadas en la habitación en la que yo estaba y me entregó una nota. La guardé durante años y me la aprendí de memoria:

Tu necesidad de tener la última palabra imposibilita hablar contigo. He aquí la mía, pues.

Al día siguiente hice las pruebas de aptitud para el Ejército. Era el primer año que las ASVAB^[18] estaban unilateralmente supervisadas por todas las Fuerzas Armadas. Cada división recibía los resultados de las pruebas y todas competían por hacerse con los mejores candidatos. Yo estaba muy orgulloso de que mi puntuación fuese la más alta del condado. No se me ocurrió que el examen militar no era tan difícil ni que los estándares para Kentucky no eran muy altos.

Todas las divisiones me reclutaron sin ambages. Como nunca había visto un avión, descarté las Fuerzas Aéreas. Deseché la Marina porque no sabía nadar. Jamás entendí del todo qué hacía el Cuerpo de Marines, puesto que *marine* venía a significar «agua», pero las suyas eran tropas de infantería. Me decidí por el Ejército porque el reclutador me dijo que podía llevar una peluca de pelo corto en vez de cortar mi pelo de forajido sureño. Me explicó que, como la guerra de Vietnam había terminado, no tendría que aceptar órdenes si no me apetecía. Me creí sus mentiras y me alisté.

Mi puntuación en las ASVAB fue lo suficientemente alta como para que viniese un sargento distinto, un hombre adusto que representaba a la Inteligencia Militar. Originario de Texas, me dijo que con mi edad había sido como yo, sobrado de seso pero sin tener adonde dirigirlo. El Ejército, la Inteligencia en particular, lo había ayudado a alcanzar su potencial. Me dio a entender que después del servicio militar tendría oportunidad de trabajar para el Gobierno en algún puesto interesante. Sus insinuaciones y sus vaguedades me impactaron más que los evidentes rollos de vendedor que me soltaron los demás reclutadores. Salí de aquella reunión con una visión clara de mi glorioso futuro: paracaidista, Inteligencia Militar, a la universidad gracias a la GI Bill^[19], y después, la CIA.

Me crie con Vietnam como otro programa de televisión más y me decepcionó que la guerra hubiese terminado antes de tener la ocasión de ir a combatir. Ver la serie *El agente de CIPOL* influyó en mis planes de unirme a la CIA tanto como leer *Harriet la espía* y el *Kim*, de Kipling. Empecé a consumir relatos de operaciones clandestinas y novelas de espionaje,

que estudiaba como si fuesen libros de texto de cara a mi futura profesión. Me inventaba códigos secretos y practicaba el uso de la escritura invisible con zumo de limón y miel. Los espías no se fiaban de nadie e ignoraban la autoridad. Con frecuencia provenían de familias en las que la duplicidad se aceptaba como algo normal, lo que facilitaba la transición hacia la artimaña profesional. Mis inseguridades suponían una ventaja: yo quería caer bien. Necesitaba creer en algo más grande y más importante que yo mismo. El patriotismo era una opción tan buena como cualquier otra.

Mi motivación por el servicio militar carecía de vínculos con la tradición familiar o con el deber. Era joven y temerario, pero sobre todo estaba enfadado. Quería saltar de aviones con un rifle y disparar a la gente. Quería alejarme de Haldeman y más aún de mi padre.

Sabía que la instrucción sería un infierno y empecé a angustiarme por las futuras cartas que les enviaría a mi hermano y a mis hermanas. No quería

preocuparlos, pero no escribirles aumentaría su intranquilidad. Aunque estaba decidido a marcharme, me sentía como si estuviese abandonando a mis hermanos. Empecé a planear medidas de respuesta, y me decidí por la desinformación como la mejor estrategia. La hemeroteca de Morehead contenía varias tiradas anuales de la *Reader's Digest*, que incluía una sección mensual llamada «Humor de uniforme», con anécdotas que aportaban los veteranos. Dejé de asistir a la escuela para ir a la biblioteca, y allí leí decenas de esas historias. El entrenamiento básico duraba diez semanas, y mi plan era enviar a casa dos cartas a la semana, plagiando incidentes de la *Reader's Digest* como si fuesen propios. Muchos poseían un tono de verdad y una intimidad desenfadada que aliviarían las preocupaciones de mis hermanos. Subdividí los relatos breves en categorías específicas: comida asquerosa, ropa de otra talla, mal tiempo, tareas odiosas y la ira irracional del sargento. En dos semanas, había compilado toda una libreta de anécdotas graciosas, transcritas y organizadas por secciones, con una cubierta que decía «Cartas a casa».

Al ser menor de edad, necesitaba la firma de mis padres en los papeles de ingreso. Una noche, después de la cena, les conté mi plan y presenté los documentos legales. No hubo discusión, ni me aconsejaron que acabara el instituto y fuese a la universidad. Mi madre no dijo nada. Papá me preguntó si estaba seguro. Yo asentí. Firmó el formulario con su acostumbrada y bien ensayada floritura, como si le dedicara un libro a un fan, y abandonó la mesa con dramatismo. Mamá observó en silencio cómo se marchaba y evitó mirarme.

En el instituto había sido un estudiante destacado, con sobresalientes en Inglés, en Historia y en Ciencias. Los profesores llevaban adulándome con lo inteligente que era desde primero, incluso los que me pegaban. Era un serio candidato a becas para las mejores universidades del país. Pero nadie —nadie del profesorado ni mis padres ni ningún amigo de la familia— me animó a que continuara con mi formación. Mi futuro estaba única y exclusivamente en mis manos ignorantes y en las del Ejército de Estados Unidos.

En mayo, el reclutador nos llevó a cuatro de los chicos hasta Lexington para las pruebas físicas. No hablamos en el coche, estábamos nerviosos, y el reclutador, bruscamente serio. No conocíamos esa faceta suya. Adiós al carisma jocosos, reemplazado ahora por una lóbrega resolución. Nos unimos como a un centenar de chicos en unas amplias instalaciones del tamaño de un pabellón deportivo con todo un despliegue de personal médico. Había estanterías metálicas cubiertas de ropa separadas por secciones para las diferentes pruebas. Nos pusimos en ropa interior y avanzamos despacio en

filas: nos tomaron el pulso, nos sacaron sangre, nos revisaron la boca y los oídos, nos apretaron los testículos mientras tosíamos. Estuvimos todo el tiempo riéndonos. De vez en cuando un examinador sacaba a alguno de la fila y lo mandaba al vestuario. Los demás lo mirábamos con desdén: no daba la talla, ya no era uno de los nuestros. A aquellos chicos se los veía tristes, caminando con la cabeza gacha del derrotado. Especulábamos sobre el motivo: *¡demasiado gordo, demasiado bajito, demasiado tonto, demasiado feo, joder!* Nuestras bromas ocultaban el miedo latente a que cualquiera de nosotros pudiese ser el próximo.

Varias horas después me declararon en perfecta forma: corazón, vista y oído estaban bien. Mis extremidades superiores e inferiores funcionaban sin ningún defecto. Estaba libre de enfermedades y la circulación la tenía excelente. Un médico me llevó aparte, y durante las dos horas siguientes oriné en botes de plástico una y otra vez. Pensé que se trataba de un procedimiento reservado a los futuros espías, una prueba de resistencia, y ni me quejé ni hice preguntas. Los demás chicos de mi grupo siguieron avanzando mientras yo me quedaba solo proveyéndoles de muestras.

—Albumina en la orina —dijo el último médico—. Ninguna división te va a aceptar.

De pie en ropa interior, me puse tan triste que me eché a llorar; luego me sentí humillado

por haberlo hecho. Tardé quince años en volver a llorar.

En el largo trayecto en coche hasta casa, los otros tres chicos charlaban y reían y se pegaban entre sí. El reclutador recobró su antigua jovialidad. Contó chistes verdes y nos dejó fumar en el coche. Yo iba sentado contra una de las puertas, con la cara pegada a la ventanilla. No miraba la tierra pasar ni escuchaba a los otros. Sumido en la desesperación, me sentía un fracasado, como si hubiese decepcionado al reclutador. Peor, no tenía ni idea de lo que hacer. Ya había dejado el instituto, no había solicitado el ingreso en ninguna universidad y temía quedarme atrapado para siempre en casa de mi padre. La única acción que había emprendido para tomar el control de mi vida la había malogrado mear en un vaso. Mi propio cuerpo me había traicionado. Ni siquiera sabía lo que era la albumina.

El reclutador regresó a su pequeño despacho en Morehead a preparar el papeleo final para los afortunados. Yo caminé más de seis kilómetros antes de que alguien me acercara hasta el desvío de mi colina natal. Subí despacio los cuatrocientos metros de pista forestal. Llevaba doce años subiendo y bajando la colina a pie. Sabía cómo daban las luces y las sombras, dónde se formaban

baches, la inclinación de cada paso. Había caminado por la pista totalmente a oscuras, sin luna ni estrellas, al alba, con niebla y relente, con lluvia y con nieve. En una curva plana, el único lugar por el que cabían dos coches, me puse a tirar piedras al arroyo. La certeza absoluta sobre mi futuro había sido destruida. Me pregunté cuántas piedras harían falta para rellenar el arroyo. Ahora me sobraba el tiempo: atrapado para siempre en Haldeman, podía construir una presa, piedra a piedra.

Mucho después de que llegara la noche, me senté en el camino y clareé el espacio a mi alrededor hasta que quedé hecho polvo. Me fui a casa y di la noticia a mis padres. Su reacción fue la misma que cuando anuncié mi intención de alistarme. Asintieron y no dijeron nada. En mi habitación, me deshice de mi libreta de anécdotas. Reordené los objetos de mi estantería: una jarra de centavos antiguos, una caja con plumas, cientos de cómics y piedras de la suerte. Mi breve roce con el mundo adulto del servicio militar había logrado que mis colecciones parecieran una estupidez, las acumulaciones de un niño. Me tumbé en la cama, incapaz de hablar, tenso y furioso.

Varios meses después me matriculé en la Universidad Estatal de Morehead, la única en las colinas.

Ahora ya sé que la albúmina es un tipo de proteína esencial para el desarrollo muscular y la salud del plasma. Su aparición en mi orina fue una chiripa insólita, inexplicable, que nunca volvió a darse. En 1976, el Ejército estaba atestado de tropas e intentaba rebajarlas, de ahí el endurecimiento de los requisitos. A menudo me he preguntado cómo se habría desarrollado mi vida de haber conseguido alistarme. Cada vez que conozco a algún veterano, siento una punzada de envidia. Ahora tengo claros cuáles son los beneficios: una estructura que proveía de camaradería, comida, ropa, alojamiento y entrenamiento. Cabía la posibilidad de haberme convertido en un sólido ejemplo a seguir, tal vez en un hombre de honor e integridad. Podría haber odiado la vida militar o no haber hecho uso nunca de la GI Bill. O quizás hoy estaría codeándome con los burócratas de Washington. O quizás, como el resto de chicos con los que me alisté, me habrían licenciado enseguida y habría regresado a casa con una mayor consciencia de la derrota personal.

CAPÍTULO VEINTE

Mamá había pasado toda su vida en dos condados de Kentucky. Quería mudarse a un sitio nuevo. Nunca había vivido sola. Tres meses después de la muerte de papá, los de la mudanza llevaron sus pertenencias a su casa nueva en Misisipi, a varias manzanas de Oxford Square. Mamá no tardó en comprarse una cama nueva y en colgar sus cuadros favoritos. Nunca la había visto tan feliz. Podía dormir hasta la hora que quisiera, desayunar sándwiches de rosbif y leer en la cama. Las únicas normas eran las suyas. Se sacó el pasaporte. Al año siguiente se fue de viaje a Alemania, a España, a Londres, a París, a Praga, a California, a Texas y a Virginia.

Mi casa queda a unos once kilómetros, en el campo. Después de treinta y cinco años, nuestras situaciones se habían revertido: mamá vivía en el pueblo y yo había regresado al entorno rural. La veía al menos una vez a la semana, normalmente para comer o en algún evento literario local. En lo social, mamá era una aventurera, le gustaba reírse y tomarse sus cócteles a las seis en punto. Tal como decían sus vecinas jóvenes: «La señora Jodie mola». Ansiábamos pasar tiempo juntos. Nuestras charlas eran muy abiertas y sinceras. Ahora que papá había muerto, mamá ya no vivía en el condado de Rowan y se sentía cómoda discutiendo sobre pornografía.

A veces me preocupaba que pudiera molestarle que estuviese escribiendo un libro sobre papá y mi infancia. Diez años antes, papá me había llamado con órdenes expresas de no escribir sobre mi niñez ni sobre su carrera como pornógrafo; se había enterado por una revista del proyecto en el que andaba trabajando. Le expliqué que el porno ya no tenía las mismas connotaciones negativas que había tenido en su día. No me creyó, así que apelé a su vanidad y le propuse entrevistar a John Cleve para el libro. La voz de papá adoptó un tono ligeramente afligido.

—No funcionaría —dijo—. Las ropas del viejo John ya no me sientan bien. Se ha ido, hijo.

Se ha ido.

Una semana más tarde mamá me hizo una rara visita y me pidió que abandonase el libro que había empezado. Sorprendido e irritado, puntualicé que, dado que ella y papá habían producido porno en masa sin consultar con sus hijos, yo debería disponer de la misma libertad literaria como adulto. Mamá dijo que ellos habían puesto mucho cuidado en mantener separadas ambas vidas: el exceso salvaje de los fans y la vida más serena en Haldeman.

—No se solapaban —dijo.

—Sí que se solapaban —dije yo—. Tus hijos. Nosotros fuimos lo que se solapaba.

Ella asintió y luego me dijo cuál era su objeción. No creía que mucha gente de Morehead fuese a leer mi libro, pero se enterarían por el periódico de Lexington e ingenuamente confundirían pornografía con obscenidades o con libros guarros. Eso me sorprendió, y le pregunté qué era el porno sino obscenidades y libros guarros.

—Guías sexuales —dijo—. Para las parejas.

—La mayoría de la gente no vería la diferencia —dije yo.

—Tu padre sí la veía.

No dije nada porque aquel lenguaje me sonaba más al de papá que al suyo. Al final me contó el verdadero motivo: tenía miedo de que las mujeres del grupo de Weight Watchers^[20] al que iba se enteraran de lo del porno y le pidieran que dejara las reuniones. Había perdido casi siete kilos y se sentía bien con ella misma. Yo no dije nada. Intentaba comprender la situación de mamá. No se trataba de su peso, sino del miedo al rechazo social. Había vivido la mayor parte de su vida con un hombre difícil. Mamá se parecía al recluso de confianza de

una prisión, no se podía marchar, pero obtenía privilegios por los servicios y por su buen comportamiento. Sus hijos sí pudieron escapar, pero ella no. Por respeto a mi madre, aparqué el proyecto.

Hace poco, mientras comíamos en Misisipi, ella mencionó que papá le había regalado a su madre una copia de *¡Mongol!*, su duodécimo libro. Expresé mi sorpresa, ya que era una novela de John Cleve. Mamá me explicó que papá usaba fichas y gomas elásticas para cegar los capítulos sexuales y evitar que su madre los leyera. Asentí, acordándome de la vez en que papá me contó que los taparrabos que llevaban en los pueblos primitivos protegían los genitales y al mismo tiempo llamaban la atención sobre ellos. Tabicar el porno era un modo de remarcarlo.

Papá solía decir que *¡Mongol!* era el mejor libro de John Cleve. Yo no lo había leído, nunca me envió una copia, pero recordaba lo emocionado que

estaba con la investigación. Tenía nueve años cuando me explicó que la invención del estribo revolucionó la guerra, al permitir que los hombres combatieran a caballo de manera más eficiente. Mi padre se puso de pie con las piernas muy abiertas, como si fuese a caballo, dando brincos de puntillas para mostrar cómo los arqueros montados usaban las rodillas como amortiguadores contra las sacudidas de sus monturas. Los hombres de Genghis Khan detestaban bajarse de sus sillas de montar. Si alguno de los caballos estaba exhausto a causa de un trayecto duro, el soldado le cortaba una vena del cuello, se bebía la sangre hasta que el caballo flaqueaba y después cambiaba ágilmente a otro corcel a medio galope. Bajo el entusiasmado tutelaje de papá, consideré a Genghis Khan como un héroe romántico y mítico, parejo al rey Arturo y a Robín Hood. Años después me sorprendió saber que alrededor de dieciséis millones de seres humanos portaban ADN de Genghis Khan debido a su costumbre de violar a mujeres.

Después de aquella conversación con mamá, fui a casa y localicé una copia de *¡Mongol!* en una de las muchas cajas de cartón. Publicada por Brandon House en 1970, en la cubierta verde oliva había un dibujo de un sátiro dando brincos debajo del título, en grandes letras blancas y con un diseño cuasiasiático.

John Cleve

¡MONGOL!

Admiraba el énfasis en el nombre del autor, como si John Cleve fuese un ente famoso y el público lector esperara ansioso su próximo ofrecimiento. Con doscientas cuarenta y seis páginas, *¡Mongol!* era bastante larga para ser un libro pornográfico de bolsillo, que por entonces tenían unas ciento setenta páginas de media. El narrador retrospectivo es Chepi Noyan, hijo de un modesto herrero que con Genghis Khan asciende al rango de general. El libro comienza con una apelación directa, lo cual genera cercanía, una sensación de confianza, a medida que Chepi atrae al lector hacia sus propias percepciones.

La historia que tengo que contarte no trata de amor ni de paz ni tranquilidad. No era tal mi destino, pues nada de aquello hubo en vida de mi señor Genghis.

Como mucho, *¡Mongol!* es el relato de las aventuras de un joven. Chepi es un guerrero lacónico, un hombre que actúa con rapidez, y el libro apenas tiene diálogos. Prolongadas escenas de batalla describen las brillantes tácticas para arrojar flechas entre las líneas de la caballería. Las comunicaciones se llevan a cabo mediante banderas de colores y toques de cuerno. Tras la batalla llega la gloria, siempre sexual.

El capítulo más largo describe un matrimonio pactado que se inicia con un duelo a espada simulado entre Chepi y el padre de la novia, seguido de la «huida» de ella. Al encontrarse con su feroz resistencia, Chepi se da cuenta de que lo que ella quiere es llevar a cabo el ritual completo a la antigua usanza. Quiere ser violada. Esto es muy representativo de la obra de mi padre —una mujer que busca que la fuercen a tener sexo—, pero en *¡Mongol!* papá se apoya en un precedente cultural para escribir una escena de violación de dos páginas que incluye provechosos consejos sobre cómo desflorar a una virgen.

El lenguaje sexual en el inglés de Estados Unidos está relegado o a la terminología médica o a las guarradas. Es una especie de dialecto que todo el mundo conoce. Hoy está estereotipado, pero en 1970 mi padre estaba a la vanguardia de la creación de un idioma

destinado a convertirse en un cliché cómico. Todo sustantivo y todo verbo recibía de regalo un modificador. Un pene era siempre una vara ansiosa, un miembro túrgido, una barra palpitante o una lanza dolorida. Una vagina era una vaina hospitalaria, una grieta hinchada, un canal húmedo. Los verbos variaban con el género. Las acciones masculinas eran variaciones de empujar, embestir, hincar o empalar, mientras las mujeres tendían a retorcerse, a gemir, a estremecerse, a temblar y a sacudirse.

Papá me decía a menudo que era el mejor en su campo, el más prolífico, el operario con más clase, el mejor pagado. He sabido desde entonces que había otras personas que escribían más, y que algunas eran mejores. Puede que su auténtico legado sea la rareza de los títulos con exclamaciones, lo que representa más del diez por ciento de su producción: muchísimo más que cualquier otro pornógrafo. *¡Mongol!* fue el primero, seguido de:

¡Peggy pide!

¡Tómame!

¡Liberación varonil!

¡Metida en cintura!

¡Te la estás buscando!

¡Te la estás ganando!

¡Mi amado hermano!

¡Orgía a 8!

¡Complácenos!

¡Revuelta en Jonuta!

Inicialmente lo consideré un tópico habitual del *marketing* ; sin embargo, aquellos libros provenían en su mayoría de editoriales distintas. Era preciso hacer un muestreo al azar, y para tal propósito me serví de la colección

personal de papá de seiscientas novelas porno. Ni una sola presentaba signos de exclamación.

Releí *¡Mongol!*, saltándome las escenas de sexo para centrarme en la historia. Lo que emergió fue una narración detallada y dramática de una conquista militar, relatada por un hombre solitario. Chepi suele sentarse a solas en su tienda, a beber licor y rumiar el pasado. Está en guerra perpetua con el mundo y vive una soledad autoimpuesta. Sus únicas fuentes de bienestar son el alcohol, la crueldad y el sexo, como si predijera la vida futura de mi padre.

Chepi no puede dejar embarazada a ninguna mujer, lo que le supone una fuente de angustia personal. Se lamenta repetidamente de tener «vacío el carcaj». Sin sexo, el libro se convierte en un retrato trágico de un guerrero desolado por la ausencia de lo que más desea —un hijo que cabalgue tras él, que lleve su nombre—, en un sentido muy real, que haga lo que hice yo con mi propia obra.

Mi segunda lectura de *¡Mongol!* aceleró el deterioro de sus quebradizas y amarillentas páginas. La cubierta se separó del pegamento seco del lomo y en la portada descubrí la siguiente dedicatoria:

Para Helen Offutt, fan perenne.

[firma] John, 9/1970

Atónito, rastree mentalmente la procedencia del libro: aquella era la misma copia que papá le había regalado a su madre. La había recuperado tras su muerte y la conservó hasta que murió, tras lo cual pasó a mis manos. Como el ADN de Genghis Khan, la novela de papá había pasado de una generación a otra. Traté de imaginarme a mi abuela sentada en su porche con un vaso de té dulce y leyendo *¡Mongol!* Puede que hiciera caso de las advertencias y se mantuviera enclaustrada tras la barricada de fichas que bloqueaban las escenas de sexo. Pero lo dudo. ¿Cómo no iba a verse, ella o cualquiera, tentada a echar una miradita?

Ese mismo día hice una visita a mamá y le pregunté por qué papá le había enviado a su madre una copia de *¡Mongol!* Mamá supuso que le había hablado de su investigación.

—Igual que tú hablas conmigo —dijo— para el libro sobre tu padre.

Le dije que me preocupaba que pudiera no gustarle lo que estaba escribiendo, que en cierto modo ella quería a papá, que estaba enamorada de él, pero que mi relación con él era

distinta. Me interesaba como escritor y como padre, no como marido. Me preguntó si quería que lo leyera. Yo negué con la cabeza y eso pareció

decepcionarla. Me di cuenta de que no había hecho sino ofrecerse a hacer lo que siempre había hecho por papá: leer el material antes de su publicación. Mamá quería resultar útil.

—¿Sabes? —dije yo—, papá era el personaje más interesante que jamás he conocido.

—Sí que lo era. Un cúmulo de contradicciones.

—¿Crees que se sentía solo?

—Es curioso que lo menciones —dijo—. Una vez le pregunté lo mismo. Se puso muy serio. Ya sabes eso que hacía con los ojos y con la voz. Y dijo: «Ya no». Fue casi el piropero más amable que me echó nunca.

Nos miramos en silencio; nuestras conversaciones incluían con frecuencia periodos de reflexión privada seguidos de bromas y risas. Mi madre y yo teníamos el mismo sentido del humor. Es muy buena compañera para cualquier situación, flexible y adaptable, siempre alegre.

Se oyó el rodar de un coche. Ladró un perro. Estaba cansado. Me levanté para marcharme, y mi madre también se levantó. Se acercó a la estantería en la que guardaba varias de las novelas de papá, mis libros, la poesía de mi esposa y los libros de texto que habían escrito mi tía y mi hermano. Mi madre cogió el primer libro que publiqué y luego lo devolvió a su sitio.

—No —dijo—, ese era para tu padre y para mí. —Encontró otra copia de *Kentucky seco*—. Esta es mía. Me la regalaste cuando daba clases en la cárcel. ¿Te acuerdas?

—No, no me acuerdo.

—Y tú te preocupas por mi memoria —dijo—. Puede que la tuya no sea tan buena como piensas.

—Puede que no.

Abrió el libro por la guarda y leyó en silencio.

—Cada vez que lo miro —dijo— me hace sonreír.

Me enseñó la dedicatoria.

Para mamá,

no hay nadie a quien me guste ver más.

[firmado] Chris Offutt, 11/ 1993

Le dije que era verdad. La abracé y me despedí. Se despidió con la mano desde el umbral mientras yo salía marcha atrás a la calle. Conduje hasta casa pensando en dos libros distintos, en dos madres distintas y en dos hijos distintos. Regalarle a mamá una copia de *Kentucky seco* fue un intento de buscar aprobación. También quería que leyera sobre el mundo en el que me había criado, un ambiente que ella no comprendía, más severo de lo que se

creía. Puede que mi padre tuviera un impulso similar. Quería que su madre supiera que había criado a un hijo que escribía libros guarros.

CAPÍTULO VEINTIUNO

A pesar de los problemas crónicos con mi padre, yo me desvivía por su atención. La única actividad que la obtenía era escribir, algo que empecé a hacer a los siete años; acabé completando cuarenta relatos cortos antes de marcharme de casa una década más tarde. Entregué todos los manuscritos a papá, y él me los devolvió con correcciones. Eran sobre todo lecciones de gramática, pero a menudo incorporaba a sus comentarios anotaciones sobre la estructura y la caracterización. Muy de vez en cuando encontraba frases de elogio, que me tenían entusiasmado durante días. Transformaba esas felicitaciones en una prueba de que mi padre me quería tanto como yo a él.

En 1985 se vio sometido a una enorme presión por parte de su editorial para que produjese más títulos de su serie *Vías espaciales*, una mezcla de pornografía y ciencia ficción. Pese a su habilidad para escribir deprisa, papá se retrasaba en las entregas de un libro al mes. Su solución fue buscarse colaboradores que escribieran novelas para publicarlas con el pseudónimo de papá, John Cleve. Les pagaba unos miles de dólares, editaba sus manuscritos y se quedaba con todos los derechos. Me envió una carta preguntándome si quería escribir una. Yo no había asistido aún a los cursos de escritura de Iowa, y su ofrecimiento me agradó, puesto que implicaba el reconocimiento de mis aptitudes como escritor. Pasé mucho tiempo redactando una respuesta, porque tenía miedo de decirle la verdad: me negaba en redondo a empezar mi carrera como negro literario del porno de mi padre.

Desde la perspectiva de papá, se estaba ofreciendo a ayudar a su hijo, un escritor en ciernes al que le vendría bien el dinero. Él y mamá habían expresado su preocupación por el oficio que había escogido: tenía veinticinco años y era lavaplatos en Salem, Massachusetts, trabajaba quince horas a la semana a cambio del salario mínimo y toda la comida que fuese capaz de comerme como complemento. No tenía ni teléfono ni coche, iba en bicicleta hiciera el tiempo que hiciera y vivía en un piso extremadamente barato. En el tabique de mi habitación, justo encima de mi máquina de escribir, clavé un espejo. A su alrededor había fotos de escritores cuya obra admiraba. Mi única

esperanza de unirme al grupo era plantarme delante de mi máquina de escribir. Si no escribía, el espejo quedaba vacío. Era un poderoso aliciente para ponerme a trabajar.

Mis compañeros de piso eran un artista visual y un físico. Éramos buenos amigos y nos llevábamos bien. El físico perdía quince horas a la semana en ir y venir del trabajo —la misma cantidad de tiempo que empleaba yo en trabajar—, pero a final de mes siempre se quedaba sin dinero. Yo le prestaba algo de efectivo con mucho gusto. Eramos unos veinteañeros con tendencia a gastar bromas y a las guerras de comida ocasionales típicas de borrachos. A veces nos poníamos de los nervios unos a otros.

Escribí a papá y le mencioné esa dinámica muy de pasada. El grueso de la carta era una amable negativa a su ofrecimiento de que escribiera con su pseudónimo. Con toda la diplomacia que fui capaz de acopiar, le expliqué que estaba trabajando en mi propio libro y que quería concentrarme en acabarlo. Papá respondió enseguida con una carta que no hacía mención a la serie *Vías espaciales*, sino que se centraba en mis deficiencias como persona con la que compartir alojamiento.

Al parecer, me corresponde a mí, después de todos estos años, decirte esto. Me bastan dos palabras, Chris: «Das bandazos».

Puede que «te abalanzas» se acerque más. Es un rasgo tanto físico como mental, más conocido como esa respuesta a un golpecito en la rodilla; un reflejo, para abreviar. No me apetecería ni tratar de leer contigo en la misma habitación; qué demonios, ni vivir contigo en la misma casa, sin un rincón insonorizado.

Toco cariñosamente a mi gata y veo cómo su mente se mueve por reflejo: «Tacto/amor/caricia/calor/tripa/comida» y se abalanza deprisa a por su cuenco de comida. Simplona y desconsiderada («estoy siendo amable contigo, estúpida; ¡¿qué te hace pensar que quiero inspeccionarte ese ano medio alopécico que tienes?!»).

Estás en el piso de arriba y quieres ir al de abajo. Te pones en marcha, pero te demoras porque algo te llama la atención. Lo inspeccionas/escrutas. ¡Ay! Ojalá estuviese abajo, piensas de sopetón. Das bandazos, te abalanzas, corres. Tus zapatos son martillos airados que atacan a un enemigo a cada paso. Interrumpes a todos los demás en la casa: pero eso ni te preocupa ni reparas en ello. Tengo-que-ir-abajo.

Comida. El pensamiento te asalta. Das bandazos, te abalanzas hacia la nevera con una escandalera considerable. Abres la puerta de un tirón. Y allá que abalanzas una mano para revolverlo todo. Un sonido vocal. Otro. Ah. Lo

sacas de un tirón. Lo estampas contra la mesa. Eso que has sacado de un tirón y has estampado contra la mesa tiene tapa. Con un sonido vocal la abres a la fuerza, la tiras. A bandazos, a pisotones, con las piernas agitándose hasta formar una inignorable, palpable brisa y con un bandazo difuminado, visible solo con el rabillo del ojo, te diriges al [fogón/fregadero/encimera/mesa].

De sopetón, «decides» (lo hace el reflejo) cantar o silbar. A todo volumen.

Simplón y desconsiderado.

Situación:

dos o tres personas están hablando en una habitación (variante 1)

hay una persona en una habitación (variante 2) leyendo/escuchando música/las noticias/una voz/un sonido

(subvariante 2)

o

considerando un relato/una idea/una reflexión/un cuadro/una buena o mala/idea

(sub-variante 3)

y

Entras en la habitación, muy rápido, hablando. Simplón, desconsiderado y dando bandazos. De pensamiento en pensamiento; de sueño en sueño; de plan en «plan»; de quietud a movimiento a quietud. (Quietud, por lo general, entre una y tres partes del cuerpo en movimiento, copando la visión periférica, irritantemente, de quien haya alrededor).

Es que, tío, distraes todo el rato, tío. Resulta imposible estar cerca (junto; en el mismo estadio que) tú y no estar pendiente de ti. No cabe hablar de neuras; de nada sirve usar el ya sobado adjetivo volátil; se trata de la imposibilidad de estar solo y de tener un espacio privado, ni siquiera para la vista.

Mañana le entregaré esto a tu madre; si considera que me he pasado, aun así te la mandaré.

No me he podido resistir: jamás he conocido a nadie que me importara y no haya intentado cambiarlo.

[firmado]

en persona

La carta me dejó varios días devastado. Preguntándome si algo de eso sería cierto, les enseñé las páginas a mis compañeros de piso. Tenían problemas con sus propios padres, pero nada de aquella magnitud, y el

contenido les impactó. Uno me sugirió quemar la carta en la playa. El otro me aseguró que nada de aquello tenía validez. La única queja que tenía respecto a mí era que pasaba demasiado tiempo en mi habitación, escribiendo. Me trataron con una solidaridad sin ambages, pero la pena había arraigado en mí. Me sentía desvalido, me despreciaba por ser tan vulnerable ante papá diez años después de haberme marchado de casa.

Por entonces tenía la costumbre de conservar todo lo que recibía de mi padre, así que metí la carta en un archivador y lo guardé. Ahora, al releer esas páginas, veo que estaban motivadas por mi negativa a escribir un libro para sus *Vías espaciales*. Declinar su oferta implicaba un rechazo personal. Al encarar esa valoración imaginaria, atacó.

A lo largo de los años seguí intentando conectar con mi padre, pero aquella carta se interponía entre nosotros, y jamás la comentamos. Mamá hacía de intermediaria, diciéndome que tanta tensión fastidiaba a papá. Yo sabía que con mamá ninguna conversación era privada, que él esperaba un informe detallado de cualquier comunicación. Mi reacción fue dolorosa tanto para mamá como para mí: dejé de hablar con ella de cualquier cosa significativa. Nunca le enseñé la carta ni me enfrenté a papá por aquello. Hacerlo no habría sino prolongado esas complicaciones, que en la familia se conocían como «el problema».

Cuando mis hermanos llamaban a casa, papá se quejaba de mí, y eso los ponía en una situación incómoda. Desempeñaban las funciones que él les exigía, las de oír sus quejas sobre mí en lugar de interesarse por sus vidas. Hacía el papel de sufrida víctima de eso que llamaba mi «rebelión profesional». Papá me culpaba de nuestra distancia y durante años intentó poner a mis hermanos de su parte.

Después de su muerte, nuestra relación se estrechó. Por primera vez en cuarenta y tres años, nos reunimos en Misisipi llenos de entusiasmo para celebrar la comida de Acción de Gracias.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

En Oxford, mamá se desmayó un par de veces y empezó a llevar un monitor cardíaco. La llamaba más a menudo y sentía una punzada de ansiedad si no contestaba. En una ocasión llamé dos veces en una hora y saltó el contestador. Iba en coche hacia su casa cuando me devolvió la llamada y se disculpó.

—Estaba al teléfono —dijo—. Estaba haciendo un pedido a Victoria's Secret.

—Vale, mamá.

—¿Qué opinas de eso?

—Eh..., sin comentarios.

Se rio.

—Me tengo que ir —dijo—. Estoy viendo a los Reds. Están empatados en la novena entrada.

—¿Te apetece que vaya a verlos contigo?

—Sí —dijo—. No. Ya ha acabado. Esa rata bastarda ha conectado un *hit*. Adiós.

Regresé a casa y una vez más me puse a revisar el trabajo de mi padre. En la época en que lo archivaba todo minuciosamente, no sabía que un hijo suyo lo iba a registrar en busca de pistas e información. El ADN esencial de mi padre yacía desplegado en las páginas que tenía ante mí. Este proyecto no me ha acercado más a él. Como mucho, es un recordatorio constante de que no importa quién crea que soy: siempre seré el hijo de mi padre. No sé si soy escritor gracias o pese a él. Si mi vida la ha motivado la rebelión contra mi padre, ¿qué he ganado con la libertad de su muerte? ¿Un recién hallado sentido de la vida? No. ¿La alegría intrínseca de las pequeñas cosas? No.

No echo de menos a mi padre, pero sin el forcejeo con sus grilletes el mundo es aterrador e inmenso. He perdido una especie de propósito, una razón para demostrar quién soy.

En un artículo que escribió para el *Trumpet*, un *fanzine* de ciencia ficción de principios de los sesenta, mi padre presentaba sus credenciales como el columnista idóneo: había leído toda la obra de Havelock Ellis, Sigmund Freud

y el Marqués de Sade. En una posterior carta al director, alguien criticaba el alardeo de papá e insinuaba que era un mentiroso. Localicé los libros en cuestión. Abarcaban más de treinta y cinco centímetros de estantería, libros altos con centenares de páginas muy finas. Papá los tenía profusamente anotados, con comentarios de respuesta como una forma de *midrash*^[21]. Discutía con Freud pero no con Ellis. Los libros de Sade contenían menos comentarios pero más partes marcadas con paréntesis y signos de exclamación. Los fragmentos que validaban la dominación sexual estaban marcados sistemáticamente. Aunque puede que las hubiese iniciado como una búsqueda sincera de conocimiento, sus notas al margen indicaban que había terminado buscando una confirmación de sus propias ideas, como un zelote con un texto sagrado. Mi padre iba en busca de una prueba formal de que su fascismo sexual era lo normal y de que el resto de personas estaban equivocadas.

El sentido de la crueldad y del juicio de papá procedía de una anticuada forma de catolicismo. Se había construido una cruz de porno y se había mantenido firmemente clavado a ella, padeciendo sus propias obsesiones. Había trocado el cielo y el infierno por la reencarnación, pero el abismo de su oprobio era católico romano puro. El sexo era inmundo. La expiación era necesaria. La huida de escribir porno era un alivio de la culpa que le causaba escribir porno, una especie de cinta de Moebius que, interminable, se autoperpetuaba.

Crecer en una casa en la que la sexualidad bullía bajo su superficie — libros, panfletos,

arte en las paredes y los comentarios habituales de papá— me inculcó las ansias de ser un mujeriego. En el instituto nunca tuve novia y durante la universidad solo tuve una. Mi experiencia con el gordo me volvió pasivo, reacio a intentar seducir a las mujeres. No quería poner a ninguna en una situación similar: de incertidumbre y de miedo, de incapacidad para detener el proceso, de total desconexión emocional. Si una mujer me gustaba, lo cual era raro, pues me aburría con la mayoría de las personas, pasaba con ella el tiempo necesario hasta que fuera ella la que al final hiciera el primer movimiento.

Muchos años después, en Salem, Massachusetts, mi compañero de piso intentó enseñarme cómo ligar con mujeres en los bares, una acción que nunca llegué a dominar de manera adecuada. Parecía ser un complicado y falso guirigay, como si los involucrados fuesen buscando un compañero sexual a la vez que intentaban fingir lo contrario. Mi compañero de piso me ofreció

muchos consejos, pero mi incapacidad para leer las señales básicas lo dejaba pasmado. Nunca sabía si una mujer me encontraba atractivo, y me limitaba a asumir que no era el caso.

A la manera de Cyrano, mi compañero de piso trató de asistirme. En una taberna local llamada Ni de Coña, una mujer me preguntó a qué me dedicaba. Una pregunta directa, común en una conversación banal, pero yo no tenía ni idea de qué contestar. La verdad era que no hacía más que leer libros, montar en bici e intentar escribir. En ese momento ni siquiera estaba seguro de a qué se refería: ¿a qué se dedica la gente? A contar las horas hasta que se muere.

Ella seguía a la espera de una respuesta. Mi compañero de piso rompió el silencio.

—Es escritor —dijo.

—Oh —dijo ella—. ¿Y sobre qué escribe?

—Sobre su picha.

Ella me lanzó una mirada severa.

—Eso suena a pornografía —dijo.

—No —dijo mi compañero de piso—. Si escribiera sobre pichas ajenas, sería porno. Pero, al ser la suya, es arte.

Los dos entablaron una animada conversación y más tarde se fueron juntos, y eso fue lo más cerca que estuve nunca de ligar con una mujer en un bar. A fin de aclarar los detalles de la anécdota de Salem, he tenido que recurrir a mis diarios, que se remontan cuarenta y cinco años atrás. Los tenía en un armario, en una pila que iba del suelo al techo, en cajas de cartón que contenían cuanto había escrito desde segundo de primaria. Las cajas con el trabajo de mi padre bloqueaban la puerta del armario. Mis archivos estaban cuidadosamente cerrados con cinta y etiquetados, pero el diario que buscaba no estaba en su sitio. Lo encontré en una caja sin etiquetar que contenía un relato corto del que me había olvidado. Mi archivo literario no estaba tan organizado como pensaba: igual que el de papá.

Cuando muera, mis hijos revolverán esas cajas, tal vez buscando pistas para hacerse una idea de quién era su padre. Hallarán varios cientos de diarios con entradas escritas a ritmo frenético y relatos de atribulada aflicción y queja. No importaba lo atrás que mirara en mi propia vida: aquellos apresurados garabatos tocaban los mismos temas: me sentía mal, no me gustaba lo que escribía, me odiaba a mí mismo.

Resolví quemar los diarios. Luego decidí no hacerlo. Me había criado en el campo, me había pasado media vida huyendo de él y ahora quería vivir en cualquier otra parte. Entre los diecinueve y los cincuenta y tres años, viajé sin

descanso; he vivido y trabajado en Nueva York, Boston, París, Florida, Iowa, Georgia, Tennessee, Arizona, Nuevo México, Montana, Kentucky, California y Misisipi. En mi tiempo libre he visitado otros lugares. He dormido en todos los estados salvo en Dakota del Norte y en Delaware, a los que todavía tengo esperanzas de ir.

Lo que empezó como un deseo de ver la otra ladera de la colina más cercana a casa se había transformado en viajar como forma de vida. Si las cosas no funcionaban, pues pasaba página. Sabía cómo llegar a una ciudad nueva, encontrar trabajo, buscar una habitación barata y amueblarla con trastos de la calle. Me gustaba vivir sin historia, sin recriminaciones. Mi hermano me preguntó una vez de qué huía. Le dije que no huía de nada, sino que huía hacia algo, pero que no sabía hacia qué. Él asintió.

—Siempre le tendrás miedo, ya sabes —dijo.

No creí a mi hermano; tampoco quería: era incapaz de enfrentarme a esa idea. Me armé de valor para vivir a mi manera: haciendo autostop por todo el país, rechazando trabajos a jornada completa. No tenía miedo a nada salvo a las serpientes, y había matado una y la había despellejado y había colgado su quebradiza piel de un clavo para poder verla cada día

a fin de superar mi fobia. Pero mi hermano siempre tuvo razón. Yo no lo supe hasta que mi miedo acabó al morir mi padre.

Empezó a preocuparme que el examen de los pormenores de su trabajo estuviese convirtiéndome en él. Escribía diez horas al día. Por la noche leía. Evitaba salir de casa. Las cosas más nimias me cabreaban, gritaba a objetos inanimados. Si aquello era cierto —la incesante evolución hasta convertirme en papá—, entonces mis hijos correrían el mismo destino y se convertirían en mí, una noción absurda que destruye la lógica de mi premisa. Por tanto, yo no soy mi padre. Soy un hombre de mediana edad que contempla su propia mortalidad con las lentes de la muerte de un progenitor.

Salí fuera y observé cómo dos gorriones peleaban en mi polvoriento camino de grava. Desde uno de los últimos postes del cercado, un halcón los vigilaba. El aire se cargó de repente y un chaparrón acribilló la tierra. Los pájaros salieron volando y el halcón se fue. Paró de llover. Me dirigí al bosque de detrás de mi casa. Caminé como medio kilómetro hasta una alambrada de espino que había sido reparada varias veces.

Atravesar una alambrada de espino es fácil. Igual que nadar o montar en bici, cuando aprendes nunca se olvida. Me agaché, empujé el alambre inferior hacia abajo con una mano, pasé una pierna e introduje el cuerpo con cuidado por el hueco. Dos veces noté que las púas me raspaban la camisa, pero

avanzaba lo suficientemente despacio como para detenerme, bajar la rodilla medio centímetro y pasar sin problemas.

Crucé todo un algodonal en barbecho hasta el borde de Berry Branch, un arroyo muy antiguo con una ladera de unos tres metros que baja casi a plomo. El agua discurría lenta por el lecho arenoso. El *kudzu* había matado a varios de los árboles más bajos. Un arce enorme yacía en el arroyo, con las raíces socavadas. Me dirigí al oeste, hacia un conjunto de hondonadas más pequeñas en las que ya antes había encontrado plumas y huesos.

Una figura que no encajaba atrajo mi visión periférica. Dejé de avanzar, con miedo a que fuese una serpiente, y vi una tortuga del ancho de mi mano. Había estado subiendo la ladera antes de mi llegada. Ahora se había detenido y se camuflaba como si fuese una piedra, con la cabeza asomándole del caparazón gris y las patas traseras extendidas sobre la ligera pendiente. De niño había atrapado cientos de tortugas: las llevaba a casa y las metía en una caja de cartón con hierba y agua hasta que me di cuenta de que no había mascota más aburrida. Les pintaba el dorso del caparazón con esmalte de uñas y después las soltaba con la esperanza de volver a encontrármelas.

Me pregunté si aquella tortuga en particular había sido antes humana. Me acuclillé a pocos metros y le pregunté dónde había estado y adonde iba. La alerté contra las serpientes de agua y los coyotes. Le hablé de mi padre. Veinte minutos después tenía la rodilla acalambrada y la tortuga no había contestado. Se quedó inmóvil durante toda la conversación. Me despedí y me dirigí a casa, alegre por un momento.

Atravesé el campo y pasé por la alambrada sin un rasguño. Por la mano me subía una garrapata, con su inconfundible punto amarillo^[22] en el envés. La partí en dos con la uña del pulgar. En casa me quité las botas embarradas y bebí un poco de agua. Me pregunté durante un instante qué pensarían mis vecinos de haberse topado conmigo mientras conversaba con una tortuga. Probablemente me habrían mirado en silencio y luego se habrían escabullido. Todos a lo largo del camino se enterarían, pero les daría igual. En Misisipi la excentricidad personal importaba tan poco como en Kentucky. Había encontrado un hogar, igual que papá en las colinas.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Durante treinta años mi padre se anticipó a su inminente muerte —¡*en cualquier momento!*

— y propuso a los miembros de la familia que nos reserváramos los objetos de la casa pegando nuestros nombres en ellos con cinta adhesiva. Ninguno de nosotros lo hizo. A mí aquello me parecía macabro y codicioso, como si competir con mis hermanos por unas alfombras deshilachadas pudiese acelerar su deceso.

En 1998 me trasladé a Kentucky una última vez, lleno de optimismo y esperanza. Me compré una casa en lo alto de una colina, con un amplio balcón con vistas a varias hectáreas de tierra y a un estanque, la casa más bonita que he tenido nunca. Antes de eso, mi mujer y mis hijos habían vivido en una serie de cuchitriles baratos que yo alquilaba por teléfono y a los que nos mudábamos con nuestras pertenencias de segunda mano cada vez más baqueteadas. Aunque por entonces no lo sabía, mi matrimonio estaba profundamente afectado por el estilo de vida itinerante de un escritor siempre invitado en varias universidades. Nos mudamos de estado siete veces en cuatro años, y en todas conservamos las cajas. A medida que la aventura perdía lustre, lo perdía también el brillo de nuestra dicha marital.

Se suponía que aquella era la última mudanza: de vuelta a Kentucky a los cuarenta años con un puesto fijo en mi *alma mater*, la Universidad Estatal de Morehead. Necesitábamos muebles, así que decidí aceptar la generosidad de mi padre.

Siempre decía que podía coger lo que quisiera. Como resultado, yo nunca había pedido nada. Esa iba a ser la primera vez.

La visita a la casa de mis padres siempre estaba cargada de tensión desde el inicio. ¿Cuándo era la mejor hora? ¿Cuánta atención necesitaba papá? Ni demasiado temprano ni demasiado tarde: nunca era la hora idónea. Si iba con mis hijos, los hacía esperar en el coche mientras entraba en casa y escondía las armas. A papá eso no le gustaba. Daba a entender que tenía que enseñar a mis hijos que las armas no se tocan.

—Son niños pequeños —dije—. Podrían chocar por accidente con la escopeta que hay junto a la puerta.

—¡En mi casa no se corre!

—No digo que vayan a correr, pero ya sabes cómo juegan los niños. — Pueden jugar fuera.

—Puede que mamá quiera que entren a comer.

Papá se alejó sin decir nada; sabía que con nombrar a mi madre me había anotado la escaramuza inicial, pero iba a mostrarse resentido durante toda la visita.

Luego venía el numerito de servir el *bourbon*. Era mejor que el vaso lo eligiera papá, porque cualquiera que eligiera yo se estimaba inadecuado: demasiado viejo, demasiado nuevo, reservado para las ocasiones especiales o el que fuera su favorito de toda la vida y que ahora había jubilado. Preparar las bebidas brindaba a mi padre la oportunidad de hablar sin parar, a la vez que sentaba su dominio sobre la cocina, pero ante todo sobre mí.

Provistos de *whisky*, pasábamos al salón, y allí lo escuchaba criticar a los políticos, a mis hermanos y los programas de la tele. Me bebía mi copa de un trago, algo sobre lo que papá solía comentar: *de tal palo, tal astilla, hijo*, y al más mínimo respiro en su monólogo yo corría a la cocina, me echaba al coleteo un trago de licor, me llenaba el vaso de *bourbon* y volvía al salón. Papá retomaba la charla en el punto exacto en el que la había dejado, con frecuencia en mitad de una frase, una habilidad que yo encontraba impresionante.

Años antes, mamá había cambiado el mobiliario del comedor y se había deshecho de las viejas sillas de respaldo rígido con asiento de mimbre. Me había criado con cinco sillas para

la mesa en vez de con seis, porque papá usaba una en su despacho. Mis padres habían cerrado el porche lateral para usarlo de trastero y, colgada de un gancho en la pared, estaba la sexta silla, polvorienta y ribeteada de telarañas. Papá sacó el inevitable tema de si me gustaba algo de la casa. Le insinué que la silla, creyendo que no habría conflicto, pues saltaba a la vista que no se usaba.

—Qué silla —dijo.

—La de ahí fuera, en la pared.

—No. Esa se tiene que quedar.

—¿Mamá la quiere?

—¡No, la quiero yo! Esa silla era de John Cleve. Se jubiló y también se jubiló su silla. El viejo John ya no está. Esa silla se merece un descanso.

Al morir papá, limpié el trastero, pero dejé la silla en la pared. Mamá la mencionó, pero yo le recordé que había pertenecido a John Cleve y ella cambió de tema. Mis hermanas hablaron de quemarla. Barajé la idea de hacer una pira formal, pero la chimenea de fuera se había desplomado hacía mucho y en el salón había una estufa de leña que no se había usado en años y que contenía el cuerpo momificado de once pájaros. A mi hermano le sorprendió que quisiera conservar la silla, pero no me atrevía a tirarla. Era menos una cuestión de lealtad hacia mi padre que hacia la propia silla y, de manera curiosa, hacia la literatura. La silla se merecía algo mejor que una hoguera. Había prestado servicio. Dos meses después me la llevé a Misisipi.

Hice espacio en el cuarto en el que escribo para el escritorio de papá, contra la pared de detrás de mi propio escritorio, uno de contrachapado sobre caballetes. El mío contrastaba claramente con el suyo. Un par de cajoneras profundas flanqueaban el hueco para las piernas y un amplio cajón lapicero abarcaba toda la parte superior. Engrasé los carriles de metal, enceré los rieles de madera y abrí la superficie hasta dejarla reluciente. Metí la silla de John Cleve en el hueco para las piernas. Las patas delanteras estaban arañadas y astilladas, pero la silla estaba intacta, los clavos firmes y el pegamento íntegro. Su escritorio se convirtió en un contenedor para papeles que poco a poco fue llenándose de polvo, como si fuese incapaz de librarse de un viejo hábito. Nunca me senté en la silla. Nadie lo había hecho salvo papá, hasta que la colgó de la pared.

Cuando llegó el momento de organizar un archivador con las primeras obras de papá, era reacio a invadir también la mesa del salón. La luz era mala y trabajar allí interrumpía las comidas. Mi escritorio era pequeño y el tablero estaba atestado de notas y de papeles. El escritorio de mi padre era la mejor opción. Me quedé un buen rato mirando la silla de John Cleve, imaginándome a mi padre encorvado sobre el tablero del escritorio, trabajando frenético.

Salí a fumarme un cigarrillo. Saqué la basura. Me lavé la cara y me peiné. Cogí la silla de mi padre y la reajusté. Anduve de un lado a otro detrás de ella igual que un perro. Me comí un trozo de chocolate. Me planteé fumarme otro cigarrillo. Luego lo hice. Pensé en todas las cosas que había hecho que supuestamente eran de valientes:

Enfrentarme con un hombre con una pistola cargada.

Subir a numerosos coches con desconocidos haciendo autostop.

Acampar solo en el bosque.

Matar una serpiente venenosa con un palo.

Mudarme a ciudades en las que no tenía amigos.

Dormir en un cementerio por la noche.
Subir a un tren en marcha.
Defenderme con los puños.
Explorar una casa supuestamente encantada.
Convencer a unos tipos de que no me atracaran.
Arrancar una sierra mecánica.
Vivir en un país extranjero.
Salir a rastras de arenas movedizas hasta la cintura.
Hacer rapel cabeza abajo por un barranco.

Me terminé el cigarrillo, entré y escribí la lista anterior. No eran actos de valentía genuina, sino fruto de la estupidez y la desesperación. Tuve suerte de no acabar mutilado o asesinado. No había hecho nada en la vida que se acercara a la valentía que había demostrado mi padre al abandonar una carrera profesional de éxito para escribir libros. Era

un adulto con miedo a un escritorio. La vergüenza de la cobardía me obligó a acercarme a la silla. Me senté. No sucedió nada del otro mundo. No era más que una silla vieja, ni siquiera era cómoda.

Me puse a leer *Marcus Severus en la antigua Roma*, un cómic en blanco y negro que papá había escrito a los diecisiete años. Para evitar ser capturado, Marcus se convierte en el primer hombre en cruzar el canal de la Mancha a nado. Escapa a las fuerzas opositoras y se dirige a Roma, acompañado de una «amorosa concubina» disfrazada de hombre. El libro se detiene, incompleto, coincidiendo con su segundo año en la universidad. El mismo en que su padre murió de un ataque al corazón.

En 1949 papá empezó otro cómic, *El patrullero espacial Cade*, y trabajó nueve años en él. El argumento engancha rápidamente. Richard Louise Cade, oficial de la Gran Armada de la República Galáctica, emprende la misión de rescatar a la hija del presidente. Presagiando tiempos más contemporáneos, la gente habla por «viserófonos» y envía «telegramas galácticos» instantáneos con ordenadores de sobremesa.

Una extraña cualidad onírica impregna el crudo diseño. La perspectiva y la escala están desequilibradas. Las figuras existen con independencia del espacio que habitan. Los decorados están vagamente representados con patrones repetidos de sombreado a rayas y líneas verticales muy comprimidas. Los personajes cambian de ropa con frecuencia. Una feroz mujer guerrera va por ahí vestida de chico, mientras que Cade lleva blusas holgadas y faldas por la mitad del muslo porque su «ropa está en la tintorería».

Papá terminó el último episodio de *Cade* unos meses después de que yo naciera. En la última página, Cade se mira a un espejo, viviendo su único momento introspectivo en 230 páginas.

Se ve a sí mismo diez años atrás, ingresando en la Academia Espacial al inicio de su carrera, esperando estar muerto o casado o asentado..., ¿y dónde estoy yo? Ni muerto ni asentado. O puede que esté muerto...

Resulta tentador no cargar esas palabras de un significado retrospectivo: ¿está insinuando mi padre que el matrimonio o la paternidad hace que se sienta muerto? En inglés, *cade* remite a un animal abandonado por su madre y criado por humanos, una especie de expósito salvaje. Quizás el comentario literal de Cade «puede que esté muerto» se refiera al modo en que papá se sintió siempre. Por otro lado, puede que no se trate más que de un cómic hecho por un joven de veinticuatro años a altas horas de la noche después de trabajar todo el día mientras bebe Schlitz, fuma cigarrillos y su reciente esposa calma al bebé. Interpretaciones aparte, papá nunca retomó *Cade*. En sus notas, escribió que lo dejaba porque aquello estaba virando hacia lo vergonzoso.

A menudo, papá me decía que la primera obra de un escritor era la mejor, porque ponía en ella toda su vida. Todo lo que escribiera después contenía a lo sumo la acumulación de varios años. Con eso en mente, me senté a leer «Implosión demográfica», el relato corto de 1967 que lo hizo descollar en el terreno de la ciencia ficción. En sus páginas se reflejaba la personalidad de mi padre tal como la recordaba de mi niñez: enérgico, divertido, afectado, serio y original. Al llegar al final, me eché a llorar. Cada vez que mis sollozos disminuían, la emoción los forzaba a salir de nuevo. Por fin me sosegué, respirando con esfuerzo, agotado y lúcido. Durante meses había estado conteniendo la pena y ahora me sentía aliviado. Entendí que lloraba a mi padre, pero no su muerte. Mis lágrimas se debían al talento que tuvo de joven, al gran escritor en que podría haberse convertido.

Mi padre produjo sus mejores obras entre 1966 y 1972, antes de que el ritmo al que escribía empezara a afectar a la calidad. En cierto modo, él sabía que esto era verdad. Además de *¡Mongol!*, otras dos de sus primeras novelas recibieron críticas positivas, ambas escritas a finales de los años sesenta. En sus notas escribió: «*Cautivas en el castillo de Sade* es la única que, presumo, se convertirá en un clásico, será reimprimida el siglo que viene y al otro, sobre o bajo el mostrador, dependiendo de la política y del humor de la época». El libro tiene muchas alusiones literarias, algo extremadamente raro

en el porno: hay referencias a Stendhal, a Freud y a Sade. El protagonista enseña a sus seguidores a tratar a sus prisioneras sexuales:

Recordad esto: es el capricho y la falta de emoción lo que las vence. Cuando uno les demuestra emoción, de cualquier clase, sienten un estallido de realización y orgullo.

Papá me regaló su otra novela favorita cuando yo tenía veintipocos; me dijo que *Contusión* era lo que él entendía por mirada intelectual al sadomaso. La novela está ambientada en la casa de mi familia en el bosque y cuenta con un protagonista que piensa y habla igual que mi padre. *Contusión* es una descripción realista de dos parejas que secuestran a cinco jóvenes y los torturan sexualmente hasta matarlos. El ritmo es lento y reflexivo, lo que le otorga una profundidad psicológica ausente en el resto de sus novelas. El final supone un desvío igualmente significativo que nunca se volvió a ver en su obra: arrepentimiento por haber asesinado a personas inocentes.

Las novelas inéditas de papá superan las veinticinco, más de lo que la mayoría de autores pueden decir que han producido en vida. A finales de los años sesenta mi padre escribió su mejor libro, la nunca publicada *Autobiografía de un asesino sexual*. Es la única novela de papá que incluye el punto de vista de un niño: los primeros años del narrador a medida que se convierte en un asesino sexual en serie. El protagonista es listo, educado y capaz de integrarse en la sociedad. Planifica y apresa a las autoestopistas vulnerables. La satisfacción sexual está ligada al homicidio y la mutilación *post mortem*. Con frecuencia vuelve a vestir a sus víctimas al acabar. Hoy día estos son tópicos habituales en el cine y la televisión, pero en la época en que escribía papá el FBI ni siquiera había puesto en marcha su Unidad de Análisis de Conducta. El término *asesino en serie* todavía no se había acuñado. La imaginación de mi padre se adentró en todo eso: privaciones y obsesiones infantiles, seguidas de los primeros derramamientos de sangre, un crimen fortuito; después, una planificación, un acecho y un asesinato ritual más cuidadosos.

En los papeles de papá había una nota que decía: «No me lo compren porque es desagradable e intenta Decir Algo». Ese «algo» era su creencia en que el régimen penal era demasiado indulgente y en que los criminales se estaban volviendo más listos. Creo que los editores lo rechazaron porque no cumplía el cometido esencial del porno fetichista: excitar el deseo del lector lo suficiente como para masturbarse. Está demasiado bien escrito y las escenas de sexo son demasiado brutales, así de sencillo.

Otro manuscrito inédito es el primer relato de mi padre, la única de sus obras con intención de ser literaria. Tiene dos portadas diferentes. Una dice «La otra cara de la historia», de Andy Offutt. La segunda, que usó en el manuscrito final, es «Véngame, nena», de Morris Kenniston. Papá tenía veinte años cuando lo escribió, justo antes de licenciarse en la Universidad de Louisville.

Durante los últimos quince años, he enseñado escritura creativa en numerosas universidades y he dado clase en institutos y conferencias. Si me hubiese topado con un relato como aquel en alguna de mis clases, lo habría considerado uno de los trabajos más prometedores. Tras su prosa opera una inteligencia notable. El tema del relato de papá es una ruptura de pareja, pero el hombre es incapaz de dar la relación por terminada. No quiere hacerle daño a su novia. En lugar de eso, se reprende mentalmente a sí mismo por cobarde y dejarse atrapar por la expectación social. Papá experimenta con el estilo, omitiendo todas y cada una de las comas y usando mayúsculas para señalar los pensamientos del protagonista. La voz tiene reminiscencias de escritores contemporáneos de la época, una mezcla de Salinger y Hemingway.

Uno de los puntos fuertes es su manejo del tiempo. Todo el relato tiene lugar en aproximadamente quince segundos, durante los cuales ambos personajes pronuncian siete frases cortas en un diálogo. El resto del relato consiste en los pensamientos del hombre. En ese breve instante, se crea un mundo entero, surge el conflicto en el interior de un bien definido protagonista y se evoca por completo la época de mitad de siglo.

Si fuese el profesor que conversa con el veinteañero que lo ha escrito, le mostraría todo mi apoyo. Le aseguraría que era un buen escritor, que estaba claro que se había pasado una desmedida cantidad de tiempo leyendo y escribiendo. Sigue experimentando, le diría, pero céntrate en la estructura y en los personajes en lugar de en la puntuación. Eres un buen escritor, le diría, y podrías llegar a ser un gran escritor. No despilfarres tu talento. No permitas que se te escurra.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Mi padre tenía la necesidad compulsiva de expresar cualquier opinión que tuviera. Todas eran dictámenes y la mayoría, negativos. Una vez lo vi hacerse daño en los dedos al abrir una lata de fruta en la cocina. Furioso, lanzó por los aires el abridor asegurando que el fabricante lo había hecho así a propósito para atacarlo personalmente. *¡Al diseñador habría que fusilarlo!* Yo asentí obediente.

Inveterado escritor de cartas, mandaba varias de queja semanales. Para los asuntos serios, usaba papel de calco y guardaba las cartas en hojas de papel cebolla. Entre las más tempranas hay una a la revista *Newsweek*, con fecha de 8 de julio de 1964, una semana después del nacimiento de mi hermana pequeña. La carta era su respuesta a un artículo reciente de monseñor Kelly de Nueva York, que había denunciado el uso generalizado de las pastillas anticonceptivas. Papá abre su carta refiriéndose a sí mismo como un católico fértil con tres hijos no buscados, lo que demostraba la ineficacia del método del calendario. Cita la afirmación de monseñor de que «Dios creó los órganos sexuales para la reproducción de la raza humana». Papá responde:

De lo cual se sigue que no usar los órganos sexuales para la reproducción de la raza humana es un pecado del hombre. De lo cual se sigue, por tanto, que Mons. Kelly es culpable de un pecado enorme y deliberado: no usar los suyos.

Prosigue vituperando a los editores de la *Newsweek* por sacar un artículo tendencioso. Como era de esperar, esos mismos editores se abstuvieron de publicar la carta, algo que irritó a papá durante años.

Las cartas posteriores iban dirigidas a banqueros, abogados, directivos, líderes religiosos, dos presidentes, tres gobernadores, varios senadores, a periódicos, a revistas, a emisoras de radio, hospitales, cadenas de televisión, al director general de los Servicios Postales de Estados Unidos, al director del instituto local y a las autoridades universitarias. La mayoría de las cartas se perdieron. Papá guardaba las réplicas, y en ellas figuran las reacciones de los ciudadanos que él ponía en su punto de mira. El jefe de una clínica se

deshacía en disculpas por haberlo hecho esperar una hora para ver a un médico. Una empresa de patatas fritas le envió una caja de productos después de que papá se quejara de la proporción de aire y patatas de la bolsa. El presidente Reagan le daba las gracias por apoyar la invasión de Granada. Un locutor radiofónico de la Little League de béisbol local modificó su repertorio de términos descriptivos basándose en una lista que le facilitó papá. El personal de gobernadores y senadores respondía. Una carta al presidente Lyndon Johnson en la que se quejaba de la Agencia Tributaria recibió réplicas por parte del fiscal general de Estados Unidos, del director estatal de la Agencia Tributaria y de la Oficina Regional de Ashland.

La simple cantidad de respuestas me recordaba a un perro que ladra a los coches que pasan. Los coches siguen circulando, confirmándole al perro que, en efecto, ha ahuyentado al vehículo, una recompensa que le lleva a ladrar al siguiente coche. Los adiestradores enseñan a los perros a abandonar este hábito mediante la técnica de tirar de la correa en seco, pero mi padre estuvo toda la vida suelto. Su único ronzal era el límite de su furia.

A medida que leía su correspondencia, vi que cierto patrón empezaba a repetirse. Abría con intimidaciones y luego seguía proclamando sus titulaciones, en ocasiones inventadas,

siempre infladas. He aquí el párrafo inicial de una carta a un editor, fechada en 1982, respecto a la propuesta de cambiarle el título a una novela.

Sin habernos conocido, parece que nos hemos hecho una idea equivocada el uno del otro. No soy ningún principiante, ningún culi ni ningún trozo de masa pegado a su rodillo de cocina. Soy un ser relativamente humano con varios títulos universitarios, más de treinta novelas y hasta cierta clase. Nadie me había tratado de una forma tan cruel desde 1971.

También encontré más de cincuenta cartas a correctores. Papá creía que criticarlos de antemano le permitía salirse con la suya. Lo que sigue son extractos de cartas breves a correctores:

Con el transcurso de muchísimos años he llegado a pensar de mí mismo que soy un profesional. Estoy licenciado en Filología Inglesa, Psicología y Lingüística. Llevo treinta años sin cometer ninguna falta de ortografía (salvo las intencionadas). Tampoco cometo errores de puntuación.

Sospecho que la batalla que mantenía con los correctores era un ciclo que se perpetuaba a sí mismo. Papá los insultaba y ellos desobedecían sus órdenes, lo que renovaba su ira. Confeccionó una carta modelo para los correctores que incluía en cada manuscrito, con instrucciones para que se leyera, se obedeciera y se destruyera.

A veces encontraba una copia de una carta que papá había mandado para solicitar trabajo, en este caso a un editor de libelos fetichistas:

Adjunto el tercer borrador de un manuscrito muy inusual. Soy escritor y sé moverme por los terrenos de la erótica, el sadismo y el masoquismo, si es que se pueden separar.

Mi principal queja al recibir libros suyos es mi duda de por qué diantres las historias no cuadran con las fotos. Así que lo he arreglado. No es solo que parezca que las fotos se han sacado expresamente para acompañar a la historia, sino que está mejor escrita que las tuyas.

Esto soy capaz de hacerlo con cualquier conjunto de fotos aceptable, en un plazo de una semana o en menos. ¿Con qué antelación trabaja?

La sola idea me fascina.

¿Condiciones?

No existen cartas posteriores ni copias de esos libelos que escribió. Es posible que su estrategia zozobrara junto con la alusión a que era mejor escritor que los que ya figuraban en la nómina del editor.

De las casi veinte mil cartas que examiné, muchas eran las réplicas de papá al correo de los fans. Todas las cartas abrían con el saludo «offutt a, _____ paz», una pose que tomó prestada de la contracultura. Papá no era hippie, y está claro que jamás buscó la paz. Él estaba en guerra consigo mismo. El campo de batalla era aquel a quien tuviese a mano, y los fans eran los más vulnerables. Lo que sigue es una línea de apertura típica de sus réplicas al correo de los fans.

Me da igual lo que no haría el resto; mis normas me prohíben contestarle a alguien lo suficientemente arrogante como para no enviarme un sello franqueado para que le responda. Es obvio que tengo más empatía que seso, así que esto va de regalo.

Una carta muy larga la remitía un fan de setenta y cinco años que había ayudado a su esposa a suicidarse antes que prologar su sufrimiento por un cáncer terminal. En su carta

alababa el porno de papá y le preguntaba cómo podía conseguir más libros de John Cleve. Una postdata señalaba un error gramatical en una de las novelas de papá. Papá respondió así:

Sí, desde luego que es de quisquillosos incluir PD en una por lo demás agradable carta requiriéndole tiempo y dinero/esfuerzo a un escritor —o a cualquier otro ser humano, sin duda— con la referencia a un lapsus en la pág. 24, en la cual aparece «menos» en lugar de «menor».

De quisquillosos y de tontos, ya que está concebida para perder amigos e intimidar a la gente. Sin embargo, todo lo demás resulta fascinante, incluyendo la atrocidad de su agonizante esposa.

Un único archivador contenía centenares de cartas en las que le pedían perdón por transgresiones menores como haber escrito mal su nombre. Otras eran de personas que buscaban aclarar el burdo insulto por el cual habían tenido que padecer una reprimenda pública. En muchas le preguntaban si estaba enfadado por alguna interacción reciente. En varias se disculpaban por el error de haberle llamado Andy en lugar de Andrew. Papá se explicaba en una de sus réplicas.

Estoy un poco chapado a la antigua. En parte, es el motivo por el cual le llamo a usted por su nombre completo; yo no cojo y llamo a nadie por su nombre de pila, y desde luego detesto que lo hagan conmigo. Por otro lado, detesto lo de «señor».

Esta carta sigue siendo mi favorita, porque ejemplifica la relación conflictiva de mi padre consigo mismo. La cuestión fundamental es la identidad, y la mente de papá se adentra en una habitación sin salida. Llamarlo con el diminutivo es una acción demasiado íntima para un desconocido; al mismo tiempo, utilizar Andrew, más formal, no está lo bastante chapado a la antigua. Pero señor Offutt no es de su agrado. Técnicamente no quedan más nombres, lo que me hace pensar si no sería John Cleve quien escribía en nombre de papá y no al revés.

Después de leer varios miles de cartas, hice una visita a mi madre. Le conté lo que había encontrado y le dije que me daba la sensación de que papá era un cascarrabias. Me miró con gesto afable.

—¿No lo sabías? —dijo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El éxito comercial de las novelas pornográficas estadounidenses tocó techo durante los años setenta, coincidiendo con el periodo más prolífico y más activo de mi padre. Solo en 1972 publicó dieciocho novelas. Papá escribió porno de piratas, porno de fantasmas, porno de ciencia ficción, porno de vampiros, porno histórico, porno de viajes en el tiempo, porno de espías, porno de intriga, porno de zombis y porno de la Atlántida. Una novela del Oeste inédita abre con sexo en un granero, con la participación de un pistolero llamado Sosegado Smith, sin lugar a dudas el mejor nombre de un personaje creado por papá. A finales de aquella década, papá afirmaba que había incrementado la calidad de la pornografía estadounidense sin ayuda de nadie. Según sus papeles personales, creía que en el futuro los estudiosos se referirían a él como el «rey de la pornografía escrita del siglo XX».

Muchos de los primeros editores utilizaban un «nombre de la casa», un pseudónimo que varios escritores compartían. Con ello, se ocultaba la identidad del escritor, algo que estos preferían, y al mismo tiempo permitía al editor generar la ilusión de una autoría única. Eso supuso un intento temprano de crear marca, con éxito demostrado en otros géneros.

La primera novela que publicó anterior a la ciencia ficción fue *Las chicas del bondage*, publicada por Greenleaf con el nombre de Alan Marshall en 1968. Le pagaron seiscientos dólares. El argumento se basaba en una idea ingeniosa: alguien asesina a una modelo para una sesión de fotos *bondage* y la hermana investiga el crimen mientras posa como modelo, lo que da pie a descripciones blandas de mujeres atadas. Tal como papá recuerda en una carta:

Ese libro era Diferente: osaba hacer mención al clítoris y a que algunas mujeres no se retuercen del orgasmo con que cualquier tipo las embuche y las taladre, y tenía un poco de argumento.

El nombre de John Cleve apareció por primera vez en *Esclava del Sudán*, publicada por Brandon House en 1968, una imitación de la pornografía victoriana ejecutada con tal precisión que el editor sospechó que mi padre la

había plagiado. A papá aquello le pareció un halago. Publicó otras cuatro novelas con Brandon House hasta que echó el cierre.

Papá se cambió a Orpheus Books, que le pagaba mil trescientos dólares por libro, y utilizaba tres pseudónimos para ocultar su prolificidad. Dos años más tarde, se pasó a Midwood a cambio de más dinero. Se inventó otro pseudónimo, John Denis, inspirado en sus jugadores preferidos de los Reds, John Bench y Denis Menke. Con Midwood publicó catorce libros. Después de discutir con un editor por un cambio de título, regresó a Orpheus. El nuevo editor no tardó en enfadarse con papá y dejó de comprar sus obras. Desesperado por tener ingresos, mi padre se inventó otro pseudónimo, Opal Andrews, que se especializó en «incesto liviano», y le vendió ocho libros a Surrey House.

Como sentía curiosidad por los vaivenes del mercado, papá leyó una decena de los últimos libros de Orpheus y concluyó que eran versiones atemperadas de su propio trabajo en las que escritores inferiores le habían copiado descaradamente el estilo. Para él, la prueba estaba clara: se habían puesto a hablar del clítoris. Papá pensaba que el responsable de que el conocimiento de su existencia se hubiese extendido en el porno era él, pero no conseguía colocarle ningún libro a Orpheus. Furioso, ideó un plan para demostrarle al editor que se estaba equivocando.

Con el objetivo de hacerse con una tipografía distinta, compró un cilindro de caracteres

nuevo para su máquina Selectric. Cambió sus márgenes habituales, usó un papel más barato y enseguida escribió dos libros como Jeff Morehead. Le pidió a un amigo de otra parte del condado que enviara los manuscritos a Orpheus. El editor compró los dos. Papá llamó al editor, le dijo que Jeff Morehead era él y le propuso volver a hacer negocios juntos. El editor estuvo de acuerdo y papá permaneció en Orpheus durante toda la década de los setenta.

En el transcurso de su carrera, utilizó un total de diecisiete pseudónimos:

John Cleve

Turk Winter

Jeff Morehead

Jay Andrews

Opal Andrews

Drew Fowler

J. X. Williams

Jack Cory

Jeremy Crebb
John Denis
Alan Marshall
Jeff Woodson
Joe Brown
Jeff Douglas
Roscoe Hamlin
Camille Colben
Anónimo

Dos son nombres Femeninos y seis son variaciones del suyo. Tres comparten las iniciales J. C., al igual que Julio César y Jesucristo. Papá nunca terminó de aclarar cómo se inventó el nombre de John Cleve. Apareció por primera vez como nombre de un personaje en 1967, en el manuscrito de *Miembro del clan Andor*. En público, papá afirmaba que John Cleve era una variación de John Cleland, autor de *Fanny Hill*, la primera novela pornográfica que se imprimió en Inglaterra, en 1748.

En 1973 Grove Press publicó su novela *El palacio de Venus* bajo el sello Zebra. Papá les envió una nueva novela, *Vendetta*, ambientada durante el mandato del papa Inocencio III, a quien mi padre describió como «el monstruo al que más han llamado con otro nombre en la historia». El equipo editorial no quiso publicarla y *Vendetta* nunca fue a imprenta, según papá porque «es una clase de historia, y Clase ya no queda». No obstante, la fuerza del manuscrito trajo consigo una llamada de Nueva York. Barney Rosset, editor de Grove, quería una serie de pornografía histórica sobre un único personaje durante las Cruzadas. Al principio papá se mostró reacio, y escribió una carta:

No sé si esto es o podría ser para mí o no. Las series me dan problemas.

Como que me aburro y me apetece volver a crear.

Me cuesta mucho escribir como si estuviese accionando la palanca de una fotocopidora. Yo soy un artista, tanto si esos libros seriados son «arte» como si no.

Tampoco estaba seguro de si debía reunirse con Rosset en Nueva York, ciudad a la que llamaba la Babilonia del Hudson. Grove se ofreció a correr con todos los gastos y papá realizó el viaje. Regresó a Kentucky con un adelanto en metálico, un contrato para un libro por escribir y mayor autonomía de la que jamás había disfrutado por parte de un editor. Papá llevaba quince años comprando libros de Grove y admiraba el coraje de Rosset en su batalla contra el Gobierno de Estados Unidos bajo acusaciones

de obscenidad... que acabó ganando. En lo financiero, los setenta fueron años difíciles para Grove, que a duras penas pudo escapar de la bancarrota. El cuarto libro de la serie *Cruzadas* se vendió bien y, por primera vez en su carrera, papá cobró derechos.

En aquella época la pornografía seguía siendo un negocio tabú. Los libros se vendían en cuartos oscuros de los cines para adultos, en estanterías escondidas de los quioscos y en las librerías de adultos de las ciudades. La gente de las zonas menos pobladas los compraba

por correo. A los pocos años de publicarse *Cruzadas*, Grove atravesó dificultades económicas aún mayores, y la serie corría el riesgo de acabar descatalogada. Grove quería subir un dólar el precio de los libros de papá y le pidió que se rebajara a la mitad su porcentaje de derechos. Si mi padre no aceptaba, Grove no podría permitirse encargar otra reimpresión. Papá se cabreó y se negó, así que dejó que sus libros se descatalogaran por un total de ciento treinta dólares anuales, la única decisión profesional de la que admitió arrepentirse.

En los años ochenta, la carrera de John Cleve llegó a su culmen con una serie de diecinueve libros para Playboy Press, la primera incursión de la revista en la publicación de libros. *Vías espaciales* le permitió mezclar el porno con los clásicos folletines espaciales, una reminiscencia de las revistas *pulp* de la década de los años treinta, su estilo favorito de ciencia ficción. Las variantes de papá en su época incluían alienígenas que poseían genitales de ambos géneros. Las naves espaciales admitían a la especie en su tripulación, ya que no cargaban con la restricción sexual de los humanos y podían prestar servicios a hombres y mujeres por igual. La serie de *Vías espaciales* terminó en 1985, coincidiendo con el uso generalizado de los vídeos. Los hombres ya no necesitaban «libros de zurdos» para estimularse cuando podían ver cintas de vídeo en sus casas. La época dorada de la pornografía escrita se había acabado.

Ese mismo año papá envió a Grove Press *El hijo de D'Artagnan*, pero el ritmo al que escribía había terminado por pasarle factura. La prosa se había vuelto chapucera, la caracterización se había achicado y no había historia.

La carta de rechazo de Grove decía:

Al parecer, el problema es que su mayor sofisticación la elimina del mercado habitual, a la vez que su contenido patente quizás podría ser un inconveniente para el público literario. Puede que una forma de expresarlo sea que cae entre dos sillas.

En los treinta años que llevo escribiendo, me han rechazado alrededor de seiscientos veces: por correo, por teléfono, por correo electrónico, hasta por mensaje de texto. Todas duelen. La tendencia es culpar siempre al editor, luego a uno mismo y, por último, examinar el lenguaje de la carta de rechazo en busca de algún significado oculto. La nota que recibió mi padre resiste el escrutinio. *Caer entre dos sillas* no es ningún concepto literario convencional ni una metáfora discernible. Una interpretación rigurosa es que una silla es sofisticada y la otra es pornográfica, pero me quedan dudas sobre qué hay entre ambas. Lo más probable es que el editor estuviese buscando un tono diplomático, insinuando que el libro era demasiado literario para ser porno y que contenía demasiado sexo para ser literatura.

La novela empieza con un marqués de Francia que recuerda la muerte de su primera esposa mientras observa en secreto a la actual, a la que la doncella da placer con su «lengua prácticamente prensil». A la esposa del marqués se la describe teniendo

- *hectáreas de pelo negro, una vulva volcánica y pechos grandes y amelonados que le temblaban y le resbalaban por todo el torso; su vientre entero era una masa de piel enloquecedoramente licuada. Zalamero, el sudor lo tornasolaba.*

La doncella sale de la habitación y se encuentra con el marqués, que de inmediato se lía con ella durante varias páginas. Mientras tanto, la esposa del marqués se da cuenta de que tiene tiempo de sobra para enrollarse con el palafrenero. De camino, se detiene al pasar frente a la cocina, donde la camarera está subida a un reposapiés delante del cocinero alemán, cuyo dorso queda a la vista:

- *su estupendo y grande y ancho y afelpado y níveo trasero despunta por encima de sus recias y níveas piernas, con sus también enormes y níveos pechos por fuera de su corpiño.*

En literatura existen sólidos precedentes en la repetición de palabras, pero dudo que usar *níveo* tres veces en un único enunciado reporte una gratificación suficiente. Mientras leía el manuscrito, empecé a preguntarme sobre qué silla metafórica podría haber caído este para asegurarse la publicación. El rechazo turbó tanto a mi padre que nunca lo envió a ninguna otra parte.

John Cleve se jubiló en 198\$. Papá insistía en que él no lo había dejado, pero John Cleve sí. Más que una jubilación fue una retirada: se escabulló de

vuelta a las sombras, se desdibujó igual que un soldado viejo. Cleve había cumplido con su deber: la casa estaba pagada, los niños se habían ido y había algunos ahorros en la cuenta. Papá tenía cincuenta y dos años. Como John Cleve, había publicado ciento treinta novelas en dieciocho años.

Papá siguió escribiendo ficción corta con su nombre real y completó treinta y ocho relatos entre 1954 y 2004. Un periodo de esta duración resulta inusual: la mayoría de los escritores no se pasan cincuenta años ciñéndose a un solo formato. Basándose en la solidez de esas publicaciones y en su anterior cargo como presidente de la *Science Fiction Writers of America*, continuó asistiendo a convenciones, aunque se limitaban a los pequeños eventos regionales que no quedaran lejos en coche. Aparentemente era por razones prácticas — papá no podía montar en avión debido a unos misteriosos dolores en una pierna—, pero la verdad era mucho más íntima.

En 1972, Harían Ellison había pedido a mi padre que contribuyera con un relato corto en la influyente antología *Otra vez, peligrosas visiones*. Papá envió «A título oneroso», que trata sobre una chica que se cría en un hospital porque su familia no puede permitirse pagar la factura del parto. Ellison escribió una respetuosa introducción al relato en la que elogiaba no solo el trabajo, sino también la mente de mi padre, y menciona que él, Ellison, había participado en el mismo certamen universitario de 1954 que papá había ganado. Los dos hombres tenían mucho en común: eran de la misma edad, del Ohio y del Kentucky profundos, brillantes, tercos, elocuentes y hoscós.

En su propia introducción al relato, papá declaraba:

Me gusta escribir, pero me gusta más hablar, y hago ambas cosas porque lo necesito.

Muchos escritores con proyectos en marcha son bastante habladores —me incluyo— y están ansiosos por socializar tras una soledad prolongada. No obstante, mi padre es el único escritor que he conocido que antepone la importancia de hablar a escribir. Todo pensamiento era merecedor de ser expresado y, por lo tanto, digno de un público arrobado y respetuoso. Su familia se lo brindaba diligentemente, al igual que los fans de las pequeñas convenciones.

Su inclusión en la antología de Ellison acrecentó el perfil de mi padre, y le pidieron que hiciera de maestro de ceremonias en la Convención Mundial de Ciencia Ficción de 1974, el evento de mayor prestigio del género. Sus tareas incluían un discurso de apertura, la presentación de los invitados de honor y la presidencia de la ceremonia de los Premios Hugo. Veinte años después de su primera venta como profesional y cinco después de su primera convención,

había alcanzado una cresta significativa en su carrera. Preparó fichas que había agujereado para dar pie a un discurso improvisado y reducir las posibilidades de que este sonara manido; las llenó de pausas dramáticas, frases cómicas y declaraciones pomposas.

En el hotel se puso un traje informal de estreno, de tela vaquera, con parches falsos y perneras de campana. Llevaba una camisa blanca con un amplio cuello también blanco desparramado por fuera de la chaqueta. En el baño se recortó meticulosamente la barba. Comprobó un par de veces sus gemelos, la raya del pantalón y los calcetines. En compañía de mi madre, que llevaba un vestido deslumbrante, se dirigió al banquete. La Convención Mundial se celebraba en Washington, en el hotel Sheraton Park. Tenía el salón de baile más grande del mundo y había albergado una de las galas inaugurales de la presidencia de Kennedy. En 1974 la estructura se estaba desintegrando y en breve lo iban a demoler. La sala del banquete estaba a reventar, solo había sitio de pie, en el balcón. El aire acondicionado no funcionaba. El público tenía un calor deprimente y el personal del hotel era incapaz de rellenar las jarras de agua a un ritmo adecuado.

Después de la comida, papá dio comienzo a su discurso de apertura sobre Roger Zelazny, el invitado de honor. Al principio todo fue bien. Puede que el calor afectara a mi padre o a

su ansiedad, o que sucumbiera a la presión autodestructiva con la que a menudo batallaba. Podría haberse tratado tan solo de un ejemplo de mi padre en uso de la palabra —de mucha palabra— y entregándose finalmente a su amor por hablar. Sea cual fuese el motivo, su discurso de apertura empezó a divagar, a centrarse en sí mismo y a alargarse demasiado. Varios fans abandonaron la sala. Otros consideraron que la extensión de su discurso era un acto de descortesía para con Zelazny. La gente se puso picajosa a causa del calor y a hacer comentarios desagradables. El público se mostraba ya en notorio desacuerdo.

Cuando quedó claro que papá no avanzaba hacia ningún colofón, Harían Ellison decidió intervenir. Se levantó de su asiento y empezó a caminar despacio en dirección a la mesa principal. Papá lo ignoró y siguió hablando de sí mismo. Ellison llegó al podio, se acercó a mi padre y le susurró algo al oído. El público estalló en risas. Papá cortó en seco su discurso y Zelazny pronunció unas breves palabras.

Papá volvió a casa enfurecido con Ellison por haberlo interrumpido, la más vil de las transgresiones contra un hombre que anteponía hablar a cualquier otra tarea. Me dijo que Ellison le había ordenado que aligerara el

ritmo. Creía que Ellison estaba impaciente por conocer el fallo de los Premios Hugo, a los cuales estaba nominado. Papá siguió despotricando de Ellison por toda la casa. Se burló de su voz, de su estatura y de su ingente ego. *A Harían le gusta herir a las personas. Se lo tonta todo como algo personal. Lo ve todo como un ataque frontal.* Incluso de adolescente, me percataba de que era posible que papá estuviese hablando de sí mismo.

Según él, ambos escritores estaban enzarzados en una reyerta familiar que no terminaría hasta que uno de los dos muriera. Era imposible una reconciliación diplomática. Papá tenía una imagen de sí mismo enorme pero muy frágil, como construida con bambú y papel, como una cometa hecha de cajas de cartón. Una cuerda fina lo mantenía unido a la tierra y la más ligera de las brisas podía lanzarlo a la deriva. Su experiencia en la Convención Mundial de 1974 fue una ráfaga lo bastante fuerte como para no volver a asistir a ninguna otra. Durante los veinte años siguientes, papá asistió tan solo a convenciones regionales en las que los fans lo adoraban y estaban dispuestos a escuchar sin interrumpir. Al entrar en la sala, papá solía decir en voz lo suficientemente alta como para que todos lo oyeran: «¿Está Harían? ¿No? Bien. Entonces estoy entre amigos».

En 2002 Michael Chabon me pidió un relato para una edición especial de una antología titulada *La descomunal colección de relatos de intriga de McSweeney*. Chabon buscaba revitalizar la literatura contemporánea atrayendo la atención de los lectores hacia el género de relatos que tanto amaba. Acepté participar y escribí «La cubeta de Chuck», un relato de viajes en el tiempo inspirado en la teoría de cuerdas que explicaba la existencia de fantasmas a la vez que exploraba la posibilidad de realidades paralelas. En una de esas realidades alternativas relataba la enemistad de papá con Ellison.

Cuando salió la revista, me encontraba en Colorado, preparándome para presentar mi obra en una conferencia de escritores. Planifiqué mi discurso con esmero, y estaba en el hotel fijándome en mi aspecto en el espejo cuando sonó el teléfono de mi habitación. La llamada era de Harían Ellison. Acababa de leer el relato y quería que supiera que él no tenía nada contra mi padre. Estupefacto, le dije que papá se llevaba mal con un montón de personas, también conmigo, y que no hacía falta que endulzara las cosas. Ellison dijo que él nunca endulzaba nada, *pregunta a quien quieras*, pero insistió en que nunca había existido enemistad alguna. Me dijo que sentía el mayor de los respetos por mi padre, a quien consideraba un escritor excelente. Me pidió que fuese a visitarlo cuando anduviera por California y colgó.

Aquella conversación me impactó, y estuve un buen rato pensando en ella. Ellison había puesto algo de esfuerzo en dar conmigo en el hotel y en hacer la llamada. De joven había sido boxeador callejero, se lo conocía por ser grosero e irascible, litigante, provocador y de mecha corta. No se me ocurría ningún motivo por el cual mentiría respecto a su enemistad o a su sincera estima por mi padre. En resumen, lo creí. Eso significaba que ese conflicto que se había prolongado durante décadas era unilateral por parte de mi padre.

Me pregunté cuántos altercados más serían producto de la inmensa y enrabietada imaginación de papá. Me había criado oyendo historias de sus disputas, despidos de agentes, editores y colaboradores. Había discutido con todo el mundo: con su madre, con su hermana y conmigo. Quizás necesitaba enemigos tanto como necesitaba hablar.

En el momento de su muerte, papá había sobrevivido a escritores más viejos a los que admiraba, se había distanciado de sus contemporáneos y se negaba a hacer amigos entre los recién llegados. Todos sus libros estaban descatalogados. Las invitaciones a

convenciones menguaban y su salud se resentía. Papá me dijo que había dejado lo del fenómeno fan por vanidad. No quería ser recordado como un viejo enclenque. Tenía miedo de que los fans más jóvenes no lo conocieran tal como era, una perspectiva que le resultaba insoportable.

Mi hermano culpaba a las convenciones de la erosión de nuestra vida familiar. También culpaba a la devoción de nuestros padres por la obra de Any Rand. Su razonamiento tenía sentido, pero yo reconocía que nuestros padres necesitaban contrarrestar de algún modo la vida en Haldeman. La mayoría de los fans hacía uso de las convenciones como sustituto de la carencia de una familia, y mis padres hicieron lo mismo. Preferían una convención a las graduaciones de sus hijos en el instituto o en la universidad, o a la inclusión de mi hermana en la corte de bienvenida^[23]. Una vez papá regresó de una convención orgulloso de haber llorado en público, porque se sentía cómodo con su «familia». Creo que decirle eso a sus hijos fue un intento de decirnos que era capaz de llorar, pese a que nunca lo hiciera delante de nosotros. Pero lo que aquello dio a entender fue que los fans merecían su vulnerabilidad emocional más que nosotros.

Rara vez papá dejaba la casa sobre la que ostentaba el dominio absoluto. Cuando lo hacía iba a convenciones, un ambiente que saciaba su ego en todos los sentidos. Terminó por acostumbrarse a esos dos extremos y se mostraba resentido cuando su familia no lo trataba como lo trataban los fans. Lo decepcionábamos con nuestra necesidad de tener un padre.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Con John Cleve oficialmente jubilado, Turk Winter surgió como última personalidad de mi padre; con ese nombre publicó más de doscientos cincuenta títulos. Papá se refería a él como «un demonio perverso y degenerado que nació para un único libro; *repsiqueclado* en 1975». Antes de su último viaje a Nueva York, papá le había escrito una carta en la que declaraba su admiración a Eric Stanton, el artista del fetiche *underground* que había dibujado el cómic *Enganchado a lo depravado*. Papá pensaba que Stanton era deudor de la influencia artística de Steve Ditko, el misterioso genio que creó a Spiderman y al Doctor Strange. Stanton respondió con una llamada de agradecimiento. Impresionado por la sensibilidad visual de papá, le explicó que Ditko y él habían compartido estudio durante varios años. Estuvieron hablando una hora y Stanton invitó a papá a visitarlo durante su viaje de negocios a Manhattan.

De un nativo de Nueva York esperaba el peor de los desaires, de manera que a papá le chocó la hospitalidad de Stanton: una habitación privada surtida de *whisky* y porno. Aunque venían de ambientes radicalmente distintos —Stanton era originario de Brooklyn y había servido en la Marina—, los dos tenían mucho en común. Papá utilizaba pseudónimos y Stanton se había cambiado legalmente el nombre de Ernest Stanzoni. De niños, ambos habían copiado páginas de *Kaanga*, un cómic que incluía *bondage* suave. Adoraban *Peligros de Kyoka*, la serie matinal de los años cuarenta. Su primer encuentro fue similar al de un par de inmigrantes que dan con alguien del Viejo Mundo y que alivian la soledad hablando la misma lengua: corsés y tacones, cuerdas y correas, látigos y varas.

El arte de Stanton y la prosa de papá estaban sumamente influenciados por un tipo concreto de cómic llamado «serie *bondage* » que consistía en una narrativa de palabras y arte, y que se vendía por correo en páginas sueltas. Según los papeles de papá, en 1952 se topó en la contraportada de una revista masculina con un anuncio de *El terrible destino de la princesa Elaine*, obra de Gene Bilbrew. Papá compró la colección completa, la primera vez que se

exponía al arte *bondage*. Luego firmó un contrato con Bizarrras S. A. para crear su propia serie y se carteó con una editora que firmaba sus misivas como «Sado Mazie». Papá escribió y dibujó diez capítulos. Se los rechazaron por ser arte de aficionados, pero los textos eran lo bastante buenos como para que Sado Mazie le ofreciera intercambiar los guiones por artículos promocionales. Insultado, papá lo rechazó. Siete años después lo volvió a intentar y le envió el trabajo al editor Irving Klaw, que también lo rechazó.

A mi padre lo dejó atónito que Stanton conociera a Bilbrew y a Klaw en persona. A Stanton lo dejó igualmente maravillado el conocimiento enciclopédico que mi padre tenía del mundo del fetiche. Decidieron colaborar. No tenían ni acuerdo comercial ni contrato legal ni reparto formal de los beneficios ni del trabajo. Funcionaban según el pacto entre caballeros de la vieja escuela. En parte, era para evitar las denuncias, pero también era producto de su generación: decidieron confiar el uno en el otro, así de sencillo. Stanton pagó la imprenta y la distribución a cambio de quedarse con los derechos. Papá cobraba en porno gratis. Colaboraron durante veinticinco años: a ninguno de esos dos hombres le había durado tanto un socio.

En su colaboración se daba una suerte de juego, el de los adolescentes que se empeñan en portarse mal y se deleitan con las contribuciones del otro. Al no existir ni rencor ni competencia, la metodología era simple. Stanton enviaba a papá un fajo de dibujos fotocopiados de su cuaderno de bocetos. Tras reorganizar la sucesión de viñetas, papá insertaba los diálogos, los bocadillos y las ideas para recortar o alargar hasta las treinta y tres páginas habituales. Le reenviaba las páginas a Stanton, que llamaba por teléfono a

papá para discutirlo todo. Solían hablar unas dos veces por semana: ambos bebían y reían, se contaban anécdotas y planificaban sus futuros trabajos.

El concepto de *mujer guerrera* les atraía, y eso les condujo a la creación de su popular serie *Blunder Broad*^[24], una parodia de *Wonder Woman*. Esta se enfrenta a alienígenas y supervillanos como el Conde Bellaco, la Chica Chumino y el Doctor Raruno. En todas las historietas acaba capturada, con frecuencia enredada en su propio lazo. También crearon una serie sobre las «rabizonas», unas Amazonas con pene: en esencia, transexuales con pechos enormes que dominan a hombres y mujeres por igual. Papa usó el nombre de Turk Winter para todo aquel trabajo colaborativo.

Las pocas cartas que no tratan de trabajo tienen un tono jocoso y están repletas de chistes verdes y de comentarios graciosos. Los dos se burlan del acento del otro, del lugar en el que viven y de sus preferencias fetichistas. Si

uno de los dos no contestaba con puntualidad, era acusado de «tocarle la polla» al otro. Después de leer aquellas cartas me alegré de saber que mi padre tuvo a alguien con quien pudiera soltarse e invalidar su naturaleza rigorista. Aunque apenas había pasado tiempo con Stanton, papá siempre se refirió a Eric como su mejor amigo. Me pregunté si aquello sería o no cierto, hasta que di con una nota de uno de los hijos de Eric en la que se refería a papá como el mejor amigo de Eric. Me apenó la soledad de aquellos dos hombres, amigos del alma con base en un único encuentro.

Papá escribía más deprisa de lo que Stanton dibujaba y puso en marcha su propio sello para autoeditarse, que llamó Winterbooks. Stanton promocionaba el material con folletos publicitarios en los pedidos que le hacían por correo. Al principio los clientes pedían a través de Stanton, lo que demoraba la realización de los envíos. Cuando el volumen aumentó, papá empezó a tratar directamente con los clientes regulares. Elaboró una lista de ofertas y cobró sesenta dólares por libro, que se pagaban por adelantado. De ese modo, ambos hacían dinero vendiendo el mismo material a distintos clientes.

En 1999 Stanton había padecido ya una serie de infartos que lo habían incapacitado para el trabajo. Le entregó a papá una extensa lista de clientes estadounidenses e internacionales. Eric Stanton murió el 17 de abril de 1999. Ese mismo día, papá sufrió un ataque al corazón que precisó de cirugía de derivación vascular urgente. La muerte de su único amigo lo dejó a solas con sus obsesiones.

Dos años después de la cirugía cardiaca, mi padre amplió Winterbooks, a la que se refirió como «la industria artesanal de Turk». Papá enviaba cartas personales a quienes más gastaban, aludiendo al porno escrito a demanda para los clientes especiales. Surgió una lenta relación epistolar en la cual papá incluía regalos, confiaba datos personales y lanzaba indirectas sobre su verdadero nombre. Como un agente clandestino que opera bajo una capa de secretismo, se revelaba a hombres a los que podía explotar en lo financiero. Con el tiempo, varios clientes le confesaron sus intereses sadomasoquistas específicos y le pidieron su propia pornografía privada. El precio era de tres mil dólares, pero a cada cliente le ofrecía un «descuento especial» que rebajaba la tarifa a dos mil seiscientos dólares. Si el cliente pagaba en efectivo y por adelantado, papá escribía porno hecho a medida.

Metía la prosa en una plantilla de ordenador que había inventado para un libro de setenta páginas: un texto a dos columnas. El producto final era un manuscrito con una cubierta especial dedicado, firmado y fechado por Turk Winter en persona. Luego papá cambiaba la cubierta y añadía a su catálogo la

obra por encargo, y revendía cada copia sin autografiar por setenta dólares. Esto tuvo el efecto inesperado de complacer a los clientes originales, que disfrutaban con la idea de que extraños con mentes afines leyera una descripción profesional de sus fantasías personales. Diez años después, papá tenía un enorme catálogo de libros a la venta y se ganaba la vida mientras continuaba orgulloso la tradición *underground* del *bondage* por correo que se había iniciado en los años cuarenta.

Cientes de Reino Unido, Alemania e Italia le solicitaban con regularidad una forma de envío más rápida, para lo que le sugerían el fax o el correo electrónico, y otro medio de pago que no fuese en efectivo. Uno incluso llegó al punto de facilitarle el número de su tarjeta de crédito. Papá se negó, no se fiaba de nadie, y menos aún de internet. Las leyes sobre obscenidad quedaron relegadas a las normas locales, y él vivía en lo más profundo del Cinturón Bíblico. Como medida de protección, hacía los envíos de Winterbooks desde la oficina de correos de Morehead, la cual remitía los paquetes a Lexington para que los matasellaran, corriendo un velo de discreción de más de ciento cincuenta kilómetros entre él y su fuente oficial. Usaba remites falsos, incluido el mío. Cuando vivía en Montana, recibí un sobre hecho trizas procedente de Italia que contenía un manuscrito que el cliente no

quería, junto con una carta en un inglés poco natural que explicaba su devolución.

Papá mantuvo una correspondencia continua con los clientes regulares. Guardaba sus cartas, pero no las que él enviaba. Como resultado, había archivadores que se remontaban a más de una década y que contenían un único lado de una conversación ininterrumpida. Leí centenares, y en ellas pude ver cómo poco a poco surgía un patrón de características compartidas por la mayoría de los hombres: con una edad que superaba los cuarenta, entre clase media y pudientes, muchos con infancia católica. Trabajaban como funcionarios, abogados y gerentes de sedes corporativas. Los clientes estadounidenses provenían a menudo del entorno del Ejército o de la ingeniería. Todos estaban increíblemente solos y habían cargado con sus obsesiones secretas sin ocasión de compartirlas. Las cartas me recordaban a esos aficionados al cine o a esos musicólogos que presentan sus credenciales desplegando todos sus conocimientos. La mayoría de la gente tiene lugares en los que se reúne para compartir sus aficiones: tiendas de música, una convención armamentística o un evento filatélico. Allí pueden disfrutar con libertad del interés que tienen en común. Pero quien observa pájaros no tiene

por qué esconder sus prismáticos del modo en que los entusiastas del *bondage* ocultan todo lo relacionado con su afición.

Los clientes trataban a Turk Winter con un respeto enorme. Cuanto más dinero gastaban, más largas eran las cartas de Turk. Papá discutía con hombres de su generación sobre asuntos relacionados con la salud, entre párrafos que trataban el *bondage* y el castigo. Intercambiaban cintas VHS, revistas y fotocopias de arte *underground*.

Los amigos a distancia más antiguos incluían información sobre coches nuevos, aparatos rotos, el tiempo y películas famosas. Al menos dos le agradecían a mi padre las fotografías de sus hijos y sus nietos. En lugar de comunicarse con su familia, papá prefería la correspondencia activa con gente a la que no conocía. El interés mutuo por el material *bondage* suponía un vínculo poderoso, un arraigo de simpatía y comprensión. Después de cargar durante toda la vida con su secreto, podía ser él mismo con unos desconocidos.

Desde su infancia, papá se había avergonzado de sus proclividades sexuales; sabía que eran inusuales, una posible prueba de que, en esencia, su mente presentaba algún defecto. Esa sensación de diferencia le acarreó un grado de soledad extremo que redujo escribiendo cartas. Un fan cerraba su carta con unos renglones en los que resonaba una creencia que papá había sostenido desde hacía mucho: «Vuestros relatos permiten a nuestras mentes saciarse sin cometer actos indecibles. Nos mantienen “civilizados” y cuerdos. Puede que no lo hayáis oído de otros, pero es cierto».

A lo largo de sus cincuenta y cinco años de carrera como escritor, mi padre exploró toda permutación sexual salvo la homosexualidad entre hombres. Al final de su vida, buscando todavía una frontera, escribió un intrincado retrato del canibalismo. Su única incursión en el bestialismo la combinó con el clonado de cabras con fines terapéuticos. En 2011, Turk Winter completó sus últimas dos series. *El mundo de Barbie* tenía más de mil páginas. Apiladas junto a su silla había hojas de papel que contenían sus últimos escritos: una lista de nombres reales e inventados y un resumen sucinto para un nuevo relato corto. Mi padre fue una mula de carga en el mundo de la pornografía escrita. Y cinco décadas después murió con el arreo puesto.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El proceso de escritura de mi padre era sencillo: tenía una idea, tomaba un aluvión de notas y después escribía el primer capítulo. Luego elaboraba un resumen de entre una y diez páginas de extensión. Seguía el resumen a pies juntillas, confiándole el dictado de la narración. Los primeros borradores los componía a mano, con unos dedales de goma en el índice y en el pulgar. Escribiendo con rotuladores de punta de fieltro, producía entre veinte y cuarenta páginas de una sentada. Tras completar todo un borrador, pasaba a máquina el material, que revisaba sobre la marcha. La mayoría de los escritores incluyen más palabras por página cuando pasan a máquina el manuscrito, pero papá no. Él tenía la letra pequeña y usaba abreviaturas. Sus borradores iniciales tenían con frecuencia la misma extensión que los definitivos.

Los manuscritos de ciencia ficción y fantasía épica soportaban múltiples revisiones, pero con el porno tenía que trabajar mucho más rápido. Tras un primer capítulo a mano, el resto lo mecanografiaba deprisa, hacía cambios de edición y le pasaba el borrador a mi madre. Ella volvía a mecanografiar el comienzo del libro mientras papá escribía el final. Su objetivo era completar como mínimo un libro al mes. Para lograrlo, refinó aún más su método.

La producción industrial en masa se basa en la eficiencia y la rapidez. Uno de los principios esenciales es hacerse con el control de la materia prima eliminando al proveedor. Al encarar una demanda creciente, papá inventó un método que le hizo posible mantener el suministro con el mínimo esfuerzo. Generaba remesas de materia prima por adelantado: frases, enunciados, descripciones y escenas enteras en centenares de páginas organizadas en carpetas de tres anillas. Separadores etiquetados clasificaban las secciones por temas.

Papá era como Henry Ford: aplicaba los principios de la producción en cadena con partes prefabricadas. Esa técnica metódica resultó altamente eficiente. Rodeado de sus libretas tabuladas, enseguida podía dar con la sección adecuada y transcribir las líneas directamente al manuscrito. Al

acabar, los tachaba en negro para no plagiarse a sí mismo. Ford contrataba a una plantilla de trabajadores para fabricar en seis horas el Modelo T. Trabajando solo, papá era capaz de escribir un libro en tres días.

El ochenta por ciento de las libretas describían aspectos de los cuerpos femeninos. La sección más extensa se centraba en los senos. He aquí un breve compendio.

PECHOS:

brotecitos henchidos de amor

curvas incipientes

montes trémulos

suaves montículos de sus pechos abellotados

prietos y duros montes c/puntiagudas cimas

firmes y de piel ceñida como peritas frescas que cuelgan sin coger de árboles al calor del sol

destellaban c/el vello del melocotón maduro; c/misma firmeza y aparente jugosidad busto casi aniñado como nódulos que sobresalen erectos sin temblor alguno

pujantes proyectiles de artillería

cartuchos descollantes

proyecciones que descuellan con opulencia

curvadas domingas de piel escurridiza

carnosos perendengues

voladizos coniformes

antinatural empuje de aquellos montes conoides protuberantes laterales de sus torneados profiteroles aldabones flojos pendían de su pecho

increíble pulcritud de sus pelotas maduras en exceso grandes y duras balas de carne desvergonzadamente firme

En otro archivador se recogían descripciones de acciones individuales, separadas por etiquetas que incluían boca, lengua, cara, piernas, beso. El apartado «Orgasmo» estaba subdividido en antes, durante y después. La sección con el nombre «Entrada» recibía la mayor de las precisiones, con subapartados para virginal, anal, vaginal, de pie, oral y de rodillas. La libreta más gruesa estaba concebida en exclusiva para novelas BDSM, con una lista de ciento cincuenta sinónimos de *dolor*. Las secciones incluían azotes, latigazos, vejación, prevejación, aflicción, gritos, inmovilizaciones y torturas. Dichas secciones estaban subdivididas en categorías más específicas, seguidas de una breve descripción de cada una.

Una larga sección me produjo una seria inquietud: un documento de veinte páginas titulado *Notas para un libro sobre la crueldad: el placer más antiguo del hombre*, con sucintas sinopsis de torturas usadas en doce países a lo largo de la historia. Los ejemplos incluían el desuello parcial de personas, la inserción de insectos y roedores en estómagos abiertos en canal, objetos que atraviesan la piel hasta clavarse en los huesos, piernas encastradas en paredes, la dislocación de brazos y el descuartizamiento de diversas partes del cuerpo. Todos eran castigos legales por mandato de los tribunales o de la sociedad. La mayoría concluía con una muerte lenta y dolorosa. Una de las fuentes era un largo diario con registros de un torturador profesional de sospechosas de brujería en 1621.

- La mujer ha sido atada al potro,
- Se le ha vertido aceite de oliva en la cabeza y se ha prendido,
- Se le ha puesto ácido en las axilas, se ha prendido,
- Se le han atado las manos a la espalda, se la ha izado hasta el techo, se la ha dejado caer,
- El torturador se ha ido a almorzar,
- Ha sido tumbada de espaldas sobre un tablón con púas, se la ha aupado hasta el techo, se la ha dejado caer,
- Se le han aplastado los dedos de los pies en el aplastapulgares hasta que ha chorreado la sangre,
- Ha sido pellizcada con unas tenazas al rojo,
- Ha sido azotada y colocada en el tornillo, se ha apretado poco a poco durante seis horas,
- Ha sido colgada de los pulgares y flagelada.

«Todo esto se hizo el primer día».

Con la última frase me dieron escalofríos. Mi impulso fue saltarme por completo aquel material, pero no podía rehuirlo solo porque me asqueara. En su lugar, traté de entender. Mi padre había leído decenas de libros, copiado partes a mano y organizado luego sus notas en forma de crónica de una actividad humana terrible. No fue erudición por su parte. Al principio mi

sospecha era que papá buscaba inspiración, pero en ninguno de sus libros se incluían las técnicas específicas que había compilado. Se me ocurrió que estaba sirviéndose de la historia para justificar sus propios intereses obsesivos, que buscaba precedentes con los que satisfacer sus fantasías. Durante miles de años unas personas habían tratado a otras de un modo horrible. Los humanos se torturaban sistemáticamente los unos a los otros por motivos políticos, sociales y religiosos. Alguien realizaba dicha actividad, y otra persona tomaba notas para la posteridad. Los mundos que mi padre imaginaba no eran nada comparados con la realidad histórica.

Más tarde mi madre me llamó para invitarme a ver el partido entre sus adorados Reds y los Cardinals. Fui a su casa, agradeciendo el respiro. Era un trayecto corto en coche, a través del bonito paisaje del norte de Misisipi, el denso follaje repleto de verde. El cielo tendía al violeta del atardecer. Se encendió la luz de un porche y me pregunté qué pensarían mis vecinos si supiesen lo que guardaba en mi despacho. La boscosa carretera

hasta Oxford descendía y apareció una iglesia. Los lugares de referencia y el terreno se asemejaban. Tuve la breve sensación de estar en Kentucky, de camino a Haldeman para visitar a mi madre.

En casa de mi madre, nos pasamos veinte minutos toqueteando el mando a distancia hasta descubrir que el partido de los Reds no se podía ver en nuestra zona. Mamá dio con un programa sobre policías que le gustaba; luego silenció el volumen y me preguntó qué tal me iba con el libro.

Me reí.

—Porno, porno, porno —dije.

Me propuso meter en cajas los libros pornográficos y llevarlos a las convenciones de ciencia ficción para vendérselos a los fans.

—Los compraban —dijo—. Lo compraban todo. No sé por qué. Los libros eran todos iguales. Diferentes ambientaciones y nombres, pero iguales. Supongo que a la gente le gustaba sin más.

—Es como con las novelas de Agatha Christie. O los programas de la tele. Una fórmula que satisface.

—Con sexo —dijo, y se rio.

Le dije que había encontrado una libreta con cantidad de notas sobre tortura. Que lo extenso del material me había sorprendido.

—No debería —dijo—. A tu padre le interesaban esas cosas, ya sabes.

—Cada vez que hablo de su carrera, la gente me pregunta sobre vuestra vida sexual.

—¿La de quién?

—La vuestra.

—¿Por qué quieren saberlo?

—Supongo que por el porno —dije.

—¿Y tú que les cuentas? —dijo.

—Les digo que no es algo de lo que hablemos.

Se quedó pensativa un momento.

—Diles que eso no es de su maldita incumbencia —dijo luego.

—Vale, mamá.

Dirigimos nuestra atención al silencioso parpadeo de la tele. El actor principal capitaneaba un grupo, y mamá me explicó la función de cada experto: el combatiente, el informático, el de las armas, el novato. No hacía falta sonido. Veía a los personajes alrededor de unos planos mientras se preparaban para un asalto. Recorrían una casa con armas y linternas, y luego perseguían a un descamisado en un coche. Sabía que el coche se iba a estrellar y que arrestarían al conductor, y sabía que más tarde el equipo iba a capturar al auténtico malo, el jefe del descamisado. Una fórmula predecible que satisfacía a los telespectadores, igual que el porno de papá con sus lectores.

Mamá me dijo que estaba contenta, que le gustaba vivir sola y que se preguntaba si tendría que sentirse culpable por ello.

—¿Te sientes culpable? —dije yo.

—No, pero creo que debería.

—Tienes ochenta años, mamá. Te mereces un descanso. No tienes que sentirte culpable por llevar una vida que te gusta.

—Bueno —dijo—, tienes razón.

—¿Lo echas de menos?

—La verdad es que no. A veces, cuando veo la televisión por la noche. Alguien con quien hablar.

—Bueno, aquí estoy yo. —Señalé al televisor sin volumen—. Está bien el programa, ¿eh? —dije.

Los dos nos reímos. Más tarde la abracé, activando el estridente lamento de su audífono, y me despedí. De vuelta a casa, vi desde el coche miles de luciérnagas que flotaban en un campo contra la silueta oscura de los árboles. Las cigarras rugían sin cesar. El sonido de las ranas ascendía y descendía como el de maquinaria lejana. Se oyó un chotacabras y luego un cárabo. Las luciérnagas persistían, una aurora boreal en miniatura, el color de su fulgor intermitente cambiaba con la humedad y la distancia.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Los meses de estrecha proximidad a la dinámica de pensamiento de mi padre me incitaron a pensar como él y luego a comportarme como él: distante, preocupado y crítico. Empecé a cuestionarme la validez de mi empresa. A veces mi humor viraba hacia el autodesprecio. No era un suicida, pero la idea de acabar con todo se me pasó por la cabeza, una opción oculta en las sombras perimetrales. Me preocupé lo suficiente como para tomarme un respiro de los papeles de papá.

Pensé en el poeta John Berryman, cuyo padre se suicidó, un acto del que ningún hijo logra recuperarse jamás. En un poema titulado «Sobre el suicidio», escribió:

Las reflexiones sobre el suicidio y sobre mi padre me poseen.

Bebo en exceso.

Leí por primera vez ese poema con apenas veinte años y sabía poco sobre Berryman; había oído que se mató saltando desde el Golden Gate, lo cual era erróneo. El poema tiene un atractivo exótico, una glorificación del alcohol y del suicidio. Para mí, los versos estaban cargados de significado, ya que me sentía poseído por los pensamientos de mi padre y las veces que hablaba del suicidio.

Pocos años después de leer el poema, me encontraba de paso en Mineápolis. Un amigo me llevó al lóbrego puente de Washington Avenue y me indicó no el lugar desde el que había saltado Berryman, sino en el que había aterrizado, en la ribera del río Misisipi. Para mí fue un momento impactante: destruyó la idea romántica del genio barbudo que remonta el vuelo desde las nieblas del gran Golden Gate para caer al mar. En vez de eso, en mitad del brutal invierno del Medio Oeste, saltó desde un puente feo y estrecho, y murió al impactar contra el suelo helado.

La última vez que viví en Kentucky, mi casa se hallaba sobre una colina con vistas a un estanque, y por las mañanas los pájaros declaraban sus solapados territorios mientras atrapaban insectos cerca de la superficie del agua. Solía madrugar para escucharlos y luego me volvía a la cama. Antes de

mudarme, coloqué fuera un radiocasete barato y grabé a los pájaros. Conservé la cinta durante años como último recurso contra la morriña. Si la desesperación me sobrepasaba, saber que podía escuchar a los pájaros me daba fortaleza. La cinta era similar al relato corto de Robert Arthur «El árbol del dinero del señor Manning», en el que la promesa de un dinero enterrado bajo un árbol sustentaba a un hombre en los momentos de dificultades económicas. Saber de su existencia le permite correr riesgos en los negocios que podría haber evitado. Al final desentierra el dinero, pero no hay nada.

Rodeado de los polvorientos archivos de mi padre, decidí escuchar la cinta. Parecía adecuado oír los trinos de los pájaros de Kentucky en mitad de todo aquel material creado allí mismo. La cinta emitió una serie de chasquidos a los que siguió un zumbido continuo. No había trinos. Años antes, había apretado en la grabadora los botones equivocados. Como el dinero enterrado del señor Manning, la promesa de oír a los pájaros cuando lo necesitara me había ayudado a superar los malos momentos. Lo absurdo de la situación me levantó el ánimo.

Hace muchos años compré un cuadro original de Ronald Cooper, un artista local de Kentucky de cierto renombre. El cuadro es acrílico sobre lienzo y mide veintiocho por treinta y cinco. Una parte sin pintar en la esquina inferior derecha lleva fecha de 1994, un símbolo de *copyright*, la firma del artista y el título del cuadro: *Suicidio*. Los colores están

tal cual salen del tubo, sin mezclar, y el trazo es bastante crudo. La composición está dividida en dos: la parte superior es un fondo azul con un cordón de nubes y la inferior es un campo de un verde compacto. En primer plano hay un hombre de pie con camisa negra y pantalones blancos. Manchas de sangre le estropean la ropa. Asomándole por la solapa de la camisa se ve el tocón de un cuello sanguinolento. Con una mano agarra un cuchillo de carnicero ensangrentado y con la otra sostiene en alto su propia cabeza decapitada. Junto a su boca, una flecha apunta hacia las palabras:

i WHiSH i HADNT DONE THiS^[25]

Tenía escondido aquel cuadro porque creía que era demasiado espantoso para que mis hijos pequeños lo vieran. Cuando crecieron, lo colgué en el estudio en el que escribo e imaginé que era la cubierta de un libro. Mi fascinación por ese cuadro se debe en parte a su diseño tosco y chillón, pero sobre todo a mi propia interpretación. El rostro de la cabeza tiene una expresión de sobresaltada consternación, como si fuese incapaz de aceptar del todo su situación. Creo que si me suicidara sentiría lo mismo: un arrepentimiento estupefacto en el último milisegundo, demasiado tarde para

echarse atrás. Me recuerda a las leyendas sobre la guillotina francesa: una cabeza recién cortada que parpadea en un cesto, la boca que se esfuerza por hablar, el cuerpo reacio a aceptar su propia muerte.

Supongo que, como cualquier otro, he conocido a varias personas que se han suicidado, incluyendo a mi mejor amigo de la infancia. Muertes como esas dejan tras de sí una estela de culpa. Todos los amigos y familiares creen que podrían haber prevenido la muerte. Todos se acuerdan de esa visita que no hicieron o de esa llamada que despacharon. Escudriñamos nuestras últimas interacciones en busca de un presagio en retrospectiva del futuro que vino a ser. Buscamos una señal de que no fue culpa nuestra.

Ahora miro el cuadro y me pregunto por qué atrajo mi atención durante tanto tiempo. Es un objeto feo, creado por la fuerza bruta, y el estilo tosco resuena en el dilema de la figura. Lo que empezó como una advertencia personal —no te suicides— ha evolucionado hasta convertirse en un comentario sobre la naturaleza del remordimiento. Ese hombre está profundamente arrepentido: *ojalá no lo hubiese hecho*.

Dos veces en mi vida he experimentado lo que es, a mi entender, una depresión severa. Toda actividad se hacía impensable: recoger el correo, levantarme de una silla, hacer la cama, ducharme. El acto de tramar mi propia extinción suponía demasiado esfuerzo. Y luego estaba la carga de dejar una nota. ¿Por dónde empezar y por dónde terminar? Tiendo a deprimirme si no estoy sumergido en algún libro, y el hecho de que revisar una nota de suicidio pudiese rescatarme del abatimiento me parecía sumamente deprimente. Pese a mi fascinación por el cuadro, no soy un suicida nato. Mi mentalidad es más la de un jugador: todo puede cambiar en cualquier momento, así que ¿por qué realizar una jugada de una irrevocabilidad tan innegable?

En 1985 recibí una extraña llamada de mis padres —ambos se pusieron al teléfono al mismo tiempo— para expresar su preocupación por mi salud mental y mi posible suicidio. Me quedé atónito y me lo tomé a risa hasta que entendí que lo decían en serio. Siguió entonces una oleada de llamadas que se prolongó varios días durante los cuales mis padres se retractaron de su preocupación inicial y culparon a mi hermana por meterles aquella idea en la cabeza. Mi madre me envió una carta que decía:

Ni pienso ni pensé en ningún momento que la idea de suicidarte estuviese poniéndote en peligro. La vida te despierta demasiada curiosidad, y que puedas perderte algo te preocupa demasiado como para matarte con tus propias manos. Por tanto, no te vas a quitar la vida. Ha sido la imaginación desbocada de tu padre lo que ha provocado esta preocupación por ti.

No hace mucho me compré un kit de maquillaje nuevo, colorete incluido. Dos semanas después, Andy dijo que quería pedirme algo, muy en serio. Le preocupada que pudiese estar pasándome algo en la cara, pues tenía descolorida una de las mejillas. No, era colorete, y tardó dos semanas en plantearlo.

Imaginación desbocada. Siempre en busca de algún motivo complejo y dramático en vez de pensar en lo más sencillo.

Seguro que lo entiendes, pues, si alguien ha heredado esa imaginación desbocada, ese eres tú.

Disfruto con ese giro positivo de mamá ante una situación grotesca, el uso de cierta lógica fría para alcanzar su propia conclusión. Lo sucinto de la anécdota, el razonamiento concluyente, me recuerda que también soy hijo suyo, mitad McCabe: gente pragmática que se fija en los obstáculos con mirada lúcida y los supera. La imaginación me la atempera la razón, enraizada en la cruda realidad.

Unos años después papá empezó a llamarme a altas horas de la noche, sensiblero a causa del *bourbon*. Decía que había estado pensando en el suicidio. Que incluso había escogido el sitio —la placa de ducha— para que a mamá le fuese fácil limpiar el estropicio. Tenía pensado usar una escopeta, pero se había topado con un problema: sus brazos eran demasiado cortos y no alcanzaba el gatillo. Mi primer pensamiento fue práctico: *usa una horqueta*, pero me abstuve de darle consejo y me limité a escuchar. Creía que si se colocaba el cañón en el cielo de la boca y no en la frente tendría el éxito asegurado, porque ahí el tejido es muy suave. Le dije que aquello tenía sentido, pensando no en mi padre, sino en un chaval que se había pegado un tiro en la sien con un revólver de calibre pequeño. La bala dio contra el cráneo y se desvió, de modo que la potencia se perdió con el impacto. En lugar de salir rebotada, la bala le recorrió la frente por debajo de la piel. Sobrevivió, pero le quedó una fea cicatriz y una sordera parcial. Otro tipo que conocía estampó adrede el coche de frente contra un camión de carbón a toda velocidad, pero no hizo más que quedarse ciego. Otros dos amigos sí que habían hecho bien el trabajo, de manera que escuchaba a mi padre con oídos un tanto encallecidos.

No estaba seguro de si iba en serio o actuaba desde el delirio; por lo que sabía, estaba hablando con John Cleve. La última vez que me llamó borracho estaba eufórico y me aseguró que podía volar. Le dije que eso era genial, que ya podía venir a visitarme.

—No —me explicó—, me refiero a volar de verdad. Me planto en lo alto de las escaleras y sé que si salto voy a volar hasta el pasillo de abajo.

Supongo que nunca lo intentó.

Al final de aquella llamada de suicida, la primera de muchas, le pregunté si lo había hablado con mamá; se enfadó y me dijo que desde luego que no, con un tono de desprecio que me era familiar. Al día siguiente llamé a mamá y le dije que descargara la escopeta. No me preguntó por qué. He vivido los últimos veinticinco años con el convencimiento de que en cualquier instante iba a recibir la noticia de que papá se había suicidado. Me preguntaba dónde iba a bañarse la familia cuando nos reuniéramos por su muerte. Al ser el mayor, tendría que ser el primero en usar la ducha. Para prepararme, me imaginaba aquel acto con todo detalle, incluida la alucinación postraumática de ver la espuma rosada del jabón cayendo por los restos de sangre incrustados en el desagüe.

Tras su muerte, encontré la vieja escopeta colgada de unas esarpas encima de una puerta, con el metal picado, el mecanismo oxidado y el cañón lleno de mugre. Tenía un único cañón de acción basculante del calibre .410 y de un metro escaso de largo. Me llevé el cañón a la cara y podía alcanzar el gatillo sin dificultad. Papá era más alto que yo y tenía los brazos mucho más largos. O me había mentido al teléfono, o había cambiado una del calibre doce por otra con el cañón más corto.

La .410 era ideal para las serpientes, conque me la llevé conmigo a Misisipi. Hay una manada de coyotes que ronda buena parte de estos territorios: aparecen de vez en cuando e inquietan a los perros de mi mujer con sus escalofriantes aullidos. El sonido de la vieja .410 es suficiente para alejar a los coyotes. Cada vez que la disparo, pienso en la sombría charla de mi padre sobre su suicidio y en cómo bebió hasta matarse mientras la escopeta se oxidaba en la pared.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

En las profundidades del invierno de Misisipi echaba de menos la nieve virgen, pero no el duro frío del norte. Aun así, los días eran cortos, con cielos grises y una fila de árboles estériles. Mi casa carecía de aislamiento térmico. Las tuberías se helaban. El sexo fetichista se volvió un ruido de fondo en torno a mí e invadía cada espacio de mi vida. Con el fin de interactuar con el porno de manera objetiva, debía reprimir a propósito cualquier respuesta lasciva al material, como quien va a un club de cómicos e intenta no reírse. Meses de inmersión en pornografía habían revertido ese propósito intencionado. En vez de excitarme, me volví sexualmente insensible e indiferente. No quería ni que me tocaran. Las relaciones conyugales disminuyeron, decayeron y desaparecieron. Me sentí culpable.

Mi vida constaba de una casa repleta de porno y de una mujer fabulosa; pero no había conexión entre las dos. Empecé a temer que mi esposa se fuese a otra parte a tener sexo, que se buscara un hombre que hubiese heredado dinero y tierras en vez de montañas de porno. Ella decía que eso era una chorrada y sugería que mi desinterés era un efecto normal de la pena. Pero no sentía pena. Me volví inmune al sexo. Estaba harto de mi implicación con el porno. Me había vuelto un toro castrado que no servía para nada. Mi mujer no tendría que irse. Los toros jóvenes me pisotearían contra el barro y se la llevarían.

En *La naranja mecánica*, de Anthony Burgess, someten al protagonista a una especie de terapia de aversión. Le mantienen los párpados abiertos, fijados a un espejo, y después lo fuerzan a ver imágenes de una violencia brutal hasta que lo vuelven incapaz de hacer daño a nadie. Mi experiencia fue muy similar. Me había forzado a mí mismo a interactuar con tantísima pornografía que ya no apreciaba a mi mujer en un plano sexual. Cada vez que lo intentaba, mi mente se llenaba de la imaginería del porno fetichista. Era capaz de contemplar su vestido, sus piernas y sus caderas, pero la reacción era estética e intelectual, como si estudiara una obra de arte que no me podía permitir.

Me preocupé y fui a ver a un médico. Me preguntó si tenía erecciones, por la noche o por la mañana. Avergonzado, asentí. Con tono relajado, jocoso, me dijo que el equipamiento estaba bien, así que no hacía falta viagra. Intenté forzar una sonrisa que se desmoronó antes de que me llegase a la cara. El médico me preguntó si mi mujer estaba atravesando la menopausia, y pareció sorprenderle ligeramente que ella fuese más joven, como si su edad debiera bastarme para mantenerme sexualmente ocupado.

Con sutileza, sondeó mi vida profesional. Tras escuchar una breve explicación sobre el proyecto en el que estaba inmerso, el médico cambió de tema enseguida mencionando mi tabique desviado, que me afectaba a la respiración. Dijo que el grado máximo de lesión era habitual en los adultos que de niños se habían roto la nariz y no se la habían arreglado nunca. Me preguntó con delicadeza si de niño me habían golpeado en la cara. Por primera vez en semanas, me eché a reír. Pues claro, nos pasa a todos, ¿no? Me miró con extrañeza y me mandó a casa. Más tarde se me ocurrió que, a su manera, el porno me había impactado con la misma fuerza que aquel golpe que me destrozó un cartílago del interior de la cabeza. Temí que mi deseo, como mi capacidad de respirar con normalidad, no regresara jamás.

Las personas con trastornos alimenticios mantienen una dinámica de pensamiento distorsionada que los lleva a negarse a comer. Es un mal cognitivo, no orgánico, lo que significa que las drogas no sirven de ayuda; los pacientes deben reestructurar su dinámica de pensamiento para que la comida les resulte sabrosa. Yo tenía que hacer lo mismo con el sexo, pero no sabía cómo. Barajé quemarlo todo, página por página, ver cómo cada trozo de papel se retorció, cómo se prendía por los bordes, cómo estallaban las llamas rápidas y amarillas que gentilmente harían de combustible para la sórdida descripción sexual

siguiente. Pero no era capaz de encender la cerilla. Quemarlo habría llevado horas. Hay que sospechar de los gestos más grandilocuentes: la pareja que renueva sus votos justo antes de divorciarse o el político que jura en público que está limpio y después ingresa en rehabilitación. Hacer una pira de porno no me garantizaba un retorno automático del deseo. No haría sino arrepentirme más adelante.

El solsticio de invierno fijó su cubierta sobre la tierra. El frío de enero trajo dos semanas de días cortos y grises, con heladas matinales lo bastante espesas como para seguirle el rastro a una liebre. Nuestra casa tenía los techos altos y una estufa diseñada para una estructura más pequeña. Por las noches enciendo un fuego enorme, que resulta eficaz chupando el calor de la casa,

pero que solo calienta una pequeña zona frente al hogar. Mi mujer y yo acercamos los muebles a la chimenea y nos sentamos bajo mantas de lana. Durante el día voy por ahí arrastrando los pies, amontonando el porno en pilas cada vez más extensas. Al igual que mi padre, había transformado la casa en un lugar de trabajo dedicado al mismo material. Una vida entera de lucha para no sentirme mal conmigo mismo y me sentía peor que nunca. Era un fiasco en todos los sentidos.

La primavera llegó a trancas y barrancas. Cada vez que pensaba que había encendido el último fuego y decidía cortarme el pelo y afeitarme la barba, el tiempo frío hacía una nueva declaración de intenciones. Un pájaro carpintero había barrenado un agujero en el muro exterior. Dos estorninos usaron el agujero como entrada y construyeron un nido dentro. Una mañana me desperté temprano con el sonido de unos polluelos que piaban frenéticos desde el interior de los muros de la casa.

Salí para ver cómo la niebla baja ascendía desde el campo trasero. Seis ciervos exploraban las juncias. Un movimiento súbito me llamó la atención: un zorro se lanzó sobre su presa en la linde del campo. Los ciervos se quedaron quietos. El zorro se giró con un ratón colgándole del hocico y se internó al trote entre la manada; luego se detuvo. Los ciervos estaban inmóviles, con los rabos ladeados, en posición de huida. Despacio, el zorro movió la cabeza de un ciervo a otro y después avanzó hasta desaparecer en el bosque. Los ciervos siguieron comiendo. Aquellos animales se habían evaluado, no habían sentido el peligro y habían seguido con sus vidas.

Yo continué trabajando: por las noches, encendía el fuego y escribía. Los días se hicieron poco a poco más cálidos, se alargaron, con más luz. Mi libido regresó como la nieve abandona los tejados de metal: la leve ruptura de su superficie helada; luego, a medida que la masa entera se arrastra hasta quedar limpia, una cascada repentina y la pendiente que reluce al sol como si siempre hubiese sido así.

CAPÍTULO TREINTA

De niños, mis hermanos y yo teníamos cada uno una caja de sesenta y seis ceras Crayola. En el fondo de la caja había un sacapuntas integrado que echaba las virutas en un pequeño compartimento. Eran ceras especiales, un regalo que nuestro padre nos había hecho junto con unos libros para colorear de buena calidad que había pedido por correo. Papá tenía su propio juego. Después de la cena, la familia solía sentarse a colorear junto a la mesa. Papá leía con atención el nombre de cada cera antes de usarla, explicándonos que era daltónico. Enseguida ascendimos a sofisticados libros de colorear con diseños más intrincados y empezamos a utilizar unos rotuladores de punta de fieltro que guardábamos en cajas de puros. A medida que fuimos creciendo coloreamos con menos frecuencia, hasta que en cierto momento dejamos de hacerlo. Aquellas tardes conforman todavía mis mejores recuerdos de la vida en familia.

Tras la muerte de papá, tiré cientos de rotuladores secos e inservibles de varios de los cajones de su escritorio. Cada uno tenía un pedacito de papel pegado con celo a la caña y parecido a la etiqueta de las ceras que identificaba el color. Llené una caja con ochenta carpetas de dibujos originales. En Misisipi, abrí la caja e hice mi último descubrimiento significativo. Detrás de la identidad pública de mi padre como escritor de ciencia ficción y de su vida encubierta como pornógrafo existía otro proyecto personal. Durante más de cincuenta años, había dibujado en secreto cómics de naturaleza sexual y los había archivado con esmero.

El primer objeto de cada carpeta era algo inocuo —un calendario de los Reds o una factura antigua—, se diría que para ocultar que en realidad contenía sus cómics pornográficos. Nadie entraba en su despacho sin ser invitado e, incluso entonces, nadie osaba rodear su escritorio. Sus hijos llevaban más de veinticinco años fuera de casa. La ocultación, nacida de la vergüenza y la culpa, formaba parte de su proceso creativo, y la mantuvo hasta mucho después de que no quedara a quién ocultárselo. Necesitaba el fetiche del secretismo para dibujar.

Mi padre nunca recibió clases de arte. No iba a museos ni dibujaba con modelo. Había aprendido solo, estudiando los cómics, las ilustraciones de las revistas *pulp* y las series *bondage* de los cuarenta y los cincuenta. Las viñetas carecían de perspectiva y la anatomía era tosca. Sus primeros trabajos tienen reminiscencias de Henry Darger, no tanto de la inocencia de Darger como de esos dibujos basados en la imaginación antes que en la observación. Cuando papá empezó a dibujar de niño, no conocía la anatomía femenina, y durante mucho tiempo creyó que la vagina se encontraba en mitad del estómago, porque los bebés venían de ahí. No sabía que las mujeres tenían vello púbico.

Frustrado por su falta de destreza, desarrolló un método complicado y muy lento de hacer cómics. Primero escribía un guión en el que se describía la acción. En páginas separadas, hacía a lápiz vagas disposiciones de las viñetas. Introducía dichas disposiciones en su máquina de escribir y mecanografiaba minuciosamente segmentos de la historia en las zonas asignadas. Después de sacar el papel, utilizaba las secciones a máquina como guías para saber qué dibujar.

Papá llamaba a su método de dibujo «la técnica del robo». Calcaba imágenes de otras, transfería los calcos a una segunda página usando papel carbón y las modificaba agrandando las características sexuales. Luego entintaba y coloreaba las páginas. Papá creía que realizaba cualquier dibujo que robaba gracias a su habilidad innata para mejorar el trabajo de todos los demás. Había una docena de gruesas libretas que contenían miles de páginas de materia prima, fotografías arrancadas de revistas y catálogos, divididas en

categorías: de pie, sentados, sexo, tetas, piernas y demás. Desarmó centenares de revistas porno y acumuló una reserva de fotos que robar. Mezcladas, había imágenes de catálogos de lencería, de la revista *Heavy Metal* y de la *Entertainment Weekly*.

De muy niño, tenía un libro de Superman para colorear que me había regalado mi padre. Coloreé todas las páginas en las que Superman salía en acción, lo que dejaba fuera las escenas en las que Clark Kent interactuaba con otros personajes. Esas eran muy aburridas, porque todos llevaban atuendo de oficina, y me puse a colorear los trajes con diferentes tonos brillantes para las solapas y los bolsillos. Estaba concentrado en mi tarea cuando de repente me di cuenta de que mi padre estaba de pie detrás de mí, observando con el ceño muy fruncido. Me preguntó por qué los coloreaba de ese modo. Al instante comprendí que aquello no estaba bien.

—El azul me aburre —dije, y deseé no haberlo hecho, porque él llevaba un traje azul. No contestó: se limitó a apartar la mirada y estuvo un buen rato

pensativo.

Muchos años después papá me preguntó si recordaba aquel incidente, y yo le dije que sí. —Yo también —dijo él—. Me enseñaste algo en aquella ocasión. Para colorear no existen reglas.

Había heredado deuteranopia, una forma de daltonismo que afectaba a su percepción de la sección verde-amarillo-rojo del espectro. Este defecto genético lo había fastidiado a lo largo de toda su vida. Para evitar colores que desentonaran, se ponía ropa oscura. La ausencia de reglas para colorear lo liberó de la presión de equivocarse. La mayoría de los personajes de sus cómics iban desnudos y tenían la piel azul o verde. La mezcla de colores para ganar en sutileza resultaba imposible con los rotuladores. Los tonos eran brillantes y lisos. Su falta de fluidez con los colores generaba combinaciones inusuales —chillonas e impactantes a la vista— que igualaban la intensidad de las escenas.

Junto con los cómics había un documento personal, fechado en 1963, con la advertencia de que fuese leído después de su muerte. Cuando lo escribió tenía veintinueve años. Yo, cinco. Suponía el único ejemplo de escrito reconocido como suyo. Se refería a los cómics como a su «Gran Secreto» y revelaba una profunda preocupación por su celo respecto a aquel material. Le preocupaba ser un misógino. Se preguntaba si habría otras personas como él y, de ser así, cómo lidiaban con sus impulsos.

A los catorce años, había empezado a dibujar cómics que retrataban a mujeres en suplicios, previos a cualquier exposición a material fetichista o al conocimiento del sadismo. Sencillamente, el impulso estaba dentro de él; siempre había sido así. Llamaba atrocidades a sus cómics. La caja en la que los guardaba estaba «llena de mi propia vergüenza y de mi maldad y de mi flaqueza».

El documento posee una sinceridad cualitativa ausente en el resto de cosas que escribió. Sin su habitual pomposidad, la exploración intencionada de su propia psique lo hace lo suficientemente vulnerable como para sentir compasión.

He malgastado centenares de horas en esto, temeroso siempre del descubrimiento, siempre en secreto, consciente siempre de lo enfermizo y odiándome por ello. Sé que es una estupidez absolutamente onírico-ficcional, incluso mientras continúo una página tras otra cruenta y desnuda, tras otra sangrienta, tras otra página colmada de tormentos. Sé que es una tontería, una machopamplina. Y me avergüenzo: sé que es de enfermos.

Lo siento, lo siento. ¿De quién es la culpa? Solo puede ser de mi infancia..., porque estas cosas se dieron en ella, después de que se formaran ciertos patrones, después de que cierta circuitería fuese grabada a fuego en mis relés mentales. Madre, papá, el judeocristianismo y mis amigos de la infancia.

Es la represión, no la manifestación de pensamientos no reprimidos, lo que nos causa problemas. Por lo visto les estoy proporcionando ventilación, salida, al dibujar una página tras otra.

Pero ¿y si paro?

En 1957, justo antes de casarse, metió en un saco el trabajo gráfico de una década y unas piedras y lo arrojó al río Cumberland. Escribió que nadie sabía cuánto le había costado hacerlo. Juró que no volvería a crear material como aquel. Dieciocho meses más tarde,

comenzó la saga de *Valkiria Barbosa* y trabajó en ella el resto de su vida. Consta de ciento veinte libros diferentes que hacen un total de cuatro mil páginas.

De adolescente, a solas en una cabaña de madera, se inventó el argumento: una cultura bárbara cruzada con la ciencia altamente avanzada de la Atlántida. El envejecimiento se aceleraba con fármacos para evitar la niñez, tal como habría deseado papá. Los pechos se agrandaban con un suero especial y se podían lactar y aumentar a voluntad. La ropa era reemplazaba por un tinte de piel subcutánea. El proceso de curación se agilizaba, sin infecciones ni cicatrices. El muerto podía ser resucitado. El himen se restituía. La única desfiguración la causaban las marcas a fuego y las amputaciones.

La protagonista, Valkiria, era una princesa bárbara a la que habían criado en secreto como si fuese un niño y entrenado después como a un guerrero. Unos jinetes del desierto la habían secuestrado y vendido como esclava: la compró un mercader rico y unos piratas la volvieron a secuestrar. A los diecinueve años se convirtió en reina de Veltria. Casi todos los personajes eran femeninos, a excepción de algún hermafrodita ocasional. Según las notas de papá, la dominación de mujeres por mujeres fue una decisión práctica: prefería dibujarlas a ellas.

El concepto de *universo* era demasiado restrictivo para su imaginación, así que creó un complejo multiverso en el que acontecían todos los cómics. Los múltiples mundos de *Valkiria* eran pasmosamente complicados, con los mapas, los glosarios y las religiones característicos de papá. La serie al completo era una historia sin fin ambientaba en muchos planetas y abarcaba

miles de años. Mezclaba cuentos de hadas, leyendas antiguas, ciencia ficción y folletines espaciales en un solo relato en expansión.

Los libros no tenían público, pero las primeras y las últimas páginas estaban escritas como si existiera un lector que aguardara con ansias la siguiente entrega. Todos los cómics terminaban con la palabra *continuará*. La primera página presentaba una ilustración de viñeta única y una breve sinopsis:

Esta es la mítica y fabulosa historia de la ya conocida heroína de la historia, Valkiria. Una chica cuyo rostro y cuerpo envidiaban por tentadores..., la astucia, la rapidez, la agilidad de una gata montesa... Los músculos, el vigor, la destreza en la batalla de un soldado profesional.

Las heridas de Val se curaban solas, sin cicatrices, incluso las más serias y monstruosas. Por desgracia, ¡aquella forma de indestructible inmortalidad la convertía en la víctima perfecta!

A fin de combinar todos los mundos y los marcos temporales en una única narración solapada, papá le dio a Valkiria varias hijas, todas nacidas de una violación. Los bebés recibían de la ciencia atlante un suero que aceleraba el crecimiento. En tres meses alcanzaban la pubertad y se les inyectaba de nuevo. El último arreón en el crecimiento acentuaba sus atributos sexuales y apresuraba su envejecimiento hasta los dieciocho. A los veintidós, Valkiria ya era abuela. El «tiempo real», por así decirlo, se colapsaba y permitía a cada una de aquellas mujeres viajar a través del multiverso hasta que eran capturadas, torturadas y rescatadas.

El argumento entre un libro y otro es similar: una mujer de alta cuna denigrada a través de la humillación psicológica y la vejación física sistemáticas. El motivo de la tortura es siempre la venganza: la víctima merece su destino. El diálogo melodramático contrarresta la imaginería lúgubre. Cada cómic termina con alguien colgando de un precipicio o atado sin remedio en una mazmorra secreta. El siguiente libro prolonga la tortura hasta el rescate o la huida, tras lo cual la víctima paga al captor con la misma moneda. Por fuerza, el castigo ha de superar al padecido por la primera víctima. De esta manera, la intensidad y el horror de las técnicas de suplicio sexual son cada vez mayores. Las ataduras se vuelven más intrincadas; las víctimas están totalmente inmovilizadas, con cada orificio taponado, mientras sufren una elaborada tortura sexual. A veces Valkiria es obligada a ver cómo sus hijas padecen violentos abusos.

El ritmo es trepidante y la narración posee una cualidad grotesca, una escalofriante mirada al interior de la mente de un hombre con una actitud

repugnante hacia las mujeres. Las someten a trasplantes de cerebro y ven cómo sus antiguos cuerpos mueren en una bañera de ácido. Los hermafroditas luchan contra las mujeres guerreras con consoladores atados y con garras metálicas. Zombis, androides y clones se cuelan en el relato. Una

serpiente se introduce en la vagina de una mujer y le hincha el estómago al dejarla preñada.

Da a luz a un demonio que enseguida la viola.

En un libro de mediados de los sesenta, *Valkiria* viaja en el tiempo hasta el año 2931. Su clon se convierte en una estrella mediática cuando un programa de televisión retransmite su suplicio en vivo y en directo. Los telespectadores concursan aportando ideas. El afortunado ganador visita el estudio y se le permite torturar personalmente al clon de *Valkiria* hasta matarla. En una mazmorra sin cámaras, la verdadera *Valkiria* experimenta cada sensación. El lector puede así observar el sufrimiento de ambas, clon y humana.

Uno de los volúmenes de *Valkiria* se centra en un científico alienígena que lleva a cabo truculentos experimentos médicos con humanos, que a menudo se plasman en operaciones quirúrgicas. El resultado es un planeta habitado por las víctimas de las intervenciones fallidas. Mujeres con un pecho enorme en mitad del torso. Un hombre con bigote tiene el trasero de una mujer, pechos grandes y una erección inmensa y permanente. Las mujeres tienen dos o tres pares de pechos unidos con anillos de metal. Un transexual de piel verde tiene tres pechos y un enorme clítoris con forma de pene. Al científico se lo presenta como el «hombre más brillante del planeta. Tiene poca capacidad de atención y más ideas de las que es capaz de gestionar; en esencia, es amoral (¡casi un dios!) y cree en que hay que ceder ante los caprichos. Considera que el mundo le pertenece».

Otro cómic, *Prisma*, es menos un libro que un manifiesto ilustrado. Es el único que se narra en primera persona. Volk, el sádico mañoso, es el científico más brillante que ha existido jamás. Explica su propio proyecto con numerosas y detalladas ilustraciones.

Creé diez androides, perfectas mujeronas, todos los atributos varían, pero con cuerpos de firmes músculos, como el de una de dieciocho. Los pechos más pequeños son de la talla 120. Luego dupliqué estas y modifiqué aquellas. Después me limité a hacer cincuenta copias de esas veinte. Ellas conforman la población de Prisma.

Novecientas son Betas, sirvientas sadomasoquistas natas.

Las cien restantes son todas Alpha, todas sádicas. De ellas, veinte son rapaces sadobestias. De ellas, diez son Alpha-plus, superjefas con títulos nobiliarios. Como veréis, he combinado la tecnología y una cultura bárbara medieval.

La ropa la confecciona bajo tierra mi sistema informático: al azar, a partir de todos los materiales y todas las eras. Mi tinte subcutáneo de creación propia se utiliza de numerosas formas.

Por ejemplo, ¡pocas prismanias tienen piernas que combinen con la piel! Gradadas a mi control por ordenador —y a mi naturaleza caprichosa— ¡la realidad cambia en Prisma!... Y ES realidad.

La serie *Jera* toma su título del nombre de la alienígena de piel azul, ojos rosas y vacíos, y cabeza calva y alargada. Revisa la *Payboy*, la *Playgirl*, la *Penthouse* y la *Cosmopolitan*, elabora una lista de mujeres e introduce luego sus atributos en un «ordenatrox». Las veintisiete mejores son secuestradas y modificadas con suero y cirugía. Las ciento ochenta y siete páginas de *Jera* contienen el uso del color más fastuoso e intrincado. El genio alienígena encuentra un planeta cuyos habitantes han alcanzado el nivel medieval y mata a todo el mundo con una plaga. Luego distribuye a sus tres mil creaciones por las ciudades-Estado existentes, organiza una jerarquía y las instruye en el fetichismo *bondage*. El tiempo continúa velozmente su curso. El relato da un salto de cincuenta años; luego, de un siglo, y aterriza en el año 300. De cuando en cuando, matan a todos los niños varones. Las dinastías reales matrilineales reinan en cada ciudad-Estado guerrera. Surge un nuevo término: el *penoide* o *pene femenino*.

El cómic más original se titula *No-A*, un término filosófico que nombra la ausencia de lógica aristotélica. La serie, de doscientas páginas, abre con una ayudante de laboratorio que se embarca en un asunto experimental para escapar de un violador. Llega a un planeta extraño. En la página diez, muere por múltiples heridas de navaja. El texto dice:

¿Un epitafio? Quizá: hizo un camino muy, muy largo, sin ningún motivo para morir sin ningún motivo.

Otro cómic tiene como subtítulo *Las torturas más horribles jamás contadas...* A una mujer atada la clavan a un bloque de madera y la perforan con cientos de agujas, cara y ojos incluidos. Le sierran la pierna izquierda hasta que le asoma el hueso. La mujer asesina limpia la sangre a fin de recrearse con el cadáver mientras se masturba hasta el orgasmo. A una víctima la atan a una estaca en el desierto, con los senos embadurnados en miel. Un equipo de «superhormigas» le desmenuzan el pecho, todo plasmado

en una serie de viñetas dramáticas. Cuatro horas después, solo queda su esqueleto. Otro relato acaba con una mujer de pechos enormes atada en posición de cerdo asado, los tobillos y las muñecas inmovilizados en la espalda. La izan con una cadena. Sus captores la hacen descender poco a poco hasta que solo los senos le entran en un caldero de grasa hirviendo. Después de que se le frían los pechos, se los comen delante de ella.

A lo largo de la historia, la gente ha puesto mala cara ante la pornografía, despachándola como asquerosa e inmoral. He intentado con todas mis fuerzas resistirme a reaccionar así. Aquellos cómics eran el trabajo más personal de papá y, por lo tanto, merecían un examen cuidadoso. Mirarlos me producía dolor de estómago. Era capaz de leerlos con atención solo durante cortos periodos de tiempo antes de apartar la vista. A pesar de mi repulsión, sentía una compasión horrorizada por cualquiera que viviera con semejante imaginaria como actividad diaria. Que se tratara de mi propio padre solo lo empeoraba. No coleccionaba aquellos libros: los *hacía*. Ahí estaba el mundo que llevaba dentro a todas horas, lleno de dolor y sufrimiento. Yo no tenía ni idea de lo desgraciado que había sido en realidad.

Mi aborrecimiento inicial dio paso a la rabia temeraria del adolescente. Quería arremeter contra el mundo, beber y tomar pastillas, anular todo eso que pensaba y sentía. Me cabreé conmigo mismo por examinar de manera deliberada la prueba de lo que había embarrado mi infancia. Mientras la familia iba por la casa de puntillas para evitar molestarlo, él se sentaba en su despacho y se entretenía de un modo espantoso. Sentía rabia por haber sido criado por un padre maníaco, una madre pasiva y ningún medio de evasión salvo recorrer caminos de tierra hasta que los asfaltaron. Puede que mis hermanos tuvieran razón desde el principio: tendría que haberlo destruido todo, no por vergüenza, sino por el bien de mi salud mental. El único refugio era la escritura. A fin de huir de mis emociones, necesitaba continuar con el proyecto que generaba mis tinieblas. Me pregunté si con papá ocurría lo mismo.

Tener acceso a las fantasías privadas y sin filtro de una persona es algo extremadamente raro para cualquiera, no digamos ya para un hijo. Esperaba comprenderlo mejor con una mirada madura y adulta, pero el mundo de *Valkiria* no cambiaba. Mi padre jamás se hartó de aquel material y lo repitió hasta que murió. Al final —no de la saga *Valkiria*, sino de la vida de mi padre—, el argumento se desvaneció por completo. Las páginas devinieron ilustraciones en una única viñeta con mujeres coloreadas en tonos estridentes y soportando una miseria y un dolor profundos. El texto estaba garabateado al

voleo en el espacio disponible, con diálogos ocasionales que comentan la agonía de la víctima. Incapaz de subir las escaleras hasta su despacho, papá se llevó su actividad a la mesa del comedor y escondió los cómics debajo de una pila de revistas viejas en un aparador.

Sin las trabas del mercado, mi padre fue libre de explorar con *Valkiria* todas las facetas de su imaginación. No había evolución ni en el personaje ni en la historia, tan solo un avance continuo hacia la deshonra de las mujeres. Los libros son siniestros y lúgubres. Los viajes en el tiempo y la tecnología avanzada le permitieron incluir cualquier contenido sin las restricciones de la lógica, las leyes de la física ni las consecuencias médicas.

Creó *Valkiria* solo para él y jamás se lo enseñó a nadie, ni siquiera a su esposa. El testamento secreto no lo había especificado. La crónica del multiverso de cuatro mil páginas representa el núcleo más duro de la identidad de mi padre, la obra de su vida. Trabajó en ella durante más de cincuenta años, compaginándola con cualquier otro proyecto. Trató de dejarlo, pero no pudo.

Valkiria posee una desolación nihilista mezclada con la libertad de expresión de un niño. Los criminales no sienten culpa alguna y las prisioneras carecen de toda esperanza. No hay moralidad. La vida la integra el sufrimiento. La existencia no tiene sentido. A él lo desconcertó en 1963 y a mí me desconcierta hoy.

A menudo, mi padre decía que de no ser por la pornografía habría sido un asesino en serie. En dos ocasiones me contó la misma historia. Una noche, en la universidad, decidió asesinar a una mujer, a cualquier mujer. Se metió un cuchillo de carnicero debajo del abrigo

y deambuló por el campus en busca de un blanco. Llovió toda la noche. No había nadie fuera. Volvió a casa empapado y abatido, y escribió un relato sobre un hombre que inventaba un suero de la invisibilidad y asesinaba a una mujer en la YWCA [26]. Papá destruyó el manuscrito y se reprendió a sí mismo por usar la invisibilidad de un modo tan poco imaginativo. Para mí, el elemento crucial de esta historia es el impulso de un hombre de contárselo a su hijo.

Muchos años después leyó la biografía de un asesino en serie que en el momento de su captura tenía consigo revistas *bondage*. Según papá, los detalles de la infancia del asesino eran «inquietantemente parecidos» a los de la suya, incluyendo las tres señales de advertencia: mojar la cama, matar animales y prender fuegos. Cuando papá tenía unos doce años, un gato arañó a su hermana, y él llevó al gato a juicio, representando con dramatismo los

papeles de fiscal, de abogado defensor y de juez. El gato fue hallado culpable y condenado a muerte. Papá lo ahorcó y lo observó mientras moría.

Esas tres señales de advertencia se conocen como la tríada MacDonald, pero investigaciones posteriores han refutado que dichas propensiones sean indicadores de un futuro comportamiento violento. Esos tres comportamientos no son la receta para crear a un asesino. Se consideran atributos de niño afligido con una capacidad de adaptación pobre y que podría llegar a desarrollar un trastorno de personalidad narcisista o antisocial.

Si mi padre tenía razón en lo de que el porno evitó que matara mujeres, he de agradecer entonces la presencia continua del porno en su vida. Mucho mejor ser hijo de un pornógrafo que de un asesino en serie. Pero no me creo la teoría de mi padre. Cuando veía sangre, incluso la suya, se mareaba tanto que se desmayaba. No era una persona atlética ni fuerte y era, por tanto, incapaz de reducir a casi nadie. Además, era un cobarde en el aspecto físico, no se había peleado en su vida. Jamás pegó ni a su mujer ni a sus hijos.

La idea de que el porno evitaba que matara mujeres era un autoengaño que justificaba su impulso de dibujar mujeres atormentadas. Creer que habría sido un asesino en serie de no haber sido por la pornografía que creaba era otra de sus fantasías, una que le permitió entregarse por entero a sus obsesiones. Necesitaba creer en una causa mayor a fin de continuar su obra. Admitir que le gustaba suponía demasiada carga.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

En el verano de 2015, dos años después de que papá muriera, llevé sus más de ochocientos kilos de archivo a un almacén en las afueras del pueblo. Su material ocupaba una zona enorme de mi casa y necesitaba el espacio. También necesitaba recuperar mi mente.

En las semanas posteriores a su muerte, la gente me preguntaba a menudo qué le diría si me dieran la oportunidad, que me habría gustado decirle antes de morir. No se me ocurría nada. Pero desde el pasado año me surge una y otra vez una única pregunta personal: ¿por qué no me visitaste? Es difícil conjeturar su respuesta. Se enfadaría, sirviéndose de su ira para eludir un tema que no le agradaba. Da igual la respuesta que pudiera haberme dado, el motivo ya lo conocía. No era por el agobio de los plazos de entrega o las dificultades económicas; tampoco porque no me quisiera. No era nada personal. Nunca fue a ver a mis hermanos ni se fue de vacaciones ni visitó a su madre en el hospital. La verdad era sumamente sencilla: era incapaz. No era capaz de abandonar el mundo que tan minuciosamente se había construido, del cual controlaba cada faceta. Semejante viaje habría dejado al descubierto la fragilidad de su omnipotencia.

En mis manos quedó visitarlo después de su muerte. Me alegro de haberlo hecho, aunque el esfuerzo se cobró su peaje. Si hubiese sabido de su dificultad, no me habría embarcado en el proyecto, pero, en cuanto lo empecé, me sentí obligado a completarlo. El objetivo de elaborar una bibliografía devino obsesión. En cierto momento me di cuenta de que buscaba algo, pero no sabía el qué. Cuanto más indagaba, más similitudes hallaba entre mi padre y yo, una consecuencia que me dejó consternado.

Enterrada en una carta de un cliente europeo de su pornografía había una información sorprendente. El hombre daba las gracias a mi padre por regalarle mi primer libro, *Kentucky seco*, y elogiaba a mi padre por el orgullo evidente que le causaban mis logros. Releí aquellas frases varias veces. Me costaba comprender que papá hubiese considerado que mi trabajo era lo bastante bueno como para enviárselo a un cliente. Nunca me dijo nada en

relación con el libro. Enterarme de que mi padre se sentía orgulloso era quizás lo que había estado buscando desde el principio.

Examinar los papeles de papá me trajo cientos de recuerdos. La mayor parte eran tristes, e intenté pensar en los buenos. El año anterior a que papá empezara a trabajar en casa, pasó conmigo una tarde de sábado. Convirtió en castillos dos cajas de cartón, una para él y otra para mí. Cortó puentes levadizos por delante e hizo una muralla almenada en la parte superior. Colocamos soldados de plástico en posiciones clave para defender a nuestros reyes. Cuencos de agua servían de fosos. Con unos cortaúñas que hacían las veces de catapultas, lanzamos colillas al castillo del otro. El objetivo era derribar a los soldados enemigos. Papá se sentó en el suelo frente a mí, elogió mis buenos disparos y me dio indicaciones sobre cómo cargar la catapulta. Su imaginación hacía que aquel juego fuese tremendamente divertido. Me sentí importante en su compañía, el objeto de su atención y su profundo interés. Levantamos los soldados y los derribamos una y otra vez, riendo juntos.

Papá empezó a trabajar en casa y nunca volvimos a jugar a aquel juego. La casa fue convirtiéndose en su castillo, y yo pasaba más tiempo fuera. Mis mejores horas eran aquellas en las que deambulaba por el bosque. Me gustaba estar solo, pero era más feliz con la pandilla de chicos de nuestras colinas, un grupo de colegas que iban a pie y en bicicletas destartaladas. No recuerdo ningún hecho en particular, solo la sensación de amistad y lealtad, las risas y la aceptación. No había ataduras. Todo el mundo nos conocía. Podíamos ir a cualquier parte, y eso hacíamos. Nada podía hacernos daño salvo la tierra en sí. Nos teníamos los unos a los otros. Éramos libres. Éramos felices.

AGRADECIMIENTOS

Por la ayuda económica que recibí mientras escribía este libro, doy las gracias a la Fundación Lannan y a la Mississippi Arts Commission.

Por una ayuda diferente, doy las gracias a Beth Ann Fennelly, Scott Temple, Alien Steele, Richard Perez, Earl Kemp, Piers Anthony, Joe y Gay Haldeman, Bob Guccione, Jr., Kathryn York, Nicole Aragi, Peter Borland, Duvall Osteen, Faron Henderson, Randy Henderson, Sonny Henderson, Jodie Offutt, Rita Offutt, Jane Offutt Burns, Jeff Offutt, Scotty Offutt Hyde, Melissa Offutt, Sam Offutt, James Offutt y Melissa Allee Ginsburg.

CRONOLOGÍA DE ANDREW J. OFFUTT

1934

Nace en el condado de Spencer, Kentucky

1944

Gana el certamen de deletreo del condado de Spencer

1939-1950

Vive en la cabaña de madera de una granja

Aprende a mecanografiar por su cuenta y escribe dos novelas

Empieza a dibujar series de cómics fetichistas

1949

Empieza a crear *El patrullero espacial Cade*, serie en cómic

1950

Se muda a Taylorsville, Kentucky

1951

Gana el concurso de relatos de institutos de Kentucky con «El alma del demonio» Se gradúa en el instituto de Taylorsville con un curso de antelación

Se matricula en la Universidad de Louisville con una beca completa de la Fundación Ford

1952

Crea *Marcus Severus*, cómic ambientado en la Roma antigua

1953

Muere su padre, Andrew J. Offutt IV

Renuncia al AFROCT, incapaz de volar debido a su daltonismo Firma como «Tío Andy» en *The Cardinal*, el periódico de la facultad

1954

Gana el concurso universitario de la revista *If* con «Y no estará mañana», su primera publicación profesional

Opta a un empleo como artista del fetiche para la revista *Bizarre*; es rechazado Vuelve a dibujar *Cade*

Diseña folletos publicitarios para Muebles Logan en Louisville

Firma como «Morris Kenninston», denominado «el debut del *alter ego*» Escribe *El mensajero de Zhuvastou*, publicado veinte años más tarde

1955

Se licencia en Filología Inglesa en la Universidad de Louisville Trabaja en Moda para Hombres Bonds en Louisville, Kentucky

Se muda a Pikeville, Kentucky, como viajante para Procter&Gamble Sigue dibujando series fetichistas

1956

Lo recluta el Ejército de Estados Unidos; no pasa las pruebas físicas a causa del asma

Completa el séptimo libro de *Cade*

1957

Se muda a Lexington, Kentucky, por un ascenso en Procter&Gamble

Conoce a Mary Joe McCabe en un baile de la Organización de Jóvenes Católicos Destruye todo el material fetichista, dibujado y escrito, a excepción de *Cade* Se casa con Mary Joe McCabe

1958

Nace su primer hijo, Christopher John Offutt

1959

Dibuja dos series para Irving Klaw, rechazadas Empieza a trabajar en *Valkiria*, una larga serie en cómic

1960

Presidente del Club de Maestros de Ceremonia de Lexington Editorialista en *Rayos de Luna*, el boletín de Procter&Gamble

1961

Nace su segundo hijo, Andrew J. Offutt VI

1962

Nace su tercera hija, Mary Scott Offutt

Presidente de Big Brothers of Lexington, S. A.

Se muda a Morehead, Kentucky, como vendedor para la aseguradora Coastal States

Se une al club Kiwanis

1963-1965

Crea *Nelly, la hija del granjero*, una serie fetichista de noventa páginas

1964

Se muda a Haldeman, Kentucky

Nace su cuarta hija, Melissa Jane (Joe) Offutt

Abre una agencia de seguros, andrew offutt asociados

1967

Carta al papa Pablo VI, apostata de la Iglesia católica Escribe un credo personal

1968

Publica su primera novela, *Las chicas del bondage*, con el nombre de Alan Marshall

Amplía su agencia de seguros a Winchester y Lexington, Kentucky

Se incluye «Implosión demográfica» en la *World's Best Science Fiction* Se compra un Mercedes Benz, el único en el condado de Rowan Escribe más de un cuarto de millón de palabras en cinco meses

Establece su récord personal al escribir noventa y cuatro paginas en dos días

1969

Asiste a su primera convención de ciencia ficción
Usa por primera vez el pseudónimo John Cleve en *Esclava del Sudán*
Contrata a su primer agente literario

1970

Cierra la agencia de seguros para escribir a jornada completa
Publica *Mal es vida escrito al revés*, su primera novela de ciencia ficción
Graba siete cintas de una hora para un programa de radio, *Al habla el escritor*

Escribe *Autobiografía de un asesino sexual*, nunca publicada

1970-1978

Escribe y publica ochenta y ocho novelas pornográficas con múltiples pseudónimos

1972

Se incluye «A título oneroso» en *Otra vez, peligrosas visiones*, antología que pregonaba la nueva ola de jóvenes escritores de ciencia ficción

Usa por primera vez el pseudónimo Turk Winter

1974

Maestro de ceremonias en la Convención Mundial de Ciencia Ficción

1975

Comienza la duradera colaboración con Eric Stanton Tesorero de la Science Fiction Writers of America (SFWA)

1976-1978

Presidente bianual de la SFWA

1977-1979

Edita cinco volúmenes de *Espadas contra tinieblas*, antología de fantasía

1978

Confiesa que es John Cleve en el IV Festival de Música Kublai Khan de Nashville

1982-1985

Crea *Vías Espaciales*, una serie de diecinueve libros, para Playboy Enterprises

1984

Muere su madre, Helen Spanninger Offutt

1985

Escribe su testamento

Escribe su «Testamento Secreto»

John Cleve se jubila

1986

Ascensión de Turk Winter como primer pseudónimo/personaje
Recibe el Premio Phoenix por sus servicios de toda una vida a los fans
sureños de la ciencia ficción

1987

Inicia Winterbooks para autopublicarse

1993

Publica *La sombra de la brujería*, su última novela

1999

Muere Eric Stanton, mejor amigo y antiguo colaborador

Sufre un ataque al corazón por el que requiere una operación de triple
baipás

2001

Empieza el último libro de *Valkiria*

2004

Publica «La oscuridad de la luna», su último relato corto

2004-2013

Escribe novelas cortas para la clientela internacional Continúa trabajando
en *Valkiria*

2013

Muere de cirrosis aguda inducida por el alcohol



CHRIS OFFUTT (Lexington, Kentucky, 1958) es autor de dos colecciones de relatos, *Kentucky seco* (1992; *Sajalín*, 2019) y *Out of the Woods* (1999); dos novelas, *The Good Brother* (1997) y *Country Dark* (2018), y tres memoirs, *The Same River Twice* (1993), *No Heroes: A Memoir of Coming Home* (2002) y *Mi padre, el pornógrafo* (2016).

Sus relatos y ensayos han aparecido en publicaciones como The New York Times, Harper's, Esquire, GQ, Playboy, Tin House y The Oxford American. La revista Granta lo incluyó en su lista de veinte jóvenes escritores norteamericanos en 1996. Además, ha escrito guiones para las series True Blood, Weeds y Treme, y ha sido nominado a un Emmy. En la actualidad vive en el condado de Lafayette, Misisipi.

Notas

[1] En el original, *wheat pennies*, literalmente «centavos de trigo», monedas de un centavo acuñadas a lo largo del siglo XX (de 1909 en adelante) en cuyo diseño original, modificado con el paso del tiempo, se incluyó un par de espigas de trigo. (*N. del T.*) <<

[2] Cuerpo de Capacitación de Oficiales de Reserva de las Fuerzas Aéreas, por sus siglas en inglés. (*N. del T.*) <<

[3] Son todas monedas conmemorativas que refieren al diseño de acuñado, salvo el dólar Liberty, que fije una divisa privada que estuvo en circulación hasta 2009, año en que el FBI y los Servicios Secretos estadounidenses procesaron a su creador, Bernard von Not Haus, quien fue declarado culpable de delitos contra la Reserva Federal en 2011. (*N. del T.*) <<

[4] Frederick's of Hollywood es una tienda de lencería; por su parte, Lew Magram es una tienda de ropa interior masculina que en los años ochenta cambió a ropa femenina. (*N. del T.*) <<

[5] La expresión en inglés es *nest egg*, literalmente «nido de huevos». (N. del T.) <<

[6] El original dice *safe prime*, llamados en español «primos de Sophie Germain»: dado un número primo p , este es de Sophie Germain si $2p+1$ también es primo. (N. del T.) <<

[7] Benjamín Spock (1903-1998). Peculiar pediatra estadounidense y autor del *best setter* *Tu hijo*. (N. del T.) <<

[8] Lucha de Oposición al Esmog. (*N. del T.*) <<

[9] Marcas de crema de cacahuete, de mayonesa, de queso procesado, de neveras y de batidoras, respectivamente. (*N. del T.*) <<

[10] Agencia de ejecución de obras públicas creada en 1935 e incluida en el New Deal la cual dio trabajo a millones de personas en paro hasta 1943. (*N. del T.*) <<

[11] En inglés, la palabra neighbour se usa para designar al prójimo y también al vecino. (N. del T.) <<

[12] Así se denomina la región de Estados Unidos en la que el cristianismo evangélico tiene un arraigo social, moral y político muy profundo. (*N. del T.*)
<<

[13] *Evil is Uve Spelled Backwards*. Literalmente, *Mal es vida escrito al revés*; el título juega con la forma de *evil* («mal», «maléfico», etcétera) y *live* («vida»). (N. del T.) <<

[14] La jerga rimada *cockney* es una forma de expresión propia del inglés británico —*cockney* es un habitante de los bajos fondos londinenses, en especial del East End— en la que se entremezclan palabras, nombres y frases hechas para crear otras nuevas. Los nómadas irlandeses, llamados también *tinkers*, habitan las islas británicas y han desarrollado un lenguaje propio cuyo origen es, al parecer, anterior al siglo XIII. (N. del T.) <<

[15] En inglés, la e marca el plural de algunos sustantivos, como en *woman* («mujer») y *women* («mujeres»). (N. del T.) <<

[16] La filk *music* es una cultura (y un género) musical muy ligada a los fans de la ciencia ficción, la fantasía y el terror que surgió en la década de los cincuenta. (*N. del T.*) <<

[17] «The doctor was a straight», dice el original; *straight* es, entre otras cosas, un adjetivo que literalmente significa «recto», «derecho» o «consecutivo», pero puede nombrar también a una persona de ideas muy conservadoras o a alguien sincero, e incluso a personas heterosexuales. (N. del T.) <<

[18] Pruebas de Aptitud Vocacional para las Fuerzas Armadas, por sus siglas en inglés (Armed Services Vocational Aptitude Battery). (*N. del T.*) <<

[19] Ley aprobada en 1944 que permitía a los soldados acceder a la financiación de estudios técnicos o universitarios en unas condiciones ventajosas. (*N. del T.*) <<

[20] Empresa que ofrece productos, servicios y rutinas para controlar el peso.
(*N. del T.*) <<

[21] Término hebreo que designa un tipo de exégesis textual de la Torá. (*N. del T.*) <<

[22] *Lone star tick (Amblyomma americanum)* en el original, un tipo de garrapata muy común entre Texas y Iowa. (*N. del T.*) <<

[23] La *homecoming court* es una forma tradicional de dar la bienvenida a los antiguos alumnos de los institutos estadounidenses; la corte, que incluye — aunque no solo— a un rey y una reina, se escoge por los propios estudiantes de entre quienes más hayan contribuido al bien del instituto. (*N. del T.*) <<

[24] *Blunder* podría traducirse como «patochada», «pifia», etcétera. *Broad*, como «fulana», «pelandusca», etcétera. (N. del T.) <<

[25] «Ojalá no lo hubiese hecho». He elegido conservar el original por el énfasis en las *les* minúsculas, que parecen empequeñecer la acción, la voluntad y al propio yo, / en inglés. (*N. del T.*) <<

[26] Creada en Reino Unido en 1865, la Young Women's Christian Association (Asociación de Mujeres Jóvenes Cristianas) persigue el desarrollo de oportunidades laborales para las mujeres en puestos de poder. *(N. del T.)* <<

